



NIALL LEONARD

**JUGANDO
CON FUEGO**

Traducción de:

Rosa Pérez Pérez

montena

ÍNDICE

ÍNDICE	3
RESUMEN	5
1.....	6
2.....	17
3.....	38
4.....	47
5.....	57
6.....	70
7.....	82
8.....	95
9.....	103
10.....	117
11.....	131
12.....	146
13.....	154
14.....	162
15.....	175
16.....	181
17.....	192
18.....	195
AGRADECIMIENTOS.....	201
EL AUTOR	203

*Para Erika.
«He tendido mis sueños a tus pies.»*

RESUMEN

Es posible que vivieran casi en la miseria, pero si había algo que Finn no podía negarle a su padre era su optimismo y el incansable afán investigador con el que se entregaba a la redacción de su guión. Ni tampoco podía negarle que el apuntarle a clases de boxeo y fomentar en él el hábito de correr habían sido, sin duda, dos de las mejores decisiones de su vida. Lo que jamás se le hubiera pasado por la cabeza, sin embargo, era que un día tendría que echar de todos esos recursos para resolver el asesinato de su propio padre, dado que la policía lo considera el principal sospechoso.

1

Era un poco temprano para que alguien estuviera aporreando la puerta de casa. Salí de la ducha y bajé a toda prisa, con el pelo aún empapado, y abrí.

—Perdona, hijo, se me ha cerrado la puerta —dijo mi padre, y entró tiritando.

Me fijé en que había salido en zapatillas. Me extrañó, hasta que vi la guía de televisión que llevaba doblada en la mano y se me cayó el alma a los pies.

Estaba bastante hecho polvo. Tenía los ojos azules inyectados en sangre y el pelo rubio de punta, pero no despeinado a propósito ni a la moda, sino con cuernos, como si hubiera dormido en un portal. Le había oído llegar tarde la noche anterior y dar tumbos por el salón intentando no hacer ruido mientras se tropezaba con los muebles y maldecía entre dientes. Pero se había levantado a la misma hora de siempre, poco después de que yo hubiera salido a correr, y el desayuno que había preparado seguía caliente en la mesa: huevos viejos, fino beicon salado y café instantáneo con leche. Ya me tomaría un zumo de naranja cuando llegara al trabajo, aunque el zumo que servíamos casi solo tuviera de naranja el color.

—Joder —dijo mi padre. Llevaba las gafas torcidas y estaba mirando la primera página de la guía con los ojos entrecerrados. No había tardado mucho.

—¿Qué pasa?

—Bill Winchester va a rodar otra temporada de la serie del poli que viaja en el tiempo, el muy cabrón.

—¿*Futuro perfecto*?

Mi padre me miró como si le hubiera traicionado.

—No la he visto nunca —dije, y me encogí de hombros—. He oído hablar de ella, eso es todo.

—Bill y yo trabajamos juntos hace años, en *Henby General*.

—Sí, lo comentaste. —Pero no lo comentaba muy a menudo.

Mi padre había sido muy conocido a principios de los años noventa. Durante un

tiempo, fue el actor irlandés de ojos risueños más popular de la escena cinematográfica: incluso tenía un premio al mejor actor revelación. La estatuilla de bronce aún estaba en la repisa de la chimenea, acumulando polvo. A partir de entonces, todo había ido cuesta abajo. Mi padre no seguía teniendo la estatuilla a la vista por nostalgia o vanidad, sino para alimentar su envidia. «La envidia da hambre», solía decir, un comentario que yo nunca entendía, porque siempre tenía hambre, y la sensación nunca había llegado a gustarme. Pero a todos los antiguos compañeros actores de mi padre les iba mejor que a él. Si fuera verdad que cada vez que un amigo triunfa una pequeña parte de nosotros muere, mi padre ya sería un verdadero zombi.

Se tenía por un actor apasionado, comprometido y provocador. Los directores enseguida acabaron considerándole caprichoso, obstinado e insufrible. Los trabajos ya habían empezado a escasearle cuando conoció a mi madre, y había interpretado su último papel hacía años, comiéndose una pizza imaginaria en una isla desierta en un anuncio, creo que de una compañía de seguros... aunque podría haber sido de pizzas o de islas desiertas. Nunca se retiró oficialmente, pero se dejó barba y ya no asistió a más audiciones ni dio más la lata a su agente para que le buscara trabajo.

No iba a quedarse esperando a que sonara el teléfono, decía. Iba a labrarse su propia suerte. Escribiría una miniserie tan emocionante y realista que los productores se sacarían los ojos por llevarla a la pantalla, y él se reservaría un papel increíble, para que tuvieran que incluirlo en el reparto. Por supuesto, no sería el de primer actor; había que ser realistas, decía. Ese papel podría interpretarlo uno de sus antiguos compañeros más famosos, para que fuera más fácil encontrar productores. Lo tenía todo pensado. Desde hacía varios años, pero parecía que el momento no llegara nunca.

—No te agobies, papá. Siempre dices que el éxito es la mejor venganza.

—Sí, pero puede que me equivoque —objetó—. Puede que la mejor venganza sea cortarle la cabeza a alguien con un hacha oxidada. Tal vez debería probarlo.

Me llevé los platos vacíos a la cocina.

—¿Qué vas a hacer hoy? —pregunté, más por educación que por interés.

—Trabajar.

Mi padre utilizaba el término en un sentido bastante amplio. Gran parte de su trabajo parecía consistir en mirar por la ventana. Se había leído todos los libros de la biblioteca del barrio sobre cómo escribir guiones y siempre citaba aforismos y

lemas sobre la inspiración y el trabajo, la experiencia y la intuición. Escribía diez páginas todos los días, pero el problema era que, al día siguiente, rompía nueve. Algunos días salía a «investigar» por todo Londres, y las notas, apuntes y recortes se le amontonaban en la mesa del comedor junto al ordenador portátil. Luego, durante la cena, trataba de explicarme su última idea para una historia, pero yo había dejado de escucharle hacía mucho tiempo.

—Te harías cruces si supieras lo que me contaron anoche —dijo—. El hampa de Londres es como la corte de Calígula: todos se apuñalan por la espalda. Ese es el verdadero drama. Lo tenemos delante de las narices, pero nadie quiere saber nada.

«Entonces ¿por qué puñetas escribes sobre eso?» pensé. Pero no lo dije en voz alta. La mejor cualidad de mi padre era su eterno optimismo. Algún día, con mucho esfuerzo y un poco de suerte, sería rico y famoso, y no tendríamos que malvivir con sus menguantes pagos de regalías y mi mísero salario de Max Snax.

—¿Quieres que traiga algo para cenar? —pregunté.

—No —respondió—. Es probable que luego salga a comprar.

Yo sabía que no pondría el pie en una tienda hasta que hubiera mirado en los contenedores de la calle por si alguien había tirado a la basura alguna comida preparada caducada. La serviría con un sermón sobre los males de la sociedad de consumo y la cantidad de cosas que se desperdiciaban. Yo siempre pensaba: «Si con eso cenamos, viva el desperdicio».

—¿Sabes dónde está el otro juego de llaves? —me preguntó mientras me anudaba las zapatillas de deporte.

—Colgado —respondí—. ¿Una noche movida?

—No te preocupes —dijo—. Las mías aparecerán.

—Te veo luego, ¿vale? —Me levanté para marcharme. Esperaba oír su hosco adiós habitual, pero él dejó la guía de televisión y me miró.

—¿Finn? —preguntó—. Estamos bien, ¿verdad? ¿Tú y yo?

¿Bien? ¿Cómo íbamos a estar bien? Yo era un ignorante sin estudios atrapado en un trabajo sin futuro, y él era un actor venido a menos que se pasaba la vida escribiendo un guión que jamás estaría terminado y, además, nadie iba a querer leer.

—Sí, papá, claro. Tengo que irme.

—Hasta luego —dijo.

Salí de casa y cerré la puerta. Empecé corriendo despacio para calentar, pero enseguida aceleré.

—Sí, quiero un especial de pollo texano, sin ensalada ni salsa ni nada.

—¿Solo el pollo y el pan?

—Sí.

El cliente medía metro y medio de estatura, y lo mismo de contorno, y yo veía por qué. Siempre me preguntaba qué hacían los tipos como don Esférico para que no se les cayera el pantalón: ¿se grapaban el cinturón a la barriga? Además, sin la salsa, no era un especial de pollo texano, sino solo pollo frito con pan blanducho, pero yo no estaba allí para discutir con los clientes por los nombres de nuestros productos. Estaba allí para servirselos. Y sonreír. Y decir «gracias». «Sonrisas y tacto, dinero en el banco.» Andy solía recitarnos eso en las charlas que nos daba todas las semanas para motivarnos. Le encantaban los eslóganes inspiradores y creía que tenía un don para acuñarlos, pero los suyos eran peores que los que aparecían en los vídeos formativos de Max Snax.

Introduje el pedido en la caja registradora programada y devolví el cambio a don Esférico. En la cocina, Jerry metió el bocadillo envuelto en papel de aluminio en el conducto mientras yo llenaba una jarra de litro con medio litro de hielo y otro medio de sirope con gas y me preguntaba por enésima vez cómo podía alguien considerar comida aquella bazofia reconstituida químicamente y cómo había terminado yo sirviéndola. Me quité esos pensamientos de la cabeza por enésima vez, pero siempre volvían a incordiarne, como un molesto flequillo graso que se mete constantemente en los ojos. Y la dichosa semana no había hecho más que empezar.

Con el piloto automático puesto y la cabeza en cualquier parte que no fuera aquella: pim, pam, pum, bocadillo, una sola servilleta de papel, bebida, bandeja, hondo suspiro, intento de sonreír, bendición de Max Snax: «Gracias, señor. Buen provecho. Que tenga un buen día». El cliente rechoncho gruñó, se volvió y caminó hacia la puerta como un pato. Al llegar, se dio otra vez la vuelta y salió de espaldas al soleado día de abril que yo me estaba perdiendo detrás de aquella barra sofocante con la camisa de poliéster empapada de sudor.

—¡Eh, Maguire! —susurró Jerry desde la cocina—. ¡Para currar hay que pringar!

La fórmula no terminaba de ser la aprobada, pero su imitación del tono agudo e

histórico de los vídeos formativos de Max Snax era perfecta. Jerry me daba bastante igual. Era casi soportable, siempre que no intentara mantener una verdadera conversación con él. De todas formas, resultaba imposible mirarle a los ojos: o tenía escoliosis o se pasaba demasiado tiempo encorvado delante del ordenador viendo porno, cascándose. Andy no le dejaba servir a los clientes e insistía en que yo proyectaba una mejor la imagen de Max Snax. Si lo hacía, era porque corría diez kilómetros diarios y nunca comía nada de lo que servíamos, pero a Andy no se lo decía. Enseñé jovialmente el dedo corazón a Jerry. Él se rió con disimulo y se alejó camino de los fogones, mientras yo me maldecía.

¿Cómo podía haberme olvidado del circuito cerrado de televisión? Andy tenía cámaras por todo el local, escondidas bajo capuchones negros de plástico, y casi todas apuntaban a los empleados, no a los clientes. Yo solía preguntarme por qué motivo se había dedicado a la restauración cuando la gente no le gustaba. Los clientes le caían antipáticos de vez en cuando, pero despreciar a los empleados era una parte consustancial de su trabajo. Por eso se pasaba el día metido en el despacho, vigilándonos a todos por los monitores del circuito cerrado. Quería asegurarse de que no robábamos las patatas fritas ni nos escabullíamos al retrete para fumarnos un canuto, pero, para ello, no se mezclaba con nosotros, sino que se quedaba sentado delante de sus seis borrosos monitores, esperando hasta que nos veía infringir una de los centenares de «sugerencias» de que constaba el Código de Conducta de Max Snax. Entonces abría la puerta del despacho sin hacer ruido y salía como un asustadizo cangrejo ermitaño que rebusca en el lecho marino para encontrar lo que sea que coman los cangrejos ermitaños. Y ahora, como yo temía, su puerta había empezado a abrirse. Estaba a punto de recibir un sermón de tres minutos sobre la conducta correcta de los empleados que trataban con la clientela, la cual no incluía hacer gestos groseros al personal de cocina.

Andy salió de la concha de su despacho. Aparentaba unos treinta y cinco años, y siempre llevaba la combinación de camisa y corbata que creía apropiada para un puesto directivo. Su peinado me provocaba una fascinación morbosa: tenía una mata de pelo considerable, pero, al peinárselo en cortinilla, conseguía parecer un cincuentón que estaba quedándose calvo. Tenía el cutis manchado y muy blanco e intentaba compensarlo con un bronceado falso, no de caros rayos UVA, sino de bote. Un examen más detallado, algo que yo solía evitar, lo confirmaba. En general, los rayos UVA no dejan vetas más claras en la frente naranja ni un ligero matiz mandarina en el cuello de la camisa.

—Finn... —Andy me esquivó, agachó la cabeza y me rehuyó la mirada. «No me ha visto enseñarle el dedo a Jerry —pensé—. Esto es otra cosa. Probablemente,

algún marrón que no le apetece hacer a él: para eso nos paga el consabido salario mínimo.»—. Tenemos un problema con la tasa de consumo de la clientela. —Lo miré e hice todo lo posible por aparentar desconcierto. Sabía a qué se refería, pero quería ver si era capaz de expresarlo en palabras normales y corrientes—. Ahí. —Con la mayor discreción de que era capaz, señaló con la cabeza la mesa del rincón del restaurante más alejado de la barra.

La clienta había llegado a media mañana, había pedido un chocolate deshecho y se había pasado los siguientes cuarenta y cinco minutos bebiéndoselo a sorbitos. Aparentaba más o menos mi edad y llevaba el uniforme marrón de la escuela femenina de Kew, aunque dudaba que allí le dejaran ponerse el pendiente que lucía en la nariz. El enredado cabello negro le caía sobre la cara y llevaba los ojos demasiado perfilados, pero eso no escondía el hecho de que tenía la piel muy blanca, los pómulos marcados y unas curvas que ni aquel feo uniforme podía disimular. Aunque podría haber sido todavía más curvilínea: a ojo, le faltaban unos cinco kilos para estar en su peso. Esa era una de las razones por las que llamaba la atención en el restaurante. La otra era que no había ningún otro cliente. La mañana estaba demasiado avanzada incluso para los colegiales, y todavía no era hora de comer.

—¿Cuál es el problema?

—Está ocupando nuestros mejores asientos.

Miré hacia allí. No sabía que tuviéramos asientos mejores que otros. Todos eran de plástico verde y estaban dispuestos alrededor de mesas amarillas, y todos tenían las mismas apasionantes vistas de nuestro aparcamiento, si se pasaban por alto las enormes pegatinas del escaparate que anunciaban la última mezcla de hierbas aromáticas, especias, sal, más sal y mejunje químico que recubría nuestro pollo gris rosado separado mecánicamente.

—Pero no hay nadie más —señalé.

—¡Porque está ocupando nuestros mejores asientos! —susurró Andy—. Y su actitud... no conviene a la imagen de la empresa.

Durante mis primeras semanas de trabajo, las chorradas de Andy me parecieron divertidas. Solía transmitir a mi padre los últimos ejemplos de su ridícula jerigonza empresarial, y los dos nos poníamos a hablar de ese modo: «¿Me harías el favor de pasarme el condimento sódico por la plataforma de consumo?». No obstante, cuando ya llevaba tres o cuatro meses oyéndolas, comprendí que podía pasarme años trabajando en Max Snax, impregnándome del olor a grasa rancia, revolcándome en su mezcla química especial hasta tenerla incrustada en la piel, y

supe que el hazmerreír era yo y dejaron de parecerme divertidas.

—Dile que tiene que pedir algo más o reubícala.

—¿Reubicarla...?

—Anda, Finn, por favor.

Se alejó como una flecha camino del despacho. Por un momento, movió las antenitas de cangrejo para husmear el aire impregnado de grasa. Después entró y cerró la puerta. Lo imaginé arrellanándose en el sillón de ejecutivo de piel sintética, mirando el monitor, esperando a que yo redistribuyera a la clientela no deseada. Cronometrándome, probablemente. Suspiré y me acerqué a la chica.

—Hola.

Ella llevaba un buen rato mirando los coches que giraban fuera, en el cruce, como si estuviera esperando a que un accidente interrumpiera la monotonía de la mañana. Se volvió hacia mí. Tenía los ojos muy verdes, casi demasiado grandes para su cara con forma de corazón. Me sorprendió darme cuenta de que me habría gustado saber de qué color tenía el pelo bajo el tinte negro azabache.

—¿Te traigo algo?

—No sabía que había servicio de mesa. —Su tono era desenfadado, un tanto divertido, como si coqueteara conmigo, pero sin hacerlo realmente. Aquello le resbalaba.

—No lo tenemos.

—Entonces ¿a qué viene la pregunta?

—El jefe quiere que pidas algo.

—Ya he pedido algo.

La diversión se había evaporado. Sabía lo que había ido a decirle y pensaba disculmelo. No le serviría de nada, y la mañana ya se le había fastidiado antes de entrar, pero una pelea le vendría tan bien como un accidente de tráfico. No me había dado lástima hasta ese momento.

—Deja que te traiga otro irresistible chocolate —sugerí. No captó la ironía y me alegré. Había sido un intento patético de congraciarme con ella.

—Ni hablar. Sabe a pis mezclado con jabón.

—¿En serio? Qué novedad.

El enfado le ensanchó los orificios nasales. Yo también estaba enfadado,

preguntándome por qué había iniciado aquella riña de colegio por orden de Andy. Y preguntándome si ella se había puesto carmín en los labios para darles esa forma y color.

—Entonces ¿tengo que pedir algo o me echaréis?

—No. Yo invito, y no tendrás ni que tomártelo. Pero así podrás quedarte aquí sentada el rato que quieras.

Ella suspiró, volvió a mirar fuera y me sonrió de oreja a oreja.

—De hecho, Finn, ¿puedes prepararme un Max Snack? ¿Uno de esos grandes bocadillos de tres pisos?

Claro que sabía mi nombre. Estaba escrito en la letra grande y festiva de Max Snax en la identificación que yo llevaba prendida justo encima de la teta izquierda. Los clientes siempre la ignoraban hasta que querían quejarse.

—¿Con todo?

—Sí, con salsa barbacoa, pepinillos, todo.

—Claro. —No me moví.

—Y una Coca-Cola gigante.

—Vale.

—¿Y me lo puedes poner todo en una bandeja? ¿Con muchas servilletas?

—Claro.

—¿Y luego te lo podrías meter por el culo?

Asentí.

—¿Te pongo patatas fritas?

—Vete a la mierda.

Se levantó con brusquedad, como si esperara que la mesa, la silla o preferiblemente ambas fueran a volcarse. Pero, por supuesto, estaban atornilladas al suelo y solo hizo una mueca al rebotar entre ambas. Me aseguré de que se daba cuenta de que me había dado cuenta.

—Gracias por venir a Max Snax. Que tengas un buen día. —Me oí decir la frase con la dosis precisa de condescendencia y una sonrisa falsa de la anchura justa especificada en los vídeos formativos de Max Snax.

Ella me miró incluso con más desprecio del que yo sentía hacia mí mismo en ese

momento, echó un vistazo a mi camisa beige de poliéster con sus atractivas manchas de sudor en las axilas y el esternón y salió del restaurante. Mientras veía cómo se alejaba, con la piel hormigueándome de la vergüenza y humillación, tuve ganas de seguirla. Tenía unos andares irresistibles.

Y el restaurante volvió a quedarse vacío. A ser una celda de plástico vacía. Incluso conmigo dentro, apestando a sudor y a grasa rancia, el restaurante estaba vacío. Salvo por el capuchón negro de la cámara de Andy que me observaba. Ni siquiera fui capaz de hacerle una señal con el pulgar y dirigirle una falsa sonrisa triunfal; ya había agotado mi cupo de ironía para ese día.

Volví detrás de la barra, cogí un paño húmedo y me puse a limpiar las encimeras, la caja registradora, las cartas, todo lo que veía. Intentaba mantenerme ocupado para que el impulso remitiera y cesara, el impulso de arrancarme aquella tiesa camisa de poliéster y aquel informe pantalón sin bolsillos y correr a casa sin llevar nada aparte de mis raídos calzoncillos. Para aguantar, hay que limpiar; para trabajar, hay que pringar. Para freír, hay que sufrir...

Andy había regresado. Llevaba la chaqueta puesta, la que tenía los botones de latón y las coderas brillantes. Se la ponía para las sesiones formativas de los viernes por la mañana, o cuando anunciaba la cifra de las ventas mensuales, o siempre que concedía a un empleado un nuevo tachón para su identificación de plástico.

Ahora me ofrecía uno a mí.

—Ha sido ejemplar, Finn. Muy bien resuelto.

—No pasa nada, Andy. No te molestes.

¿Quería premiarme por deshacerme de los clientes?

—Vamos. Tres más y serás una estrella de Max Snax. Eso es un aumento salarial del seis por ciento.

Si lo rechazaba, Andy sabría que odiaba Max Snax, y a él, Y el uniforme, y el trabajo, y contrataría a algún otro chico sin estudios. Pero yo necesitaba el dinero. No sabía conducir, Y apenas sabía leer. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Gracias, Andy.

Lo cogí. El primer agujero de mi identificación ya tenía un tachón dorado: lo concedían el primer día de trabajo, por el mero hecho de aparecer. Inserté el nuevo en el segundo agujerito y no me dolió mucho más que si me lo hubiera incrustado en la frente.

—Si sigues así, algún día tendrás tu propio establecimiento.

El resto del turno transcurrió en una bruma de frituras y, como de costumbre, me duché y me cambié de ropa antes de marcharme. La ducha del restaurante era otra razón por la que mantenía el trabajo. Cuando me duchaba en casa, era como si se me meara encima un viejo con problemas de próstata, pero, en la ducha del trabajo, el agua salía hirviendo con la potencia de una tormenta tropical. No la utilizaba nadie aparte de mí y me parecía el único espacio y momento del mundo que tenía para mí solo.

Me agaché delante del espejo del baño (estaba demasiado bajo para una persona de mi estatura) y me peiné el pelo parduzco con los dedos. Casi siempre lo llevaba corto para que no me salieran unos cuernos que nunca era capaz de domar. Intenté no mirar el resto de mi reflejo. No era que mi aspecto me disgustara; aparte de tener el tabique nasal un poco desviado después de que un compañero me lo rompiera mientras entrenábamos, mi cara no estaba mal, según mi padre: era triangular, con un mentón prominente que tendría que haberme afeitado y una boca un tanto carnosa. Tenía los dientes bastante rectos y uniformes, y la piel muy blanca y sin granos (esa semana, al menos). Pero era incapaz de mirar directamente a esos ojos celestes porque parecía que siempre preguntaran cómo habían terminado allí y si iban a pasarse los veinte años siguientes detrás de la barra de Max Snax, y yo nunca tenía valor para responder.

Metí el uniforme en la mochila, con la idea de lavarlo en casa, me até las zapatillas de deporte y salí afuera. Eché a correr por el aparcamiento y fui esquivando a transeúntes conforme ganaba velocidad. Con el corazón latiéndome a ciento cuarenta pulsaciones por minuto, corrí por las aceras de las callejuelas camino de casa.

Las farolas estaban encendiéndose cuando me detuve, jadeando, delante de la casa. Empecé a estirar mientras recuperaba el aliento y me alegró comprobar que aún tenía agilidad suficiente para tocarme las rodillas con la frente. Pero, cuando el pulso se me desaceleró y la respiración se me normalizó, me di cuenta de que algo me preocupaba. La casa estaba a oscuras, como si mi padre hubiera salido. Pero, normalmente, él trabajaba en el guión hasta que yo regresaba: mi llegada era su excusa para dejarlo hasta el día siguiente.

Las cortinas ya estaban echadas. ¿Había llegado mi padre a descorrerlas? Saqué las llaves de la mochila y abrí la puerta. Cuando alargué la mano para encender la luz, el silencio me pareció distinto.

— ¿Papá?

Era demasiado hondo, como si la casa estuviera vacía; pero no parecía vacía.

Nuestra casa era pequeña: la puerta daba directamente al salón. La lámpara apenas brilló al encenderse y fue alumbrando más conforme la bombilla se calentaba. A mi padre no le gustaba la luz de techo y solo la encendía cuando le daba por ordenar la casa. Ahora la luz inundó el salón como él detestaba, fría e implacable, y vi que estaba sentado a la mesa. No sentado, sino más bien desplomado, como ya lo había visto una o dos veces cuando había salido de copas y no pagaba él.

Me quedé en la entrada, seguro de que algo iba mal, tratando de determinar qué era.

—¿Papá? —Él seguía con los auriculares puestos.

Ya lo había encontrado así alguna que otra vez, de madrugada, con la cabeza apoyada en los brazos. Ahora los tenía atrapados debajo del cuerpo en una postura antinatural, y no respiraba. Lo intuí incluso antes de saberlo conscientemente, incluso antes de ver que su coronilla era una pegajosa masa sanguinolenta y que había un objeto pesado y voluminoso en el suelo junto a su silla, manchado de rojo, con pelos ensangrentados pegados a él.

Habían matado a mi padre. Estaba sentado a la mesa, con los auriculares puestos, y alguien se le había acercado por detrás con su premio al mejor actor revelación de 1992, le había golpeado en la cabeza con él y había seguido haciéndolo hasta matarlo. Tenía los ojos abiertos y se le habían caído las gafas. La sangre que le salía por la boca estaba cuajándosele en la barba y formando un charco en la mesa, y él estaba muerto. Y la casa estaba vacía y silenciosa.

2

La pared de la sala de interrogatorios era del mismo color azul grisáceo de siempre, pero yo apenas era consciente de ello, pese a tener la sensación de que llevaba horas mirándola. Estaba repasando todo lo que había sucedido desde que había entrado en casa; cómo el frío silencio se había roto con el gemido de una sirena, débil al principio pero cada vez más fuerte, a la que enseguida se había sumado una segunda y después una tercera en un disonante coro de pitidos solapados. Yo seguía de pie en el salón, con el móvil en la mano, cuando las luces azules intermitentes habían comenzado a colarse por las rendijas de las cortinas y habían alumbrado el salón como las lucecitas parpadeantes de un árbol de Navidad. Alguien, probablemente yo, había reaccionado a los insistentes golpes en la puerta y la había abierto. Dos polis inmensos, con chalecos antibalas encima de la chaqueta y la gorra calada hasta las cejas, me habían pedido que me identificara.

Nuestra estrecha calle era de sentido único, pero, cuando por fin salí de casa acompañado por una agente de policía, descubrí que los coches patrulla habían entrado por ambos lados y la habían obstruido por completo. Había tantas luces intermitentes que aquello parecía un concierto de rock, y los zumbidos y chasquidos de las conversaciones por radio lo inundaban todo. Bajo aquel estrépito, como el murmullo del mar, se oían las conversaciones susurradas de vecinos que alargaban el cuello para ver detrás de las barricadas de coches patrulla, especulaban sobre lo que había ocurrido en nuestra casa y sacaban fotografías del caos con el móvil para subirlas a su página de Facebook. Yo los conocía a casi todos, y suponía que ellos me conocían a mí, pero ninguno era amigo mío. Mi padre y yo no teníamos muchos amigos de verdad. Solo nos teníamos el uno al otro.

Trascurrieron horas en la comisaría mientras me tomaba interminables tazas de té turbio, prestaba declaración y la repasaba, sin dejar de tener, en ningún momento, la misma extraña sensación de calma y distanciamiento, como si lo más importante fuera estar lúcido, frío y racional, y recordar todos los detalles, sin juntarlos para analizar qué significaban o cómo debería sentirme. Había entrado en una casa y había encontrado a un hombre sentado a una mesa con la crisma rota. Los polis, de uniforme y de paisano, habían acudido, educados, susurrantes,

solícitos, compasivos...

Unos pasos se detuvieron en el pasillo. Pestañeé para retornar al presente, dejé de mirar la pared y, al volverme, vi que la puerta se abría. Entraron dos agentes de paisano, uno gordo y corpulento, el otro delgado y ágil. Les seguía un policía de uniforme, posiblemente uno de los que habían acudido a mi casa hacía unas horas, pero, con los chalecos antibalas y el pelo cortado al rape, todos me parecían iguales. El detective más viejo y fornido era blanco y aparentaba unos cincuenta y cinco años. Tenía las facciones hoscas y el pelo castaño ralo y canoso en las sienas. Daba una ligera impresión de desaliño, como si su traje hubiera sido fino y elegante en su momento pero ya lo hubiera llevado demasiado. El detective más joven era negro, con la piel tan oscura que le brillaba. No aparentaba más de treinta años y tenía la cabeza rapada. Se movía con la fluidez de un deportista y llevaba el traje immaculado, con la corbata almidonada y simétrica. De no ser por su expresión tremendamente seria, cualquiera diría que había salido de un catálogo de ropa masculina exclusiva.

—Finn Maguire —dijo el poli mayor—, yo soy el inspector Prendergast y este es el oficial Amobi. ¿Te ves con ánimos de responder a unas preguntas? Intentaremos no alargarlo.

—Sí, claro.

—Solo queremos repasar tu declaración. ¿Te traigo algo de comer o de beber? —El tono afectuoso de Amobi era convincente. Tenía la voz grave, con un ligero deje africano, nigeriano, quizá.

Negué con la cabeza mientras ellos separaban las sillas de la mesa y se sentaban enfrente de mí.

—¿Tienes frío? —preguntó Amobi, y miró mi traje de papel. Se habían llevado mi ropa para examinarla en cuanto había llegado a la comisaría.

—Estoy bien —respondí.

De hecho, en la sala hacía demasiado calor y el ambiente estaba un poco cargado. Era probable que, a lo largo del día, hubiera pasado por allí una procesión de sospechosos y víctimas, hechos un mar de lágrimas y contradicciones. Y ahora me tocaba a mí. La sala no tenía ventanas y la puerta daba a un pasillo interior; había un ventilador en el techo, seguramente parte de un sistema de climatización, pero suponía que por la noche lo apagaban para ahorrar.

Prendergast ignoró mi respuesta a la pregunta de Amobi y fue directo al grano.

—Has encontrado el cadáver de la víctima al llegar a casa de trabajar y has

llamado al teléfono de emergencias de la policía desde tu móvil, ¿verdad?

—Verdad.

Prendergast echó un vistazo a la carpeta de su regazo. Supuse que contenía una copia de mi declaración.

—¿La víctima era tu padre?

—Mi padrastro. Se casó con mi madre cuando yo tenía tres años.

—¿Y tu verdadero padre, tu padre natural? —preguntó el inspector—. ¿Dónde está?

—Ni idea —respondí—. No llegué a conocerlo. Mi padre era mi padre.

Prendergast se mordió el labio e hizo rodar el bolígrafo entre los dedos.

—¿Y tu madre dónde está?

—En Estados Unidos, pero no sé dónde. Nos abandonó, hace unos cinco años.

—Entonces ¿en la casa solo vivíais tu padre y tú?

—Mi padre y yo. Sí.

—¿Alguien más tiene llaves, alguien más tiene acceso?

—No. Él ha dicho que había perdido las llaves. Anoche.

—Ya —observó Prendergast, como si eso no le interesara—. ¿Eras consciente de que podía haber pasado algo antes de entrar en casa? ¿Has visto algún indicio de que hubieran forzado la puerta, algo fuera de sitio?

—Me he fijado en que las cortinas estaban echadas. A mi padre le gustaba tenerlas abiertas, por la luz.

—¿Estaban abiertas cuando has salido esta mañana?

—Sí. Las ha descorrido él mientras yo estaba en la ducha.

El inspector hizo una anotación y no dijo nada; Amobi lo miró, con la expresión serena y neutra, pero presentí que creía que Prendergast ya tenía una teoría que no compartía con nosotros.

—Explicanos qué has hecho esta mañana, desde que te has levantado hasta que te has ido a trabajar.

Les hablé de esa mañana, otra vez. No me llevó mucho tiempo, pero me fijé en que Prendergast no anotaba nada e intentaba no sonreír con suficiencia. Empecé a entender cuál era su teoría, pero conseguí terminar antes de perder los estribos.

Amobi seguía relajado y atento; que yo viera, todavía no se había decidido en ningún sentido. Cuando acabé, Prendergast dejó que transcurrieran varios segundos. Al final Amobi se inclinó sobre la mesa.

—Finn..., ¿has echado de menos algo? ¿Se han llevado alguna cosa?

—El portátil de mi padre.

—¿Tienes idea de la marca?

—Un MacBook, de unos seis años.

Amobi tomó nota despacio. Mi padre se lo había comprado a un tipo de un pub hacía unos años. Puede que fuera robado, nunca se lo pregunté. Ya estaba bastante viejo cuando lo adquirió, pero funcionaba bien y le bastaba para lo que él quería: buscar información en internet y almacenar la interminable lista de versiones corregidas, revisadas y reescritas.

—Debía de estar utilizándolo cuando... cuando lo han atacado. Escuchando música. Lo hacía mientras trabajaba. No habrá oído nada.

Prendergast asintió como si todo eso tuviera algún sentido. Amobi reparó en mi entrecejo arrugado.

—¿Qué? —preguntó.

—También han desaparecido sus notas —respondí—. Lo escribía todo a mano antes de meterlo en el ordenador. Tenía montones de páginas impresas, recortes e información general. El que lo ha matado ha debido de llevárselas.

—Hemos encontrado otro portátil arriba —dijo el inspector.

—Es un Dell viejo, es mío.

—¿Por qué crees que no se lo ha llevado el intruso?

«El intruso.» Me encogí de hombros.

—¿Porque es una porquería?

—¿Había dinero en la casa? ¿Algún objeto de valor? —Amobi estaba tomando sus propias notas. Despacio, no en taquigrafía. Alcancé a ver su letra; bonita letra caligráfica.

—No. Nada. No estamos muy forrados que digamos.

—¿Había algo que podría haber llamado la atención a un ladrón? —preguntó Prendergast.

—¿Como qué? —dije.

—Drogas —respondió.

Se había recostado en la silla y tenía las manos entrelazadas en la barriga, como un tipo que ya ha oído la misma historia un centenar de veces pero está demasiado aburrido para interrumpir. Su postura de falsa relajación tenía un peculiar aire de amenaza que me causó tanto efecto como si se hubiera hecho crujir los nudillos.

—No.

—¿Habría tenido el intruso algún motivo para creer que en la casa podía haber drogas?

—¿Por qué no lo cogen y se lo preguntan?

—A lo mejor ya lo hemos hecho. —La sonrisa de suficiencia se le había borrado y en su lugar había enfado e indignación, como si el asesinado fuera su padre y yo le estuviera vacilando.

Amobi se aclaró la garganta e intervino.

—Quizá deberíamos tomarnos un descanso. ¿Seguro que no quieres comer nada, Finn?

—Estoy bien, gracias —dije, sin dejar de mirar a Prendergast, que volvía a sonreír.

Amobi se levantó, acercó la silla a la mesa y, por fin, el inspector Prendergast se puso pesadamente en pie. Estaba gordo y en pésima forma y, por su modo constante de buscar cosas en que emplear las manos, deduje que solo era feliz si las tenía ocupadas con un cigarrillo. Pero era un hombre corpulento, y percibí que, bajo aquellas carnes blandas, fluía una peligrosa corriente de rabia y resentimiento.

Prendergast y Amobi salieron. El policía de uniforme se quedó en la sala, pero se sentó y no abrió la boca. De todos modos, yo no estaba de humor para charlar. Seguía intentando deducir qué significaba la escena de nuestro salón: mi padre desplomado sobre la mesa con los auriculares puestos, sin el portátil ni las notas. El ordenador era una antigualla, aunque un yonqui podría haber pensado que valía algo. Pero ¿cómo era posible que un yonqui hubiera entrado en casa sin que mi padre se diera cuenta, aunque llevara los auriculares puestos? ¿Y para qué habría querido un yonqui todas aquellas páginas de garabatos y manoseadas fotocopias de artículos de periódico?

En una ocasión, mi padre me habló de un escritor norirlandés conocido suyo que había recibido balas por correo y amenazas telefónicas por sus crudos relatos sobre extremistas protestantes. Había huido a Inglaterra, a un domicilio secreto.

«Soy patético —dijo—. Por un momento, he llegado a envidiar a ese pobre cabrón. Lo que escribía no dejaba indiferente.»

¿Era eso lo que había hecho él? ¿Había cabreado a alguien con su guión? ¿Se habían llevado las notas y el portátil por ese motivo? Yo ni tan siquiera sabía de qué trataba su historia: la cambiaba tan a menudo que había dejado de prestarle atención. Al principio trató de un tipo que era testigo protegido; luego pasó a ser un drama policial, después trató de banqueros corruptos y política...

Sin el portátil, ¿cómo iba a averiguarlo? Mi padre lo grababa todo en un lápiz de memoria, sí, pero la última vez que había visto el lápiz seguía enchufado a su portátil y ahora también había desaparecido.

La puerta volvió a abrirse, y Prendergast irrumpió en la sala con una carpeta en la mano. Se quedó en la entrada, mirándome, antes de señalar la puerta al policía con un brusco gesto del pulgar.

—Café con leche, sin azúcar. ¿Quieres tomar algo? —Me lo preguntaba a mí. Negué con la cabeza. El policía vaciló, y Prendergast lo fulminó con la mirada—. Y tómatelo con calma, ¿vale?

El agente salió a regañadientes, y Prendergast cerró la puerta. Con un suspiro, se quitó la chaqueta, la dejó en el respaldo de una silla y se sentó enfrente de mí. Tenía los ojos verdosos inyectados en sangre; me pareció que en su día habían tenido sentido del humor pero habían acabado cargándose de cinismo.

—¿Por qué ha sido?

—¿Por qué ha sido qué?

—La bronca que has tenido con tu padrastro.

—No hemos tenido ninguna bronca.

—No me tomes el pelo. Eres un puto adolescente. Discutís por todo, maldita sea. Drogas, ¿verdad? Volvías a traficar y él lo ha descubierto.

—Yo no trafico con drogas.

—Vamos, Finn. Tres meses en un centro de detención de menores, expulsado de la escuela, está todo en tu ficha. —Señaló la carpeta—. Aunque, por lo que he leído, los estudios tampoco te iban muy bien. Lo suspendías todo. No me extraña que te dedicaras a traficar; es la única forma que tendrás nunca de ganarte bien la vida.

No dije nada. No había nada qué decir. Prendergast abrió la carpeta y fingió que la leía.

—Te diagnosticaron dislexia. Viene del griego. Significa tonto perdido.

¿Se creía original? Ya había oído aquella clase de comentarios ignorantes millones de veces.

—Tengo un trabajo. En el Max Snax de Ealing Road.

—Sí, sí, sirviendo hamburguesas de pollo. Solo es una tapadera, ¿no? Los clientes entran, tú les pasas algo bajo mano, ellos te dan veinte libras y se ponen hasta el culo...

Le dejé hablar. Volvía a sonreír con suficiencia.

—No hay ningún «intruso», ¿verdad? Tu padrastro te lanza un ultimátum: o dejas de traficar o te echa de su casa. Tú lo consultas con la almohada y piensas: «¿Su casa? Podría ser mi casa. ¿Por qué no me deshago de él y sanseacabó?». Coges ese trofeo de bolos o lo que sea, le rompes la crisma, lo dejas desangrándose, vas a tu trabajo de camello haciendo jogging y sirves bazofia con crack durante todo el día como si no hubiera pasado nada. Cuando terminas, vuelves a casa haciendo jogging, entras, sacas el móvil y dices «Han matado a mi padre». —Prendergast puso voz de niño angustiado—. Pero he escuchado tu llamada. Estás tranquilísimo. No estás alterado ni sorprendido. Porque te importa un carajo. Solo has ganado la rifa.

Lo peor era que, en aquello último, tenía razón. Era como si no hubiera sentido nada. Quizá me había quedado en estado de shock, quizá aún lo estaba, o puede que, simplemente, no lo hubiera asimilado todavía, pero habían matado a mi padre y yo solo estaba... ¿intrigado? Más interesado en el «cómo» y el «por qué» que en el hecho de que estuviera muerto. Es decir, hasta ese momento. Cuando miré a Prendergast, sentí muchas cosas. Volví a revivirlo todo, la rabia, la impotencia, la sensación de estar hablando bajo el agua, ahogándome donde nadie podía oírme. Y la honda frustración de que lo tenía todo en contra y a la policía le importaba un carajo la verdad: solo estaba interesada en aumentar el porcentaje de casos resueltos.

Había sido hacía años, cuando mi padre y yo estábamos sin un céntimo. Yo había empezado a pasar las noches merodeando por las calles con cinco o seis chicos sin futuro como yo. Buscábamos follón y, si no lo encontrábamos, lo montábamos nosotros. Una noche encontramos un alijo de ketamina y coca abandonado en un parque y, como un gamberro de catorce años sin dos dedos de frente, llevé parte a la escuela para intentar venderlo. Un chico del curso superior que había intentado intimidarme una vez y había recibido un puñetazo en la boca se chivó y vino la poli, y un hijo de puta tan arrogante como Prendergast decidió

dar ejemplo conmigo a los demás mocosos contestones que se saltaban las normas.

La escuela no vaciló: ya me tenía en la lista negra. La condena por tráfico de drogas me fastidió el poco futuro que podía quedarme. Me mandaron a un centro de enseñanza cutre que tenía detectores de metales en todas las entradas, una línea de teléfono directa con la comisaría local y una guardería para los hijos de las alumnas de catorce y quince años. La clase de centro en el que no saber casi leer era lo normal. Me marché mucho antes de cumplir los diecisiete y nadie se molestó en intentar disuadirme.

—En el noventa por ciento de los casos, la persona que encuentra el cadáver es el asesino —declaró Prendergast—. Más te valdría haber escrito una confesión con la sangre de tu padrastro. Acabaremos descubriendo la verdad. Deja de vacilarnos y hacernos perder el tiempo, ¿vale?

—Se ha equivocado en todo —dije—. No hemos discutido. Solo lo he matado porque estaba harto de verle la cara. Me he puesto guantes y una careta para que no encontraran ADN reciente en el arma homicida. Después me he cambiado, he metido la ropa ensangrentada en una bolsa de plástico con un ladrillo y lo he tirado todo al río camino del trabajo. No lo encontrarán. No encontrarán ninguna prueba y, dentro de una hora o dos, van a mandarme a casa, porque todo lo que acabo de decirle es inadmisibile. No me ha leído mis derechos, no me ha ofrecido un abogado, me está interrogando sin que esté presente ningún otro agente, amigo adulto o asistente social. Puede que, cuando aparezcan, les diga que me ha metido la mano por debajo del pantalón. Soy disléxico, sí, pero no tonto.

Prendergast intentó volver a poner su sonrisa de suficiencia, pero, bajo las venillas rotas que le surcaban las mejillas, tenía los dientes apretados. Esperaba resolver aquel caso de inmediato, arrancarme una confesión a la fuerza, porque tenía otras preocupaciones. Me pareció que estaba demasiado enfadado para realizar aquel trabajo. Casi esperaba que se levantara, diera una patada a la silla e intentara propinarme un puñetazo; era un poli chapado a la antigua. Adelante, pensé. No me vendría nada mal un poco de práctica. Sabía defenderme y, como mínimo, le dejaría con la nariz rota.

Me salvó, o nos salvó, que la puerta se abriera y apareciera Amobi, que se quedó en el umbral con aspecto tenso.

—Señor —dijo. Prendergast lo ignoró y me fulminó con la mirada—. Inspector Prendergast —insistió Amobi—. Tengo que hablar un momento con usted.

El inspector refunfuñó, separó la silla de la mesa y se levantó. El policía de uniforme regresó, sin ningún café, volvió a sentarse en la silla del rincón y me

rehuyó la mirada. Mis interrogadores mantuvieron una urgente conversación a media voz al otro lado de la puerta. No oía lo que decían, pero me hice una idea: Amobi, crispado y puntilloso, trataba de ser respetuoso mientras reprendía a su superior por saltarse todas las normas del reglamento y posiblemente poner en peligro un interrogatorio de asesinato, y Prendergast le respondía con contundencia, parco en palabras, sin ambages.

Amobi no volvió a entrar de inmediato. Me quedé en la sala escuchando el tictac del reloj, pensando en mi padre, preguntándome por qué lo habían matado, si alguna vez llegaría a saberlo. Intuía que su asesinato no iba a ser una prioridad policial. Sí, a los polis no les gustaban los asesinatos sin resolver, pero, a menos que les diera buena publicidad o la víctima fuera un niño o una chica guapa, dejarían el caso abierto hasta que quedara lo bastante enterrado bajo otros casos para darlo oficialmente por zanjado. Yo quizá fuera el principal sospechoso, pero las pruebas eran poco concluyentes, y Prendergast había estado a punto de fastidiarlo todo antes de que la investigación hubiera comenzado siquiera. Los polis de arriba, con sus pulcros uniformes de galones, estarían desesperados por correr un tupido velo.

Amobi entró y admiré su capacidad para aparentar que estaba tranquilo y relajado, como si no acabara de ver a su jefe metiendo la pata hasta el fondo.

—Finn, de momento, no tenemos más preguntas. ¿Tienes con quién quedarte esta noche, algún familiar, algún amigo de tu padre?

Negué con la cabeza.

—No. ¿No puedo irme a casa?

—Aún es la escena de un crimen —dijo—. Pero puedo preguntarlo. Espera aquí, por favor.

Volvió a salir. De pronto reparé en que me daba vueltas la cabeza. Estaba cansado, muy cansado. Sudando y congelándome dentro de aquel dichoso traje de papel. Y tenía hambre y náuseas al mismo tiempo. No sabía si fuera era de día o de noche. Solo quería irme a casa y meterme en la cama.

Amobi regresó.

—Si de verdad quieres ir a casa, no hay problema —afirmó—. Ya han terminado de recoger pruebas y limpiar. Te llevarán dos de nuestros agentes.

—Gracias —dije.

Amobi se acarició la nariz entre dos dedos mientras pensaba en cómo iba a decirme lo que estaba deseando preguntarme.

—Finn, el inspector Prendergast dice que has hecho ciertas declaraciones mientras estabais los dos solos. Sobre el incidente.

—No he asesinado a mi padre —afirmé—. Le estaba tomando el pelo.

—Bien —dijo Amobi—. Pero ten en cuenta que el inspector Prendergast no tiene un gran sentido del humor. Debes ser...

—¿Puedo irme ya a casa?

Resultó que aún era de noche. Casi de madrugada. Había llovido y la fuerte luz amarilla de las farolas centelleaba y se reflejaba en el asfalto, en los coches aparcados y en las persianas metálicas de los escaparates. Yo iba sentado en el asiento trasero de un coche patrulla, reprimiendo las asociaciones que eso me provocaba, intentando no mirar las nuca rapadas de los agentes uniformados que viajaban delante. Iban callados, sin molestarse en darme conversación. ¿Estaban también cansados? ¿Lo hacían por consideración hacia el hijo de una víctima de asesinato? ¿O sencillamente no querían charlar con un gamberro que le había roto la crisma a su padre y había salido de la comisaría por su propio pie al cabo de unas horas? Me picaba la curiosidad, pero estaba demasiado agotado para tomarme la molestia de averiguarlo.

Me vieron dirigirme a la puerta y abrirla con la llave recuperada del bolsillo de mis vaqueros, que seguían en el laboratorio de pruebas. Cuando cerré la puerta y entré en el salón sumido en la oscuridad, les oí pisar el acelerador y alejarse a toda velocidad. Los neumáticos rechinaron en el asfalto y chapotearon en charcos lejanos. Silencio. Alargué la mano y encendí la luz como había hecho unas horas antes. Esa vez no había nadie sentado a la mesa. Percibí un ligero olor a desinfectante, pero, aparte de eso, el único indicio de que el salón había estado ocupado por desconocidos eran los surcos que los muebles habían dejado en el polvo cuando los habían movido durante el registro. Y, cuando me fijé mejor, vi que no estaban paralelos unos con otros, como si alguien hubiera intentado volver a colocarlos como estaban al principio, en una época muy anterior al asesinato de mi padre. Sin embargo, estaba demasiado cansado para seguir mirando. Dejé la luz encendida y subí la escalera arrastrando los pies, acompañado por los crujidos del maldito traje de papel. Habían registrado mi habitación, se notaba: estaba demasiado ordenada. Me quité las raídas zapatillas grises de deporte que la poli me había prestado, me saqué el traje de papel y lo dejé arrugado en el suelo, me desplomé en la cama y cerré los ojos.

Si tuve algún sueño, no lo recordaba cuando me desperté a media mañana con la cara bañada por el débil sol matutino. Lo primero que pensé fue que llegaba tarde al trabajo, muy tarde, y que el despertador no debía de haberme sonado. Entonces recordé que sí había sonado y que yo lo había apagado y había vuelto a dormirme. Luego recordé todo lo demás. Me quedé en la cama mirando el agrietado techo gris, tratando de sentir algo. ¿Había una parte de mí, la parte que debería sentirse apenada, que seguía sin creer que mi padre estaba muerto? El resto de mí sí lo creía. Tenía tantos pensamientos rondándome por la cabeza que me sentía completamente incapaz de ordenarlos.

¿Debía ir a trabajar? La policía aún tenía la ropa que llevaba puesta y los uniformes que pensaba lavar en casa. Andy guardaba uniformes de reserva en el despacho, pero los repartía a regañadientes y nos descontaba dinero del sueldo para que, de hecho, acabáramos comprándolos: nunca nos dejaba lavarlos y devolverlos...

A hacer puñetas, no pensaba ir a trabajar. Habían matado a mi padre, en mi propia casa. En ese momento, oí una vocecilla en mi cabeza que decía: «¿Y qué? Tú no estás muerto. —Le dejé hablar. A lo mejor tenía algo útil que decirme—. Estás tumbado en la cama, te sientes bien, tranquilo. Y no estás afectado. De hecho, tienes un poco de hambre, tendrías que levantarte a desayunar. ¿Qué ganas llorando y lamentándote? Nada. Solo te darías lástima, y tú no haces eso.» «Sí, es cierto —recordé—. Yo no me compadezco de mí mismo; si lo hiciera, nunca sentiría nada más.»

«¿Debería llamar al trabajo?», pregunté a la vocecilla.

«Que se jodan. ¿Qué vas a decirle al capullo de Andy?: “¿Ayer mataron a mi padre, así que voy a tomarme el día libre?”. Llámalo más tarde, quizá. Ahora mismo tienes otras cosas en que pensar.»

Era cierto: allí tumbado, los pensamientos y las preocupaciones continuaban tropezándose y deambulando sin rumbo por mi cabeza, como pasajeros que siguen esperando el metro cuando ya no circulan trenes. «¿Dónde está el cadáver de mi padre? ¿Cuándo me lo devolverán? ¿Quién se ocupa del funeral? ¿A quién se lo digo?»

«¿Quién coño lo ha matado y por qué?» Debía de tener algo que ver con el guión, o el asesino no se habría llevado el portátil. ¿Qué diablos había descubierto mi padre? ¿Con quién había hablado? Había llegado un poco borracho el domingo por la noche, y feliz, como siempre que tenía ocasión de hablar sobre sí mismo y su carrera frustrada; solía alardear de que su fracaso se debía a su integridad o

parodiarse a sí mismo y, a menudo, conseguía que le invitaran a varias cervezas. Pero ¿adónde había ido? Había montones de pubs a menos de quince minutos de casa, y a él no le importaba coger un autobús si había dado demasiado la lata en los del barrio.

O a lo mejor no era tan complicado. A lo mejor solo había sido un yonqui que se había enterado de que yo solía traficar y había decidido probar suerte y ver qué encontraba. A lo mejor yo no había cerrado bien la puerta cuando había salido por la mañana y él se había colado en la casa.

Un momento, no. Bajé las piernas de la cama y me quedé sentado al borde del colchón, con el entrecejo fruncido, intentando concentrarme. Mi padre había perdido las llaves y al día siguiente estaba muerto, asesinado por alguien que había entrado en casa mientras trabajaba en su guión. ¿Había perdido las llaves o se las habían birlado?

¿Qué había en aquel guión suyo? Tenía que leerlo; como mínimo, el último borrador. A los agentes no les había interesado ese enfoque. Si me hubieran preguntado, les habría dicho que mi padre hacía copias de seguridad de todo, religiosamente. Años atrás, había escrito media novela y la había perdido entera cuando el disco duro se le colgó. Después de aquello, utilizó un disco externo y, más adelante, lápices de memoria, cuando bajaron lo suficiente de precio. El lápiz de memoria había desaparecido, sí, pero mi padre también grababa sus archivos en AnyDocs, un servidor gratuito de correo electrónico y espacio web. Yo conocía su nombre de usuario; pero nunca le había preguntado la contraseña. Jamás la había necesitado ni había tenido curiosidad.

Mierda. Sabía que no sería nada estúpido como «contraseña» o «1234». Mi padre estaba demasiado obsesionado con que otros escritores pudieran robarle las ideas. Tampoco anotaba nunca sus contraseñas: decía que el único fuerte que le quedaba de su época de actor era su buena memoria. Yo no la adivinaría jamás, ni en un millón de años.

Me arrodillé en el suelo y miré debajo de la cama.

Mi portátil no estaba. Ni el cable. Claro: la poli ya me había dicho que lo había encontrado. Debían de habérselo llevado para buscar pruebas en el disco duro. Probablemente Prendergast estaba revisándolo en ese momento, buscando mis recibos por la venta de coca y hierba, o quizá mi artículo publicado en un blog sobre cómo matar a tu padre sin que te pillen.

Sonó el timbre. O más bien zumbó. Estaba tan viejo y funcionaba tan mal que se oía, sobre todo, por cómo vibraba contra la pared. Encontré otro par de vaqueros y

me los puse, cogí una camiseta relativamente limpia y corrí abajo para abrir la puerta. Supuse que sería Prendergast o un vecino, o el cartero con alguna carta certificada.

Pero estaba equivocado. Era una pelirroja, de menos de cuarenta años, diría yo. Bastante guapa, con la dentadura bonita y uniforme, pero con una expresión un poco tensa, como si no las tuviera todas consigo. Su ropa era más elegante que bonita: una gabardina práctica aunque demasiado holgada, un jersey verde, pantalones grises, poquísimas joyas y, más que un bolso, un maletín en bandolera. Cuando me miró, esbozaba una sonrisa muy bien ensayada. Me enseñó una identificación con un claro membrete: «Servicios Sociales». En la fotografía, daba la impresión de que la cámara la asustara, pero, en persona, parecía muy profesional y competente.

—Finn Maguire, soy Elsa Kendrick, de los Servicios Sociales. Nos han informado de lo que pasó ayer y queremos asegurarnos de que estás bien. ¿Te viene bien hablar ahora?

Me encogí de hombros, di un paso atrás y le abrí la puerta.

—Claro. Pase.

Ella entró y miró la casa con ojo profesional. Su sonrisa adquirió un aire triste y compasivo. Era buena en su trabajo: resultaba bastante convincente.

—Permíteme decirte que lo siento muchísimo. Lo que ha pasado es horrible. ¿Cómo estás?

—Bien, supongo. Perdona, ¿le apetece tomar algo?

—No, a menos que también lo tomes tú.

—Iba a hacer café... —Supuse que era una fórmula a la que debía ceñirse para consolar a los familiares de las víctimas: «Que se ocupen si ellos quieren, que se distraigan enfrascándose en la rutina diaria».

Puse agua a hervir y saqué dos tazones. Estaba todo limpio: a mi padre le gustaba tener la cocina ordenada, aunque su mesa fuera una zona catastrófica.

—De todas formas, parece que lo llevas bien —observó ella. La miré y me pregunté si estaba dándome conversación o haciendo una valoración profesional. Pareció leerme el pensamiento—. Tienes diecisiete años, ¿verdad? Y, según tengo entendido, tu padre no tenía trabajo fijo.

—Sí —respondí—. O sea, no. Era actor. —Como si eso lo dijera todo. Pero ella pareció aceptarlo como respuesta y asintió, con la mirada baja.

—¿Cómo te las arreglarás? ¿Viviendo solo?

—No lo sé. Me las arreglaré, supongo.

—¿Tú tienes trabajo?

—Trabajo en Max Snax, en Ealing Road.

—¿En administración o de cara al público?

Me reí.

—Sí, ya, administración. Trabajo de cara al público. Ahora tendría que estar allí.

—Añadí el agua caliente al café instantáneo y lo removí ruidosamente.

—Seguro que lo entenderán. Has perdido a tu padre.

—Todavía no se lo he dicho.

Ella volvió a asentir. Por algún motivo, esperaba que se ofreciera a llamar en mi nombre, pero no lo hizo. Eso me molestó un poco: ¿iba a hacer algo útil o solo había venido para poner cara triste, darme conversación y beberse mi café? Ni tan siquiera tomaba notas.

—¿Qué hay de la familia de tu padre? ¿Se lo has dicho?

—No tenía mucha familia. Un hermano en China o Tailandia, creo. Sus padres murieron en un accidente de tráfico hace siete años. —Le ofrecí el tazón de café.

—Gracias. ¿Y tu madre? Es decir, su ex mujer.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Se lo has dicho? ¿Ha... habéis estado en contacto? Sabes cómo localizarla, ¿no?

—Pues no.

—Entiendo. —Frunció el entrecejo y tomó un sorbo de café, aunque todavía estaba demasiado caliente para beberlo. Regresamos al salón.

—Mi madre se marchó hace años. No hemos sabido nada de ella desde entonces. Le daba lo mismo entonces y le dará lo mismo ahora. Mi padre y yo cuidábamos el uno del otro, y nos iba bien. —Aquello no era del todo cierto: en los últimos años, yo había cuidado de él más que él de mí.

—Ya veo. —De golpe, pasó de mostrarse tierna y comprensiva a estar seria y brusca. Dejó el tazón de café en una encimera y fue a coger el maletín que había dejado en uno de los sillones junto al televisor.

—Tengo información y folletos que pueden venirte bien. Asistencia psicológica postraumática, apoyo a las víctimas. También disponemos de una unidad especial para personas que tienen a alguien a su cargo. No es que sea tu caso —perdió el hilo y se ruborizó, pero enseguida lo retomó—, pero hay información sobre ayudas que puedes solicitar, y los teléfonos de la Seguridad Social.

Los panfletos que me ofreció parecían usados y algo manoseados. Era un maletín grande para cargar con él, considerando lo poco que llevaba dentro. Los ojeé, y las letras de las palabras bailaron el mismo tango de siempre. Ya los descifraría después.

—¿Y si necesito ponerme en contacto con usted? O sea, ¿es usted mi asistente social?

—Oh, no. Solo he venido para realizar una primera valoración, para ver si hace falta intervenir. Y parece que te las arreglas bien, tal como has dicho. Gracias por el café. —Cogió el abrigo y el maletín, como si estuviera impaciente por marcharse—. Tengo más visitas. Si tienes alguna pregunta o necesitas algo, llama a los Servicios Sociales.

—¿Y pregunto por usted? ¿Elsa Kendrick?

—Suelo estar fuera, haciendo visitas, pero puedes dejar el recado.

La seguí hasta la puerta. Forcejeó con el tirador y me dirigió una tensa sonrisa radiante cuando por fin logró abrirla.

—Cuídate. Y siento lo de tu padre. Era un buen hombre, según me han dicho.

Salió y cerró la puerta sin hacer ruido. Sus taconeos se alejaron a toda prisa. Regresé a la cocina, saqué dos rebanadas de pan, comprobé que no tenían moho, las metí en la tostadora y la puse en marcha.

La visita había sido breve y agradable. Yo ya había tratado con muchos asistentes sociales. Había dejado de intentar recordar sus nombres porque me parecía que nunca veía a la misma persona dos veces seguidas. Todos estaban desbordados de trabajo y mal organizados. Se pasaban la vida consultando expedientes, confundiendo mi nombre con el de algún otro delincuente que vivía a dos calles de la mía. Kendrick no había anotado nada, pero estaba al corriente de lo sucedido, lo sabía todo de mí, de mi padre, de nuestras circunstancias, sin siquiera mirar un expediente. Se había presentado al día siguiente del asesinato de mi padre; los otros asistentes sociales que había conocido siempre aparecían con unos seis meses de retraso. Elsa quizá fuera esa criatura legendaria, la asistente social que conseguía hacer bien su trabajo y llevar sus casos al día. Yo nunca había creído

que existieran. Pero su identificación era auténtica: era disléxico, no ciego.

Salvo que... en realidad, no me había ayudado mucho. Había hecho más preguntas de las que había respondido, y se había marchado a toda prisa. Los folletos que me había dejado, ¿me explicarían qué debía hacer con las facturas de la casa? Aún estaban a nombre de mi padre, aunque eso quizá diera igual, si me aseguraba de que seguían pagándose. Pero ¿y el subsidio de desempleo que recibía mi padre? ¿No era eso lo que pagaba la hipoteca? La hipoteca... ¿a quién pertenecía la casa ahora? ¿A mí o al banco? Ni siquiera estaba seguro de cuál era el banco de mi padre.

Las tostadas habían saltado sin que me diera cuenta y se estaban enfriando y resecaando. Preferí dejarlo por el momento. Tenía que aclararme las ideas de algún modo, decidir qué iba a hacer.

El aire estaba húmedo y fresco cuando comencé a respirar por la boca y, no mucho después, sentí la familiar quemazón en la base de los pulmones. Corría por el camino de sirga del Támesis al ochenta por ciento de mi velocidad máxima. Mi hora preferida para salir a correr eran las cuatro o las cinco de la madrugada, cuando podía ir a todo gas sin temor a chocar con personas que paseaban perros o hacían jogging, pero, esa mañana, el camino estaba vacío aparte de algún que otro ciclista. Esquivé a los que se cruzaban conmigo y disfruté corriendo al lado de los que llevaban mi dirección para luego adelantarlos, en parte por el desafío y en parte porque eso les sacaba de quicio.

Al principio correr solo había sido parte de mi entrenamiento físico para el club del boxeo al que mi padre me llevó, pero, más adelante, se convirtió en un fin en sí mismo. Me gustaba boxear y se me daba bien. Algún bromista me puso el sobrenombre de Trituradora y, al cabo de más o menos un año, muchos boxeadores de mi peso habían comenzado a evitarme. Luego, cuando Delroy cayó enfermo, el club se cerró temporalmente pero nunca se reabrió, y tuve que entrenar por mi cuenta. Correr era mi ejercicio preferido. Solo yo, y el viento en la cara, la quemazón en el pecho y el sonido de mi respiración. Mi padre probó a correr conmigo durante un tiempo (decía que nunca me pedía que hiciera nada que no estuviera dispuesto a probar él), pero no tardó en dejarlo. No podía seguirme, y yo no quería que lo hiciera. Necesitaba forzarme al límite.

Fue el club de boxeo lo que me reformó. La claridad, la concentración de boxear. Estar imbuido en el presente. Todos sabíamos que, a la menor distracción, nos

daban una paliza. Y enseguida aprendimos que, por muy corpulentos o duros que fuéramos, siempre había alguien más corpulento y más duro, y eso nos enseñó a pensar además de a pelear. Llevarme allí fue la idea más brillante que mi padre había tenido nunca.

Llegué al siguiente puente, di media vuelta y volví sobre mis pasos. Eché un vistazo a mi reloj y vi que llevaba quince segundos de retraso con respecto a mi mejor tiempo. Meforcé más.

Mi padre había hecho todos los cursos que había podido permitirse y se había leído todos los libros de la biblioteca sobre cómo educar con mano firme, poner límites a los hijos y todas esas gilipolleces absurdas. Sabía que yo estaba enfadado, sabía que me había descarriado, sabía por qué y quería ayudarme. Pero no podía evitar que me sintiera como me sentía más de lo que podía yo. Había pasado un calvario conmigo: las peleas en la escuela, los novillos, los delitos menores, el patético intento de traficar. Nunca me había abandonado. Siempre se había presentado ante el tribunal y había intentado convencer a todos los que le escucharan de que yo era buen chico, aunque todas las pruebas apuntaran a lo contrario. De algún modo, siempre había estado de mi parte, incluso cuando mi culpabilidad no admitía discusión. Jamás me echaba la culpa de nada. Ni siquiera se la echaba a mi madre por haberse marchado, aunque no había que ser Freud para comprender que fue entonces cuando empecé a ir por mal camino. «Nadie manda en el corazón», decía, y se reía. Nunca decía que el de mi madre le había mandado abandonarnos a él y a mí.

Cuando llegué al puente de Kew, iba veinte segundos por delante de mi tiempo medio. Eso estaba mejor. Seguí el camino de sirga hasta que se perdió en la nueva urbanización construida junto al río y, más adelante, crucé High Road camino de mi calle, intentando mantener el ritmo hasta el último momento para anular el dolor causado por la acumulación de ácido láctico en los gemelos.

Mi padre intentó que yo no odiara a mi madre y no lo consiguió. Yo quería que él la odiara tanto como yo y no lo conseguí. Él siempre la amó, incluso después de que nos abandonara. Recordé la vez que me escondí detrás de la puerta de su dormitorio para darles un susto y les oí juntos, oí a mi padre cantar la canción de los dos, «Sweet Thames Flow Softly», sobre unos enamorados cuyo idilio florece y se marchita en el río. Percibí la felicidad y el afecto que transmitía su voz y me escabullí sin que ellos me vieran, y jamás les conté que había estado allí. Aunque debía de recordarle cómo la había perdido, mi padre seguía entonando aquella canción; la tarareaba siempre que encendía el portátil.

Entré en mi calle. Aún me quedaban fuerzas. Corrí a toda velocidad, por el

mismo centro de la calzada.

Había un hombre fornido con un arrugado traje apoyado en un coche enfrente de nuestra casa, mirándola mientras sacaba un cigarrillo. Prendergast.

Alzó la vista, sorprendido y un poco alarmado, cuando me acerqué. Al reconocerme, volvió a relajarse, tiró el cigarrillo al suelo y lo incrustó en el asfalto con el zapato. Me detuve, jadeando, lo miré de soslayo y empecé a hacer estiramientos mientras el pulso se me normalizaba. Mi sudor dejó manchas grises en la acera.

—Aquí no ha pasado nada, ¿no? —dijo Prendergast. Le miré con el entrecejo fruncido—. La mayoría de los familiares de una víctima de asesinato se pasan varios días deambulando como zombis, a veces incluso semanas. Se quedan sentados mirando al infinito, se olvidan de lavarse, de comer, no se duermen ni a la de tres. Tú no pareces muy preocupado.

—Yo no soy como la mayoría —argüí. Pronunciaría frases cortas hasta que recobrara el aliento. Además, no quería gastar saliva con Prendergast.

—Te alegrará saber que hemos avanzado en nuestra investigación —dijo—. Hemos repasado los últimos movimientos conocidos de tu padre. Y los tuyos. Por cierto, tu jefe de Max Snax no sabe nada de ti. Le he puesto al corriente de lo acontecido. —Aquello último, dicho con una sonrisa agria. Prendergast utilizando jerga policial con Andy... debía de haber sido un diálogo de besugos.

—¿Hay ya algún sospechoso? —Me agaché y estiré primero una pierna y luego la otra. Me encorvé para tocarme la rodilla con la frente.

—Tu padre pasó la última noche bebiendo en el Weaver's Arms de Griffin Estate —explicó Prendergast—. Se marchó cuando cerraron, solo. Un testigo le vio entrar en esta calle, canturreando. Después de eso... la última persona que lo vio vivo fuiste tú.

—Alguien entró a la mañana siguiente, después de que yo me fuera —dije—. Con las llaves que perdió. O que le robaron.

—No hay ADN, no hay huellas excepto las de tu padre y las tuyas —objetó Prendergast.

—Vivo ahí —repuse—. Es lógico que encuentren mis huellas y mi ADN.

—No vieron a nadie, ni entrando ni saliendo. Excepto a ti, a la mañana siguiente. Te vieron salir de casa corriendo.

—Yo corro siempre —sostuve.

Prendergast se rió.

—Es curioso —dijo—. Hoy en día, muchos gamberros ven unas cuantas series sobre investigación criminal y se creen que lo saben todo. Pero en la vida real no es así. Es más caótico, menos espectacular, más previsible. Al final, el crío que haya hecho esto se emborrachará o se colocará y se pegará un tiro en la boca, porque se siente culpable o necesita llamar la atención. Y, cuando lo cuente, correrá la voz y nosotros acabaremos enterándonos y entonces lo arrestaremos. A veces no se tarda ni eso: vienen y confiesan. Los que no tienen verdaderos amigos ni nadie en quien confiar. Al final la verdad sale a la luz.

—¿Desde cuándo le importa la verdad? —pregunté—. Usted se limita a decidir qué ha pasado y luego selecciona las pruebas que le convienen. La ley del mínimo esfuerzo.

—Sí, claro —dijo Prendergast—. Tienes antecedentes penales, ¿verdad?

Ya estaba harto de su sonrisa de suficiencia.

—¿Cuándo van a devolverme a mi padre? Me gustaría enterrarlo.

—El juez de instrucción querrá que le hagan la autopsia —respondió—. Luego abrirá una indagatoria. Mañana o pasado. Él decidirá cuándo te devuelven el cuerpo.

—¿Tengo que ir a la indagatoria?

—Un agente te informará de los detalles. Va incluido en el servicio. —Volvió a sonreír con suficiencia y se sacó varias hojas dobladas del bolsillo interior—. Firma esto —dijo.

Me dio los papeles, sacó un bolígrafo barato y lo abrió.

Desdoblé las hojas y las miré. Prendergast suspiró y miró a otra parte, exasperado.

—Adelante, léelo primero. Tengo todo el día.

—¿Qué es? —pregunté.

—Una lista de los efectos que nos llevamos de tu casa como parte de nuestra investigación —respondió—. Necesitamos que firmes conforme te los hemos devuelto todos en buen estado. —Abrió la puerta trasera del coche. Había una caja de cartón en el asiento, llena de objetos de mi casa envueltos en bolsas de plástico duro. Vi mi portátil casi en el fondo. Volví a mirar las hojas. Sí, era una lista, sin duda. Vi el logo de Dell. Habían copiado el disco duro, supuse, para poder buscar archivos ocultos sin que yo me impacientara.

Apoyé los papeles en el techo del coche de Prendergast y firmé. Por su mueca, deduje que le preocupaba que le rayara la pintura y me arrepentí de no haber apretado más. Le devolví las hojas y el bolígrafo, y cogí la caja de cartón del asiento trasero. Me fijé en que también estaba la cartera de mi padre, junto con nuestro tercer juego llaves de casa.

—Te llamaremos, Maguire —dijo Prendergast.

Subió al coche. Yo eché a andar hacia mi casa mientras él bajaba el coche de la acera con brusquedad y se alejaba, a demasiada velocidad para una calle tan estrecha.

Entré, cerré la puerta con el pie y dejé la caja en la mesa, enfrente de donde estaba sentado mi padre cuando lo habían matado. Era absurdo, pensé, ir de puntillas por la casa como si él siguiera allí, durmiendo con la cabeza apoyada en los brazos. Mi padre ya no estaba, y yo tenía que hacerme a la idea.

Saqué mi portátil y lo dejé donde mi padre solía trabajar. El cargador estaba en una bolsa aparte con el adaptador. El ordenador tenía la batería descargada: si no lo conectaba a la electricidad, apenas arrancarían antes de volver a apagarse.

Enchufé un extremo del cable a la toma de corriente y el otro al ordenador y lo puse en marcha. El portátil suspiró, rezongó y resolló al encenderse como un perro viejo al que sacan a pasear a rastras.

Me pregunté qué habría pensado la poli de lo que había encontrado en él. Primero habría mirado en todos mis sitios web sociales: no habría tardado mucho. No era la dislexia la que me disuadía de escribir sobre mi vida. Era, sencillamente, que no tenía mucho que decir. Y, siempre que miraba las páginas de otros, me parecía que ellos tampoco lo tenían, aunque debía reconocer que eso no les impedía decirlo. Aun así, traté de integrarme, pero, después de mucho esfuerzo, me di cuenta de que solo era una prolongación de las chorradas que decíamos en los últimos asientos del autobús escolar, solo que por escrito.

Por supuesto, tener muchos amigos era clave. Y yo no los tenía. Sé qué conclusión sacaría la poli... un solitario antisocial. Hasta los imbéciles aciertan de vez en cuando.

Teclé mi contraseña, y el portátil refunfuñó y protestó un poco más. La policía no me había pedido la contraseña, aunque legalmente tenía derecho a hacerlo. Era obvio que, de algún modo, la había puenteado. Si alguna vez tenía algo que mereciera la pena esconder en un ordenador, necesitaría encontrar un mejor modo de protegerlo.

Apareció el escritorio. Abrí el navegador y entré en el sitio web de AnyDocs. En la esquina superior derecha estaban los campos para registrarse e introducir la contraseña. En el nombre de usuario, escribí «NoelPMaguire». Mi padre utilizaba ese nombre para todo en internet. A continuación, la contraseña. Mientras corría, se me había ocurrido cuál podía ser, pero había visto a Prendergast y, por un momento, se me había ido de la cabeza.

Mientras la introducía, me di cuenta de que había sacado la lengua por un lado de la boca, como hacía cuando era pequeño y me esforzaba por escribir las letras en el orden correcto. Metí la lengua y cerré bien la boca.

Escribí «sweetthamesflowsoftly». Pulsé «Enter».

En la pantalla, un circulito se persiguió la cola mientras el sistema se lo pensaba. La pantalla parpadeó.

Apareció una larga lista de documentos. El primero se titulaba: «El Jefe - Primer episodio - Quinto borrador». Modificado por última vez hacía dos días. Un día antes de que asesinaran a mi padre.

Pulsé dos veces en el título y, por fin, apareció una página. Tenía el mismo aspecto que la mayoría de los guiones cinematográficos que había visto: un texto, un espacio en blanco, un nombre en el centro de la página, otro texto con menos márgenes. Ese sería el diálogo. Miré el pie de la página: 1 de 120. Hostia.

Respiré hondo, me concentré y comencé a leer.

3

Ya era de noche cuando terminé, y me dolía la cabeza. Odiaba tener que leer delante de otras personas; a solas, podía hacerlo a mi propio ritmo, aunque era tan lento que me exasperaba incluso a mí. No creía que la dislexia fuera la única razón de que me hubiera costado tanto leer el guión de mi padre. Todos los personajes hablaban demasiado y no iban nunca al grano, o iban al grano demasiado rápido y luego se pasaban siglos repitiéndose y divagando. La trama tenía tantos giros, sorpresas y engaños que costaba seguir el hilo, y los personajes hacían cosas que no tenían sentido y se complicaban la vida sin ningún motivo aparente.

Por otra parte, no creía que el asesino de mi padre fuera crítico de cine.

El estómago me rugía desde hacía una hora, de manera que saqué un paquete de pasta y encendí el hervidor eléctrico. Solo me quedaba la pasta que había en el paquete. «Mejor aviso a papá para que compre más», pensé, sin pensar. Entonces, también caí en la cuenta de eso: mi padre no estaba, y todas las cosas que hacía de las que yo no me preocupaba se quedarían sin hacer, a menos que me ocupara yo. Mi padre ya no regresaría a casa de la compra matutina del lunes con un saco de pasta caducada. Ya no dejaría tazones de té frío a medio beber en el suelo del salón cuando se quedaba dormido delante del televisor. Ya no habría zurullos suyos en el váter cuando olvidaba tirar de la cadena. Ya no cantaría mientras cocinaba... Me puse a pensar en todo lo que supondría eso e intenté asimilarlo, me pregunté cuándo empezaría a dolerme. El hervidor se apagó y vertí el agua en una cacerola, añadí sal, encendí el gas y esperé a que volviera a hervir.

El guión de mi padre trataba de un viejo gánster llamado Grosvenor: rico, con éxito, temido y respetado en el hampa. Tenía un leal lugarteniente cuyo nombre era Dunbar, un irlandés con un turbio pasado terrorista que se ocupaba del trabajo sucio. Era obvio que ese era el papel que había escrito para sí. En el guión, Grosvenor tenía un sobrino joven, ambicioso y despiadado, que quería darse a conocer aunque eso conllevara iniciar una guerra de bandas, y Dunbar estaba entre dos fuegos.

El guión describía un asalto a una furgoneta que transportaba lingotes de oro al

aeropuerto de Heathrow. Esa parte me había resultado familiar; un asalto como aquel había sucedido en la vida real, hacía seis meses. Un guardia jurado había muerto de un disparo y nadie sabía con certeza cuánto oro habían robado. La poli no había detenido a nadie ni había avanzado en su investigación. Corrían rumores de que era un trabajo de profesionales, de criminales organizados de alto nivel, pero los testigos estaban demasiado asustados para declarar.

Escurrí la pasta, la mezclé con parte de la salsa al pesto del bote que había en la nevera y rallé un poco de queso cheddar rancio para añadirsele.

El caso era que podía imaginarme en quién había basado mi padre su historia. Durante mi breve y mediocre carrera de delincuente, había oído un nombre que todos pronunciaban con miedo, respeto y reverencia: Joseph McGovern, el Gobernador. El tipo más duro de Londres, el gánster al que la poli jamás había podido tocar. Grosvenor, McGovern, el Gobernador: mi padre apenas se había molestado en cambiarle el nombre. Aunque, de haberlo hecho, tampoco habría engañado a nadie.

Él siempre decía que las mejores historias eran las que se sabían de buena tinta. Como actor, si quería prepararse para un papel, no leía sobre él ni se conformaba con la versión del escritor. Salía a buscar una persona de carne y hueso que trabajara en lo mismo que su personaje y aprendía de ella; observaba lo que hacía y escuchaba sus historias. Había sacado de quicio a unos cuantos escritores y directores, recordé, al insistir en que sabía más de su personaje que ellos mismos. Como escritor, habría hecho lo mismo. Habría salido a buscar tipos que trabajaran en el crimen organizado y les habría hecho muchas preguntas. Y ahora estaba muerto. Sonreí para mis adentros: me lo imaginaba diciendo: «Debí de hacerles las preguntas correctas».

Rebañé los restos de pesto con la última espiral de pasta y aparté el plato. Sabía qué iba a hacer. Habían asesinado a mi padre y, aunque algo me pasaba, aunque no era capaz de lamentar su muerte ni llorar por él, podía intentar descubrir quién lo había matado y por qué. No tenía la menor idea de qué haría cuando lo averiguara, si es que lo hacía; ya quemaría ese puente cuando llegara. Pero no estaba dispuesto a continuar con mi asco de vida como si no hubiera pasado nada, y no pensaba quedarme de brazos cruzados mientras Prendergast y su pandilla perdían el tiempo intentando colgarme el muerto.

Sabía por dónde iba a empezar. Me lo había dicho Prendergast.

El Weaver's Arms estaba a quince minutos de casa. Era una casita rústica que antiguamente había sido un pub de barrio rodeado de humildes casas adosadas. Cuando las casas fueron demolidas y sustituidas por altos edificios de pisos, el pub y su destartalada terracita de hormigón se habían quedado solos en un mar de césped municipal salpicado de basura y caca de perro. A aquella hora de la noche, resultaba acogedor visto desde fuera y, con el resplandor amarillo que se veía por sus ventanas esmeriladas, parecía un típico pub inglés. Solo le hacían falta unos cuantos palmos de nieve para tapar la acera delantera agrietada y manchada, y habría parecido una felicitación de Navidad.

En cuanto abrí la puerta, me asaltaron una peste a sudor y cerveza derramada y un alboroto de voces casi ahogadas por la atronadora música de hacía más de treinta años que sonaba en la gramola. El pub estaba lleno para ser martes por la noche: vi a cinco o seis hombres de la edad de mi padre acodados a la barra, resoplando y vociferando, riéndose los chistes. Esparcidos por el local, había corrillos de bebedores que susurraban entre sorbo y sorbo de cerveza y, en un rincón, un hombre delgado y tremendamente alto no dejaba de introducir monedas en una máquina tragaperras, de esas que se tragan diez libras en silencio pero hacen un ruido infernal cuando devuelven cincuenta peniques.

Nadie me miró dos veces cuando me dirigí a la barra. Era menor, pero, con mi estatura y mi constitución, podía pasar fácilmente por un chico de dieciocho. El problema era que no sabía cómo actuar. Rara vez iba a pubs (entrenar era más barato que beber) y ahora que estaba allí no sabía por dónde empezar. ¿Cuáles de aquellos hombres habían estado bebiendo con mi padre unas noches atrás? Me maldije: ni siquiera había cogido una foto suya. Tenía una en el móvil, pero era muy vieja, y la pantalla de mi teléfono era un asco.

—Eres Finn, ¿verdad? El hijo de Noel. Te acompaño en el sentimiento.

El hombre que se había dirigido a mí era indio o paquistaní, y yo le sacaba la cabeza. Iba vestido de una forma muy extraña, con un abrigo acolchado azul de nailon y mitones. Lo reconocí; tenía un quiosco en Griffin Estate. Llevaba una jarra de cerveza medio llena en la mano y se bamboleaba un poco. Por eso se apoyaban todos aquellos viejos en la barra: a esas horas de la noche, apenas podían mantenerse en pie.

—Gracias —dije—. ¿Puedo invitarle a otra?

—No, deja que te invite yo —respondió el quiosquero—. ¿Una pinta? Maureen, una pinta de la mejor cerveza que tengas para el hijo de Noel.

Los dos viejos más próximos a mí en la barra me miraron, y vi que sus caras no

solo manifestaban curiosidad sino también placer, como si yo hubiera aparecido para sustituir a mi padre.

—¿Eres Finn? ¿El boxeador? Tu padre siempre nos hablaba de ti —dijo uno, y me tendió la mano huesuda.

Aparentaba unos sesenta años e iba muy bien vestido, con la camisa almidonada y los pantalones recién planchados, como si acabara de salir de un campo de golf. El hombre de su lado era diez años mayor, llevaba vaqueros y una sudadera y parecía un estudiante que le había dado demasiado al tabaco Y a la bebida.

—Siento mucho lo de tu padre. Era un buen hombre —dijo Pintas.

—Ha sido horrible lo que ha pasado —añadió don Pimpollo.

Me estrecharon la mano, y vi verdadera compasión en sus caras.

—Yo soy Jack —dijo el elegante—. Este es Phil. —Señaló al hombre desaliñado—, y ya has conocido a Sunil.

Sunil el quiosquero me pasó una cerveza.

—Ten. Por tu padre. Un buen amigo, un gran conversador y un bebedor increíble.

—Salud —dije.

Bebimos.

Me alegraba de haber comido un plato de pasta. Cuando se trataba de beber, yo era un peso ligero y, después de mi segunda cerveza, noté que perdía la concentración y me maldije en mi fuero interno. Mi intención era beber despacio, que la cerveza me durara, y hacer muchas preguntas, pero los compañeros de tragos de mi padre no dejaban de invitarme a cerveza, como si ponerse como una cuba fuera una especie de terapia, lo cual supongo que es. Se desvivían por decirme lo genial que era mi padre, como si yo no lo hubiera conocido.

Aunque, en cierto sentido, yo nunca había conocido al padre que salía de copas. En ese momento, Sunil me estaba contando una anécdota que imaginé que ya había explicado muchas veces sobre la vez que mi padre se escondió debajo de una mesa para eludir a un mastodonte con tatuajes maoríes que le acusaba de estar tirándose a su mujer. Mientras Sunil hablaba, sus compañeros intervenían con lo que consideraban detalles desternillantes. Yo había intentado ser sutil, pero pensé

que, si no iba al grano pronto, acabaría abrazado a aquellos tipos y acompañando a Frank Sinatra en la gramola, como las viejas del fondo del pub, que chillaban como zorros peleándose por bolsas de basura.

—¿No estuvo mi padre aquí hace un par de noches?

—¿A qué noche te refieres? —Se miraron con el entrecejo fruncido y se rascaron la cabeza como si les hubiera pedido que rememoraran su recuerdo más antiguo.

—¿El viernes? —preguntó Jack—. Yo no estaba. Daban el alta a mi señora...

—Anteanoche —respondí—. El domingo.

—El alemán —dijo Phil—. Sí que estabas, Jack, te compró un puro.

—Ah, sí... Hans —añadió Jack, animándose.

—¿Hans? —pregunté.

—Un periodista —dijo Sunil—. Del *Suddeutsche Zeitung*.

—¿Por qué estaba hablando con mi padre un periodista alemán?

—Estaba escribiendo un artículo sobre el Gobernador. Noel le dijo que él también estaba escribiendo un guión sobre él y se pusieron a comparar notas —respondió Phil.

—¿Qué pinta tenía ese Hans? ¿Qué edad tenía?

—¿Cuarenta y tantos? —Phil se encogió de hombros.

—Un poco más bajo que tú, en bastante buena forma, por lo que vi —dijo Jack.

—Generoso —añadió Phil—. Nos pagó todas las copas.

—Rubio —dijo Jack—. Hablaba inglés muy bien.

—Y aguantaba muy bien el alcohol —observó Sunil—. Debió de tomarse, ¿cuántos?, ¿doce vodkas con naranja? Nadie lo habría dicho.

Eso me sonaba. Ah, sí, Delroy, el propietario del club de boxeo. No le gustaba mucho beber, pero, si tenía que integrarse y fingir que estaba emborrachándose, dejaba que todos creyeran que tomaba vodka con naranja. Sin embargo, solo era zumo de naranja. A menos que se pruebe, es imposible saber que no lleva vodka.

—¿Hablasteis de ese Hans a la policía cuando vino a preguntar por mi padre?

—No me pareció que le diera mucha importancia —respondió Jack—. Anda, termínate la cerveza y pediremos otra ronda.

—¿Qué hay del Gobernador? ¿Qué explicó mi padre a Hans sobre el

Gobernador?

Hubo una breve interrupción en el flujo de la conversación. Phil arrugó la nariz. Sunil tomó un sorbo de cerveza.

—Le dijo que no hiciera preguntas —respondió por fin Jack.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque nunca se sabe quién puede tener la oreja puesta —respondió Sunil.

—Nadie se mete con el Gobernador, eso es todo —dijo Jack.

—¿Qué quieres decir con que nunca se sabe quién puede tener la oreja puesta?

—McGovern tiene negocios en todo Londres —explicó Sunil—. Clubes de striptease, casinos, restaurantes, incluso tintorerías. Que nosotros sepamos, hasta podría ser el dueño de este sitio.

—Y cuanto menos se hable del tema, mejor —aseveró Jack. Señaló mi vaso—. ¿Qué estás tomando, cerveza amarga?

—Mi padre estaba escribiendo un guión sobre McGovern —insistí—. ¿Y si lo han matado por eso?

Jack suspiró y miró a otra parte. Phil se inclinó sobre la barra. Llevaba varios días sin afeitarse, y la luz se le reflejó en la barba cana.

—Finn —dijo—, si tu padre cabreó al Gobernador y él mandó a alguien para que se lo cargara, nadie podrá probarlo nunca. Al final da lo mismo si lo hizo o no. Si vas por ahí diciendo que el Gobernador mandó matar a tu padre... —Dejó caer el vaso, como si, de golpe, ya no le gustara la cerveza, y se levantó tambaleándose—. Estoy muerto de hambre. Voy a comprarme un kebab.

—Mi señora me estará esperando —arguyó Jack. Se terminó la cerveza de un trago.

—Tengo que levantarme a las seis —dijo Sunil—. Me alegro de haberte conocido, Finn. Cuídate, ¿vale?

—Sí, cuídate —repitió Phil, y se puso una mugrienta cazadora militar.

—Ya nos veremos —dijo Jack, y se puso una elegante chaqueta. Me dio una palmada en la espalda, se despidió de la camarera con la mano y se dirigió a la puerta.

Dejé que se marcharan.

Cuando cerré la puerta de casa, el ruido resonó en el salón como si hubiera dado un portazo. Hacía más frío dentro que fuera; teníamos calefacción central, pero mi padre odiaba encenderla. «Ponte un jersey si tienes frío, puñetas», rezongaba. De hecho, era más friolero que yo, y a veces se sentaba a ver la televisión enfundado en un saco de dormir viejo y mugriento, con un gorro de lana en la cabeza, como un vagabundo en su propio salón. Sin duda, no era buen momento para que yo encendiera la calefacción; no había abierto ni una sola factura de la casa, no sabía cuánto solíamos pagar ni cómo lo pagábamos. Saqué la cartera. Me quedaba un billete de veinte libras. ¿Cuánto me duraría? Sabía que la cartera de mi padre estaba en la caja de efectos personales que me había devuelto Prendergast, y sabía el PIN de su tarjeta bancaria, pero no tenía la menor idea de cuánto dinero había en la cuenta; no creía que fueran más de cien libras. ¿Y no estaría congelada su cuenta ahora que había muerto? ¿O el banco ni siquiera se enteraría a menos que yo informara? No creía que fueran a acusarme de fraude por gastarme el dinero de mi padre. Pero la mayor parte de ese dinero eran prestaciones sociales. Si nadie informaba de su muerte al Departamento de Servicios Sociales, ellos seguirían pagando. Aunque, en cuanto se enteraran, reclamarían el dinero. Y, a menos que se sintieran generosos o traspapelaran los documentos, era muy probable que exigieran intereses o me llevaran a juicio. O ambas cosas.

Yo tenía unas ciento cincuenta libras ahorradas, ingresadas en una cuenta postal que mi padre me había abierto hacía años. Cuando estaba vivo, eso me parecía mucho dinero, pero ahora... Decidí que llamaría a esa asistente social, Kendrick, por la mañana. Como mínimo ella podría explicarme qué debía hacer, en lo referente a mi situación económica; parecía que todos los días surgieran nuevas preocupaciones. Creía que el práctico era yo, que había cuidado de mi padre. Nunca había sido consciente de todas las cosas de mayores de las que se encargaba y nunca hablaba.

Puse agua a hervir. Era demasiado tarde para tomarme un té o un café, pero en el armario había sopa instantánea que mi padre compraba porque era barata. Yo siempre le hacía ascos cuando se ofrecía a prepararme una, pero en ese momento pensé que, al menos, me entonaría.

Me calenté las manos con el humeante tazón mientras mi portátil se encendía y el pequeño disco duro repiqueteaba como una caja de cerillas llena de hormigas. Por fin apareció el escritorio con una fanfarria metálica.

Abrí un navegador y escribí «McGovern, crimen organizado» en el recuadro del motor de búsqueda. Iba a pulsar la tecla «Enter», cuando, de pronto, me pregunté:

«¿Y si el Gobernador ve que lo busco en Google?». Luego me sentí estúpido, igual de paranoico que los borrachos del Weaver's Arms. Como si McGovern no tuviera mejores cosas que hacer que vigilar todo internet por si aparecía su nombre. Pulsé la tecla.

Era extraño. El nombre de McGovern y su apodo aparecían en montones de artículos de periódico, con mucha palabrería sobre sus lazos con el hampa y su imperio inmobiliario, pero costaba encontrar información clara. En una ocasión, McGovern incluso había sido citado ante un tribunal, acusado de evasión de impuestos, pero los cargos fueron retirados cuando la documentación desapareció de forma misteriosa. Si McGovern había metido baza, nadie se atrevía a insinuarlo. Puede que los periódicos temieran una demanda por calumnias, o puede que el Gobernador tuviera otros métodos para controlar la mala publicidad.

Solo había conseguido leer tres artículos, y los ojos ya me dolían del esfuerzo. Decidí probar con una página más y fui a parar a un blog que se titulaba «Trapos sucios» y afirmaba tener toda la información sobre el hampa londinense. Según aquel bloguero, McGovern estaba implicado en todos los delitos importantes desde el gran robo del tren en 1975 hasta el 11-S, y todos los que le habían cabreado en alguna ocasión habían terminado enterrados bajo emblemáticas obras arquitectónicas de Londres, porque la mayoría eran suyas.

El bloguero intentaba parecer escandalizado e indignado, pero hasta yo me daba cuenta de que, en el fondo, admiraba a McGovern. Nacido en Northholt, hijo de padres irlandeses de clase obrera, el Gobernador era un hombre y un padre ejemplar que, según aquel blog, nunca hacía daño a nadie salvo a otros delincuentes, donaba montones de dinero a organizaciones benéficas y era demasiado listo y despiadado para que le pillaran. Incluso había una fotografía borrosa de su casa del noroeste de Londres, un enorme palacio de muy mal gusto a cuyo lado la mansión de cualquier jugador de fútbol de primera división parecería un cobertizo.

La historia de mi padre no halagaba a McGovern de aquel modo. En su guión, el Jefe era un matón que había alcanzado la cima siendo más cruel que cualquiera de sus rivales. La trama divagaba, sí, pero su versión de McGovern me parecía mucho más convincente que todo lo que había leído en la red.

Me di cuenta de que no había echado las cortinas. Al entrar en casa, había encendido la lámpara del rincón, pero, aparte de eso, la otra única luz del salón era la que proyectaba la pantalla del portátil. Cuando miré la calle sumida en la oscuridad, me vi reflejado en el cristal de la ventana; mi silueta encorvada sobre el ordenador, mirando las palabras con los ojos entrecerrados. Me ruboricé al pensar

que algún transeúnte podía haberme visto moviendo los labios mientras leía. O que fuera podía haber alguien oculto entre las sombras, observándome. Me levanté y corrí las cortinas. Luego fui a cerrar la puerta con llave. Ya había echado la llave y el cerrojo de la puerta trasera antes de ir al pub. Entonces caí en la cuenta de que las llaves de mi padre seguían sin aparecer. Era cierto que, mientras estuviera en el salón, no podía entrar nadie, pero no podía echar el cerrojo de la puerta delantera: se había alabeado y su robusto cerrojo ya no estaba alineado con el marco.

De hecho, pensé, podía haber alguien en casa en ese momento, alguien que hubiera entrado mientras yo estaba en el pub. Alguien que podría haberseme acercado por detrás sin que yo me diera cuenta mientras estaba sentado a la mesa leyendo. Agucé el oído. No me limité a escuchar; también intenté percibir alguna presencia. Pero no oí a nadie ni noté nada. La casa estaba vacía, y yo estaba solo. Por un momento, me dejé vencer por la autocompasión, pero enseguida me repuse y la aplasté mentalmente con el talón como si fuera una cucaracha. Esa mierda no, ni ahora ni nunca.

Subí, me cepillé los dientes sin mirar mi reflejo, dejé la ropa amontonada en la silla de mi habitación y me metí entre las sábanas.

4

—Servicios Sociales.

—Hola... Esto... Busco a una persona, Elsa Kendrick.

—¿De qué se trata?

—Mi padre ha muerto hace poco, y yo tengo diecisiete años. —Hice una mueca. No me estaba explicando. Parecía un crío de cinco años que había llamado al servicio de urgencias—. Esto..., necesito consejo sobre cómo administrar el dinero y ese tipo de cosas, y ella me dijo que la llamara si...

—Un momento, por favor.

Hubo treinta segundos de tintineo electrónico. Me terminé el café instantáneo. Sabía agrio: claramente, la leche se estaba pasando. Tendría que salir a comprar. Odiaba comprar.

—Servicios Sociales. —Otra voz, otra mujer, veinteañera, diría yo. Solo eran las nueve y veinte de la mañana, pero ya parecía agobiada y tensa.

—Hola, querría hablar con Elsa Kendrick. —No quería tener que ponerme a dar explicaciones otra vez.

—Elsa está de baja ahora mismo. ¿Puedo ayudarte yo?

—Ah, ya... —«Joder —pensé—. Ya estamos otra vez con lo mismo de siempre, una cara distinta todos los días.»

—Esto... ¿sabe cuándo vuelve?

—Lo siento, pero no. Tiene una baja indefinida.

«¿Qué diablos le habrá pasado?», pensé.

—Perdone, ¿desde cuándo está de baja? Hablé con ella ayer. Creía...

—¿Ayer? A Elsa la sus..., quiero decir, cogió la baja hace dos meses.

—Un momento, ¿ha dicho que la suspendieron?

—Lo siento. ¿Querías algo? A lo mejor puedo ayudarte yo.

—Pelirroja, unos treinta y cinco años, ¿verdad?

—Perdón, ¿con quién hablo?

—¿Dónde vive, lo sabe?

—No puedo darte esa clase de información. Mira, si necesitas algo, dime qué es y veré si puedo ayudarte. De lo contrario, lo siento. Estamos muy ocupados.

—No se preocupe. Da lo mismo.

—¿Me das tu nombre y tu número de teléfono? Te llamarán.

—No. No se preocupe. Gracias.

Colgué. De todos modos, no me habrían llamado. Nunca lo hacían. Me quedé mirando el móvil como si pudiera mostrarme un icono que me indicara que mi llamada no había servido de nada. Si Elsa Kendrick estaba de baja, ¿por qué se había presentado en casa con un montón de folletos de los Servicios Sociales? ¿Por qué me había hecho preguntas sobre mi padre y sobre el paradero de mi madre? Quizá aparecía en el listín telefónico... Era poco probable. Una asistente social nunca pondría su número particular en la guía o tendría que aguantar constantes llamadas de bichos raros, borrachos, pirados y gente meramente desesperada. Si quería encontrar a Elsa Kendrick, tendría que pensar en alguna otra vía.

Cuando el móvil me sonó en la mano, estuvo a punto de caérseme. Mientras vibraba, apareció en la pantalla la palabra TRABAJO. Mierda, Andy.

—Andy, hola.

—Finn, buenos días. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias, dadas las circunstancias.

—Eso es bueno, eso es bueno. Nos hemos enterado de lo que ha pasado. Es horrible. Lo sentimos mucho.

Estaba impresionado. Casi parecía humano. «Maldita sea», pensé. Tendría que haberle llamado para pedirle unos cuantos días libres, explicárselo yo...

—Andy, siento no haber ido a trabajar. Tengo bastante lío, no doy abasto.

—Tranquilo, no pasa nada. Por eso te llamamos; queríamos que supieras que no debes preocuparte.

¿Por qué hablaba en plural? ¿Se había desdoblado o qué?

—Gracias, Andy. Te lo agradezco mucho. Intentaré volver lo antes posible. Ni siquiera sé cuándo será el funeral.

—No queremos que te preocupes por esa clase de cosas, Finn. Por eso hemos decidido hacernos un replanteamiento con respecto a tu puesto de trabajo.

—¿Qué?

—Hemos estado estudiando nuestra dotación de plantilla y rotación de turnos y necesitamos hacer una serie de reajustes para mejorar la eficacia.

—Espera, repite eso.

—Te agradecemos mucho el empeño que has puesto y te deseamos lo mejor en el futuro —recitó Andy.

—¿Me estás despidiendo?

—Tenemos que externalizar nuestros recursos —añadió.

¿Me decía aquellas chorradas a mí o se las decía a sí mismo? ¿O de verdad era incapaz de hablar como una persona? En cualquier caso, no me sorprendió que hiciera aquello por teléfono. De haberlo tenido delante, lo habría tumbado.

—Es decir, me despides.

—El caso es que tenemos que ser estrictos con la imagen que dan nuestros empleados, dentro y fuera del trabajo. No podemos permitirnos tener en el equipo a nadie que tiene problemas con la policía.

—Andy, yo no tengo problemas con la policía. Han asesinado a mi padre.

—Pero, de momento, no están buscando a ningún otro sospechoso, según tengo entendido.

—¿Quién coño te ha dicho eso?

—Lo siento, pero no estamos autorizados a revelar nuestras fuentes de información. Te pagaremos la parte proporcional del sueldo como hacemos siempre...

—¿Ha sido un poli que se llama Prendergast?

—Como hemos dicho, te deseamos lo mejor en el futuro. Y, si alguna vez vuelves por estos barrios, haznos una visita, y acuérdate de pedir un descuento especial para los veteranos de Max Snax.

—¿«Estos barrios»? Joder, vivo aquí, ¡capullo!

—Lo siento, Finn, pero tenemos que irnos. Que tengas un buen día, de veras.

Y se fue. Antes de que me hubiera dado siquiera tiempo a decir a su doble personalidad dónde podía meterse su descuento especial para veteranos de Max

Snax.

Los nudillos se me habían quedado blancos de tanto apretar, como si el móvil fuera la tráquea a Andy. ¿Me había despedido? ¡Despedido! ¿Dos días después de premiarme con un tachón dorado? «Gracias a Dios que me he librado de ese sitio —soltó mi vocecilla interior—. A la porra Max Snax, y Andy, y esa mierda de trabajo.»

Sí, era una mierda de trabajo, pensé, pero era un trabajo, Y ahora ya no tenía ninguno. ¿Cuánto tiempo me duraría el dinero? Debía averiguar cuál era el banco de mi padre, llamar a su servicio de atención al cliente, informarles de lo que había ocurrido.

Que se fueran a hacer puñetas: lo primero que harían sería congelar la cuenta. De momento, lo dejaría. Había alguien con quien necesitaba hablar, aunque no sabía cómo.

La casa de McGovern era incluso más grande de lo que parecía en las fotografías. Aunque, de hecho, resultaba difícil saberlo desde donde estaba yo: en la acera de enfrente, detrás del camión subido al bordillo de un arboricultor. El muro que la rodeaba intimidaba bastante: tenía cuatro metros de altura y estaba hecho de ladrillo alisado y pintado de blanco. Cada siete metros aproximadamente había una columna coronada por varias cámaras de vídeo. Las verjas solo tenían unos tres metros de altura, pero estaban chapadas en acero, también pintado de blanco; eran corrientes, anónimas e impenetrables. Todas aquellas medidas de seguridad no eran excepcionales en aquel barrio; había otras vastas mansiones millonarias y una o dos embajadas de Oriente Medio. Pero, en el caso de estas, los altos muros y las cámaras tenían la finalidad de no dejar entrar a matones y delincuentes... en el caso de McGovern, era al revés.

Ahora que había encontrado la casa (había leído el nombre de la calle en el blog sobre el hampa titulado «Lo que nadie sabe»), no tenía la menor idea de lo que iba a hacer. Se me pasó por la cabeza que podía esperar a que anocheciera, vestirme como un ninja y arrojar un gancho por encima del muro para escalarlo. Me fijé en que había unos cuantos árboles adultos cuyas ramas tapaban las cámaras. Pero no llevaba ropa negra encima. De hecho, ni siquiera tenía ropa negra: se me veía demasiado la caspa. Por otra parte, tampoco me apetecía acercarme a las verjas y llamar al portero automático: «Hola, me llamo Maguire. Creo que es posible que el señor McGovern mandara matar a mi padre». O me dirían que me largara o me

dejarían entrar y ya no volvería a verme nadie. Aunque tampoco habría mucha gente mirando.

Me había costado una hora llegar y no me apetecía volver a casa todavía. Era media mañana, y la calle estaba desierta, aunque no precisamente en silencio. El arboricultor se había encaramado a un plátano cercano con una sierra mecánica y estaba podando las ramas, que caían a una zona acordonada de la acera. Su compañero, con una chaqueta de alta visibilidad y protectores en los oídos, estaba junto a la puerta trasera del camión, introduciendo las ramas en una astilladora. Las cuchillas emitían un fuerte chirrido constante que, más o menos cada minuto, se volvía ensordecedor cuando la máquina troceaba una nueva rama y arrojaba sus pedacitos al creciente montón de la parte trasera del camión. Vi que otro camión parecido al del arboricultor entraba en la calle e indicaba a la izquierda... La mansión de McGovern estaba a su izquierda. Aquel otro camión remolcaba una astilladora, bastante más nueva y reluciente que la que había a mi lado. El camión redujo la velocidad, subió al vado y se detuvo con el morro pegado a las verjas blancas de McGovern. Estaba pintado de un elegante color verde pastel y llevaba un nombre comercial escrito en letras verdes más oscuras que no conseguí leer. El conductor bajó la ventanilla, pulsó el botón del portero automático sin quitarse el guante y gritó algo al micrófono. Eso me dio más tiempo para leer el nombre del flanco del camión: «Servicios de Jardinería Daisy Cutters».

No oí lo que decía el conductor, ni tampoco pareció oírlo el guardia que controlaba la entrada. La astilladora hacía tanto ruido que el conductor tuvo que repetirse varias veces, pero, por fin, las verjas chirriaron y comenzaron a abrirse. Poco a poco, apareció un camino de adoquines falsos que se curvaba hacia el porche blanco de la casa de McGovern, donde unas escaleras conducían a una puerta de madera maciza. Solo me dio tiempo a ver que la casa se parecía a las casas llamativas y vulgares que salen en las telenovelas de Hollywood protagonizadas por jovencitas llamativas y vulgares cuando las puertas comenzaron a cerrarse. «Maldita sea», pensé. Si hubiera sido más rápido, podría haberme colado detrás del camión antes de que las verjas se cerraran... Salvo, por supuesto, que las cámaras me habrían grabado. Seguramente los guardias habrían soltado a los perros y habrían esperado un buen rato antes de llamarlos. De todos modos, eso me dio una idea. Vacilé... ¿De verdad iba a hacerlo? En ese caso, más me valía hacerlo cuanto antes.

A hacer puñetas. Me escondí detrás del camión del arboricultor, me quité la sudadera y la camiseta, y me las até a la cintura.

La astilladora de la calle seguía troceando y escupiendo madera cuando llamé al

portero automático al cabo de unos minutos. Oí interferencias y una voz que hablaba a gritos, pero no entendí qué decía. Me aparté bien del micrófono y chillé «Soy de Daisy Cutter», pero estaba casi seguro de que el guardia que me escuchaba y me observaba no entendería una sola palabra. Cuando la voz del portero automático me gritó otra cosa, miré a la cámara y señalé las verjas con la cabeza. Iba en vaqueros, con el torso desnudo, y llevaba más ramas con hojas de las que podía cargar. Había puesto la cara de aburrimiento y agobio que creía que tendría un mozo de jardinería si le hubieran mandado a recoger las ramas podadas que habían caído fuera del muro del cliente, pero ni tan siquiera estaba seguro de que el guardia pudiera vérmela detrás de tantas hojas. No sucedió nada durante un buen rato. ¿Me había visto cruzar la calle? Mierda: ¿se había fijado en que no llevaba guantes de jardinero? Temblé, y no fue de frío.

Las verjas se pusieron bruscamente en movimiento, vibraron y comenzaron a separarse con un ruido de motores. Yo eché a andar tambaleándome con mi cargamento de ramas, sonreí a la cámara en señal de agradecimiento y saludé con la cabeza. Apenas había entrado en la propiedad cuando las verjas comenzaron otra vez a cerrarse y se acoplaron con un suave sonido metálico. Me recordó la campana de la cena... y yo era el aperitivo.

Estaba seguro de que los guardias aún me vigilaban, de modo que tenía que seguir disimulando. Enfilé el camino dando traspiés, dejando un reguero de hojas verdes a mi paso, hacia el lugar donde estaba aparcado el camión de Daisy Cutter. Los jardineros auténticos no se veían por ninguna parte, pero oí el motor de un cortacésped en la parte más alejada de la casa. Que yo viera, en la propiedad había arbustos y árboles más que suficientes para tener a dos jardineros ocupados durante un día entero. Dejé las ramas junto a la astilladora, me puse la camiseta y la sudadera y eché a andar hacia el ruido del cortacésped, intentando aún hacerme pasar por jardinero. Miré alrededor con aire despreocupado por si había alguien cerca y me fijé mejor en la casa. Vista de cerca, seguía pareciéndome típica de Hollywood; todo era nuevo y reluciente, caro y ligeramente falso. Más allá del porche, junto a unas puertas acristaladas con recias cortinas, había una terraza con una mesa y unas sillas de hierro forjado que parecían sacadas de un catálogo y sin estrenar. De la terraza, sin llevar a ninguna parte, partía una estructura de madera en forma de túnel para que los rosales treparan por ella. «Pérgola», esa era la palabra. Entré y miré alrededor por si había cámaras. Si yo las veía, ellas me verían a mí. Pero parecía que se trataba de un punto ciego. Me apoyé en un hueco entre dos rosales e intenté decidir mi siguiente movimiento. Hacerme pasar por jardinero para franquear la entrada me había parecido una idea brillante, pero jamás saldría del mismo modo. De hecho, no tenía la menor idea de cómo iba a

salir de aquella casa, y ni tan siquiera sabía qué buscaba. ¿Qué diablos estaba haciendo?

Buscaba a McGovern, eso era lo que hacía. ¿Y si me limitaba a preguntarle a bocajarro si sabía lo de mi padre y el guión que estaba escribiendo? Aunque no respondiera a la pregunta, creía que su reacción me daría alguna pista. A lo mejor ordenaba a sus gorilas que me dieran una paliza por colarme en su casa, pero, qué puñetas, no sería la primera. Cuando vi que podía boxear con todos mis compañeros del club y ganarles, me había vuelto un poco fanfarrón y Delroy me había organizado un encuentro con un peso medio que ya era viejo y estaba para el arrastre. Ni tan siquiera tenía los brazos tan largos como yo, pero aun así me dio una paliza de padre y muy señor mío. «Lo que no te mata te hace más fuerte», había dicho mi padre mientras me sacaba una bolsa de guisantes congelados para la mandíbula. En ese momento, me pareció una gilipollez, y seguía pareciéndomelo. Era muy posible que McGovern simplemente me matara, y si solo me dejaba medio muerto, eso no me haría más fuerte.

Suponiendo que McGovern estuviera en casa. Podía no estar. Se suponía que aquel hombre tenía propiedades en toda Europa y una isla en el Caribe. ¿Quién querría estar en el norte de Londres en el mes de abril cuando podría estar en una playa de Jamaica? Puede que mi viaje hubiera sido en balde. Pero qué puñetas. Estaba dentro, y no podía quedarme agazapado entre los arbustos hasta que oscureciera. Mejor echaba un vistazo.

Hacerme pasar por jardinero me había permitido entrar y podría darme algo de tiempo si las cosas se torcían. Arranqué unas cuantas flores del rosal que tenía detrás y, de paso, me hice unos cuantos buenos arañazos. Con ellas en la mano, rodeé la casa, sintiéndome como un tonto de pueblo que lleva un ramo de cardos y ramitas a su cabra preferida. La casa parecía interminable; supuse que había empezado siendo cuatro paredes y un techo y se había ido ampliando hacia los lados y hacia la parte atrás. Y, después de aquellas ampliaciones, habían brotado más ampliaciones, y más plantas y cocheras. Entre los edificios anexos, había terracitas, zonas de barbacoa y patios, algunos con un aire ligeramente español, otros blanquinegros y minimalistas, como si la persona que los hubiera proyectado no se decidiera por qué le gustaba.

Oí voces; un niño gritando. Los chillidos tenían el eco reverberante que se oiría en una piscina. A unos diez metros de mí, había un edificio rectangular de una sola planta con un tejado de vidrio inclinado. Los gritos provenían del interior. Ahí era donde estaban todos, pensé, relajándose en la piscina cubierta. Aunque ¿de qué sirve tener una piscina si los críos gritones pueden utilizarla? Los chillidos no

cesaban. Me pareció que eran de una niña. Se callaba para respirar y volvía a la carga, y nadie la regañaba ni intentaba hacerla callar, por lo que yo veía.

Había llegado a la esquina de la piscina cubierta. Los chillidos de la mocosa eran tan taladrantes que, por un momento, había dejado de fijarme en si había cámaras de vigilancia. Me asomé por el borde y vi que la pared del fondo estaba formada por planchas de vidrio que se abatían para que la piscina diera directamente a una terraza. La plancha central de la puerta estaba abatida y, a través del vidrio cilindrado, vi a una niña de unos cinco años con un bañador rosa de volantes que estaba ligeramente acuclillada, abrazándose el cuerpo y desgañitándose. Miraba la piscina, donde el agua se arremolinaba y ondulaba, agitada por un niño de unos seis años que braceaba justo por debajo de la superficie. Se estaba ahogando en el lado que cubría.

Tiré el estúpido ramo de rosas al suelo y corrí hacia la puerta mientras me quitaba la sudadera y empezaba a desabrocharme el cinturón. El niño braceaba cada vez menos: ¿cuánto tiempo llevaba en el agua? Me tiré a la piscina, sin quitarme los vaqueros ni las zapatillas de deporte. Los pantalones enseguida se me llenaron de agua y me pesaron diez veces más. Cuando traté de impulsarme con los pies, pareció que mis zapatillas cortaban el agua y me hundí todavía más. Ojalá hubiera pensado en coger aire antes de saltar, pero ya era demasiado tarde. Dejé de intentar subir a la superficie, puse el cuerpo recto y bucéé hacia el niño, que había empezado a hundirse despacio y boqueaba con un pez, con el pelo rubio flotándole alrededor de la cara, lívida como una aureola. Nadé hacia él con todas mis fuerzas y, cuando noté que me rozaba con el brazo, se lo agarré y lo arrimé a mí. Se había desmayado: más peso muerto para mí. Lo estreché contra mi pecho y comencé a nadar hacia la superficie, sin dejar de mover los pies. Por fin saqué la cabeza y respiré una bocanada de aire. Cargando con el peso muerto del niño en el brazo derecho, eché el izquierdo hacia atrás e intenté nadar de espaldas hacia el bordillo. Los pulmones me ardían, y apenas me quedaban fuerzas cuando rocé la pared de la piscina. Arañé los lisos azulejos en busca de un asidero y casi me disloqué el brazo al estirarlo hacia atrás antes de poder agarrarme al duro canto de las baldosas del bordillo. Sacando fuerzas de flaqueza, me pegué a la pared, con el niño aún sujeto en el brazo derecho. La niña había dejado de chillar: ahora solo sollozaba y respiraba de forma entrecortada.

—Tranquila, ¡tranquila! —resollé—. Se va a poner bien. Ve a buscar ayuda.
—Ella me miró y tragó saliva—. ¡Ve a buscar ayuda! —vociferé.

La niña se dio la vuelta y echó a correr por las baldosas mojadas. Al volver la cabeza, vi que me encontraba a solo tres metros de la escalerilla. Impulsándome

con mis piernas de plomo y la mano del bordillo, conseguí desplazarme hasta ella. Me resultó fácil echarme el niño al hombro; pesaba tan poco como un muñeco de trapo. Me encaramé a la escalerilla y, en cuanto vi que el niño tenía los pies por encima de los peldaños, lo dejé tendido en las baldosas y subí detrás de él, con los vaqueros pegados a las piernas.

El niño no llevaba más de un minuto desmayado; con un poco de suerte, aún tendría tiempo. Cuando me incliné sobre él, intenté recordar todos los detalles, ¡cualquier detalle!, de lo que Delroy nos había enseñado sobre primeros auxilios a mí y a los otros chicos del gimnasio y nos maldije a todos por cómo habíamos hecho el tonto, fingiendo que metíamos mano al maniquí de prácticas en vez de prestar verdadera atención. Recordé unas cuantas cosas: echar la cabeza hacia atrás, comprobar que la vía respiratoria no está obstruida y taponarle tanto la boca como la nariz si se trata de un niño. Noté un ligero sabor a mocos cuando puse la boca abierta sobre la mitad inferior de su cara, pero a la porra la higiene, pensé, y soplé, paré, soplé. Masaje cardíaco: ¿qué era? Con un niño, solo una mano, presionar quince veces sobre el esternón...

Oí gritos, chillidos, discusiones y acusaciones al otro de la puerta acristalada, pero no paré. Tres respiraciones en la boca y la nariz, base de la mano en el esternón, uno, dos...

El niño tosió, hizo una mueca, se puso de lado y vomitó. Y tosió un poco más, una tos fuerte y ronca, para sacar el agua que tenía en los pulmones. Yo me senté sobre las piernas, completamente agotado, y me di cuenta de que tenía público. La niña, cogida a la mano de una rubia de menos de treinta años con el pelo largo y ondulado, una figura impresionante y demasiado maquillaje; una chica de unos veinte años con la cara chupada y el pelo negro recogido en una coleta que parecía aterrorizada, conmocionada y desorientada; detrás de ambas, un gorila trajeado con una cicatriz en la cara, mudo e impasible. Y un hombre esbelto y bronceado con el pelo cano y los ojos de color gris azulado que se adelantó y se colocó delante de todos.

Había visto fotografías suyas en las escaleras de un palacio de justicia. En ellas llevaba el cuello del abrigo subido, una gorra calada hasta las cejas y gafas de sol, pero era el mismo hombre. McGovern se agachó junto al niño, que seguía tosiendo y vomitando, y le puso la mano en la cabeza.

—Ya ha pasado, Kell. Ya ha pasado.

El Gobernador clavó sus ojos grisáceos en mí.

—Gracias —dijo—. Y ahora dime, ¿quién coño eres?

5

—Kell, ve a darle la mano a ese señor.

El niño, envuelto en un albornoz que le quedaba un poco grande, se acercó a mí, alargó la mano y soltó:

—Gracias.

—De nada —respondí—. La próxima vez asegúrate de que hay un adulto cerca antes de meterte en la piscina, ¿vale?

—Vale. —Me sonrió como si no hubiera estado muerto hacía unos minutos.

Estábamos todos de pie en el salón o, mejor dicho, en uno de los salones de la casa principal. Al entrar había vislumbrado un laberinto de salones similares que comunicaban con el pasillo. En el nuestro, había tres grandes sofás blancos de piel dispuestos alrededor de una mesita de cromo y cristal en la que había montones de revistas de moda. Sobre la vasta chimenea negra de mármol con la parrilla llena de polvorientos troncos sin quemar, había una enorme pantalla plana de televisión empotrada en la pared. El papel pintado era de color oro pálido y tenía una textura sedosa. Había mesas auxiliares de madera dorada y oscura repartidas por todo el salón, con pesadas lámparas color crema con filo de oro e incluso más revistas de moda. Todo era un poco recargado, más caro que estiloso, por lo que yo sabía de estilo... que reconocía que no era nada en absoluto. Me sentía cohibido, descalzo en la mullida alfombra blanca de pelo largo, aún con agua chorreándome por las piernas pese al recio albornoz que me habían dado en la caseta de la piscina.

McGovern apenas había conseguido preguntarme quién era cuando las mujeres habían empezado a preocuparse por el niño y a discutir por llevarlo al hospital. Parecía que el crío era hijo de McGovern, y la rubia de las curvas espectaculares era su segunda esposa, Cherry. Kirstie, la adolescente del pelo recogido, era la niñera. McGovern me había mandado a que me quitara la ropa mojada y, mientras me sacaba los vaqueros empapados en un pequeño cambiador, había oído las voces agudas y aterradas de las dos mujeres, respondiendo, entre lágrimas, a las preguntas que McGovern les hacía sin levantar la voz. Por lo que conseguí

entender, entre la retahíla de disculpas, lamentos y excusas, ambas creían que la otra se estaba ocupando de los niños. Cherry había estado comprando por internet, y Kirstie, hablando por teléfono con su novio.

Cuando salí, llevando mi ropa mojada a un metro de mí, Kirstie había desaparecido. Imaginé que había cargado con la culpa de lo que había sucedido, aunque, por la expresión de McGovern, aún quedaba mucha culpa por repartir.

—Entra en la casa —me dijo.

Se volvió y echó andar. Su mujer lo siguió, llevando al niño ya recuperado en brazos, y la niña correteó detrás de ella. El guardaespaldas de McGovern, el gorila de la cicatriz en la cara, esperó impasible a que yo echara a andar, con las manos entrelazadas educadamente delante del cuerpo. Me siguió hasta una puerta acristalada abierta de la casa, donde esperó a que yo dejara mi ropa empapada en el patio embaldosado antes de entrar.

—Bien —dijo McGovern a su mujer—. Kelly ya se ha calmado. Llévatelo a la piscina y vuelve a meterlo en el agua.

—Joe... —protestó ella, pero sin demasiada convicción.

—Se ha dado un susto. Lo mejor es que lo supere. Y esta vez tú te meterás con él, ¿de acuerdo? —Dio al niño una cariñosa palmadita en la barbilla—. Mamá va a darte una clase de natación. Esta vez asegúrate de quedarte en el lado que no cubre.

El niño asintió.

—Sí, papá —trinó.

Su madre me miró. Por un momento, me pareció que quería acercarse para darme un abrazo, pero, si era así, se lo pensó mejor. Probablemente evitaba abrazar a otros hombres delante de su marido, sobre todo a perfectos desconocidos que habían entrado de la calle, aunque le hubieran salvado la vida a su hijo. En cambio, me dirigió una tensa sonrisa tímida, lo bastante deslumbrante para dejarme con la boca abierta como un pez.

—Gracias otra vez —dijo.

Cogió a su hijito de la mano y salió por donde habíamos entrado. El niño apenas tuvo tiempo de decir adiós con la mano y sonreírme antes de desaparecer. Habían mandado a la niña arriba para que se quitara el bañador, de modo que ya solo

quedábamos McGovern y yo en el salón. Y, por supuesto, su guardaespaldas, que estaba apostado en un lado, tan enorme e inmóvil que bien podría haber sido un armario.

—Antes no he oído bien tu nombre —dijo McGovern.

—Finn Maguire —respondí, y me fijé bien en su cara. No observé ninguna reacción: el nombre no significaba nada para él. O lo hacía, pero tenía demasiadas tablas y autocontrol para dejar que las emociones se le notaran en la cara.

—Irlandés, como yo, ¿no? —Sonrió.

—Londinense —dije—. Mi padrastro era irlandés. Adopté su apellido.

McGovern me ofreció la mano. Se la estreché. Era firme y musculosa, y noté que él también se fijaba en cómo era la mía.

—Gracias, Finn. Le has salvado la vida a mi hijo.

—De nada, señor McGovern —contesté.

Entró otro hombre en el salón, sin hacer ningún ruido. De treinta y tantos, delgado y ágil, parecía, por su forma de moverse, boxeador o bailarín, y era poco probable que fuera bailarín. Llevaba impecable ropa de marca, informal pero elegante, y tenía la cara angulosa y estrecha, los pómulos pronunciados y la nariz fina. Una sonrisa asomaba de forma constante a su cara huesuda, como si estuviera pensando en un chiste desternillante que no tenía intención de contar. En aquel momento, llevaba una bolsa de plástico con el nombre de una tienda de moda de South Kensington. Sus crujidos fueron lo único que delató su presencia, pero McGovern supo quién era sin volver la cabeza.

—James, este es Finn Maguire.

—Ya me he enterado. El héroe del día. —James habló en voz baja y sarcástica. Entregó la bolsa a McGovern, que la abrió, sacó varias prendas de ropa y me las dio.

—Un chándal. Uno de los míos. Debes de tener más o menos mi talla. Póntelo.

—Gracias —dije.

Arrojé la chaqueta al sofá, desplegué el pantalón, me lo puse por debajo del albornoz e intenté que no me preocupara que McGovern, el guardaespaldas o James me vieran la polla. Me quité el albornoz, lo dejé en el respaldo del sofá y me puse la chaqueta, mientras McGovern se sentaba en el sofá de enfrente y James se arrellanaba en el central, relajado y curioso. También había un par de zapatillas de deporte sin estrenar en el fondo de la bolsa. Las saqué y me las calcé con rapidez.

Yo tenía un número menos, pero no pensaba quejarme.

—¿Te apetece una copa, Finn? —preguntó McGovern.

Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas, entrelazó las manos y clavó en mí sus ojos grisáceos. No parpadeaba mucho, advertí. Yo también conocía ese truco. Era capaz de pasarme bastante rato sin pestañear y sabía lo desconcertada que podía quedarse la persona que me estuviera mirando, sin tan siquiera estar segura de la razón. Había algo en la parte trasera del pantalón, advertí, clavándoseme en el culo. Saqué la etiqueta sobre la que estaba sentado. El chándal era nuevo, y el precio de la etiqueta era astronómico. La arranqué, la arrugué y me la metí en el bolsillo: no quería ensuciar aquel salón tan immaculado y cursi.

—No, gracias —respondí.

Sabía que la cháchara terminaría pronto; sentía la misma fría claridad mental que solía invadirme siempre que subía al ring, la misma corriente de adrenalina que me tensaba los gemelos.

—Me alegro de que hayas estado ahí cuando mi hijo te necesitaba —dijo McGovern—. Y te lo agradezco. Pero quiero saber cómo has entrado, y qué quieres.

—He entrado por la puerta principal cargado con un montón de ramas —respondí—. Esperaba que el guardia me tomara por uno de los jardineros. Y así ha sido.

McGovern negó con la cabeza y chasqueó la lengua. Miró a James.

—Hablaré con él —dijo James.

—Haz más que eso —precisó McGovern—. ¿Para qué pago a esos capullos?

James no dijo nada.

—De todas formas, Finn, tienes pelotas. ¿Eres boxeador? —Me miró y levantó la barbilla.

—He boxeado un poco —respondí.

—Siempre lo noto. ¿Eres bueno?

—Me las apaño.

Estaba intentando no balbucear ni parecer nervioso y temí haberme ido al otro extremo. Pero McGovern no parecía disgustado con mis parcas respuestas. Se arrellanó en el sofá y pasó un musculoso brazo por el respaldo.

—Vayamos al grano, ¿vale? ¿Qué hacías merodeando por mi casa? No has venido a robarme. No pareces tan imbécil.

—Necesito trabajar.

—¿Trabajar?

Por primera vez, McGovern pareció sorprendido. Yo también me sorprendí un poco. No tenía la menor idea de lo que iba a decirle si conseguía verlo, pero, sin planteármelo de forma consciente, me había convencido de que con preguntas directas no iba a lograr nada. Encontrarme a su hijo ahogándose había sido un golpe de suerte y tenía que aprovecharlo, sacar el máximo partido del favor que me debía. Acusarle de haber ordenado el asesinato de mi padre solo le cabrearía y desperdiciaría la magnanimidad que sentía hacia mí en ese momento. Si conseguía infiltrarme, estar más cerca de personas que trabajaban para él, quizá podría descubrir la verdad. Además, necesitaba un trabajo, y ya era difícil encontrar uno sin ser un disléxico sin estudios recién despedido.

—¿Te parece que soy el puto Departamento de Servicios Sociales? ¿O tu agente de la condicional? —No estaba seguro de si mi descaro le hacía gracia, y mirar a James, cuya mueca de desprecio parecía permanente, no me ayudó.

—No me refiero a nada violento, ni turbio, señor McGovern. Pero he oído que es dueño de varios restaurantes, clubes, ese tipo de cosas, y... yo he trabajado en restauración.

—¿De qué, de cocinero?

—De camarero, más bien.

—¿Dónde?

Noté que me ardían las mejillas.

—En Max Snax, cerca del puente de Kew.

—¿Qué? ¿Puto pollo frito? ¿Lo oyes? Este chaval me ha tomado por el dueño de Kentucky Fried Chicken.

Aquello iba dirigido a James, cuya sonrisa engreída había dado paso a desternillantes carcajadas, reprimidas, sin éxito, por la mano con que se tapaba la boca. McGovern parecía divertido, pero también un poco ofendido.

—Señor McGovern, lo siento, estoy bastante desesperado. Haré lo que sea, lavar platos, limpiar váteres. Necesito trabajar. Mi padre ha muerto...

Parpadeé, avergonzado por suplicar a un delincuente psicópata el privilegio de

limpiar sus lavabos. De suplicar compasión al hombre que podía haber ordenado el asesinato de mi padre. ¿Por qué coño no le había pedido sin rodeos que me dijera la verdad? «Porque te habría mentido —dijo mi voz interior—, y es muy posible que luego te hubiera matado también a ti.»

—No tengo mucho dinero —continué—. No leo muy bien, y tengo... experiencia. Como camello. —Advertí que aquello avivaba su interés.

—¿Hierba?

—Cocaína. —No mencioné que me habían trincado nada más empezar—. Alguien... he oído que usted, ya sabe, anda metido en mil cosas. Creía que, si conseguía verle, cara a cara, me escucharía, solo por... haber tenido pelotas.

McGovern pareció pensativo.

—¿Cuándo murió tu viejo?

Lo miré a los ojos.

—Hace dos días. Alguien entró en nuestra casa y le rompió la crisma. Se llevó su portátil, y todas las notas para el guión que estaba escribiendo.

Miré a James. Tenía los ojos clavados en mí y la expresión tan neutra e impenetrable como la de su jefe. McGovern estaba moviendo la mandíbula de un lado al otro, pensando.

—Es una pena —dijo—. Lo siento.

—Gracias.

Miró a James.

—¿Qué te parece el Iron Bridge?

Yo había oído hablar del Iron Bridge: ¿quién no? Era un restaurante de primerísima categoría de Pimlico, situado en el mismo río, con vistas a la central eléctrica de Battersea. Había tenido su propia serie de cocina en televisión hacía unos años, y su categórico chef oriundo de Newcastle, Chris Eccles, aún era muy conocido. ¿Tenía McGovern parte del negocio? Pero James había arrugado la nariz.

—No —respondió—. A Matey le gusta que sus camareros tengan pinta de supermodelos.

—Llámale —dijo McGovern. James no rechistó—. Es lo menos que podemos hacer por el muchacho —añadió, y su amabilidad me pareció tan falsa que, por primera vez, se me heló la sangre. Volvió a inclinarse hacia delante en el sofá y clavó en mí sus ojos grisáceos—. Soy socio capitalista. No digo a Chris Eccles cómo

tiene que llevar la cocina, pero, si se lo pido con educación, seguro que te encuentra algo. Dale a James tu número de móvil. Te llamará en un par de días, te dirá adónde tienes que ir, con quién tienes que hablar, ¿de acuerdo?

Era hora de irme. Di mi teléfono a James, que lo introdujo en su móvil. Me levanté, con la bolsa de plástico en la mano.

—Gracias, señor McGovern. Le estoy muy agradecido. Y perdone por..., ya sabe..., haber entrado sin permiso.

—Que no vuelva a verte por aquí. Y no le cuentes esto a nadie, ¿vale? No quiero que se me cuelen más fulanos en casa para pedirme trabajo.

—No diré una palabra, se lo prometo.

Me obligué a esbozar una sonrisa radiante, pero McGovern no me vio. Había sacado la cartera. Cogió varios billetes de cincuenta libras, los dobló y me los ofreció.

—Por favor, señor McGovern, no puedo, no es necesario.

—No me jodas. Acabas de decir que estabas pelado. Con esto podrás ir tirando hasta que te encontremos algo. —Me metió los billetes en el bolsillo derecho de la chaqueta del chándal.

—Gracias —dije—. Y le devolveré el chándal.

—Ni hablar. Es un regalo. De hecho, te sienta mejor que a mí.

Me dirigí a la puerta.

—Espero que Kelly esté bien.

—Lo estará. Aunque no puedo decir lo mismo de Stephan.

—¿Stephan?

McGovern sonrió de oreja a oreja.

—El guardia. Hoy vigilaba la entrada. James va a mandarlo a un... ¿cómo se dice?, curso de reciclaje.

No quise pensar en la reeducación que le esperaba a Stephan. Pero supuse que todas las personas que trabajaban para el Gobernador sabían cuáles eran las consecuencias de cagarla. Y entonces caí en la cuenta de que, muy pronto, yo sería una de esas personas.

—Terry te llevará a casa. —El enorme guardaespaldas dio un paso al frente.

—No hace falta. Cogeré el metro —repuse.

—Terry es mi conductor. Te dejará en la puerta. Insisto. —Por supuesto, McGovern quería saber dónde vivía. ¿Significaba eso que no lo sabía ya? Volvió a estrecharme la mano—. Hasta otra, Finn, y buena suerte, ¿vale?

—Gracias, Gobernador.

No estaba seguro si aquel apodo le gustaba, pero era posible que no lo hubiera oído. Ya se había vuelto para hablar con James, y la mole de Terry se interpuso entre nosotros. Capté la indirecta, recogí mi ropa empapada, la metí en la bolsa de plástico y seguí dócilmente al guardaespaldas hacia la cochera.

Terry me llevó a casa en un tanque con tracción a las cuatro ruedas como los que utilizan las madres londinenses ricas para llevar a sus hijos de un sitio a otro, protegidos de la chusma por dos toneladas de acero, piel y cristal tintado. Se viajaba tan cómodo en aquel coche que Terry podría haber pasado por encima de una motocicleta sin que me enterara, pensé. A lo mejor lo había hecho. Yo iba sentado detrás mientras el asiento del conductor crujía bajo su cuerpo descomunal. Conducía sin decir una palabra, sin protestar por el tráfico, sin mirarme por el retrovisor, sin escuchar música ni ninguna emisora de radio. Lancé una mirada a su enorme cabeza rapada y me pregunté cuánto sabría de los asuntos de su jefe. El auricular de manos libres que llevaba en un oído emitía un destello azul cada pocos segundos. Me extrañó que un coche tan vistoso como aquel no tuviera un sistema de manos libres de serie.

«Mierda. Mi móvil.»

Lo llevaba en el bolsillo de los vaqueros cuando me había tirado a la piscina. Cogí la bolsa de plástico que había dejado en el asiento y, al palparla, constaté que seguía ahí, junto con mi cartera y mi tarjeta de transporte. El agua no les habría afectado, pero, cuando saqué el móvil, me quedó claro que sumergirlo en la piscina de McGovern no le había hecho ningún bien. Era imposible encenderlo. Y no bastaría meterlo en la secadora y cruzar los dedos: vi una burbuja de aire deslizándose por debajo de la pantalla. Puede que me fuera útil como nivel, pero no iba a servirme para nada más.

—Número dieciocho, ¿verdad? —dijo Terry al entrar en mi calle.

—Sí, gracias. En la segunda mitad de la calle, a la izquierda.

Nuestra calle era tan estrecha que las furgonetas de reparto y los radiotaxis solían subirse a la acera para que el tráfico pudiera seguir circulando, pero Terry

no se molestó en hacerlo. Se paró en mitad de la calle y esperó a que yo encontrara la manija, abriera la pesada puerta y rapelara hasta la acera.

—Gracias por traerme —dije, y él me premió con un minúsculo asentimiento.

Cerré la puerta, pero Terry no se marchó de inmediato. La ventanilla del asiento del copiloto solo estaba ligeramente tintada y sentí cómo me observaba cuando me alejé, enfilé el estrecho camino de casa, saqué las llaves, aún frías y mojadas, y abrí la puerta. Terry siguió sin moverse. Cuando entré y cerré la puerta, oí por fin el suave ronroneo del vehículo alejándose calle abajo.

La caja de cartón llena de los efectos que Prendergast me había devuelto aún estaba en la silla del salón, y el cuenco en el que me había tomado el desayuno seguía en la mesa, con los cereales resecos y pegados a los lados como si fueran papel maché. Mi padre solía ponerse como loco cuando yo no recogía los platos, aunque él a menudo hacía lo mismo, como a mí me gustaba señalarle.

Después de hurgar un poco en la caja, encontré lo que buscaba: el arcaico móvil de mi padre con su minúscula pantalla monocroma. Él nunca había podido permitirse uno moderno y sostenía que, de todos modos, no lo quería. Decía que no entendía de qué servía un aparato que se quedaba sin batería en un día cuando su viejo móvil le duraba una semana sin problemas. O lo hacía, para ser más exactos, cuando se molestaba en cargarlo; más o menos, una vez al mes. Lo había dejado cargando cuando se marchó al pub esa última noche, aunque yo no me cansaba de repetirle que era absurdo tener móvil si no lo llevaba encima. Eché un vistazo a las últimas llamadas que había realizado y recibido, consciente de que la policía ya lo habría hecho. Tal como suponía, las diez últimas llamadas recibidas eran mías, algunas de hacía meses, y todas las llamadas que había realizado eran a nuestro teléfono fijo de casa. Allí no había pistas.

Cuando quité la cubierta trasera a mi móvil, salió más agua todavía. Tiré la batería a la basura, saqué la tarjeta SIM, la sequé todo lo posible con la chaqueta del chándal, la inserté en el móvil de mi padre y pulsé el botón de encendido. Unos segundos después, el aparato se iluminó y emitió una cacofónica fanfarria metálica. Era una porquería de teléfono, y no iba a impresionar a ningún esclavo de la moda o fanático de la tecnología, pero, de momento, tendría que bastarme.

Mientras subía a quitarme el chándal de McGovern, el móvil emitió una señal y en la pantalla apareció el icono del buzón de voz. Me habían llamado, suponía que mientras estaba chorreando agua en la alfombra de pelo del Gobernador. No reconocí el número, pero era de Londres. Llamé a mi buzón de voz y escuché el mensaje.

«Finn, soy el oficial de policía Amobi del Departamento de Investigación Criminal. —Parecía un sacerdote más que un poli con aquella voz tan grave y calmada—. He pasado por tu casa hace un rato, pero no estabas. Quería informarte de que la indagatoria por la muerte de tu padre se celebrará mañana a las once en el tribunal forense de Fulham. Como fuiste tú quien encontró el cadáver, tienes que presentarte para prestar declaración.

»Si no puedes, es probable que la indagatoria se posponga hasta que a ti te venga bien, y eso podría retrasar la devolución del cuerpo de tu padre para su entierro. Disculpa por avisarte con tan poco tiempo, y por hacerlo por teléfono y no en persona. Seguiré intentando localizarte. Si oyes este mensaje, te agradecería mucho que me llamas, aquí a la comisaría o al móvil.» Recitó su número de teléfono y colgó.

Amobi parecía honrado, pero la investigación del asesinato de mi padre no la dirigía él, sino ese capullo de Prendergast. Por una parte, me habría gustado explicar a alguien lo que había descubierto la noche anterior en el Weaver's Arms sobre el «periodista alemán». El Departamento de Investigación Criminal disponía de los recursos para llamar al periódico alemán, *Zeitung* o como se llamara, y averiguar si Hans existía; y, en tal caso, qué le había dicho mi padre sobre el Gobernador. Pero, según los compañeros de tragos de mi padre, la poli ya conocía la existencia de Hans y no estaba interesada. Puede que estuviera siendo precavida y, de hecho, lo estuviera investigando, aunque yo lo dudaba. Prendergast ya había tomado una decisión.

Tal vez debiera llevar un abogado a la indagatoria... o puede que, con eso, diera la impresión de que tenía algo que ocultar. «A tomar por el saco», pensé. Con tan poco tiempo, no sabría dónde encontrar un abogado decente, aun suponiendo que pudiera pagarlo. Recordé al inepto tocapelotas que había fingido que me defendía cuando me acusaron de tráfico de drogas hacía años y decidí que, en el peor de los casos, yo lo haría mejor. Pero, de todas formas, iba a asistir a la indagatoria. Quería que me devolvieran el cuerpo de mi padre, no dejarlo desnudo en un frigorífico industrial durante varios meses. Llamé a la comisaría y me pasaron con un policía que me dijo, con tono de aburrimiento, que Amobi no estaba y tomó nota de mi llamada.

A la mañana siguiente, me cambié de ropa dos o tres veces. Primero intenté ponerme elegante, pero después me pareció que iba demasiado formal. Me puse nervioso y me pregunté si tan siquiera importaba cómo me vistiera para una indagatoria, hasta que se me hizo tarde, cogí la chaqueta sport que mi padre me compró en una tienda benéfica las Navidades anteriores, me la puse encima de una

camisa blanca y unos vaqueros más o menos limpios y corrí a coger el autobús.

Llegué con el tiempo justo, lo cual me ahorró tener que esperar en una silla de plástico con las personas de aspecto abatido que vi deambulando por los pasillos como almas en pena. La mujer uniformada de la entrada me hizo pasar directamente a una sala demasiado iluminada con hileras de prácticos bancos de madera y una tarima en la que estaba sentada la jueza, una mujer cincuentona y canosa con las facciones severas y gafas de media luna. Supuse que el hombre trajeado que estaba sentado justo debajo era el secretario del juzgado. Después de levantarse para tener una breve charla con ella, dijo el nombre de mi padre.

Creía que Prendergast asistiría, pero había mandado a un anodino agente de policía llamado Jenkins, que subió al estrado y recitó los hechos constatados de la muerte de mi padre como si leyera la lista de la compra de su novia. Me pareció todo correcto, excepto su afirmación de que era uno de los agentes que habían acudido a la escena del crimen. Yo no recordaba haberlo visto, aunque, por otra parte, tenía unas facciones que era fácil pasar por alto. Asimismo, dijo a la jueza que estaban siguiendo varias líneas de investigación cuando, que yo supiera, tenían un solo sospechoso: yo. Pero contuve el impulso de levantarme y gritar «Protesto».

Cuando el agente bajó del estrado, dijeron mi nombre, y me dirigí tímidamente al estrado, intentando no hacer caso de las malas asociaciones. No tuve que prestar juramento. Solo me hicieron preguntas que respondí con la mayor claridad y frialdad posible. Me pregunté si no estaba siendo demasiado frío, pero a la jueza no pareció importarle. Tomó unas cuantas notas con su bolígrafo de plata, consultó al secretario y anunció a las pocas personas presentes que la identidad de la víctima y la causa de la muerte se habían establecido de forma satisfactoria: Noel Patrick Maguire había sido asesinado por una persona o personas desconocidas y la indagatoria se aplazaba hasta que la policía hubiera concluido sus pesquisas.

Debí de parecer sorprendido (por lo que había dicho Amobi, creía que abrirían y cerrarían la indagatoria el mismo día), porque la jueza se quitó las gafas y me explicó que me entregarían un certificado de defunción que debía llevar al registro civil para registrar la muerte de mi padre. Como la policía había declarado que ya no necesitaba retener su cuerpo, podían dejarlo a mi cargo como pariente más cercano.

Salí antes de mediodía y volví a realizar otro largo trayecto en metro hasta las oficinas municipales de mi distrito, donde había que registrar los nacimientos, matrimonios y defunciones. Aquella era mi primera visita; las oficinas estaban rodeadas de marchitos sauces llorones cuya función era, supuestamente, suavizar

la desagradable mole del edificio y sus duras líneas rectas. Supuse que lo habría construido en la década de 1970 un arquitecto con acciones en una empresa de hormigonado. Letreros escritos en media docena de idiomas señalaban en todas direcciones hacia sitios donde se podía abonar el impuesto municipal o denunciar vertidos incontrolados, pero la ubicación del registro civil parecía secreta. Por fin encontré una puerta con un lúgubre letrero pegado con celo a la parte de dentro que prohibía arrojar arroz y confeti. Me resultó extrañamente reconfortante ver con cuánta frecuencia lo habían ignorado: había montones de herraduritas rosas de papel y granos de arroz por todo el suelo.

Después de cruzar aquella puerta, más letreros me condujeron a una oficinita gris donde había un jarroncito gris con flores de plástico en una mesita gris. Allí, una mujercita gris inspeccionó el certificado de defunción de mi padre, me hizo una serie de preguntas rutinarias (nombre completo de mi padre, fecha de nacimiento, cómo decía que se ganaba la vida), selló unos cuantos papeles, me entregó uno, me devolvió el certificado y me remitió a los folletos de la estantería giratoria del rincón.

«Qué hacer en caso de fallecimiento.» Los mismos folletos que Elsa Kendrick había sacado de su voluminoso maletín y me había ofrecido al día siguiente de que asesinaran a mi padre. Miré el edificio principal del ayuntamiento y pensé en ir allí, buscar la oficina de los Servicios Sociales y volver a preguntar por ella. Tal vez podía averiguar por qué estaba de baja, por qué había ido a visitarme, y cómo se había enterado de la muerte de mi padre. Pero sabía que solo me tendrían horas esperando antes de comunicarme que no podían decirme nada, y ya había tenido suficientes lámparas fluorescentes, sillas de plástico y oficinas municipales por un día. Regresé a casa en un autobús que me dejó delante de la tienda de mi calle que nunca cerraba, regentada por dos indios que, por lo que yo sabía, jamás se movían de allí. Cogí un filete congelado y un cartón de leche y los llevé al mostrador. El tendero hizo una mueca cuando le di el billete de cincuenta libras del Gobernador, lo pintó con un rotulador detector de billetes falsos y lo puso a contraluz. Después pasó la compra a regañadientes por la ruidosa caja registradora, dejó las cincuenta libras y me dio el cambio. Me dirigía a casa cuando me fijé en un negocio por delante del cual ya había pasado millones de veces sin que nunca me despertara la curiosidad. En esa ocasión, me detuve.

El establecimiento parecía una casa de un barrio residencial, separada de la calle por un cuidado césped y un arriate salpicado de esmirriados narcisos. Detrás de los visillos de la ventana de la fachada, vislumbré una mesa de caoba con una sofisticada pluma colocada en un soporte, junto a un grueso libro mayor cerrado

sobre una hoja de papel secante. Detrás de la casa había un patio rodeado de altos muros, y en la pared de la fachada unas solemnes letras blancas anunciaban: «Funeraria Parker & Parker».

Me dirigí a la puerta, giré el picaporte con cautela y empujé. En alguna parte, sonó una lúgubre campanilla y el empalagoso olor a lirios me golpeó en la cara.

6

Mi padre me despertó al dejarme un vaso de zumo de naranja en la mesilla.

—Lo siento, Finn —dijo—. Pero necesitas tomar vitaminas. —Sonrió.

Me fijé en que tenía sangre apelmazada en el pelo. El móvil llevaba un rato sonándole, pero él solo me sonreía.

—¿Vas a contestar? —pregunté.

—Contesta tú. Diles que ya no estoy en casa.

Sonaba de verdad, su móvil, mi móvil, vibraba tanto que estaba a punto de caerse de la mesilla. No vi ningún vaso de zumo de naranja. Cogí el teléfono y miré la pantalla con los ojos entrecerrados: «Número oculto». Contesté.

—Finn Maguire —grazné.

—Preséntate en el Iron Bridge a las cinco en punto. Diles que vas de mi parte.
—Por un momento, no supe quién llamaba, pero enseguida reconocí el tono displicente de James.

—¿A las cinco? ¿Hoy? —Iban a amortajar a mi padre en la funeraria.

Por el silencio breve y crispado que precedió a la respuesta de James, tuve la impresión de que no le gustaba que cuestionaran sus órdenes.

—¿Quieres el puto trabajo o no?

—Sí. Es decir, gracias —dije—. Ahí estaré.

Colgó.

Miré la hora en la pantalla del móvil. Eran poco más de las siete. Siempre había supuesto que los profesionales del crimen se acostaban tarde y trabajaban de noche. Pero era posible que James fuera a meterse en la cama justo entonces. De todos modos, me había hecho un favor; el sol de primavera entraba a raudales por la

ventana y me notaba las piernas inquietas. Llevaba dos días sin correr y necesitaba recuperar el tiempo perdido.

Mientras corría, pensé en cómo había organizado el funeral de mi padre. El director de la funeraria, el señor Stone, era un hombre pálido y gordinflón que no llegaba a los treinta, con la manicura hecha y una expresión compasiva muy bien ensayada que se había vuelto incluso más grave cuando yo le había dicho que no tenía ni para pipas. Me había preguntado si pensaba enterrar o incinerar a mi padre y yo me había decantado por la incineración. A él siempre le habían deprimido los cementerios y supuse que no le habría gustado acabar en uno. Jamás había visitado las tumbas de sus padres y no se sentía culpable por ello; en una ocasión, me dijo que ya había cumplido su parte mientras ellos estaban vivos y se lo podían agradecer. El director de la funeraria me había explicado con diplomacia que, para la incineración, hacía falta la firma de otro médico, pero que él se ocuparía de todo. Supuse que ese servicio también se sumaría a sus honorarios.

En uno de los folletos de Elsa Kendrick, me había informado de las subvenciones estatales a las que podían acogerse las personas sin ingresos para sufragar un entierro. El dinero iba directamente a la funeraria, pero no lo cubría todo, y me había dado la impresión de que, bajo su apariencia triste y serena, el señor Stone aprovechaba la menor ocasión para inflar sus honorarios. Por supuesto, la mayoría de las personas que entierran a un familiar no quieren parecer tacañas y se sienten demasiado violentas para regatear, pero a mí no me importaba lo que pensara la gente. Sobre todo tratándose de mi padre: para él encontrar chollos casi era una vocación. Tenía la sensación de que Stone había empezado a hartarse de que yo insistiera tanto en que todo debía hacerse gastando lo menos posible, como cuando había elegido el servicio matinal porque costaba menos que uno dominical. Cuando le había preguntado si la funeraria era una empresa familiar, me había respondido diplomáticamente que ya no: una importante cadena nacional la había comprado hacía años. Entendía por qué se había interesado una gran empresa: un mercado donde el producto nunca pasa de moda y los clientes creen que regatear es de mala educación. Aunque no envidiaba a Stone su trabajo fijo.

Llegué a casa cuarenta segundos después de mi tiempo medio y me reprimí por relajarme. Después de ducharme y afeitarme, me tomé el desayuno en el cuenco que había dejado en la mesa. Antes lo aclaré: no soy tan rematadamente vago.

Aún no estaba seguro de cómo iba a sufragar el funeral. No tenía la menor idea de cuánto iba a ganar en el Iron Bridge, en el supuesto de que me dieran trabajo. Pese a todos mis esfuerzos por rebajar el precio, el presupuesto de Stone sugería

que acabaría debiéndole varios cientos de libras. Aún tenía casi todo el dinero que McGovern me había dado, pero lo guardaba para pagarles una juerga a los amigos de mi padre en el Weaver's Arms. Estaba seguro de que él habría preferido eso a que lo incineraran en un ataúd más fino.

Sin embargo, la cuestión del dinero ya estaba empezando a fastidiarme. El banco, la Seguridad Social, iban a tener que enterarse. ¿Qué sucedería cuando no pudiera pagar la hipoteca? ¿Se quedaría el banco con la casa? ¿O era mi casa? ¿La heredaba directamente si mi padre moría o me la tenía que legar en testamento? Ni tan siquiera sabía si había hecho testamento. Dios mío... a lo mejor acababa quedándosela mi madre. ¿Dónde diablos viviría yo entonces?

Si mi padre había hecho testamento, sabía dónde podía encontrarlo.

Abrí la puerta de su habitación. Las cortinas no estaban echadas. Mi padre siempre hacía la cama justo después de levantarse, pero ese era prácticamente el único orden que mantenía en su cuarto. Aún había camisas y vaqueros en grados diversos de suciedad amontonados en la silla contigua a la cama. La cómoda estaba sembrada de monedas de cobre tan poco valiosas que no merecía la pena recogerlas, bolígrafos viejos y botes vacíos de antitranspirante que no había tirado a la basura. La habitación aún olía a él, advertí, pero el aroma estaba desvaneciéndose, sucumbiendo al olor de polvo acumulado. Dejé la ropa en la cama, acerqué la silla al armario y me encaramé a ella. Debajo de un montón de mohosos sombreros aplastados, había una maleta de fibra con dos cierres, uno roto. La cogí por el asa, la bajé, la deposité en la cama y abrí el cierre que funcionaba.

La maleta estaba repleta de documentos, algunos metidos en separadores, otros en sobres, sin ningún orden concreto que yo viera. El primer sobre que miré contenía viejos certificados oficiales. Vi que el primero llevaba la palabra NACIMIENTO escrita en la cabecera. En una columna de la izquierda, leí mi nombre completo, Finn Pearce Grey. El siguiente documento estaba encabezado por la palabra MATRIMONIO. Noel Patrick Maguire, actor, y Lesley Helen Grey, actriz. Volví a meter los certificados en el sobre. No me servían de nada.

El abultado sobre de papel manila que abrí a continuación contenía un fajo de copias impresas, todas similares. Reconocí el logo del banco en la esquina superior izquierda, pero los conceptos, las cifras y las frases repetidas hasta la saciedad se me mezclaron y emborronaron mientras los miraba. Sí logré leer tres palabras que aparecían en la cabecera de todas las páginas: «amortización de intereses». Las metí otra vez en el sobre y seguí buscando. Al cabo de media hora, me dolían los ojos, me palpitaban las sienes y no había visto la palabra «Testamento» por ninguna parte.

Volví a meter los sobres y los separadores en la maleta y la cerré. Pensaba subirla otra vez a lo alto del armario, pero decidí ahorrarme la molestia. Era probable que pronto volviera a necesitarla. La guardé debajo de la cama de mi padre, cogí sus camisas y vaqueros y los metí en la cesta de la ropa sucia. Luego me pregunté por qué lo hacía. Él no iba a llevarlos, y yo no los quería. Pero no me sentía con ánimos para meterlos en una bolsa de basura y dejarlos en la entrada de una tienda benéfica. No era por sentimentalismo, aunque a una parte de mí le habría gustado sentirse así. Sencillamente, me daba palo.

La capilla ardiente estaba poco iluminada, olía ligeramente a cerrado y no tenía ventanas. Por un momento, me recordó la sala de interrogatorios de la comisaría, pero la capilla era un poco más grande. Su elemento más destacado era mi padre, que reposaba en un féretro sustentado por caballetes de madera. El ataúd era de un brillante aglomerado lacado que intentaba parecer madera, con asas doradas de un plástico que ni tan siquiera intentaba parecer latón. Al parecer, cuando un cliente compraba el ataúd más barato, el señor Stone se aseguraba de que todos se dieran cuenta, por si a otros clientes se les ocurría la misma idea.

Por supuesto, a mi padre le daba exactamente igual. Parecía dormido, aunque tenía la cabeza demasiado echada hacia atrás, como si intentara que la barbilla no le rozara la camisa, pero aquello quizá fuera para esconder los daños del cráneo. Los empleados de Stone lo habían vestido con su segundo mejor traje. Él solo tenía dos: el que llevaba puesto era el modelo marrón oscuro de marca que había comprado en una tienda de ropa usada y aún le hacía parecer bastante elegante. Con el negro habría estado más elegante todavía, pero ese lo necesitaba yo para llevarlo en el funeral, aunque me tiraba en los hombros y no me lo podía abrochar. A mi padre le habían peinado y quizá incluso recortado el pelo rubio y la descuidada barba canosa. Si lo habían maquillado, no se notaba. Tenía la piel del mismo color de siempre; pero su inmovilidad era excesiva, artificial, mortal. Cuando le toqué la frente, la tenía fría. De repente me entraron ganas de besársela a pesar de todo, como él me la besaba a mí, incluso cuando ya era más alto que él, pero me contuve, pensando que parecería demasiado raro y asqueroso.

Entonces me di cuenta de que me importaba un rábano qué parecía, me agaché y le besé la frente. Fue como besar una lisa piedra redonda revestida de cera fría.

Stone estaba de pie en el rincón, con las manos entrelazadas sobre la entrepierna.

—Gracias, señor Stone —dije—. Tiene buen aspecto.

Él asintió. Yo no estaba seguro de haber dicho la frase correcta. No sabía cómo actuar. No rezaba desde el colegio católico al que fui de pequeño y no lloraba desde que mi madre se fue. No iba a empezar ahora; ninguna de las dos cosas le hacía ningún bien a nadie.

—¿Vas a quedarte para recibir a los amigos y familiares? —preguntó Stone cuando me volví para marcharme.

—Aún no se lo he dicho a ninguno de sus amigos —respondí.

—Es solo que ya nos ha llamado una señora que quería venir a presentar sus respetos —explicó Stone—. Aunque no he oído bien el nombre, lo siento.

—¿Ha dicho cuándo vendría?

—Le he dicho que podría ver el cuerpo a partir de las dos.

—No puedo quedarme. Tengo una cita. —Parecía una excusa poco convincente, pero ¿qué se le iba a hacer?

—No se preocupe —dijo—. Nosotros nos ocuparemos.

Me fui, pero, en lugar de regresar a casa, entré en el café de enfrente y me senté cerca de la ventana. Inicialmente el dueño había querido abrir un elegante bistró francés, pero la constante demanda de huevos y patatas fritas por parte de la clientela había podido más que él y ahora el patético olor a grasa rancia desentonaba con la decoración de cuadritos rojo cereza. Pedí un café y me trajeron una cafetera de émbolo enorme que debía de contener cuatro o cinco tazas, pero no me la terminé; no quería estar en el váter cuando aquella mujer, fuera quien fuera, apareciera para presentar sus respetos. Intuía quién podía ser. Creía que el café sería un lugar ideal para vigilar la funeraria, pero no contaba con la parada de autobús que había justo delante. Cada diez minutos, un autobús de dos pisos se detenía y se quedaba un rato traqueteando, sin dejarme ver nada. Cuando apareció el segundo, yo seguía con el cuello estirado para vigilar la entrada de la funeraria cuando vi que la mujer a la que buscaba acababa de bajar del autobús.

Aunque estaba casi pegado a ella, al otro lado del cristal, Elsa Kendrick, la asistente social, parecía estar demasiado ensimismada para reparar en mi presencia. Se subió el cuello del abrigo, miró el tráfico y cruzó la calle a toda prisa hacia Parker & Parker. Pensé en seguirla, pero acorralarla en la capilla ardiente junto al cadáver de mi padre no me pareció buena idea. Además, ya me había mentido una vez y no le costaría nada volver a hacerlo, con lo que yo me quedaría igual que antes. Decidí actuar como habría actuado el Gobernador.

Fui a la barra y pagué el café, sin quitar ojo a la entrada de la funeraria. Al cabo de unos veinte minutos, reapareció Kendrick, con un pañuelo en la mano, la cara triste, los ojos y la nariz enrojecidos. Se dirigió a la izquierda hacia la parada de autobús del final de la calle, situada a poca distancia de Parker & Parker, para irse por donde había venido. Aguardé en el café hasta que llegó el autobús de dos pisos que se dirigía al norte de Londres, conté hasta diez mientras Kendrick subía con el resto de los pasajeros, salí del café como una flecha y crucé la calle. El conductor empezó a cerrar las puertas justo antes de que yo llegara a la parada, pero, cuando junté las manos para suplicarle en actitud guasona, volvió a abrirlas. Pasé la tarjeta de transporte por el lector, me volví y eché un rápido vistazo al piso de abajo. No había ni rastro de Kendrick: debía de haber subido. Cuando el autobús arrancó, fui a la parte de atrás, me senté en el último asiento del rincón y esperé.

Había sido un poco arriesgado, pero no se me había ocurrido otra forma de averiguar dónde vivía Kendrick, aparte de perseguir el autobús a pie. Cuando había llegado, la había visto bajar del piso de arriba y había supuesto que, a la vuelta, también viajaría ahí. Entendía que lo prefiriera: el piso de abajo siempre iba lleno de cochecitos enormes, lúgubres pensionistas y escolares que ponían una música pésima en los móviles. Por suerte, aún era temprano para los escolares, pero había muchos lúgubres pensionistas chupándose la dentadura postiza y varias madres subieron y bajaron cargadas con cochecitos y bebés a lo largo del trayecto. En cada parada, me tensaba y me preparaba por si Kendrick bajaba, pero el autobús continuó su trayecto y se adentró cada vez más en el interminable laberinto gris de tiendas, calles y semáforos de West London hasta que estuvimos a unos ocho kilómetros de mi casa. Kendrick seguía sin aparecer. Ya empezaba a creer que me había colado y ella no había llegado a subir al autobús. Quizá se había dado cuenta de que la seguía y me había dado esquinazo... tendría que estar paranoica para pensar que alguien la seguía. Aunque fuera verdad.

Los autobuses siempre me dan sueño. Aunque sean ruidosos, hace calorcito, y el bamboleo me adormece. Oí un taconeo en la escalera, me di cuenta de que tenía los ojos cerrados y los abrí justo a tiempo de ver a Elsa Kendrick delante de las puertas, solicitando parada. El autobús redujo la marcha y se detuvo, las puertas se abrieron y ella bajó. Torció a la izquierda y pasó por delante del autobús. Esperé a terminara de hacerlo antes de levantarme. El viejo de la gorra que se había aposentado a mi lado refunfuñó y frunció el entrecejo, como si yo solo quisiera bajar para fastidiarle, y tardó un buen rato en apartarse. Las puertas ya habían

comenzado a cerrarse cuando las alcancé y tuve que esperar unos angustiosos segundos a que el conductor volviera a abrirlas. Bajé de un salto, miré alrededor mientras el autobús arrancaba y vislumbré la melena pelirroja de Kendrick cuando cruzó la calle en un semáforo. Atravesé detrás del autobús y casi terminé en el manillar de la moto de un repartidor de pizzas que circulaba en sentido contrario. El chico me dio un bocinazo y me insultó con el casco puesto, pero le ignoré y apreté el paso.

Kendrick llevaba la cabeza alta y las manos en los bolsillos del abrigo. Caminaba deprisa, con garbo y agilidad. Tenía buena figura, debía reconocerlo, y no me costó no quitarle ojo. Cuando torció a la izquierda de forma repentina y dejé de verla, apreté el paso.

Llegué justo a tiempo. Cuando doblé la esquina, ella estaba unas diez puertas más allá, hurgando en el bolso. Las casas adosadas eran estrechas y estaban separadas de la acera por minúsculos jardines de unos dos pasos de anchura rodeados por muretes. Si Kendrick hubiera vuelto la cabeza, yo no habría tenido donde esconderme, salvo detrás de una farola, pero, finalmente, sacó un manojito de llaves, escogió una, abrió la puerta y entró sin mirar atrás. Oí el golpeteo del buzón cuando la cerró.

Me acerqué y me detuve en la entrada. La casa era un poco más grande que la nuestra, pero, a diferencia de casi todas las otras viviendas de la calle, tenía dos entradas en lugar de una. Era evidente que la habían transformado en dos pisos de una planta, y yo no tenía la menor idea de cuál era su puerta. Desde mi posición, no había ninguna pista clara. En el hormigón del patio delantero había un pequeño arriate y unos cuantos rosales esmirriados sobresalían con optimismo a través de la pegajosa arcilla marrón. Ambas puertas eran modelos idénticos de madera noble fabricados en serie, sin pintar, con cristales tintados de amarillo para dejar pasar el sol, cuando lo había. Vi encenderse una luz detrás de la puerta de la derecha, casi al fondo del piso, en la cocina, supuse. Los timbres también eran idénticos: modelos negros de plástico, con una ventanita transparente debajo para el nombre, vacía en ambos. «Qué diablos —pensé—, tengo la misma probabilidad de acertar que de equivocarme.» Pulsé el botón de la derecha, sonó un timbre y esperé. Oí pasos acercándose y vi la cara de Kendrick a través de uno de los cristales, mirándome, antes de que corriera el cerrojo.

Solo abrió la puerta a medias y, cuando vio mi cara, supe que estaba planteándose volver a cerrarla. Hablé antes de que le diera tiempo a hacerlo.

—Señora Kendrick, lo siento. Llamé a los Servicios Sociales, pero me dijeron que estaba de baja.

—Esta es mi casa. No deberías haber venido. —Tenía una gran copa de vino blanco en la mano.

—Lo siento, solo quería hablar con usted. Sé que era amiga de mi padre. —No lo sabía, pero me parecía bastante probable. No muchas asistentes sociales lloraban por sus clientes fallecidos—. Solo quería hablar con alguien sobre... todo lo que ha pasado. Necesito consejo. —No sabía si mi numerito de adolescente desconsolado estaba dando resultado, pero aún no me había dado con la puerta en las narices.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Mi padre ha dejado montones de papeles. Los he estado revisando. —No era una mentira. No exactamente.

—¿Escribió algo sobre mí? —Parecía preocupada y a la vez intrigada.

Eché un vistazo al reloj. Iba a llegar tarde a la cita del restaurante. A la mierda. Llegaría tarde.

—¿Puedo pasar? Le prometo que no le robaré demasiado tiempo. Tengo una entrevista de trabajo a las cinco.

Al menos eso era cierto, y supongo que ella lo notó, porque se retiró y me abrió la puerta. Entré, cerré y la seguí al salón por el estrecho pasillo separado de la escalera por un fino tabique. Dos habitaciones abajo y la cocina en la parte de atrás, supuse. La puerta del centro, imaginaba que la de su dormitorio, estaba cerrada. Las paredes y la moqueta del salón eran de tonos claros y neutros, con colchas de color crema sobre modernos sillones cuadrados de esa tienda sueca de muebles para montar en casa. Yo sabía que los colores claros sirven para que un sitio parezca más grande y aquel piso necesitaba toda la ayuda posible. Estaba ordenado de forma obsesiva, aunque había un extraño olor agrídulce, como de perfume echado a perder.

—¿Quieres tomar algo? —Kendrick me enseñó la copa de vino y se ruborizó—. Me refiero a té o café, por supuesto.

—No, gracias —respondí, y me senté al borde del sofá. No tenía claro cómo iba a enfocar aquello, ni por dónde empezar.

—Has dicho que querías consejo.

—Sí. Ha pasado todo tan deprisa que no sé por dónde empezar.

—¿Te has leído los folletos que te dejé?

—Los he hojeado. El caso es que, cuando vino a verme, creí que su visita era oficial. Pero en su oficina me dijeron que llevaba varios meses de baja. Estaba muy

unida a mi padre, ¿verdad?

Ella bajó la mirada, avergonzada y cohibida ahora que ya no se podía esconder detrás de su identificación caducada, y se sentó al borde del sillón, enfrente de mí.

—No me lo podía creer, cuando me enteré de lo que había pasado —dijo—. Sobre todo cuando supe que...

—¿Que la poli pensaba que había sido yo?

—Quería verte con mis propios ojos. Perdona... el número de la identificación oficial. Tu padre no te había hablado de nosotros, y yo intentaba respetar eso. Pero, en cuando te vi, supe que la policía se equivocaba. Noel me contaba tantas cosas de ti, estaba tan orgulloso... Con todo lo mal que lo pasaste, cómo te habías enderezado, a base de fuerza de voluntad.

—Sí. Pero fue su fuerza de voluntad más que la mía.

—¿Qué escribió sobre mí?

Abrí la boca y volví a cerrarla.

—No lo sé —contesté por fin—. Se llevaron muchos de sus papeles.

Pareció divertirse que yo hubiera conseguido engañarla apelando a su vanidad.

—No escribió nada sobre mí, ¿verdad? Y nunca te habló de nosotros. —Ahora era ella la que parecía una adolescente tristonza.

—Me olí algo —dije— hace unos meses. Se cortó el pelo como Dios manda, se adecentó. Se compró un traje marrón cuando no podía permitírselo. A veces llegaba a casa tardísimo y andaba de puntillas para no despertarme, pero me daba cuenta...

—¿De qué?

—De que estaba más contento. —Se le iluminó la cara. Parecía melancólica—. Quizá pensaba contármelo. No hablábamos mucho. Bueno, él sí, pero yo nunca le prestaba verdadera atención. Y ahora es demasiado tarde. —Eso también era cierto. Me había dado cuenta de que decir la verdad podía ser un modo de desarmar a la gente.

Kendrick suspiró y tomó otro sorbo de vino. Era una copa grande, pero ya estaba casi vacía.

—¿Cómo se conocieron? —pregunté.

—Él estaba en el Coach and Horses, un pub de este barrio, investigando algo.

Había quedado con una arquitecta o algo así, dijo, y me tomó por ella. Puede que solo fuera una excusa, pero le funcionó.

—Estoy seguro que no lo era —afirmé—. Investigar siempre le resultaba más fácil que escribir. ¿Qué estaba investigando?

—Oh, aquí tenemos una leyenda urbana, sobre un gánster que enterró a sus víctimas en los pilares del paso elevado. Donde la autopista atraviesa el canal.

Sonrió por lo absurdo que parecía. Pero, después de conocer al Gobernador, yo no pensaba igual. ¿Con quién había hablado mi padre?

—Después de eso, empezó a venir varias veces a la semana. A veces pasaba la tarde aquí, conmigo... —Se puso pudorosa. Supuse que no habrían estado jugando a las palabras cruzadas—. Era un hombre tan cariñoso... No me puedo creer que esa madre tuya os abandonara a él y a ti, su propio hijo. Vaya zorra.

Lo dijo con tanto resentimiento que pareció que la abandonada fuera ella, no yo. Quise tranquilizarla diciéndole que lo había superado, pero decidí que no era asunto suyo. Además... no estaba seguro de haberlo hecho.

—Le pedí varias veces que se quedara a dormir —continuó—. Nunca lo hizo. Siempre tenía que volver a casa para estar contigo. —Dijo aquello último con una tensa sonrisa celosa—. Iba a llevarme para que te conociera. Pronto, decía. Antes tenía que acostumbrarte a la idea de que tenía novia, después de llevar tanto tiempo los dos solos. Y entonces...

—Lo asesinaron —dije.

Ella se estremeció y sonrió con tristeza.

—Sí.

—¿Y nunca conociste a ninguno de sus amigos? —pregunté—. ¿Del Weaver's Arms?

«Mierda. El Weaver's Arms: la anécdota que me contaron los colegas de mi padre... mi padre escondiéndose debajo de una mesa.»

Elsa vio la expresión de mi cara.

—¿Qué?

—Perdona, Elsa, pero ¿puedo preguntarte si estás casada?

—Separada. —Me enseñó la mano izquierda y vi una marquita blanca en el dedo anular.

—¿Cuándo fue la separación?

—El año pasado. Mucho antes de que conociera a Noel.

—¿Qué aspecto tiene? Tu marido.

—¿Te refieres a mi ex? Cuarentón. Barrigudo. Calvo en la coronilla, pelo corto y canoso. Y tiene los antebrazos tatuados. Con tatuajes maoríes falsos.

«Mi padre escondiéndose debajo de una mesa para eludir a un mastodonte con tatuajes maoríes... Mi padre se estaba tirando a su mujer.»

—¿Por qué lo dejasteis? —pregunté—. Perdona por ser tan entrometido.

—Jonno tiene... un poco de genio. —Elsa había bajado la voz hasta casi susurrar. Apuró la copa.

—¿Alguna vez fue violento contigo?

—Ahora parece que el asistente social seas tú —dijo, y se levantó—. ¿Seguro que no te apetece tomar nada?

Negué con la cabeza. Fue a la cocina. La seguí y me quedé en el pasillo mientras ella sacaba una botella de vino de la nevera y se rellenaba la copa.

—¿En qué trabaja tu ex?

—Es camionero. Internacional. Viaja continuamente a Alemania y Holanda.

—Debías de sentirte muy sola.

Me fulminó con la mirada, como si me hubiera compadecido de ella o la hubiera tratado con condescendencia. Me di cuenta de que podía haberlo hecho y me apresuré a continuar.

—¿Está en el país esta semana?

Quería evitar decir «¿Dónde estaba la noche que asesinaron a mi padre?», pero ella captó la indirecta de todas formas y se quedó petrificada, con la copa suspendida en el aire.

—No. —Negó con la cabeza—. Eso es imposible. Incluso para Jonno. Es demasiado...

—Si quisiera hablar con él...

—No debes hacerlo. Es... Oye, es probable que ni siquiera estuviera aquí esa noche...

—Bueno, le puede decir eso a la policía.

—No se lo cuentes a la policía. Por favor, Finn. No sabes cómo es.

—Tranquilo, no les diré que he hablado contigo, te lo prometo —afirmé.

Se volvió para tomar un sorbo de vino como si le diera vergüenza que yo la viera.

—Está en el listín —precisó por fin—. En Transportistas. Jonno Kendrick.

—Vale —dije. Eché un vistazo al reloj y vi que tenía menos de una hora para ir a Pimlico y presentarme a la entrevista de trabajo del restaurante. Estaba en el lado equivocado de West London, y la hora punta acababa de empezar—. Tengo que irme —añadí. Me volví y me dirigí a la puerta.

—Finn, espera. —Elsa se apresuró a dejar la copa y me siguió—. Prométeme que no harás ninguna estupidez.

—Gracias, Elsa. Y gracias por... hacer feliz a mi padre —añadí.

—Quédate un rato más —suplicó—. Y tómate algo fuerte. —Sonrió. Tenía una sonrisa tímida preciosa que le iluminaba los ojos—. No se lo contaré a nadie.

—Lo siento, Elsa. Tengo una entrevista de trabajo, de veras —dije.

—Llámales. Aplázala. Has vivido una experiencia terrible, Finn. Los dos la hemos vivido. —Me puso la mano en el brazo y me miró y, casi sin pensar, me pregunté qué habría hecho para que la suspendieran en el trabajo. Debió de leerme el pensamiento, porque retiró la mano y empezó a jugar con el pelo.

—Adiós —dije, y corrí el cerrojo.

—Cuídate, ¿vale?

Cuando salí y cerró la puerta, me dirigí a toda prisa a la parada de autobús. Qué cosa tan rara, pensé. ¿Acababa de tirarme los tejos? Al principio me había dado miedo no poder entrar en su casa y había terminado preocupado por no poder salir. Me pregunté si mi padre habría sentido lo mismo.

7

Llegué al Iron Bridge con cinco minutos de retraso y envuelto en sudor. Las puertas estaban abiertas, pero aún era temprano para que hubiera clientes. La decoración era discreta y elegante, con una iluminación tenue que arrancaba destellos a las copas de cristal y a los immaculados cubiertos dispuestos en los manteles almidonados de color crema. No era ni ultramoderno ni retro, sino, sencillamente, intemporal y agradable. Una camarera vestida de negro con un delantal blanco de algodón revoloteaba de mesa en mesa como un colibrí, arreglando hábilmente las flores de las macetitas. Alzó la vista cuando entré y comprendí que el personal estaba elegido con el mismo esmero que la decoración. Esbelta y curvilínea, con una piel perfecta y los ojos castaños, supuse que era malaya, o quizá china. Se acercó a mí con una sonrisa ancha y relajada. Si mis vaqueros, zapatillas de deporte y sudadera me daban más pinta de atracador que de cliente, no dejó traslucir su opinión.

—Hola, ¿qué puedo hacer por ti?

—He venido a ver al señor Eccles. Por un trabajo.

Ella pestañeó. «Claro —pensé—. Eccles es un cocinero famoso, sale en la tele, él no contrata ni despide personalmente a los empleados. Tendría que haber preguntado por el mayordomo, o como llamen al jefe de un sitio como este.»

—Veré si puede salir —dijo, por fin—. ¿Quién digo que pregunta por él?

—Maguire —respondí—. Finn Maguire. —No mencioné al Gobernador ni pensaba hacerlo. Quien me entrevistara sabría quién me había recomendado, pensé, y además me daba un poco de vergüenza que me relacionaran con él.

—Siéntate —dijo la camarera, y me hizo un grácil gesto con la mano.

Le di las gracias, pero seguí de pie. Mientras se dirigía al fondo del restaurante, intenté no moverme ni meterme las manos en los bolsillos. Aquel lugar me intimidaba, pero no quería parecer un garrulo.

La camarera regresó al cabo de unos minutos y me dirigió una sonrisa muy bien ensayada.

—Por aquí, por favor.

Se apartó para que pasara delante y nos dirigimos a la parte trasera del restaurante. Junto a las puertas batientes que conducían a la cocina había una puerta lisa tan discreta que era casi invisible. Me detuve, sin estar seguro de si se abría empujando o bajaba como un puente levadizo. A lo mejor no había parecido un garrulo, pero puede que tonto perdido sí. La camarera me adelantó, empujó la puerta con suavidad y me señaló un pasillo con poca luz pintado de color rojo oscuro.

—El chef está en el despacho —dijo—. Primera puerta a la izquierda.

Llamé a la primera puerta y aguardé. No estaba seguro de si alguien me había dicho que pasara, pero quería terminar con aquel suplicio cuanto antes, de modo que abrí la puerta y entré.

El despacho de Eccles estaba decorado con la misma sobriedad que el restaurante, pero lo presidía una lustrosa mesa de madera clara en la que había un ordenador, un modelo ultramoderno con todo integrado en la enorme pantalla. Me fijé en que el despacho tenía su propia cocina. Me extrañó, cuando justo al lado había una cocina comercial totalmente equipada, pero puede que a Eccles le gustara desarrollar sus nuevas recetas en la intimidad.

El propio Chris Eccles estaba sentado a la mesa, vestido de cocinero, hojeando un fajo de recetas y anotando cifras en un cuaderno, sin hacer caso del ordenador. Tenía sentido; en su programa de televisión, siempre hacía hincapié en preparar los ingredientes a mano. Me acerqué a la mesa, un poco nervioso, y me aclaré la garganta. Él alzó la vista, sin sonreír, y me examinó por encima de las estrechas gafas de diseño que se habían convertido en uno de sus sellos característicos.

—Hola. Soy Finn Maguire.

Eccles lanzó una mirada a su reloj. Eran las cinco y siete minutos. Tuve la impresión de que quería echarme un rapapolvo, pero se limitó a señalarme con el mentón la silla que había frente a la mesa. Me senté y puse las manos en el regazo. Ojalá hubiera ido a casa después de la funeraria para cambiarme de ropa y ducharme en lugar de perseguir a Elsa Kendrick por todo West London.

—Me han dicho que tienes experiencia en restauración —dijo Eccles. Directo al grano. Sin marear la perdiz. Su tono era neutro, como si la decisión ya se hubiera tomado y la conversación solo fuera una pura formalidad.

Delante de la cámara, tenía acento de Newcastle; en la vida real, parecía que no se molestara.

—No la tengo, lo siento. Solo he servido en un restaurante de comida rápida.

Pareció irritado.

—¿En cuál?

—¿Importa?

—¿Y qué clase de trabajo tenías en mente?

—El que sea, señor Eccles, no soy delicado.

—¿De cara al público?

—¿Se refiere a servir mesas?

—Sí, servir mesas. Servir a los clientes. Servir el vino.

—Podría hacerlo... pero no creo que le dejara en buen lugar.

Eccles había empezado a mover la mandíbula. La tenía marcada y cuadrada, y tenía una recia mata de pelo negro que rara vez obedecía. Los telespectadores, no todos ellos mujeres, solían quedarse extasiados con su forma de arremangarse y pelearse con los ingredientes mientras sonreía a la cámara. Pero en ese momento no sonreía, sino que parecía cabreadísimo, como si algún famosillo excéntrico le hubiera pedido que le preparara una tostada con un huevo frito y alubias, y se la sirviera en una bandeja de plástico, sin llevar nada aparte del delantal.

—Disculpa, Maguire, pero ¿consideras que servir al público es poco para ti?

—No, no. Mire, señor Eccles, creo que puede haberse hecho una idea equivocada. Sé quién le ha sugerido que me reciba —«Le ha ordenado que me contrate», suponía, pero, probablemente, eso era mejor no decirlo—, pero no soy uno de sus... es decir... no espero... —Respiré hondo y volví a empezar—. El caso es que necesito un trabajo con urgencia. Un trabajo como es debido, y haré lo que sea, en serio. Limpiar lavabos, lavar cubos de la basura, no me importa. Es decir, si soy lo bastante bueno, y si usted cree que podría aprender, me encantaría servir mesas, algún día. Pero, hágame caso, no le conviene sacarme en una buena temporada, a menos que a sus clientes les guste tener la comida en el regazo.

Eccles pareció meditabundo, como si quisiera creermelo, pero pensara que aquello podía ser alguna clase de trampa.

—¿Y qué le dirás a nuestro común amigo?

Obviamente se refería a McGovern, y obviamente McGovern no era amigo suyo.

—No le diré nada. Aunque usted no tenga nada para mí y me mande de vuelta

a casa. Me debía un favor y presentarnos era el favor. Nunca me prometió trabajo. Eso lo decide usted. En serio.

Eccles se quitó las gafas y se golpeteó los dientes con la patilla. Fue un momento extraño: le había visto hacer aquello en televisión, en un anuncio de mantequilla irlandesa.

—Ven conmigo —fue todo lo que dijo.

Se levantó, retiró la silla y salió del despacho a grandes zancadas. Yo correteé detrás de él como Igor detrás del doctor Frankenstein.

Cuando entramos en la cocina, el bajo rumor de actividad aumentó bruscamente de volumen. Hubo un gran estrépito de cacerolas y numerosos gritos de «¡Sí, chef!». Era obvio que todos los empleados tenían terror a Eccles y estaban decididos a mostrarse ocupados y eficientes. Pasamos por delante de una barra en la que había una chica moldeando diminutas esculturas de hojaldre a un ritmo frenético y por el lado de otra donde un cocinero con las manos llenas de brillantes escamas limpiaba y fileteaba un reluciente montón de pescados. Al fondo de la cocina, un hombre alto y lúgubre vestido de blanco con unos chocantes guantes negros de goma rascaba lo que parecía huevo reseco pegado a una sartén de acero inoxidable.

—Gordon —dijo Eccles.

El alto cocinero se volvió, casi se puso firme y vociferó: —¡Sí, chef!

—Pasas al pescado —declaró Eccles—. Ve a ayudar a Eric. Y presta mucha atención a lo que te dice.

Gordon sonrió complacido y se puso a tirar de los guantes como loco. Comprendí que acababan de ascenderle. ¿Cuántos eones de su aprendizaje se había pasado limpiando cacerolas?

—Sí, chef. Gracias, chef —farfulló.

Eccles se limitó a indicarle que se diera prisa con un brusco gesto de la cabeza. Cogió los guantes de Gordon y me los arrojó al pecho.

—¿Tienes lavaplatos en casa?

—No.

—Entonces sabes lavarlos.

—Sí.

—«Sí, chef.» ¿Quieres un mono?

—Voy bien así, chef —respondí.

—Pues manos a la obra.

Y se marchó.

Me puse los guantes de goma y miré el tambaleante montón de cacerolas y sartenes de acero inoxidable que había a mi izquierda, incrustadas de hojaldre, huevo reseco y lo que parecían pieles de pescado requemadas. Vertí jabón en el enorme y reluciente fregadero, abrí al máximo el grifo del agua caliente, cogí un estropajo de aluminio y me puse a silbar.

Al cabo de media hora, estaba deseando haber pedido un mono, porque, entre el calor y el vapor de agua, tenía la camiseta tan sudada que se me pegaba al cuerpo. No creía que aquella fuera la clase de cocina en la que se fomentara ir con el torso desnudo: los empleados llevaban todos los botones del uniforme abrochados, aunque aquello fuera un verdadero horno. Eccles se movía entre ellos con tranquilidad y rara vez alzaba la voz salvo para que le oyeran entre los silbidos y el estrépito de las cacerolas y los fogones. Supuse que reservaba el histrionismo y el melodrama para sus programas de televisión. En determinado momento, Gordon vino a ver cómo me iba y le pedí que me enseñara dónde estaban los monos. Eran tan grandes y holgados que dejaban pasar el aire. Me quité la camiseta sudada, me puse uno sin nada debajo y seguí trabajando.

En el transcurso de la tarde, el ruido y la actividad se volvieron casi infernales, y las cacerolas sucias comenzaron a amontonarse como metralla de un campo de batalla, pero yo las fregaba, las aclaraba, las apilaba en la encimera de la derecha y no paraba. En un momento dado, la pastelera en la que me había fijado antes se acercó corriendo, me dejó unos cubiertos y un plato de ensalada con un pastel hojaldrado de salmón y volvió a marcharse corriendo. Me lo comí a ratos para no rezagarme. Estaba exquisito. Aparte de eso, el resto de los empleados casi ignoraron mi presencia, lo cual me pareció bien.

Me di cuenta de que el ruido disminuía antes de que pensara siquiera en mirar el reloj. Eran más de las once y media, y el montón de cacerolas se había reducido tanto que era posible contarlas. Hacia las doce, estaba enjuagando el fregadero con un trapo, sin saber que Eccles había ido a observarme. Cuando percibí su presencia y me volví, tenía los brazos cruzados y una leve sonrisa en los labios, como si hubiera ganado una apuesta.

—Es suficiente —dijo.

—¿Me da el trabajo?

Resopló. Metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón blanco, sacó una fina cartera, la abrió, contó cinco billetes de veinte libras y me los dio. Yo me quedé mirándolos.

—¿Por siete horas de trabajo?

Su mirada me dijo que no hiciera preguntas absurdas.

—Muchas gracias, señor Eccles. —Los guantes de goma gorgotearon cuando me los quité.

—¿Te llamas Finn? —preguntó, como si antes no me hubiera prestado verdadera atención.

—Sí.

—Para los turnos, habla con Josie, la gerente, ¿vale? Y, si no puedes venir por la razón que sea, llámala.

—No lo haré —dije—. O sea, sí. Vendré, chef.

Él asintió y se marchó, acompañado por reverentes murmullos de «Buenas noches, chef». Eché el mono a una cesta de la ropa sucia, escurrí la camiseta y me la volví a poner.

En el metro, mientras regresaba a casa, no podía dejar de tocar los billetes que llevaba en el bolsillo, como si fueran un espejismo y pudieran desvanecerse. Me habían contratado para trabajar siete días a la semana, con dos días libres cada dos semanas. Cien libras diarias, siete noches a la semana... Pero puede que eso solo fuera un incentivo inicial. Quizá, cuando me pusiera en nómina, Eccles empezaría a pagarme el consabido salario mínimo. «No —pensé—. Me paga más de la cuenta porque cree que soy un protegido del Gobernador y que, si no me llena los bolsillos, me chivaré.» Pero yo le había dicho que no era así, que lo único que quería era una paga justa por un día de trabajo. Tal vez debiera volver a decírselo, pensé. Aunque, cien libras diarias... a la mierda, ya se lo diría más adelante en algún momento.

Entonces me acordé: de hecho, el dinero no había sido el objetivo, no en un principio. El objetivo había sido entrar en uno de los negocios del Gobernador, ver

si podía desenterrar la verdad sobre quién había asesinado a mi padre. Sin embargo, si el restaurante de Eccles solo era una tapadera para alguna operación criminal, era una tapadera bastante elaborada y costosa. Suponía que los restaurantes podían blanquear dinero (a fin de cuentas, me habían pagado al contado), pero no al ritmo de las casas de apuestas y los casinos. ¿Había invertido el Gobernador en el Iron Bridge porque quería tener que ver con un establecimiento elegante y exclusivo como complemento a sus habituales burdeles y clubes nocturnos? Aunque, si Eccles le tenía tanto miedo, ¿cómo diablos había acabado haciendo negocios con él?

A menos que no hubiera tenido opción.

No estaba seguro de cuánto podría averiguar sobre el Gobernador lavando cacerolas todas las tardes, pero, de repente, me di cuenta de que estaba demasiado reventado para seguir dándole vueltas. Era casi la una de la madrugada cuando entré en mi calle, y estaba tan destrozado que apenas podía levantar los pies. No vi a la chica hasta que estuve prácticamente a su lado; la tapaba una ventana salediza de la casa, situada a dos puertas de la mía, que sobresalía más que el resto. De hecho, pasé de largo y ella tuvo que llamarme. Llevaba la capucha del anorak puesta y no le vi la cara.

—Eh —dijo—. ¿Tienes fuego?

—Lo siento —respondí—. No fumo.

—Entonces no tendrás un cigarrillo, ¿no?

—¿Para qué necesitas fuego si no tienes tabaco? —pregunté.

Ella se bajó la capucha, se sacó el pelo de debajo del anorak, me miró a la cara con más atención e hizo una mueca.

—Mierda —dijo—. Eres tú.

La primera vez que nos habíamos visto, Andy había alegado que ella estaba acaparando los mejores asientos de Max Snax y me había mandado echarla. Aunque no tenía ni idea de qué hacía en mi calle a la una de la madrugada, en lugar de dejarla fuera, la invité a entrar en casa y ella se encogió de hombros como si le diera igual lo uno que lo otro. Pero, de todas formas, entró, y ahora estaba de pie en mitad del salón, bien arrebujada en el anorak.

—Hace más frío dentro que fuera —dijo.

—Lo sé. ¿Quieres beber algo caliente?

—¿No puedes encender la calefacción?

—Claro —respondí.

Fui a la caldera de la cocina, la puse en marcha y esperé a oír el «tic tic brum». Cuando regresé al salón, ella estaba hojeando distraídamente los sobres de ventanilla dirigidos a mi padre que había en la mesa. Estaba seguro de que eran recibos, y habían ido acumulándose en los últimos días, pero no había sido capaz de abrirlos. De todas formas, no habría entendido nada de lo que ponía.

—Me llamo Finn, por cierto —dije.

—Ya lo sé —sostuvo—. He oído que a lo mejor tenías hierba. O coca.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Tienes o no?

—Tengo cerveza —contesté—. Nada más.

—Pues me tomaré una cerveza. —Sin dejar de abrazarse el cuerpo, se dejó caer en el sofá. La piel sintética crujió y se echó un pedo cuando ella se hundió en los raídos cojines. No me moví. Ella alzó la vista como si se preguntara qué pasaba con su cerveza, me miró un momento a los ojos y apartó la vista—. Yo me llamo Zoe —añadió, en voz baja.

Cuando fui a coger la penúltima lata de cerveza que quedaba en la nevera, vi que, si me pedía algo de comer, estaba apañado. Lo único que había en su interior era media cebolla enmohecida envuelta en papel de aluminio y una terrina de margarina vacía. No iba a tener más remedio que salir a comprar.

—¿Cómo va todo en el glamuroso mundo de la comida ultrarrápida? —gritó Zoe desde el salón.

Salí de la cocina y le di la lata de cerveza.

—Como siempre. Perdona, tengo todos los vasos sucios —dije.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó. Abrió la lata y le dio un sorbo.

—Mi madre se fue hace mucho tiempo. Mi padre está muerto.

—¿En serio? Ojalá lo estuviera el mío. —Su chulería infantil me irritó. No tenía ni idea de lo que hablaba.

—Lo asesinaron. Hace unos días. El funeral es el lunes.

—Mierda. —Parecía avergonzada. Sospeché que no era nada habitual en ella—.

Es decir, lo siento. —Tomó otro trago de cerveza. Me sentí como un crío, como si hubiera estado presumiendo: «Mi padre está más muerto que el tuyo».

—Ya no trabajo en Max Snax —dije—. Me despidieron. De hecho, me alegré, porque odiaba ese cuchitril, pero no tenía pelotas para largarme.

—¿Y ahora qué haces?

—Friego cacerolas en un restaurante.

—No parece mucho ascenso que digamos.

—Pagan mejor —dije.

—¿No te tomas una? —Me enseñó la lata.

—Estoy demasiado reventado —respondí—. Y, además, casi no bebo.

—Debería irme —dijo. Pero no se movió.

—¿No les extraña a tus viejos que estés por ahí?

—A mi padre le importa un pito —respondió—. Y el sentimiento es mutuo.

—¿Dónde cree que estás?

—En casa de una amiga. —Volvió a encogerse de hombros.

Qué mal debían de ir las cosas en su casa, pensé, si prefería estar sentada en el sofá de un perfecto desconocido sin que nadie conociera su verdadero paradero.

—¿Qué hacías en Max Snax, por cierto —pregunté—, a esa hora de la mañana? ¿Te han expulsado o qué?

—Solo había pasado de ir a clase. ¿Tú crees que llevaría ese uniforme marrón caca si no me obligaran? ¿Por qué no pones música?

—El equipo está hecho polvo. —Bostecé.

Dejó la lata de cerveza, como si tuviera verdadera intención de marcharse, pero siguió sin levantarse del sofá.

—Gracias por esto —dijo—. Tendría que irme.

—¿Quieres que te pida un taxi?

—No, gracias. Además, no tengo suficiente dinero.

—¿Con qué pensabas comprarme la droga?

—¿Por qué coño tienes que hacer tantas preguntas?

—Es mi casa —respondí.

—Usa la imaginación, hostia —dijo.

Pero no fue capaz de mirarme a los ojos. Hacía muy bien el papel de putilla descarada, pero continuaba siendo un papel.

—En ese caso, siento mucho no tener hierba —dije—. ¿Qué me das por la cerveza?

—Buena conversación.

Me reí, y ella se sumó. Nos quedamos un momento así, riéndonos como críos.

—¿Adónde piensas ir? —pregunté—. Si te presentas en casa a estas horas, tu padre aún sospechará más.

Se le borró la sonrisa.

—¿Y a ti qué más te da? —dijo. Por su tono de voz, me pareció que decía aquella frase a menudo.

—Puedes quedarte aquí, si quieres —sugerí—. En el sofá. Puedo dejar la caldera encendida durante la noche, al mínimo. Hay un edredón de sobra arriba. —Estaba en la cama de mi padre, pero no tenía intención de ofrecerle su cama. No la quería en su habitación, aunque no me importaba que se quedara abajo. De hecho, debía reconocer que me gustaba bastante tenerla en casa. Aunque no quería decírselo. Pensaba que parecería que me sentía solo, o que era un salido o un pervertido, o las tres cosas. Y yo no era nada de eso, ¿verdad?

—No, gracias —dijo, mientras probaba el sofá con los omóplatos—. Está lleno de bultos. ¿Con qué lo han rellenado, con periódicos?

—Tú misma —convine.

—¿No puedo dormir en una cama? —Me miró a los ojos, con la cabeza un poco ladeada.

Estaba seguro de que no se refería a la cama de mi padre. Por supuesto, me sentí tentado; el abultado anorak y los vaqueros que llevaba apenas le marcaban la figura, pero recordaba sus piernas de la semana anterior. Incluso su forma de tomarse la cerveza a tragos me distraía, y tenía cara de ángel enfurruñado y ofendido. Sin embargo, sentía que no me había tenido en cuenta, y no me gustaba. Noté que mi entepierna comenzaba a protestar, pero la ignoré.

—Es lo que hay —declaré.

—Está bien —dijo, dócilmente. No supe si estaba aliviada o molesta.

—¿Quieres el edredón? —pregunté.

—Sí, por favor.

—¿Y un cepillo de dientes?

—¿También vas a contarme un cuento?

Me reí. Tocaba tan bien las pelotas que era imposible no admirar su sentido del humor.

El edredón de mi padre era un modelo barato tan rígido y voluminoso como un colchón hinchable, y casi me tropecé al bajar la escalera porque el bulto no me dejaba ver el suelo. Por fin entré en el salón tambaleándome y lo dejé en un sillón. Cuando la miré, Zoe se estaba quitando los vaqueros. Tenía las piernas largas, suaves y muy blancas, y entreví un tanga de encaje asomándole por debajo de la camiseta. No puede evitar preguntarme si llevaba el sujetador a juego, pero ella alzó la vista, me pilló mirándola y se bajó la camiseta para taparse el culo. Me rasqué la cabeza como si intentara pensar en qué otra ropa de cama llevarle cuando, en realidad, solo quería disimular el hecho de que no sabía dónde mirar. No estuve nada convincente.

—Me iré temprano —dijo—. Así estaré en casa antes de que mi padre se despierte. Ahora mismo paso de que me dé la bulla.

Arqueó la espalda y se echó el pelo hacia atrás con las dos manos para hacerse una cola. No pude evitar fijarme en cómo le resaltaba los pechos aquella postura y en lo fabulosos que eran. Lo hacía a propósito, advertí. Era como enseñar a un concursante el premio que podría haber ganado si hubiera jugado bien sus cartas. Para entonces, la protesta de mi entrepierna era tan vigorosa que podría haber hecho salto de pértiga por el salón. Pero las señales eran contradictorias, y me gustaba. No quería cagarla.

—Ahí tienes el edredón —indiqué, aunque era obvio.

—Buenas noches. —Ella lo cogió del sillón, se envolvió en él, se acurrucó en el sofá y dio varios puñetazos a un raído cojín para convertirlo en almohada. Aquel montículo debía de ser la curva de sus caderas...

«Hostia», pensé, y me dirigí a la escalera.

—Que duermas bien —dije.

Apagué la luz del salón, dejé la luz de la escalera encendida y fui al baño. No entraré en detalles, pero no pasé mucho rato allí y me fui a la cama contento de no

haber aceptado su oferta, si realmente me la había hecho. Se habría quedado muy descontenta.

Ese día había salido a correr, había visitado el cadáver de mi padre en la funeraria, había seguido a Elsa Kendrick hasta su casa y había trabajado siete horas en el Iron Bridge sin sentarme ni una sola vez y, aun así, no podía conciliar el sueño. También se me habían insinuado dos mujeres. Más o menos. Durante la mayor parte del año, había llevado el uniforme beige de poliéster de Max Snax, un matapasionos más eficaz que la lepra, y en ese tiempo, que yo me hubiera enterado, ni una sola mujer me había tirado los tejos. Antes de eso, nunca había salido con nadie durante más de seis semanas. Boxeando, corriendo y trabajando, no conocía a muchas chicas, y no hacía nada por buscarlas. Sí, Trudy solía sobarme en la cocina de Max Snax siempre que pasaba por su lado, pero era una mujer rechoncha y jovial de edad indeterminada que lo toqueteaba todo, incluso los sacos de patatas.

Había perdido la virginidad a los catorce años cuando iba colocado, borracho o las dos cosas con una chica rubia que tenía el pelo largo y cara de aburrimiento. Fui el tercero de cuatro que hacían cola como yo. Ella no era menor, pero no había sido una experiencia que me sirviera de inspiración. No obstante, una vez oí a un hombre en la radio que explicaba que, después de que su mujer muriera, montones de mujeres se le habían echado encima para ofrecerle consuelo, por lo general, físico. No me acordaba de si se había dejado consolar por alguna (quizá era demasiado educado para decirlo), pero, de repente, me pregunté si no les ocurriría lo mismo a los hombres que perdían a su padre. Ojalá pudiera hablar de eso con mi padre, pensé, y entonces recordé que se había ido y ya no podría volver a hablar de nada con él, a menos que rezar contara. No acababa de saber si para mí contaba, pero tenía muy claro que para él no. Lo llamaba «hablar con el amigo invisible». Aunque intentara rezarle y él me oyera dondequiera que estuviera, fingiría que no lo hacía, solo para demostrarme que tenía razón. Pensarlo me arrancó una sonrisa.

«Papá, ¿por qué se me echan encima las mujeres? —Lo imaginé riéndose—. Pues entonces, ¿por qué me lo parece?» «Son como los autobuses —me habría dicho—. Nada en una eternidad y luego llegan tres de golpe.» Típico de él, salidas graciosas y ninguna respuesta. Pensé un poco más en ello, sin consultar a mi padre. Quizá querían algo. Un hombro en el que llorar o alguien que las escuchara. «Es lo que solía decir tu madre —soltó una voz que podría ser la de mi padre—. Lo único

que quieren todas las mujeres es que las escuchen.» «Tal vez— pensé—. Pero ¿por qué quieren que las escuche yo?»

No la oí marcharse; por la mañana, el edredón estaba en el sofá, muy bien enrollado, o tan bien enrollado como era posible. Había escrito una nota en el reverso de uno de los recibos sin abrir con un bolígrafo rojo. Tenía tan mala letra que los caracteres bailaron y cambiaron de sitio sin que mi cerebro machacado tuviera nada que ver con ello. Pero, al final, descifré el mensaje.

Gracias

Chao

Z

x

8

Según la película *Toro salvaje*, una de las favoritas en el gimnasio de Delroy, el boxeador Jake La Motta solía pedir a su mujer que lo pusiera a cien antes de un combate y después se metía hielo en el pantalón. La teoría era que desahogaría su frustración en el ring. Corrí tan deprisa esa mañana que estaba de vuelta casi antes de haber salido. Me puse a hacer series de flexiones y abdominales e intenté pensar en cualquier cosa que no fuera Zoe vestida únicamente con una camiseta, aunque eso significara preocuparme por el dinero.

Si aquel nuevo trabajo me duraba, no tendría que preocuparme, pensé. Nunca había trabajado por las tardes, aparte de las veces contadas que había doblado el turno en Max Snax y había regresado a casa demasiado reventado y oliendo demasiado mal para entrenarme como es debido. Los turnos de tarde, sobre todo si estaban tan bien pagados como el de anoche, me irían mucho mejor. Además, desde que el club de boxeo cerró, nunca sabía qué hacer por las tardes. Casi todo lo que daban en la tele era una porquería, ir al cine costaba dinero y leer nunca había sido mi pasatiempo favorito.

Entonces comprendí que aquel trabajo no podía durarme. Si no me aportaba ninguna pista sobre quién había matado a mi padre, solo habría estado aceptando favores de McGovern. Y, aunque le había salvado la vida a su hijo, probablemente, a largo plazo, no era una buena estrategia mantener cualquier clase de relación con él o incluso estar en su radio de acción.

Iba por la sexta serie de flexiones abdominales, con los músculos del abdomen en llamas, cuando llamaron al timbre. Por un momento, tuve la esperanza de que fuera Zoe, pero apagué la llama de inmediato (lo más probable era que no volviera a verla nunca) y, a propósito, me no me di ninguna prisa en la puerta.

Era Amobi, a la última moda con su look informal pero elegante de ambicioso oficial de policía urbano. Había otro hombre a su lado con el uniforme azul y el impermeable beige que los polis de las series siempre llevan pero casi nadie se pone en la vida real. Su cara anodina me sonaba, aunque no recordaba de dónde... Claro, era Jenkins, el oficial de policía que había asistido a la indagatoria.

—Maguire —dijo Amobi—, ¿puedes dedicarnos unos minutos?

—¿Aquí o en comisaría? —pregunté.

—Aquí va bien —respondió—. Solo es una visita rutinaria, para informarte sobre la marcha de la investigación.

Jenkins seguía plantado en la puerta como un maniquí dejado allí para hacer bulto.

Miré hacia fuera.

—¿Dónde está Prendergast?

—El inspector Prendergast tiene varios casos más que supervisar —respondió Amobi con diplomacia.

—¿Hay alguna novedad? —pregunté.

—¿Nos permites pasar un momento?

Si hubiera hecho una reverencia, Amobi no podría haberse mostrado más complaciente y solícito. Parecía ser la nueva raza de poli, experto en relaciones públicas, sin un ápice de la prepotencia que los polis más jóvenes aprenden sin querer de los más veteranos. Eso le volvía mucho más peligroso y escurridizo.

Me aparté y sostuve la puerta. Ellos entraron, y Jenkins casi chocó con Amobi cuando este se detuvo para limpiarse los pies. Por el aspecto de sus zapatos, era probable que mi felpudo le dejara las suelas más sucias de lo que estaban. Luego le tocó el turno a Jenkins, aunque lo hizo sin mucho entusiasmo.

Cogí la toalla colgada al final del pasamano y la olí. Serviría. Me enjuagué el sudor de la cara mientras Amobi miraba el edredón aún enrollado en el sofá y se sentaba con cautela en el otro cojín. Jenkins tomó asiento al borde del sillón y pareció incómodo, como si prefiriera estar sentado al lado de su jefe o paseándose por el salón escudriñando las fotografías de familia en busca de pistas como hacían los polis de paisano en las series de televisión.

—Hemos investigado a fondo en el barrio —dijo Amobi—. De puerta en puerta en esta calle y las calles vecinas, a lo largo de varios días y noches, para asegurarnos de que hablábamos con todo el mundo. Pensábamos que el intruso podía haber escapado por el patio trasero de la casa, pero nadie de las casas que dan a tu patio vio nada sospechoso.

Asentí. Aquello tenía toda la pinta de ser el preámbulo a que me leyera mis derechos.

Sin embargo, Amobi parecía sincero cuando continuó.

—Siento no poder darte mejores noticias. Hemos hablado con muchos de los conocidos de tu padre aquí en el barrio y hemos intentado reconstruir sus últimos movimientos lo mejor posible. De momento no hemos encontrado nada que pueda considerarse fuera de lo corriente. Hemos pensado que a lo mejor has recordado algún detalle que no consta en tu declaración original. —«Ya empezamos», pensé—. Entonces estabas en estado de shock —explicó Amobi—, y los testigos a menudo recuerdan información importante unos días después del incidente.

—¿Qué hay de Hans? —pregunté.

Me moqueaba la nariz. Me la limpié con la toalla y, al advertir la repugnancia de Jenkins, volví a hacerlo, a conciencia. Amobi no reaccionó ni a lo que hacía ni a lo que había dicho.

—¿Hans? —preguntó.

—El hombre que estaba en el pub la noche antes de que asesinaran a mi padre. La noche que perdió las llaves. Dijo que trabajaba para un periódico alemán, el *Suddeutsche* no sé qué... Pero ustedes ya lo saben, ¿no? —Al hacerse el tonto, Amobi me había irritado tanto que se me había soltado la lengua y comprendí, demasiado tarde, que esa había sido precisamente su intención. «Tengo que acordarme de no jugar nunca al póquer con este tío», pensé.

—Lo estamos investigando, pero las descripciones de los testigos no han sido de mucha ayuda —dijo—. Se consumió mucho alcohol esa noche.

«Hans no lo consumió», pensé.

—Pero han llamado al *Suddeutsche* cómo se diga —insistí—. Ustedes tienen gente que habla alemán, ¿no? —A lo mejor era mucho pedir. Por lo que había visto en la indagatoria, el oficial Jenkins apenas hablaba inglés.

—Como he dicho, lo estamos investigando. Pero me interesa saber cómo te has enterado de que ese Hans existía.

—Igual que ustedes. Preguntando.

—¿Te has puesto en contacto con alguien que crees que podría sernos de ayuda o has encontrado alguna pista que te gustaría comentarnos? —Había adoptado la misma actitud de los padres confesores cuando intentaban sacarme todos mis pecados con el pretexto de que así me sentiría mejor.

—Pues no.

—¿Te refieres a que no te has enterado de nada o a que no quieres compartirlo

con nosotros?

—Sí —respondí.

Amobi lo dejó pasar. El silencio se hizo más denso.

Con toda naturalidad, Jenkins sacó su móvil de pantalla grande de un bolsillo interior y miró el correo electrónico. Al cabo de un momento, notó que Amobi lo observaba, se encontró con su dura mirada, apagó el móvil y lo guardó.

«¿Sabe que mi padre tenía novia? —pensé en preguntar a Amobi—. ¿Le han contado que el marido celoso de su novia fue a buscarlo al pub?» Pero quería hablar con Jonno en persona, antes de que la poli diera con él. Después lo dejaría en algún sitio en el que pudieran recoger fácilmente sus pedazos.

—Maguire —Amobi me enseñó las palmas abiertas, la viva imagen de la inocencia—, queremos descubrir quién asesinó a tu padre. Sabemos que tú también lo quieres, pero es arriesgado. Y a los policías nos pagan por correr riesgos.

—Ya —dije. Yo también podía hacerme el tonto, pensé. Aunque, en mi caso, no fingía. De hecho, no tenía claro a qué se refería Amobi.

Suspiró.

—Hace unos días te vieron en una calle de Maida Vale. Te hiciste pasar por jardinero y entraste en la residencia de un conocido delincuente.

«Mierda.» La casa del Gobernador estaba vigilada. Tendría que haberlo sabido: desde hacía años, la policía metropolitana dedicaba una sección entera del cuerpo a empapelar a gánsteres famosos como McGovern y todavía no había conseguido nada. Claro que vigilaban su casa. La pregunta era: ¿cuánto tiempo hacía que me vigilaban a mí?

—¿Puedo preguntarte qué hacías allí? —dijo Amobi.

—Ustedes sospechan que he matado a mi padre —respondí—. Yo sé que no he sido, pero no tengo a quince mil polis para mandarlos de puerta en puerta a preguntar quién lo ha hecho. Así que pensé en llamar directamente a la puerta del pez gordo.

—¿Entraste en casa de McGovern para preguntarle quién mató a tu padrastro?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Pregúnteselo usted. Les pagan por correr riesgos, ¿no?

Me enorgulleció ver que aquel golpe le había alcanzado en el plexo solar. Puso los ojos como platos y pareció a punto de hacer un comentario precipitado, pero se contuvo y bajó la vista.

—Maguire... —Me miró—. Joseph McGovern es un hombre muy peligroso. Es absolutamente despiadado. Ha ordenado mutilar, dejar ciegos y matar a muchas personas, sin ningún escrúpulo. No solo enemigos, sino amigos con los que se ha peleado. Empleados que ya no le son útiles. Hijos y seres queridos de personas que tienen algo o controlan un negocio que él quiere. Creo que es eres valiente, y que piensas que no tienes nada que perder. Pero, hazme caso, si te mezclas con McGovern, lo lamentarás. Encontrará una forma de hacerte sufrir. Siempre la encuentra.

Habría jurado que la temperatura del salón había descendido uno o dos grados. Amobi me recordó a un predicador apocalíptico, solo que más siniestro, por su tono calmado y mesurado y su dicción perfecta con su ligero deje nigeriano.

—Todo eso ya lo sé —repuse—. Me he informado. Sé que la brigada de delitos graves lleva años detrás de él. Y no lo han cogido porque sabe todo lo que hacen antes incluso de que ellos lo decidan. A lo mejor es vidente. —Era mucho más probable que McGovern tuviera en nómina a altos cargos de la policía, pero Amobi sabía eso tan bien como yo—. Si conociera algún trapo sucio de McGovern, usted sería el primero en enterarse. Y McGovern sería el segundo. Bueno, quizá el cuarto o el quinto. —Aquella coletilla estropeó un poco mi breve discurso, pero no quería dar la impresión de que le estaba acusando de ser corrupto. Entonces me pregunté por qué carajo me importaba siquiera cómo se sentía.

—Podemos ayudarnos —dijo.

—De acuerdo. Usted me dice quién es ese Hans y lo detiene para interrogarlo, y yo le cuento cómo es el jardín de McGovern.

Amobi sonrió.

—Gracias por tu ayuda, Maguire —manifestó, con la misma efusividad que si yo hubiera escrito una confesión completa y le hubiera hecho un dibujo.

Se levantó, y Jenkins lo imitó. Si Amobi tropezaba con el escalón al salir, ¿lo haría también él?

—Gracias por venir —dije.

Amobi sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa con la misma soltura que un prestidigitador.

—Si cambias de opinión, este es mi número particular —me indicó.

Miré la tarjeta, la cogí y pensé en hacer algo grosero con ella. Pero habría parecido una chiquillada y Amobi me caía demasiado bien, de modo que me limité a metérmela en el bolsillo trasero del chándal. El chándal de McGovern, recordé con una punzada de culpa.

Amobi abrió la puerta, salió, sin tropezar, y me dijo adiós con la mano.

—Gracias otra vez. —Sonrió.

Maldita sea. Ojalá tuviera unos dientes como los suyos.

Jenkins sonrió lánguidamente al cerrar la puerta.

—Gracias —dijo.

Esa tarde hice una visita a mi padre y me senté a mirar su cadáver tendido en el ataúd. Quería quedarme hasta que sintiera algo, pero no podía dejar de pensar en el inminente funeral, en lo que iba a decir, en lo que había acordado con el sacerdote y en si aparecería alguien. Y en lo que le diría a la gente si me preguntaba qué había ocurrido. O en lo que me diría a mí mismo. ¿Era McGovern tan paranoico y cruel que había ordenado matar a un pobre guionista aficionado? ¿Le había herido mi padre el orgullo o había descubierto algo importante? De ser así, ¿qué era? ¿Estaba en las notas que se habían llevado?

¿O no guardaba ninguna relación en absoluto con McGovern? Si la poli había hablado con los viejos del pub, era muy posible que también estuviera al corriente de la anécdota del marido celoso que había ido a buscar a mi padre. A Amobi no se le habría escapado eso, como al principio me había ocurrido a mí. Por otra parte, yo sabía que aquel hombre era Jonno Kendrick, y lo más probable era que la poli no tuviera ese dato, al menos, no todavía. Lo cual significaba que aún tenía posibilidades de verlo antes de que dieran con él.

No sirvió de nada. Lo que yo miraba era una burda figura de cera que alguien había colocado en el lugar del padre vivo, gruñón y roncador que yo conocía. Él no estaba en aquel ataúd, y yo no tenía nada que sentir, de modo que me fui.

Esa tarde, en el Iron Bridge, el plato especial para los empleados fue una

creación con sabor a menta, cordero y nuez que se derretía en la boca. Sabía tan bien que hice una pausa para degustarla, lo cual fue un error, porque, en esos pocos segundos, Gordon añadió dos grasientas sartenes al montón y casi lo tiró todo al suelo. Paré las cacerolas con los codos, las desplacé hacia el fregadero y seguí batallando. Por fin la marea de espuma bajó, Eccles reapareció y sacó la cartera.

—He hablado con Josie —dijo—. La semana próxima te pondremos en nómina. Cuando puedas, pásale tu número de cuenta.

—Preferiría que me pagaran al contado —objeté.

—Te llevas lo mismo a casa después de la deducción de los impuestos y el seguro —sentenció. Era obvio que daba la conversación por zanjada.

Había empezado a alejarse cuando dije, de sopetón:

—Necesito librar la noche del lunes, chef.

—¿Vas de ese palo?

—No exactamente —dije.

Si le hubiera dado en la cabeza con una sartén no me habría mirado con tanto disgusto por mi traición.

—Sé que le aviso con poco tiempo, lo siento.

—Por favor, no intentes jugármela, Finn. Creía que nos entendíamos, en serio.

Podría hacerle frente a Prendergast, pensé. Ambos daban bastante miedo. «Yo no encararía a ninguno de los dos con McGovern», añadió una vocecilla.

—Mi padre murió hace unos días. El funeral es el lunes.

Eccles me miró de hito en hito.

—Joder. Me tomas el pelo, ¿no?

—Por eso necesitaba este trabajo. Pero tengo que librar la tarde del lunes. De hecho, no se lo estoy pidiendo.

Eccles se golpeteó los dientes con la patilla de las gafas.

—De acuerdo —convino—. Pero, si el martes no te presentas, no te molestes en volver.

—Gracias, chef —dije.

Antes de llegar a las puertas batientes, se detuvo, se dio la vuelta y volvió sobre

sus pasos.

—Y Finn... siento lo de tu padre —dijo.

—Sí, gracias, chef. —«Capullo», añadí mentalmente mientras limpiaba el fregadero.

En realidad, podía haber ido a trabajar el lunes por la tarde. El funeral y la recepción, o como se llamara, terminarían hacia las seis, y yo no tenía ninguna intención de pasarme la tarde borracho y hundido en la miseria.

9

Mi alma era un caballo viejo
puesto a la venta en veinte ferias.

Había memorizado el poema para no tener que leerlo. Al principio no sabía cómo se titulaba, solo que mi padre lo recitaba siempre que se pasaba con la bebida, lo cual no había ocurrido con la suficiente frecuencia para que yo lo hubiera retenido. Había conseguido recordar unas cuantas frases y las había buscado en internet. Resultó que se titulaba «Pegaso», y el autor era un poeta irlandés llamado Kavanagh. Me costó bastante encontrarlo porque había un poeta inglés con el mismo apellido e iniciales y, para cuando me di cuenta, ya estaba casi bizco después de haber leído montones de estrofas en la red. De hecho, la poesía nunca me había interesado (¿por qué no pueden los escritores limitarse a decir lo que piensan?), pero, cuando por fin conseguí leerlo, supe que era lo que mi padre habría querido, y aquella sería mi última oportunidad para complacerle.

El poema trataba de un artista que buscaba un trabajo serio y siempre lo rechazaban. El simbolismo era tan evidente que hasta un cretino como yo lo entendía.

[...] los compradores
eran hombrecillos que temían sus singulares maneras.

Sí, papá, por eso dejaron de contratarte esos cabrones; les dabas miedo.

Me preocupaba que la capilla fuera demasiado grande y que el día del funeral pareciera patética y vacía. Pero, hacia las diez menos cuarto, ya habían llegado varias personas. Luego aparecieron algunas más y, después, más todavía. Se fueron sentando en los bancos en grupitos dispersos y, cuando el servicio empezó, la capilla estaba aceptablemente llena. A mi derecha, en los bancos centrales, había unos cuantos conocidos del vecindario que escuchaban con educación. Mi padre se paraba en su puerta de vez en cuando para chismorrear y quejarse de la especulación, los atracos callejeros, el precio de la vivienda e incluso los eternos problemas de aparcamiento, aunque jamás hubiéramos tenido coche. A mí los vecinos solo me saludaban con la cabeza. Más a menudo, les pillaba mirándome de soslayo, pensando claramente que no era trigo limpio. Los saludos eran su forma de aplacarme para que no entrara a robarles ni me orinara en sus peceras tropicales.

A la izquierda de la capilla, sentados en las primeras filas, estaban los antiguos compañeros actores de mi padre. Se les distinguía tan pronto como llegaban por la forma en que incluso los hombres se abrazaban y se besaban, y por las fuertes risotadas que sofocaban con teatralidad. En aquel momento estaban muy serios, escuchando mi discurso, pensando, sin lugar a dudas, que mi padre lo habría hecho mejor, preguntándose si después habría algo de comer o solo bebida, y por favor, Dios, que fuera barra libre.

Basta de negociar con el mundo...

Cuando dije aquellas palabras,
alas le crecieron en el lomo.

Aún más a la izquierda, pero más cerca del final, estaban Jack, Phil y el quiosquero Sunil, del Weaver's Arms. A la derecha, en el banco de la última fila, vi al oficial Amobi. No había llevado a Jenkins y se lo agradecí: ese capullo se habría pasado la mitad del servicio jugueteando con el móvil. Delante de Amobi, en el

penúltimo banco, había un hombre alto con la espalda encorvada y una mujer muy fea con gafas, sentados en silencio con las manos en el regazo. De golpe me di cuenta de que eran Jerry y Trudy de Max Snax y se me hizo un inesperado nudo en la garganta cuando solo me quedaban dos versos por recitar.

[...] Ahora podría montarlo
por todos los reinos de mi imaginación.

Me trabé en las últimas palabras y vi las sonrisas compasivas de los actores de la primera fila. ¿Creían que estaba abrumado por haber perdido a mi padre? ¿O sabían que fingía y que la única pena que había sentido en ese momento era por mí? Doblé la hoja que no había llegado a mirar, me alejé del atril y regresé a mi sitio en el banco de la primera fila, consciente de cómo rechinaban mis rozados zapatos negros en las baldosas.

El joven sacerdote polaco, el padre Januszek, dio un paso al frente. Llevaba un extraño corte de pelo setentero que le hacía orejas de soplillo y era tan mofletudo como los niños de los anuncios de yogur, pero al menos no utilizó el recurso fácil de decir que el mundo era un teatro ni explicó ningún cuento sobre cómo Jesucristo habría acogido a mi padre en el cielo. Habló de su profesión, de los papeles que interpretó y de las críticas que recibió en sus inicios, y consiguió dar la impresión de que había sido el presidente de su club de fans. Por supuesto, yo le había proporcionado toda la información, extraída de un viejo currículum que había encontrado entre los archivos que mi padre guardaba en AnyDocs.

—En estos últimos años —decía el padre Januszek en ese momento—, Noel había comenzado a explorar nuevas facetas de su talento a través de la escritura. Por desgracia, nos lo han arrebatado antes de que su proyecto se realizara, un proyecto que nos habría gustado ver a todos. —Por un momento, pareció tan apesadumbrado que me convenció incluso a mí, hasta que recordé que, hacía solo unos días, el padre Januszek no sabía ni quién era mi padre.

De todos modos, cuando concluyó su sermón con un chiste malo sobre el último saludo de mi padre antes de que bajara el telón, me sentí capaz de perdonarle. El sacerdote me miró y me invitó de nuevo a salir para officiar la última parte de la ceremonia.

El grupo preferido de mi padre era U2. Yo me había criado con sus capas de guitarras distorsionadas reverberando por toda la casa mientras él cantaba sin acertar una sola nota. Cuando por fin me harté de aquella salmodia, le obligué a ponerse auriculares, pero él siguió cantando en voz alta. Ahora, cuando las guitarras resonaron, apagadas y lastimeras, en el techo abovedado de la capilla, supe que era hora de dejarle partir.

Pulsé el botón de una caja de madera de haya fijada a una peana. Con un discreto murmullo, las cortas cortinas rojas de la pared del fondo se separaron y el ataúd comenzó a desplazarse lentamente hacia atrás camino del lugar donde todos sabíamos que aguardaban las danzarinas llamas del horno. Las cortinas volvieron a cerrarse, y la música cesó. El padre Januszek dijo una anodina bendición aconfesional para todos los presentes y dio la ceremonia por terminada.

Los asistentes suspiraron y se removieron en los bancos. Los actores se inclinaron unos sobre otros e intercambiaron comentarios mientras los vecinos consultaban el reloj y se preguntaban si hacía verdadera falta que se quedaran a darme el pésame. Recordé un lema de una de las manidas anécdotas de mi padre sobre el mundo del espectáculo: «Mientras haya más público que actores, hay función», me había dicho. Si mi padre, el sacerdote y yo éramos los actores, tener tanto público era sin duda un éxito.

Una mujer había llegado tarde y se había sentado en la última fila con mucha discreción. Era esbelta e iba vestida de negro, con unas gafas de sol que le tapaban casi toda la cara y el pelo recogido bajo una gorra. Elsa Kendrick, pensé, y lancé una mirada a Amobi, que estaba sentado en el otro extremo del banco. Él vio que le miraba y me saludó solemnemente con la cabeza. A continuación se levantó y echó a andar hacia la débil luz del sol que se filtraba por las puertas de la capilla, sin tan siquiera mirar a Elsa de soslayo. Era Elsa, ¿no?

—Finn, ha sido una ceremonia preciosa. Tu padre estaría orgulloso. —Un hombre fornido de más de cuarenta años me había cogido la mano y me la estrechaba con firmeza. Su cara me resultó vagamente familiar, pero ese es el problema con los actores: sabemos que los hemos visto en nuestro salón, pero ¿estaban ahí de verdad o solo en la tele?

—Disculpa... Bill Winchester. Trabajé en *Henby General* con tu padre durante un tiempo, hacia 1990, o a lo mejor fue en 1890...

Hubo muchas más conversaciones como aquella, conforme los antiguos compañeros de mi padre se presentaban, me felicitaban (cualquiera diría que me había casado) y recitaban la parte de su currículum que se había solapado con el de

mi padre. Por supuesto, nadie preguntó qué le había sucedido exactamente, no delante de mí. Esa conversación se reservaba para los chismorreos especulativos que se intercambiarían a media voz en el pub entre copas de oporto y brandy. Estreché manos, agradecí a la gente que hubiera venido y di las señas del Weaver's Arms tantas veces que me arrepentí de no haberlas incluido en el recordatorio junto con los himnos. En todo momento, fui retrocediendo hacia la entrada de la capilla con la intención de abordar a Elsa Kendrick, pero, antes de conseguirlo, Jerry y Trudy se acercaron desde su banco, ruborizados y azorados. Trudy balbució algo sobre lo mucho que lo sentía, y Jerry asintió. Yo les di las gracias por haber ido y lo hice de corazón. Pero, para cuando se marcharon (probablemente Andy les descontaría del sueldo las horas que habían faltado), Elsa se había esfumado, si acaso era Elsa. Puede que fuera otra de las antiguas amigas actrices de mi padre.

Salí rápidamente afuera y miré alrededor, pero solo vi unos cuantos corros de personas encendiendo cigarrillos a la sombra de los lúgubres árboles de hoja perenne que bordeaban el camino al crematorio. Oí una voz detrás de mí, en la entrada de la capilla, la vocecilla aguda de una mujer demasiado anciana para alcanzarme.

—¿Finn? Finn...

Tantos desconocidos llamándome por mi nombre. Era famoso, aunque solo fuera por unas horas, pensé. A mi padre le habría encantado, pero a mí no me hacía tanta gracia.

Creí que la mujer sería otra de las antiguas compañeras actrices de mi padre, pero, cuando se acercó, me fijé en que era mucho mayor que la mayoría. Llevaba el pelo cano cortado en una elegante media melena, varias joyas de las buenas en los dedos y una anticuada estola de piel que parecía nueva y muy cara. Demasiado forrada para ser actriz, pensé: si hubiera ganado tanto dinero actuando, su cara probablemente me sonaría. Debía de rondar los ochenta, aunque llevaba mucho maquillaje, aplicado de forma impecable, y tenía la mirada pícara de una mujer mucho más joven.

—Dorothy —dijo—. Dorothy Rousseau. —Se inclinó hacia delante y me agarró por los hombros. Yo me agaché para que pudiera besarme en las mejillas—. Noel ni tan siquiera me mencionó, ¿verdad? Sinvergüenza desagradecido. —Me estrujó los antebrazos con sus dedos huesudos—. Dios mío, tienes el físico de Charles Atlas. —Se apartó y me evaluó con descaro, como un carnicero que juzga media res—. Y tampoco estás nada mal. ¿Qué opinión te merecen los modelos?

—Prefiero los prototipos.

Me miró un momento. Luego se rió a carcajadas y aplaudió. Me gustaba su risa; tenía un aire infantil.

—Dios mío, te pareces muchísimo a él. Yo fui la agente de Noel, hace años, cuando empezó. Nos peleamos, por supuesto; era tan divo... ¡Dios! Pero era un hombre encantador, y siempre le tuve aprecio. Y lo sentí muchísimo cuando me enteré de lo que había pasado.

—Gracias, Dorothy.

—Y has estado maravilloso ahí arriba, cariño. No, de veras, lo digo en serio. ¡Y ha venido un montón de gente!

—Sí... De hecho, no estoy seguro de cómo se han enterado.

—Oh, eso ha sido cosa mía, cariño, disculpa. Puede que me haya retirado, pero aún tengo contactos y, en cuanto me enteré, hice correr la voz. No hay nada peor que un funeral al que no asiste nadie para emborracharse a costa del muerto y manchar su nombre con anécdotas repugnantes. Tampoco han venido solo por la cerveza: esta gente quería a tu padre de verdad, aunque nadie supiera dónde había estado en estos últimos años. Y podía ser un verdadero latazo, él era su peor enemigo... Dios mío, ¿me odias por decir eso? —Se agarró a mi brazo como si necesitara apoyo. No me sorprendía que Dorothy se hubiera hecho agente: era demasiado histriónica para ser actriz—. Habrían venido muchos más si no hubieras avisado con tan poquísimos tiempo —continuó. Me habría disculpado por eso, pero no podía meter baza—. Charles Egerton, por ejemplo. Tu padre le tenía sorbido el seso, entre otras cosas.

—¿Charles Egerton?

—Dios mío, no hago más que olvidarme de lo joven que eres. Y de lo vieja que soy yo. Charles Egerton salía en todos los viejos filmes de Jeeves y Wooster de los estudios Ealing, cariño, interpretando a Jeeves. Por supuesto, ya está un poco viejo. Se retiró a su castillo de España hace unos años. Vive prácticamente recluido. Apreciaba tanto a tu padre que podrías haber tenido un abuelito gay.

—Creo que fui una vez. A su castillo de España.

Hacía tanto tiempo que casi lo había olvidado. Una destartalada casona rodeada de montañas... yo paseando por el bosque con mis padres. El olor de la tierra caliente y el romero. Mis padres y yo chapoteando juntos en la piscina. Yo debía de tener... ¿seis años? Y un anciano bronceado con una larga barba blanca y una risa socarrona que me daba un poco de miedo.

—En fin, no debo acapararte, querido Finn, tienes invitados que atender. —Me agaché y ella volvió a besarme, o besó el aire, sin dejar de parlotear en ningún momento—. Lo siento, pero no iré al pub. Cuando bebo, soy todavía peor. Solo tengo tiempo de hablar con tu madre. ¿Adónde ha ido?

—¿Mi... qué?

—La del fondo de la iglesia era Lesley, ¿no? ¿Con gafas de sol y una gorra? Qué lástima lo de tu padre y ella, pero me alegro de que haya venido al funeral, la vida es demasiado corta. ¿Sabes dónde se hospeda?

—Mi madre no ha venido —dije—. Era otra persona.

—Oh. —Dorothy pestañeó y pareció desconcertada. Luego puso los ojos en blanco como una vieja chiflada—. No tengo remedio. No me hagas caso. Alzheimer, probablemente. Billy, ¡canalla!

Se marchó a toda prisa para abrazar al actor con el que mi padre había coincidido en la telenovela del hospital y me dejó solo, con la cabeza dándome vueltas.

Esa no podía ser mi madre..., ¿verdad?

Carajo, cómo beben los actores. El pub nos había reservado la pequeña barra del fondo y, en aquel momento, al menos en ese rincón, reinaba un estruendo más propio de un sábado por la noche que de un lunes por la tarde, y eso que solo había doce o trece amigos del difunto. Aunque nadie diría que salían de un funeral. Los actores movían tanto los brazos mientras interpretaban a todos los personajes de las historias que explicaban que parecía que el pub estuviera a rebosar. Todas eran historias sobre mi padre, la mayoría, nuevas para mí, además de unas cuantas que ya conocía, pero con detalles escabrosos recién añadidos. La cerveza, los tragos, el oporto y el brandy fluyeron como un río, y nos pulimos el botín de McGovern en menos de media hora. Sin tan siquiera interrumpir su anécdota, Bill Winchester dejó la tarjeta de crédito en la barra y dijo al barman que continuara sirviendo. Premio para el primero que encuentre al actor con trabajo fijo.

Bebí despacio para tratar de mantenerme sobrio. Jack, Phil y Sunil me invitaban continuamente a cervezas, pero yo se las pasaba a los actores, que se las bebían sin hacer preguntas. Quería mantener la cabeza clara, en parte para recordar todas aquellas historias de la época en la que mi padre tenía una profesión, pero también para reflexionar sobre mi conversación con Dorothy Rousseau.

Por fin conseguí pillar a Bill Winchester orinando en el aseo de caballeros, un refugio con olor a lejía de la barahúnda del pub.

—Es una lástima que Dorothy Rousseau no haya podido venir —comenté—. Seguro que se sabe unas cuantas historias sobre mi padre.

—Seguro —dijo Winchester. Aún no arrastraba las palabras, pero se miraba atentamente la polla por si el chorro se le desviaba y le dejaba los zapatos empapados de orina—. Dorothy tiene una reserva inagotable de los peores trapos sucios de la gente más famosa del mundo del espectáculo británico. Quién iba puesto de coca cuando conoció a la reina, quién se la cascó a quién entre bastidores en un musical del West End que cerró después de tres funciones... Por eso dicen todos que la adoran: le tienen terror.

—¿Alguna vez olvida una cara?

—¿Dorothy? Qué va. Parece chiflada, pero no se le pasa una.

Eso era lo que me temía. Significaba que la mujer de negro era mi madre.

El mundo se salió poco a poco de su eje y me rodó por la cabeza como una canica en un tazón. «Mi madre.» La había tenido delante y ni tan siquiera lo había sabido. ¿Por qué no se había acercado a hablar conmigo? ¿Se avergonzaba de sí misma o de mí? «Tú sabes la razón, y ella también.» Porque yo le habría dicho que se largara de vuelta a Estados Unidos. Tenía toda la conversación pensada desde los doce años.

Supuse que tendría otra oportunidad. Ella volvería a aparecer, aunque solo fuera para asegurarse de que yo no era un caso perdido por su culpa. «Odio desilusionarte, mamá, pero lo soy.» Mal momento para aparecer, pensé, con mi padre muerto. Él quizá la habría perdonado. Yo no lo haría jamás.

Las cenizas de mi padre se habían quedado debajo de mi silla, dentro de una insulsa urna gris metida en una caja de cartón. Seguían en su sitio cuando regresé del váter, lo cual me sorprendió, porque en Griffin Estate lo robaban todo, y casi esperaba tener que pasarme las semanas siguientes buscando a mi padre por todos los mercadillos de West London. Pero, por supuesto, allí dentro estaba rodeado de montones de compañeros actores borrachos, y a los asiduos les daba probablemente miedo colarse en la fiesta por si un viejo marica les besuqueaba o, peor aún, les recitaba a Shakespeare.

Comenzó a circular una gran bandeja de sándwiches: jamón que no sabía a nada y pésima lechuga entre dos recias rebanadas de pan blanco. La cocina del Weaver's Arms no iba a hacer sombra a Chris Eccles en un futuro próximo, pero los actores

no son de mucho comer y, regado con alcohol, todo sabe mejor. La bandeja estaba vacía antes de que hubiera dado media vuelta al pub.

Si la que estaba sentada al fondo era mi madre, ¿dónde se había metido Elsa Kendrick? Si ella y mi padre eran pareja, ¿por qué no había asistido al funeral? ¿Le había ocurrido algo? Miré el móvil; era más tarde de lo que pensaba, y no iba a tener tiempo de quitarme el traje de mi padre. Quizá fuera mejor así: me daría credibilidad. Solo debía tener cuidado de no mancharlo de sangre; sobre todo, de la mía.

Cogí a mi padre del suelo (no era la primera vez) y me dirigí a la puerta. Tenía toda clase de excusas preparadas para irme mientras aún me tenía en pie, pero nadie se dio siquiera cuenta de que salía.

Canal Market Road era una calle paralela al canal, pero no conducía a ningún mercado y llevaba alrededor de un siglo sin hacerlo. En la actualidad, desembocaba en una cochera de autobuses. Antiguamente había formado parte de una especie de polígono industrial y estaba bordeada por desvencijadas naves industriales, algunas de ellas con deteriorados vestigios de motivos *art déco*, si a uno le gustaban ese tipo de cosas. En ese momento, casi todos los negocios luchaban por sobrevivir, como las malas hierbas que crecen entre las grietas de un aparcamiento de hormigón justo cuando llegan las heladas. Había elegido una nave situada hacia el final de la calle y ocupada, hasta hacía bien poco, por una empresa que fabricaba cajas de embalaje planas. Por desgracia, la crisis la había dejado igual de plana que las cajas. Aún había algunas luces encendidas dentro del edificio desierto. Era obvio que a la persona que había echado la llave por última vez le traía sin cuidado el recibo de la luz: ya no era problema suyo. Había un cartel nuevo de «Se alquila» clavado a la fachada del edificio, a mucha altura. No favorecía la impresión que yo quería dar, aunque, por otra parte, había tantos carteles de «Se alquila» y «Se vende» que ya nadie los veía.

Esperé en la puerta de la nave cerrada con un cigarrillo en la mano ahuecada, como si fuera un ejecutivillo que había salido para fumar a escondidas. No di ninguna calada. No me hacía falta: el objetivo no había llegado todavía. De hecho, se retrasaba. Esa no era manera de causar buena impresión, si quería el trabajo que le había descrito por teléfono.

Tres cigarrillos después de la hora a la que habíamos quedado, un traqueteo y el ronroneo de un motor de gasoil me indicaron que se acercaba un camión

articulado. Cuando dobló el codo de la calle, vi que no era el camión entero, sino solo el tractor. Claro, era lógico, dado que, supuestamente, el trabajo consistía en recoger un tráiler. El lustroso tractor era granate y estaba recién lavado. Tenía tres bocinas de aire montadas en el techo, pero carecía de adornos de cromo, insignias y luces de colorines detrás del parabrisas: no tenía nada de estrafalario ni de bonito. Redujo la velocidad conforme se acercaba y se detuvo en la cuneta. Pese a la oscuridad, vi que la figura del volante consultaba un cuaderno y se inclinaba hacia delante para escudriñar la nave donde yo esperaba.

Di una rápida calada al cigarrillo y me arrepentí: había olvidado que siempre me entraban ganas de vomitar. Pero ya estaba hecho y tuve que sofocar una tos seca. Jonno Kendrick quizá la tomó por la tos de un fumador empedernido y no de un mero aficionado, porque me ignoró por completo cuando bajó del camión y se dirigió a la puerta cerrada. Le dio un empujón antes de buscar el timbre. Al no encontrarlo, me miró con el entrecejo fruncido.

—¿Hay alguien en recepción, amigo?

—No.

Tiré el cigarrillo. Era un hombretón, no alto, pero sí fornido, y pesaba casi el doble que yo. Casi todo se debía a las cervezas y los pasteles de carne, pero tenía los brazos como Popeye, si Popeye hubiera elegido tatuajes maoríes en lugar de anclas.

—¿Tengo bien las señas: Canal Market Road?

—Sí.

—¿Qué coño pasa? —dijo entre dientes, y volvió a llamar a la puerta.

—Cerraron hace dos semanas.

—¿Dos semanas? Entonces ¿quién me ha llamado?

—Yo.

—¿Tú? ¿Se trata de una broma?

—Sí. De las que no tienen gracia.

—Desde luego que no tiene gracia, joder. Vengo de Kensal Rise, capullo. ¿Por una puta broma?

Dio un paso hacia mí. Yo no me moví. Se estaba impacientando, lo cual me convenía. Los carnosos mofletes lampiños se le bambolearon y escupió saliva al hablar.

—No es del todo broma —dije—. Necesitaba hablar con usted.

—Que te den. ¡Yo he venido por un trabajo, joder!

—¿Conoce un pub que está cerca de aquí, el Weaver's Arms?

—¿Qué coño? —Estaba indignado, desconcertado, cada vez más enfadado. Blanco en vez de rojo. Señal de peligro.

—Fue al pub hace unas semanas, buscando a mi padre. Noel Maguire.

Cuando oyó el nombre, vaciló y me miró de hito en hito. Respiró hondo, con los ojos desorbitados. Vi que me tomaba las medidas y posaba brevemente los ojos en mis hombros. Alzó un dedo y me lo puso delante de la cara.

—Mira, hijo, adónde voy y con quién coño hablo no es asunto tuyo.

Vi la cadenita de las llaves del camión asomándole entre los dedos regordetes. Fue un descuido por su parte. Se las había quitado del puño incluso antes de que me viera moverme. Trató de arrebatármelas torpemente.

—Dame las putas llaves.

—No quiero que salga corriendo, señor Kendrick.

—¡Dame las putas llaves! —rugió, e hizo otro intento de quitármelas.

Le esquivé, y él se tropezó. Se dio la vuelta y corrió otra vez hacia mí, más deprisa, pero yo volví a apartarme. Su peso no debería haberme preocupado; era corpulento, sí, aunque también lento, y sus intenciones se intuían incluso antes de que empezara a moverse. Solo tenía que quedarme quieto y esperar a que me atacara, básicamente para que montara en cólera, se frustrara y se agotara sin que yo tuviera que mover un dedo.

Pero no estaba tan verde como parecía, porque casi me alcanzó con un revés, y olí el sudor de sus nudillos cuando me pasaron por delante de la nariz. Se dio otra vez la vuelta con más agilidad de la que yo lo creía capaz y, con todo el peso de su cuerpo, trató de darme un golpe bajo que me habría reventado las tripas de haber dado en el blanco. Me agaché, le cogí a contrapié y le asesté un par de rápidos puñetazos en la cara. No le di fuerte, pero él retrocedió tambaleándose y se agarró la nariz como si le hubiera atizado con una llave inglesa. Cuando apartó la mano y vio sangre, por fin estalló. Bramó como un toro y se abalanzó sobre mí. Yo me hice a un lado y le di de lleno en la mandíbula. Los golpes apenas le hacían mella, por lo que me aseguré de que el tercero le alcanzara de lleno en la oreja. No debajo (necesitaba que hablara, lo que suponía no romperle la mandíbula, todavía). Volvió a bramar, retrocedió tambaleándose, se inclinó, soltó varias palabrotas y se

agarró la cabeza palpitante. Entonces supe que lo tenía en el bolsillo.

—¡Joder! ¡Joder! ¿Qué quieres, cabrón?

—Fue a buscar a mi padre, ¿no? ¿Al Weaver's Arms?

—¡Sí! ¿Y qué? No le hice nada.

—No, le encargó el trabajito a otro, ¿no?

—Mierda, creo que me has roto la nariz...

—¿Por qué fue a buscarlo?

—Se estaba tirando a mi mujer, ¡por eso! ¡Mírala!

—No está rota, todavía. Se refiere a su ex mujer.

—Me refiero a mi mujer. Seguimos casados.

Eso me desconcertó. «¡Papá! —pensé—. No puede ser. ¡Cabrón!»

Kendrick se enderezó, se miró la pechera de la sudadera gris y vio que la tenía manchada de sangre. Parecía más preocupado por su ropa que por mí.

—¿Qué pensaba hacer cuando lo encontrara? A mi padre.

—Avisarle, nada más. Decirle que se alejara de ella. —Sorbió por la nariz y tosió.

—¿O si no?

—Lo lamentaría. Coño...

Me había prometido que dominaría mi genio, pero tuve que cerrar los puños para que los brazos dejaran de temblarme y, teniéndolos cerrados, el impulso de golpear algo con ellos era casi irresistible.

—¿Por qué lo lamentaría? ¿Pensaba zurrarle un poco, como la zurra a ella? Solo que no lo encontró, así que contrató a ese cabronazo alemán.

Kendrick me miró como si estuviera loco, volvió la cabeza y escupió un largo salivazo de color rojo en el claro suelo de hormigón.

—¿Pegar a mi mujer? ¿Has hablado con Elsa? ¡Joder...! ¿También contigo? No puede ser. —Dio la impresión de que quería reírse—. ¿Sabes?, quise divorciarme de ella. Hace años. Dijo que se suicidaría si la dejaba. Es una puta mentirosa.

—Y una mierda —dije.

—Iba a advertir a tu padre sobre ella. Está chiflada. Es una borracha. Una... ¿cómo se dice?, fantaseadora. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte? —No respondí—. Hostia, no tienes ni puta idea. —Volvió a escupir sangre.

¿Elsa Krendrick una borracha? Mierda. Su forma de despachar el chardonnay, el olor de su ordenado salón: vino derramado agriado. No era difícil eliminarlo, pero probablemente ella ni tan siquiera lo notaba. Dios mío, por eso la habían suspendido en el trabajo.

—No iba a pegarle. Iba a decirle que no se acercara a ella. Ha intentado envenenarme, me empujó por la escalera... Y después dice que no se acuerda de nada, que tiene ausencias.

—¿Se lo ha contado alguna vez a la poli?

—Joder, no tienes ni veinte, ¿verdad? Casi pareces de doce. Mírame. Mírala. Alegraría que fue en defensa propia: ¿a quién te parece que creería la poli? Te lo has tragado. Dios mío, hasta yo me lo trago a veces. Me llama y me dice que lo siente y que va a pedir ayuda. Y vuelta otra vez a lo mismo. De todas formas, tu viejo debió de captar el mensaje. —Me miró de soslayo como si le avergonzara confesar todo aquello a un crío.

—¿A qué se refiere?

—La dejó, ¿no? Hace dos semanas. Lo supe en cuanto me llamó, llorando y diciendo que lo sentía, que quería volver, que podíamos intentarlo otra vez. Supe que él la había dejado. Puedes decirle que no es de mí de quien debe preocuparse. Capullo.

—Mi padre está muerto —afirmé. Kendrick se disponía a escupir otra vez, pero no llegó a hacerlo—. El funeral ha sido esta mañana. Alguien entró en casa hace unos días y le golpeó en la cabeza mientras estaba sentado a su mesa.

—Joder —dijo Kendrick—. ¿Y qué?, ¿te dijo ella que lo había hecho yo?

—Es su palabra contra la de ella —alegué.

Vaciló un momento. Después se levantó la sudadera. Debajo llevaba una arrugada camiseta que empezó a sacarse del pantalón. Por un momento, creí que iba a desnudarse y echar a correr para declarar su inocencia. Pero solo se levantó la camiseta para enseñarme su enorme barriga blanca y peluda e, incluso, a la fría luz amarilla de una lejana farola de sodio, vi la cicatriz fruncida que le atravesaba la barriga en diagonal desde la cinturilla del pantalón hasta casi las costillas, pasando muy cerca del ombligo.

—Un cuchillo de carnicero —dijo—. Se había pasado todo el fin de semana afilándolo para cuando yo llegara a casa el lunes por la noche. —Volvió a meterse la camiseta por dentro del pantalón—. Siento lo de tu padre, ¿vale? Puedes creerme o no, me trae sin cuidado. O puedes sufrirlo en tus carnes. Como le pasó a

él.

Le arrojé las llaves. Las cogió al vuelo, pasó por mi lado y subió al camión sin decir nada más. Yo me quedé mirando la noche neblinosa mientras él encendía el motor, daba la vuelta, atravesaba la acera y se alejaba por Canal Market Road a toda velocidad.

10

Había escondido las cenizas de mi padre en el lateral de la nave antes de que Kendrick llegara. Fui a recoger la urna, aún en la caja, y regresé a casa. Era un buen trecho a pie y, cuando entré en nuestra calle, seguía debatiéndome entre la versión de los hechos de Elsa Kendrick y la de su marido. No quería creer a Jonno Kendrick, pero, cuando le había dicho que mi padre estaba muerto, su sorpresa me había parecido sincera. Elsa Kendrick me había mentido la primera vez que nos habíamos visto, el día siguiente a la muerte de mi padre, cuando había mostrado tanto interés por saber si mi madre estaba en Londres. Y ahora mi madre había regresado. ¿Era solo casualidad que Elsa Kendrick hubiera adivinado que mi madre estaba en la ciudad? ¿O sabía algo que yo desconocía?

Entre las cortinas a medio cerrar de mi salón, una sola lámpara lateral arrojaba un hogareño resplandor a la calle, sumida en la oscuridad. No recordaba haber dejado ninguna luz encendida. Normalmente daba mucha importancia a apagarlo todo cuando salía de casa, aunque, otra parte, aquel día había tenido bien poco de normal. Introduje la llave en la cerradura, abrí la puerta y me quedé petrificado en el umbral.

Había alguien dentro, lo notaba. Para empezar, la casa estaba caldeada, y olía ligeramente a jabón, de un tipo más selecto y sutil que la porquería barata que compraba mi padre.

Entré y cerré la puerta, con el pelo de la nuca erizado, el cuerpo tenso. Agarré la caja que llevaba bajo el brazo con más fuerza y entré en el salón con el mayor sigilo posible.

Mi madre salió de la cocina, con una humeante taza en las manos.

—Hola, Finn —dijo, como si yo volviera de la escuela y las cenizas de mi padre fueran mi trabajo de ciencias.

Tomó un sorbo de té. Llevaba el mismo abrigo del funeral y tenía las delicadas manos ahuecadas alrededor de la mellada taza de porcelana; recordé cómo solía quejarse de que en aquella casa siempre hacía frío y cómo se estremecía y gritaba

mi padre cuando ella le metía las manos por debajo de la camisa para calentárselas.

—¿Cómo has entrado? —pregunté, por fin.

—Aún tengo llaves. Tu padre no cambió nunca las cerraduras. A lo mejor tú deberías, después de lo que ha pasado.

—Sí. Ahora seguro que lo hago.

—¿Te preparo algo? Acabo de hervir agua.

—No, gracias —contesté.

Seguía con el abrigo puesto, intentando decidir si marcharme o no. Pero ella se limitaría a quedarse en casa, esperándome, y yo tendría que regresar en algún momento. La rabia me inundó el corazón como lava candente. «¡Es mi casa, joder!» «O puede que sea suya», dijo una vocecilla.

—Cuesta saber por dónde empezar, ¿verdad? —dijo.

No nos parecíamos en nada; yo tenía los ojos azules, y ella, castaños. Yo era corpulento, y ella, tan menuda como un pajarillo, con la piel tan blanca que casi se le transparentaban los finos huesos de las manos. Tenía cara de duendecillo, con los pómulos pronunciados y las orejas pequeñas y delicadas. No recordaba que fuera rubia, pero quizá se teñía para disimular las canas.

—¿Empezar a qué? —pregunté. Quería parecer indiferente, pero mi tono fue de irritación.

—A ponernos al día —respondió.

Cruzó el salón, se sentó y echó las piernas a un lado con mucha elegancia. La recordé de golpe, su forma de andar y sentarse como si estuviera trabajando de modelo.

—Tú te fuiste, yo dejé los estudios. Han asesinado a papá —afirmé—. Ya nos hemos puesto al día. Adiós.

Ella no se movió. Ya me lo imaginaba.

—Lo siento, Finn —dijo—. No fue por ti. Fue por mi egoísmo y mi inseguridad y... no es agradable envejecer sin tener dinero ni futuro.

—Dímelo a mí —declaré, con un tono de voz casi amenazador.

La mente se me había inclinado como un transatlántico que se hunde, y los pensamientos me corrían por la cabeza muertos de miedo y chocaban entre sí mientras las notas cuidadosamente compuestas para el discurso que llevaba tantos

años planeando rodaban por el suelo y eran pisoteadas. Dejé las cenizas de mi padre en la mesa, me quité la chaqueta y la arrojé al sofá. Abrí la caja de cartón, saqué la urna y la coloqué en el centro de la repisa de la chimenea. Me pareció ridícula, tosca y fea, un heraldo de la muerte como los marchitos ramos de flores de gasolinera que se amontonan en los tramos de concentración de accidentes de tráfico.

—No puedo quedarme —dijo mi madre, antes de que pudiera decírselo yo—. Pero hay varias cosas que quería que supieras, y es posible que necesites tiempo para pensar en ellas, antes de decidir si... deberíamos seguir hablando.

Traté de concentrarme en la urna. A lo mejor podía meter unas cuantas flores dentro. A mi padre no le habría importado.

—Tu padre y yo estábamos en contacto. Antes de que muriera. Estábamos planteándonos volver juntos.

Al oír aquello, me di la vuelta y la miré.

—Estaba muy confundida cuando me marché. —Había perdido la calma, advertí con cierta satisfacción, y había empezado a balbucear—. Era un momento extraño de mi vida, estaba estancada en mi profesión, y empecé a colaborar con esa organización benéfica... —Se calló para intentar hablar más despacio—. De alguna forma, eso pasó a ser lo más importante. Puede que solo fuera una patética crisis de madurez, pero creí que, si me marchaba, podría empezar de cero, hacer borrón y cuenta nueva.

—¿«Borrón y cuenta nueva»? —Quería parecer impasible, pero incluso aquellas cuatro palabras delataron el temblor de mi voz.

—Sé lo mal que suena, pero de veras creía... De algún modo, me convencí de que no podía servirte de nada si era infeliz. Y era infeliz. Me dije que necesitabas estabilidad, y que tu padre y yo necesitábamos...

—Dejarlo.

—Lo siento. No sé cuántas veces quieres que te lo repita. No te lo puedo decir con más sentimiento del que siento ahora.

—Vale —repuse—. ¿Ya está?

—Iba a perdonarme, Noel. Decía que lo difícil sería convencerte a ti.

—Entonces no era completamente imbécil —afirmé.

Mi madre suspiró. Dejó la taza, se levantó y se abrochó el abrigo. Sacó la gorra negra de un bolsillo, se la puso y se recogió el pelo debajo. Me fijé en que

continuaba siendo muy guapa; de algún modo, las tenues arrugas favorecían sus facciones finas y su tez pálida. Sacó una nota doblada del otro bolsillo y la dejó junto a la taza.

—Mi celular —dijo—. Por si quieres que sigamos hablando.

—¿Podrías dejar también las llaves de casa?

Vaciló y vislumbré dolor en sus ojos. Pero sacó un llavero con dos llaves del bolsillo donde llevaba la nota y lo dejó junto a la taza. En ese momento recordé que nunca llevaba bolso. Los odiaba.

—De todas formas, deberías cambiar las cerraduras —me aconsejó con un hilillo de voz.

Me enfurecí. No necesitaba que me dijera que hiciera lo que yo ya tenía pensado, y lo haría cuando me conviniera a mí, no a ella.

—Adiós, Finn.

Se volvió y salió de casa, y yo no se lo impedí. Oí el chasquido de la cerradura, el débil golpeteo metálico del buzón y su taconeo conforme se alejaba. Por supuesto, en ese momento, me vino a la cabeza todo lo que llevaba años queriendo decirle. «De todas formas, no quiero que vuelvas. Le rompiste el corazón a papá. Vuélvete a Estados Unidos, joder.» No le había dicho nada de aquello y en ese momento supe que no lo haría jamás. Cogí la nota doblada con su número de móvil («celular», había dicho, hasta hablaba como una puñetera yanqui, ¿para qué iba a volver?), la llevé a la cocina, pisé el pedal del cubo de la basura, la rompí en los pedazos más pequeños que pude y los mezclé con lo que contenía.

¿Mi padre y ella habían estado en contacto? ¿Cuándo pensaba decírmelo mi padre? ¿Cómo se habían comunicado? Yo no había visto ninguna carta. Quizá por correo electrónico... No me sorprendía que mi padre nunca hubiera reunido el valor para sacar el tema a colación. Sabía cuánto odiaba yo a mi madre, cómo la culpaba de todas mis desgracias. Era la ira por lo que nos había hecho lo que me había vuelto tan incontrolable, la ira por su forma de huir y abandonarnos.

Abandonarme.

Ya era demasiado tarde: mi padre no estaba y, aunque él se hubiera tragado su historia lacrimógena, yo no tenía ninguna intención de hacerlo. Ojalá no hubiera roto la nota: quería llamarla, en ese instante, y decirle que dejara de perder el tiempo. «Querías hacer borrón y cuenta nueva: pues ahí lo tienes. Tú no me querías en tu vida entonces. Ahora no te quiero yo en la mía. Estamos en paz, adiós.»

Sonó el timbre. Mi madre había olvidado algo. Sin querer y no tan sin querer, para poder regresar e insistirme un poco más. Me dirigí a la puerta con paso airado, forcejeé con el cerrojo y por fin la abrí de golpe.

A Zoe se le borró la tímida sonrisa al ver mi expresión. Dio un paso atrás con aire indeciso.

—¡Hola! —exclamé.

Debajo del anorak llevaba el feo uniforme marrón. Un bolso en bandolera nada práctico repleto de libros remataba su aspecto desaliñado.

—Perdona —dijo—. Tendría que haberte llamado o algo, pero no tengo tu teléfono, así que... —Se encogió de hombros.

—No, está bien —convine.

—¿Te pillo bien? —preguntó—. Sé que tenías el funeral esta mañana. A lo mejor quieres estar solo.

No dije nada, pero abrí la puerta del todo y ella entró. Al pasar, me rozó la cara con el pelo e intenté que no me viera olérselo.

—He dicho a mi padre que me iba a hacer los deberes con mi amiga Phoebe. ¿Se te da bien la historia?

—Ni siquiera me acuerdo de lo que he desayunado —respondí.

—¿Literatura? ¿Sabes español?

—Nada.

—Parece que he venido a mal sitio.

Le cogí el anorak y ella se lo quitó, pero un velcro de la manga se le enganchó en la chaqueta del uniforme. Cuando la ayudé a despegárselo, le cogí la muñeca derecha y mi mano decidió quedarse un momento así. Con delicadeza, ella se soltó y me puso una mano en cada mejilla. Me besó en la boca, con suavidad y vacilación, hasta que yo reaccioné y también la besé. La rodeé por la esbelta cintura y la arrimé a mí. Ella arqueó la espalda, apretó la boca contra la mía y subió las manos por mi cara para acariciarme el pelo.

Parecía que lleváramos horas en la cama, pero ni tan siquiera eran las diez cuando por fin caímos desplomados, sudorosos y sin aliento, hechos un feliz ovillo

de manos y piernas. Sus pechos eran tan maravillosos como imaginaba, y ella, claramente orgullosa de ellos, me dejó admirarlos de cerca. Cuando se los besaba, se retorció y se reía, y la llama volvía a arder. Estaba seguro de que tenía condones en alguna parte, pero ella llevaba un puñado escondido en el bolso, «por si acaso», dijo. Era imposible no admirar a una chica tan fabulosamente bien dotada en todos los sentidos. Para mi sorpresa, nuestras dificultades para abrir los resbaladizos paquetitos fueron parte de la diversión y, aunque me quedé corto en el primer round, el segundo acabó más o menos en empate, y el tercero nos dejó KO a los dos.

Mi padre había superado su vergüenza a hablarme de sexo entrando en detalles innecesarios y no haciéndome caso cuando me tapaba los oídos y cantaba «lalalá» para no oírle. No se cansaba de repetirme, en voz muy alta, «da placer a tu pareja o terminarás dándotelo tú». Ahora sabía a qué se refería, y me alegraba de que me hubiera insistido tanto. Zoe también parecía contenta, tumbada a mi lado resplandeciente de sudor y jugueteando con su cabello.

—¿Tienes tabaco? —preguntó.

—¿Llevas alguna vez estimulantes encima o siempre los gorreas?

—Perdona, pero, después de toda esta estimulación, creo que me merezco un cigarrillo.

—Tu padre te lo notaría en el aliento.

—Le diré que ha sido Phoebe —dijo.

—¿Te creería?

—No —respondió, con un suspiro—. No se cree nada de lo que le digo. Y no puedo decirle la verdad.

—¿Por qué no?

—Mentir es más fácil —respondió.

—¿Me mentirías a mí?

—Ponme a prueba.

—¿En qué trabaja tu padre?

—Es policía.

—Mierda. —Me incorporé. Ella volvió la cabeza para mirarme, y yo intenté no fijarme en lo preciosa que era.

—¿Cuál es su apellido? —pregunté—. O sea, el tuyo.

—Prendergast.

—Mierda. —Salté prácticamente de la cama y me quedé allí en pelotas, con las manos en la cabeza—. Él es el que te habló de mí, el que te dijo que vendía droga cuando era crío...

—No me lo dijo. Se lleva trabajo a casa, archivos de sus casos. Yo los hojeo, cuando no me puedo dormir. No duermo mucho.

—Joder..., debes de saberlo todo de mí.

—Qué va. —Frunció el entrecejo y se rió. De pronto, deseé tener tabaco en casa y empecé a ponerme los vaqueros: la tienda de la esquina todavía estaría abierta. Con un gruñido de exasperación, Zoe se sentó, cogió la camiseta colgada del pie de la cama y se la puso—. Joder, Finn, ¿dónde está el problema?

—¿Qué vas a contarle de mí?

—¿Qué? ¿Por qué estás tan paranoico? ¡Nada! Además, ya te he dicho que nunca escucha nada de lo que digo.

Miré alrededor para buscar mi camiseta y me di cuenta de que la llevaba ella. Estaba apoyada en el cabecero de la cama con los brazos cruzados y me miraba a través del flequillo. Sentí que mi enfado bajaba como la marea y no dejaba nada aparte de espuma y confusión.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Acabo de hacerlo.

—Cree que yo he matado a mi padre.

—¿Y qué? No es verdad.

—Sí, pero gracias a él la poli no está buscando a nadie más, y yo estoy teniendo que hacer todo su puto trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Averiguar quién lo hizo. Si realmente fue un ladrón, o esa novia chiflada, o el puto chalado de McGovern...

—¿McGovern? —preguntó.

—Olvídalo —dije.

—¿McGovern el gánster?

—¿Sabes quién es?

—He visto su archivo.

—Mierda. ¿Podrías conseguírmelo?

—No. ¿Estás loco?

—No. Claro. Perdona —contesté.

Zoe se inclinó hacia delante, con cara de preocupación.

—Finn..., ¿por qué lo haces? ¿Por qué vas preguntando por ahí quién mató a tu padre? ¿Qué crees que vas a conseguir?

—Tengo que saber la verdad —respondí—. Era mi padre. Se lo debo.

Zoe negó con la cabeza.

—No puedes ir a por McGovern —dijo—. Ese tío es una especie de criminal de guerra. Si ordenó matar a tu padre...

—¿Qué?

—No podrás demostrarlo nunca. Ha matado a mucha gente, es como un hobby para él. Finn..., déjalo, por favor. Deja que se ocupe la SOCA.

—¿La SOCA?

—La agencia contra el crimen organizado. Mi padre es el enlace local.

—Vale, si no puedes traerme el archivo de McGovern, ¿podrías leerlo y decirme lo que pone?

Zoe apartó la mirada.

—Tengo que irme.

Se destapó y se levantó. Pasó por mi lado, se quitó mi camiseta, me la arrojó y bajó las escaleras corriendo completamente desnuda. Para cuando llegué al salón, ya estaba medio vestida, maldiciendo la cremallera de la falda del uniforme. De algún modo, su blusa había terminado encima de la urna de mi padre, y me disculpé mentalmente con él cuando la recogí. «Al carajo con eso —soltó él—. No la fastidies ahora.»

Di la blusa a Zoe. Ella se la puso y se abrochó rápidamente los botones que yo había desabrochado con tanto esmero hacía unas horas.

—Olvídalo —dije—. Olvida lo que te he pedido. Lo siento. ¿Tienes que irte?

—Claro que tengo que irme, memo —respondió. Pero su tono de voz era

risueño.

La chaqueta marrón le crepitó por la electricidad estática cuando se la puso y se sacó el pelo por el cuello. Cuando la cogí por las caderas y la arrimé a mí, pareció sorprendida y bastante complacida.

—Ha sido increíble —dije—. Tú eres increíble.

Me incliné para besarla, y ella también me besó. Cuando oyó que mi respiración se tornaba más profunda, me apartó, se dio la vuelta y cogió el anorak y el bolso.

—Sí, ha sido divertido —convino—. Habrá que repetir algún día.

—Siento lo de los deberes —añadí mientras la acompañaba a la puerta.

Ella se detuvo en el rellano.

—En serio, Finn..., mantente alejado de McGovern. Es como una enfermedad. Todo, todas las personas a las que toca...

No terminó la frase. Sin decir nada más, se dio la vuelta y se alejó, cabizbaja y caminando a saltitos, como hacen las chicas cuando tienen prisa pero no quieren correr. La miré hasta que dobló la esquina. Luego entré en casa y cerré la puerta.

No hubo respuesta en el piso de Elsa Krendick. Llamé a la puerta y al timbre durante unos minutos y después me alejé para mirar las ventanas. Parecía que no estaba en casa. Renegué por haber ido hasta allí en balde. Cuando había llamado a Jonno Kendrick por la mañana para pedirle el número de móvil de Elsa, él había dicho «Espera un momento» y había dejado el teléfono. Después de pasarme cinco minutos escuchando el rock duro que sonaba en lo que parecía la radio de su camión, capté la indirecta y colgué. Pese a la pérdida de tiempo, una parte de mí estaba aliviada. No tenía la menor idea de qué le diría a Elsa. Lo único que sabía de ella con seguridad era que mentía más que hablaba, por lo que era poco probable que se deshiciera en lágrimas y confesara de buenas a primeras. No tenía ninguna prueba nueva con la que confrontarla, aparte de mi conversación con su ex marido, o marido, o lo que fuera. Aun así, habría sido interesante observar su reacción cuando le hubiera explicado lo que él me había dicho.

Tampoco hubo respuesta en el piso de arriba. No podía pasarme todo el día esperando a que Elsa regresara. No tenía coche, de manera que no podía vigilar su casa y, además, como en la mayoría de las calles residenciales de Londres, no había donde aparcar. Tenía una bicicleta en casa, pero esperar sentado en una bici no era

una forma muy discreta que digamos de vigilar una casa. Aparte de colarme en el piso de enfrente y mirar por debajo de los visillos, no tenía forma de vigilar el piso de Elsa Kendrick sin que algún vecino miedoso me tomara por un delincuente y llamara a la poli para que me ahuyentara. Miré el móvil. De todos modos, ya casi era hora de ir al trabajo. Tendría que pensar en alguna otra manera de ponerme en contacto con Elsa, quizá mediante un mensaje transmitido desde su antiguo trabajo, pensado para picarle la curiosidad. Por supuesto, eso ya lo había probado, al decirle que mi padre había escrito sobre ella, y esa vez me había calado. Era mejor mentirosa que yo. Pero ya se me ocurriría algo.

Cuando llegué al Iron Bridge, los camareros y ayudantes de cocina me saludaron como si me conocieran de toda la vida. Había descubierto que en el restaurante reinaba una verdadera camaradería, generada, a todas luces, por el terror que todos tenían a Chris Eccles. Trabajar para él era un bautismo de fuego, o quizá un bautismo de grasa de oca hirviendo, y completar un aprendizaje allí podía ser un pasaporte para trabajar en cualquier restaurante de Europa. Era posible que los aprendices me hubieran tomado erróneamente por un soñador como ellos que empezaba desde abajo fregando cacerolas. Yo no había intentado explicar a ninguno que mi concepto de alta cocina era subirme un bocadillo a la habitación. Pero era agradable ser bien recibido y me avergonzó recordar que solo estaba allí para obtener información. Si no había nada que averiguar, no iba a quedarme..., ¿verdad?

Pero ¿por qué tenía que irme? Necesitaba un trabajo, y aquel lo era. Sí, lo tenía gracias a McGovern, pero ¿quién decía que no podría haberlo conseguido yo mismo si hubiera entrado a pedirlo? Eccles no me daba miedo. De hecho, me caía bastante bien.

Como había dicho Zoe, no tenía la más remota esperanza de demostrar nada contra McGovern, aunque hubiera ordenado matar a mi padre. Y, si no era así, ¿qué mal había en que me quedara? Sin ir más lejos, la comida era la mejor que había probado en mi vida y corría grave peligro de echar panza. Quizá incluso podía aprender a cocinar bien, si me lo proponía. No hacía falta leer mucho: a los cocineros nunca se les veía hojeando libros de recetas. Podría dirigir una cocina. A lo mejor tenía mi propio restaurante algún día. Zoe podría servir las mesas y, cuando el último cliente se hubiera marchado, follaríamos como conejos, cada noche en una mesa distinta.

Toda aquellas cosas me rondaban por la cabeza, y por otros sitios, cuando salí afuera para vaciar los cubos con las sobras del frenético turno de comidas. A Eccles le gustaba reciclar, y la basura orgánica debía separarse para hacer abono, y el

resto clasificarse en vidrio, cartón y plástico. Después de aplastar unas cajas de fruta con mis zapatillas de deporte del número cuarenta y cinco, las dejé apiladas dentro del enorme contenedor metálico situado debajo de la ventana del despacho de Eccles. Cuando bajé la tapa y me sacudí las manos, oí una voz procedente de allí que al principio no reconocí, con una risa aguda que me pareció de desprecio. Por fin me acordé: era el lugarteniente de McGovern, James. Alguien sacó el brazo para cerrar la ventana y, cuando vi la manga de una chaqueta de cocinero y el voluminoso Rolex de la muñeca, supe que Eccles también estaba en el despacho. Hacía bastante calor, pero era obvio que no quería que nadie oyera su conversación con James.

La ventana estaba a unos dos metros del final de la escalera por la que se accedía a las puertas traseras desde el patio, y el alféizar quedaba más o menos a la misma distancia del suelo. Sin embargo, en la esquina más próxima a las escaleras, la ventana tenía un extractor de humos para ventilar la cocinita situada en ese extremo del despacho. Subí la escalera, pasé al otro lado de la barandilla, me agarré a ella con la mano derecha y alargué la pierna izquierda para apoyar el pie en una tubería que salía de la pared justo debajo de la ventana y que en ese momento estaba desaguando agua caliente. Me agarré al alféizar con la mano izquierda, pegué la espalda a la pared y contuve la respiración para escuchar las voces que se oían por el extractor de humos.

—... básicamente, se queda en el norte, visitando los mercados de Normandía y Bretaña para comprar productos del campo y carne de caza de la zona. En verano va dos veces a la semana.

—¿Lleva la furgoneta alguna marca? —Volvía a ser la voz de James.

—Tiene el logo del restaurante, si te refieres a eso.

—Os lo deben de poner difícil en la aduana para pasar tanta bebida y carne sospechosa.

—No compramos bebida y la carne no es sospechosa. Y, además, formamos parte de la Comunidad Europea, así que...

—Entonces ¿no os paran?

Eccles bajó la voz. Parecía que por fin había comprendido las intenciones de James. «Un poco lento», pensé.

—No a menudo, no.

Hubo otro silencio. Imaginé a Eccles golpeteándose la perfecta dentadura blanca con la patilla de las gafas.

—Dos veces al mes, quizá. Tendría que preguntárselo a Christophe, mi proveedor.

—No hará falta —dijo James.

Noté, por su tono cortante, que sospechaba que Eccles le estaba dando largas. La misma furgoneta realizaba el mismo recorrido todas las semanas llena de paté appestoso y queso medio derretido y en la aduana no la paraban. Empezaba a entender por qué podía parecerle atractivo al Gobernador invertir en un restaurante de categoría.

La tubería en la que estaba apoyado comenzó a doblarse. Era de plástico y el agua caliente la había ablandado. Me agarré al alféizar con más fuerza y traté de cargar menos peso en el pie izquierdo.

—¿Cuándo es el próximo viaje? —preguntó James.

—No será hasta dentro de quince días. Christophe está de vacaciones, y tenemos suficientes productos frescos en el almacén. —Era obvio que Eccles estaba mintiendo y arriesgándose a recibir un bofetón. O peor.

—Es perfecto —dijo James—. Danos las llaves, dinos dónde está aparcada y la tendrás de vuelta a finales de semana.

—¿Para qué la quiere el señor McGovern? —Hubo otro breve silencio.

—No acabas de preguntarme eso, ¿verdad? —Ya no había ironía en el tono de James.

La tubería de plástico en la que estaba apoyado se partió y no pude evitar golpear el contenedor metálico con el pie. La patada fue tan fuerte que sonó como un gong. El alféizar era demasiado estrecho y la mano izquierda me resbaló. Casi me disloqué el brazo derecho al lanzarme hacia la barandilla, pero conseguí agarrarme a ella con ambas manos y me quedé doblado sobre el pasamano con el corazón desbocado. Intentaba averiguar si habían detectado mi presencia, si James había oído mi patada en el contenedor o el fuerte chasquido hueco cuando la tubería se había partido. En aquel momento, el agua hirviendo salía a borbotones por el agujero, como un bebé incontinente. Pero nadie se asomó a la ventana, y la puerta que conducía a la cocina no se abrió. Pasé por debajo de la barandilla, bajé la escalera y cogí los cubos de basura con los que había salido. Me preocupaba Eccles; si había cometido la estupidez de inventarse alguna otra razón para que James no pudiera hacer lo que le viniera en gana con su furgoneta, era muy posible que James decidiera dejar de pedírselo amablemente. Podía dejarme caer por el despacho de Eccles, como si me hubiera perdido camino de los lavabos. A lo mejor

les descolocaba... o a lo mejor James decidía que mi aparición no tenía nada de casual. A la mierda, pensé, y abrí la puerta del pasillo que conducía al despacho.

Eccles regresaba del restaurante como si acabara de acompañar a una visita a la puerta. Tenía la expresión vacía y neutra, hasta que me vio parado en el pasillo. Frunció el entrecejo. Yo puse mi mejor sonrisa de friegaplatos corto de entendederas.

—¿Va todo bien, chef?

—No puedes pasar por aquí llevando el mono, Finn —dijo.

—Vale, chef. Lo siento. —Tuve que contenerme para no agachar la cabeza mientras retrocedía.

Cuando salí, James estaba en el patio. Mierda, pensé. ¿Cómo había regresado tan deprisa? ¿Y qué buscaba?

—¿Todo bien? —preguntó. Su ancha sonrisa dentona me puso los pelos de punta—. ¿Qué tal el trabajo?

—Genial —respondí.

—¿Te pagan bien?

—Genial. Gracias. —Ojalá pudiera dejar de decir «genial», pensé; parecía imbécil. Aunque quizá no fuera tan mala idea—. Dígale al Gobernador que le estoy muy agradecido —añadí.

James me fulminó con la mirada. O no le gustaba hacer de recadero o no le gustaba que le recordaran que tenía un jefe a quien rendir cuentas. Miró la tubería rota, que estaba separada de la pared y escupía agua hirviendo.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

Me encogí de hombros.

James señaló la ventana de Eccles con la cabeza.

—Debe tener cuidado. A mí me parece un riesgo para la salud y la seguridad. —Sonrió, se dio la vuelta y salió del patio silbando.

Cuando regresé a casa esa noche, lancé el abrigo al sofá, saqué el móvil y volví a mirarlo. Parecía que Zoe no era la clase de chica que enviaba continuos mensajitos de texto ni un bombardeo de caritas sonrientes y jajás. Sabía tomárselo con calma.

Yo también: esa tarde no había mirado el móvil más de un centenar de veces. Hacia las siete, me había escrito: «No pdo ir sta noxe. Lo siento. x»

«Lástima —había respondido yo—. X.»

Desde entonces, nada. Me preocupaba haberme precipitado al mandarle una «X» mayúscula. Pero decidí dejar de hacerlo. Puse el móvil a cargar, subí la escalera arrastrando los pies, me cepillé los dientes, miré si me había salido algún grano y me desplomé en la cama.

Me desperté alrededor de las dos. Oí que cerraban la puerta de casa sin hacer apenas ruido: «Mi padre, que vuelve del pub», pensé, soñoliento.

Eso fue lo que terminó de despertarme. Recordé que mi padre estaba muerto y que su asesino le había quitado las llaves... y yo todavía no había cambiado las cerraduras. Entonces ¿quién había abierto la puerta? ¿O lo había soñado?

Contuve la respiración, me quedé acostado y agucé el oído. Y no oí nada. El tictac de un reloj, probablemente el reloj de pared que estaba al lado de la puerta, y una sirena policial que se distorsionaba al circular por el tramo elevado de la autopista que pasaba a tres calles de casa. El grave retumbo de un tren de mercancías o un aterrizaje nocturno en Heathrow.

Me destapé y bajé los pies al suelo. En el último momento, los alcé para no hacer ruido al apoyarlos en la alfombra. Me puse de pie y el viejo suelo de madera crujió bajo la alfombra, como ya debería haber sabido que haría. Me quedé quieto. Y no oí nada. Hacía un frío que pelaba. Ahora que estaba levantado, tenía ganas de orinar.

Fui al baño y tiré del cordón. El chasquido del interruptor del techo resonó en toda la casa como el disparo de una pistola, y la luz se encendió lóbregamente. Odiaba las bombillas de bajo consumo que había colocado mi padre: parecía que nunca dieran suficiente luz. Terminé, me la sacudí, volví a guardármela y tiré de la cadena. El agua resonó en toda la casa y, mezclado con el eco, oí un ruido en el piso de abajo, como si alguien hubiera tropezado con algo. Tiré del cordón para apagar la luz del baño y esperé treinta segundos hasta que los ojos se me habituaron a la oscuridad. La casa volvía a estar en silencio. Recordé que había un bate de críquet en el armario del hueco de las escaleras. En aquel momento, me pareció un sitio completamente absurdo para guardarlo.

11

Comencé a bajar las escaleras, esa vez pisando con cuidado, intentando recordar dónde crujía cada peldaño para evitar esa parte. Conseguí llegar abajo sin hacer apenas ruido y me quedé junto a la puerta de la entrada, donde la ligera corriente de aire que se colaba por debajo me enfrió los pies. Contuve la respiración y agucé el oído, pero no oí nada y me pregunté si, finalmente, el ruido de la puerta al cerrarse no había sido parte de un sueño. O quizá era la realidad y todo lo demás había sido un sueño. Quizá mi padre había entrado en casa y me había despertado, y todo lo que yo creía que había sucedido en la última semana no había ocurrido jamás.

Pero no había nadie en el salón, y la mesa estaba vacía, aparte de los recibos sin leer que seguían esparcidos por ella. El cochambroso portátil no estaba, ni tampoco el montón de notas, ni mi padre. El movimiento que percibí detrás de mí fue tan sigiloso que podría haber sido el correteo de una araña, pero lo oí de todas formas y, al volverme, vi una mano alzándose hacia mi mandíbula. La aparté de un manotazo, y el objeto que sostenía voló por todo el salón y rebotó en la pared. Al mismo tiempo, una almádena me golpeó en el plexo solar y me dejó sin una gota de aire en los pulmones. De forma instintiva, alcé los brazos y cerré los puños para protegerme, justo a tiempo de parar un puñetazo tremendo que me habría alcanzado en el pómulo si me hubiera doblado por la cintura como debería haber hecho. La figura que tenía delante era menuda, ágil y rápida, y me atacó mientras yo retrocedía, desesperado por recobrar el aliento. Me golpeó por arriba y por abajo, hizo todo lo posible para obligarme a bajar la guardia. Noté una punzada en la rótula derecha y casi me flaqueó la pierna. Me había dado una patada en la rodilla, pero, a oscuras, no había acertado de lleno o yo había estado en el suelo chillando de dolor. Vislumbré un movimiento más amplio y supe que su intención era darme una patada en la cabeza.

Me adelanté para que, en lugar de golpearme con la puntera de la bota, lo hiciera con la espinilla, que me alcanzó en la oreja. Levanté el brazo y le agarré la pierna. Cuando él perdió el equilibrio, le asesté un puñetazo en los huevos. Le oí gemir con los dientes apretados, pero logró soltarse con una brusca contorsión. En

ese instante supe que lo tenía crudo; cualquiera que fuera capaz de recibir un puñetazo como aquel en los huevos sin echar la papilla sin duda estaba tremendamente bien entrenado.

Ahora era una sombra en la oscuridad, con ambos pies en el suelo, ligeramente agachado, con una pierna un poco retrasada, las rodillas flexionadas y los brazos colocados en una postura de kárate. Sus manos eran formas negras, como si llevara guantes de piel. Ambos estábamos a oscuras, pero era mi salón, no el suyo, y cuando me moví hacia la izquierda e hice un amago de pegarle, él se apartó hacia la derecha y chocó con la esquina de la mesa. En ese instante, me acerqué, le aseté un puñetazo en el plexo solar que le arrancó un grito ahogado y lo rematé con un izquierdazo dirigido a la mandíbula, pero él apartó la cabeza lo suficiente para esquivarlo y me agarró el brazo al vuelo.

Yo no había aprendido a pelear únicamente en el club de Delroy, y sabía qué sería lo próximo, de manera que, antes de que pudiera romperme el brazo por el codo, eché el cuerpo hacia delante y ambos perdimos el equilibrio. La mesa se le clavó detrás de los muslos y le inclinó hacia atrás. Me solté y retrocedí; sin embargo, él se acercó y, al alzar la vista, vi la forma de su cabeza echándose hacia atrás y bajé la mía al momento. El cabezazo no me dio en la cara, sino en la frente. La cabeza pareció resonarme como un yunque y vi estrellitas girando en la oscuridad.

Conseguí separarme, pero él se recobró con más rapidez. Antes de que pudiera volver a protegerme con los brazos, me aseté una fuerte patada en el pecho, seguida de otra que me alcanzó de lleno en la barbilla, y los dientes me castañetearon cuando me estampé contra la chimenea. Le vi coger la urna con las cenizas de mi padre y supe que iba a rompérmela en la cabeza. Aquello me indignó tanto que grité, me lancé hacia delante y me abracé a él.

La urna salió volando y ambos caímos al suelo con las piernas entrelazadas, gruñendo y retorciéndonos. Traté de utilizar mi peso para inmovilizarlo, pero era como pelear con un nervudo pulpo demente puesto de coca. Pasó del kárate al combate cuerpo a cuerpo. Me golpeó en la nariz con la base de la mano, y yo no sabía que un golpe dado en los riñones desde una distancia de diez centímetros pudiera doler tanto. De algún modo, dejó de estar debajo de mí y se colocó detrás, ambos de rodillas. Me pasó el brazo por el cuello y empezó a apretar. Las sienes me latieron y las dichosas estrellitas reaparecieron, puntitos blancos sobre un fondo naranja. Intenté arañarle el brazo y la cara, con la esperanza de desgarrarle un orificio nasal, pero él retiró la cabeza. Con el otro brazo, me echó la cabeza hacia delante y hacia abajo. «Muérdele», pensé, pero no había nada que morder, y me

sentía cada vez más débil, más cerca de perder el conocimiento. Apoyé la mano en el suelo para intentar levantarme y palpé un objeto cilíndrico de plástico. Cuando fui a cogerlo, toqué un alambre frío y duro y casi lo doblé antes de reconocer qué era, qué le había arrancado del puño de un manotazo.

Alcé la jeringuilla, se la clavé bien hondo en el brazo y bajé el émbolo.

—*Scheisse!*— chilló, de indignación más que de dolor.

Me soltó, se levantó de un salto, se arrancó la jeringuilla vacía del brazo y la arrojó al suelo. Le vi llevarse la mano a la rabadilla y me puse de pie tambaleándome, esforzándome por reunir las pocas fuerzas que aún tenía. Cuando sacó el puño de la espalda, el ancho filo de un largo puñal relució como un fantasma en la oscuridad, y yo le agarré la muñeca de esa mano con la mano izquierda mientras, con la derecha, le asestaba un puñetazo en la garganta con todas las fuerzas que me quedaban. Noté cómo le cedía el cartílago de la tráquea bajo mis nudillos y cómo los tendones de acero del brazo se le tensaban, crispaban y distendían; cayó de rodillas, asfixiándose y resollando, y, al desplomarse, me aplastó los dedos de los pies con la mandíbula.

Me dolió una barbaridad, pero apenas lo sentí. Me agarré a una de las sillas del salón, la saqué de debajo de la mesa y me dejé caer en ella. Me quedé sentado, con la espalda encorvada y los codos apoyados en las rodillas, temblando por la adrenalina, durante lo que me parecieron días.

El silencio había vuelto a instaurarse. El reloj de pared hacía tictac con indiferencia, un retumbo lejano anunció una motocicleta que circulaba por la autopista a más de ciento cincuenta kilómetros por hora y la única respiración del salón era la mía. El agresor estaba tendido boca abajo en la alfombra manchada y deshilachada; solo le veía el blanco de los ojos mirando fijamente al frente, escudriñando el suelo debajo del sofá como si buscara alguna moneda caída, al igual que solía hacer mi padre.

Una vez más, la calle era una discoteca azul de coches patrulla que mantenían chisporroteantes conversaciones por radioteléfono, con los vecinos apiñados detrás de un cordón, mirando con fascinación morbosa, preguntándose si aquello iba a ser el pan de cada día. Al menos esa vez no tendría que cambiarme de ropa. Había intentado no tocar nada; me había limitado a encender la luz, coger el móvil de la mesa en la que estaba cargándose, llamar a la poli y sentarme al pie de las escaleras.

Aún llevaba el pantalón del pijama cuando llamaron a la puerta, y me quedé sentado en las escaleras hasta que el equipo de criminalística apareció con el traje blanco de papel y las zapatillas de deporte de siempre. Cuando salí a la calle detrás de los uniformes para subir al coche que me llevaría a comisaría, me fijé en que los espectadores, en bata y vaqueros puestos a toda prisa, se daban codazos y asentían, «otra vez él». Cuando regresara de la comisaría, seguro que se habrían puesto de acuerdo para pedir mi desahucio.

Si regresaba de la comisaría. Cuando la puerta de la sala de interrogatorios se abrió y Prendergast entró con Amobi, su patética sonrisa de suficiencia me indicó que, si no me había empapelado la primera vez, lo haría entonces. Yo también tuve ganas de sonreír cuando lo miré: «¿Sabe cómo gime su hija en la cama?». Pero preferí mantener aquello en secreto, de momento.

Amobi llevaba una bolsa de supermercado, una reutilizable con un fatuo eslogan ecológico. Estaba casi vacía; me pregunté para qué era. ¿Pensaba hacer la compra al salir del interrogatorio? Después de dejarla en el suelo, Prendergast y él sacaron las sillas y se sentaron.

—Bueno, Maguire —dijo el inspector con hastiada resignación—, ¿por qué no nos cuentas qué ha pasado? Esta vez.

«Esta vez.» Como si mi primera declaración hubiera sido un cuento chino y aquello solo fuera a ser la secuela.

—Un tío ha entrado en mi casa y ha intentado matarme —dije.

—¿Por qué razón?

Me encogí de hombros.

—Pregúnteselo a él.

—¿Sabes quién era?

—No. Pero parecía muy bien entrenado. Un profesional.

—¿Te refieres a un asesino a sueldo? —preguntó. Por su expresión, parecía que yo había dicho que mi agresor era un hombre lobo.

—Puede.

—Pero tú has conseguido defenderte.

—He tenido suerte.

—¿Y cómo ha entrado en tu casa ese... «asesino a sueldo»? ¿Ha forzado la puerta?

—Creo que tenía llaves y ha abierto con ellas. Igual que la última vez, cuando mató a mi padre.

—¿Qué te hace pensar que era el mismo hombre? —preguntó Amobi. Probablemente Prendergast era incapaz de admitir la posibilidad de que el asesino de mi padre no fuera yo.

—Los viejos del Weaver's Arms me hablaron de un hombre que se hacía llamar Hans. Les dijo que era periodista y se pasó la noche invitándoles a cervezas. Emborrachó a mi padre y le quitó las llaves. Este tío encaja con su descripción y, además, hablaba alemán.

—¿Has hablado con él? —preguntó Prendergast.

—Ha dicho «Scheisse» cuando le he clavado la jeringuilla —respondí—. Significa «agente de policía» en alemán.

El inspector respiró hondo. Amobi intervino enseguida.

—Enseñaremos su fotografía a esos testigos y veremos si concuerdan en que es el mismo hombre —dijo.

—Entretanto —añadió Prendergast— ¿qué motivo podía tener un asesino a sueldo para querer mataros a ti y a tu padre?

—Ni idea —respondí.

—Sabemos que has estado investigando por tu cuenta —dijo Amobi—. ¿Has hablado con alguien, has levantado las sospechas de alguien?

—¿Como quién? —pregunté.

—Deja de hacer el capullo —refunfuñó Prendergast.

—He hablado con mucha gente —dije.

Por un momento, pensé en mencionar a Elsa Kendrick. La poli podría localizarla con mucha más facilidad que yo. Aunque ¿de qué serviría? Si su marido me había dicho la verdad, ella tenía un móvil, sí. Pero era Hans quien había matado a mi padre y, a juzgar por la casucha de Elsa, ella jamás habría podido pagar los servicios de un asesino profesional.

—¿Puede tener algo que ver con la visita que le hiciste a McGovern? —preguntó Amobi.

—No hice nada para cabrearle —respondí, con franqueza.

Y entonces recordé lo que había oído por la ventana del despacho de Eccles.

Amobi pareció leerme el pensamiento y estaba a punto de hacerme otra pregunta cuando Prendergast intervino, con un aire despreocupado tan calculado que temí que estuviera a punto de darme un porrazo.

—¿Sabes, Maguire, que si encuentras a un intruso en casa solo tienes derecho a hacer un uso moderado de la fuerza para echarlo? Has matado a ese hombre. Le has aplastado la laringe.

—No quería matarle —señalé—. Solo quería evitar que él me matara a mí.

—¿Cómo sabes que quería matarte? ¿Te ha amenazado?

—Me ha atacado con un puñal.

¿Iba Prendergast a insinuar que el puñal de combate con una hoja de veinte centímetros era mío? ¿Y que la vaina que llevaba mi agresor era de adorno? Lanzó una mirada a Amobi, y este se agachó, metió la mano en la bolsa de supermercado y sacó una bolsa de pruebas de plástico transparente que contenía un objeto metálico con forma de aspa. Entendí la razón de la bolsa plástico: querían un momento «tachán», en el que me enseñarían una prueba determinante que me obligaría a cambiar mi versión y deshacerme en un mar de lágrimas y contradicciones. Por supuesto, no fue así, porque yo no tenía la menor idea de qué contenía la bolsa hasta que Amobi la desenrolló.

—¿Son tuyas, Maguire? —preguntó Prendergast.

Me fijé mejor. Era una podadera, sin estrenar, a juzgar por el estado de las hojas. Los mangos estaban envueltos en cinta adhesiva negra, de teflón, quizá. La podadera estaba abierta, y las repugnantes hojas negras relucían bajo la fuerte luz del tubo fluorescente.

—No —respondí—. No tenemos plantas que podar.

—Estas no sirven para podar —dijo Prendergast—. Plantas, al menos. Las han encontrado en tu cocina y, si no son tuyas, tenemos que suponer que eran del intruso. ¿Qué te ha dicho exactamente?

—No me ha dicho nada. Me ha atacado con una jeringuilla, nos hemos peleado, yo he cogido la jeringuilla del suelo y se la he clavado. Eso le ha vuelto un poco más lento, y yo he podido pegarle antes de que me apuñalara.

—No creo que eso sea del todo exacto —dijo Prendergast—. Si ese hombre hubiera querido matarte, te habría apuñalado y se habría largado. Creo que iba a dejarte fuera de combate con lo que había en la jeringuilla y que, mientras estabas inconsciente, iba a cortarte un dedo. Quizá más. Puede que los pulgares. Pero su

intención no era matarte, sino asustarte.

No dije nada. Me quedé mirando la podadera de la bolsa, con una ligera sensación de náusea.

—Como comprenderás —continuó Prendergast—, matarlo no es hacer un uso moderado de la fuerza.

—No me joda —dije—. ¿Ese tío quiere noquearme y cortarme los dedos, y matarlo no es hacer un uso moderado de la fuerza? Entonces ¿qué lo es? ¿Cómo iba a saber yo lo que planeaba? ¿Y por qué no han metido ese puñal inmenso en una bolsa de pruebas, el que aún tenía en la mano cuando ha llegado la poli?

—Mira, Maguire —susurró Prendergast, y acercó la avejentada cara picada a la mía—, ¿crees que vamos a dejarte salir cuando has sido testigo de dos asesinatos en menos de diez días? Aunque seas tan inocente como aparentas, y yo lo dudo, eres gilipollas perdido. —Ya no hablaba con sarcasmo: estaba muy serio, escupiendo las palabras—. Mientras tú estás aquí, haciéndote el sabihondo, ahí fuera hay alguien que te quiere tullido o muerto. Hasta ahora has tenido suerte; ¿cuánto crees que vas a durar solo? ¿Crees que, porque has conseguido parar a este, la persona que lo ha mandado va a darse por vencida? Sabemos que has estado por ahí removiendo la mierda y haciendo preguntas estúpidas. Dinos con quién has hablado, qué ha dicho y de qué te has enterado. Y luego te acusaremos de presunto homicidio involuntario y te pondremos en prisión preventiva para apartarte del peligro mientras nosotros cogemos a los cabrones que mataron a tu padre. En cuanto lo hayamos hecho, retiraremos todos los cargos y podrás largarte a tu hamburguesería.

Lo miré e intenté, en vano, encontrar algún rastro de Zoe en la cara del viejo furioso y frustrado que tenía delante. Dios mío, ¿se llevaba todo aquello a casa?

—Adelante —dije—. Pónganme delante de un juez a ver qué consiguen. Les he dicho todo lo que sé. Acúsenme de legítima defensa con agravantes en mi propia casa o dejen que me largue a casa.

Ya había amanecido cuando por fin salí de la comisaría, y la hora punta acababa de empezar. Con el holgado mono blanco y las baratas zapatillas de deporte que me había proporcionado el equipo de criminalística, parecía un pintor de brocha gorda sin techo, pero me abriganaban un poco más que si hubiera regresado a casa descalzo y con el pantalón del pijama. Además, tal como era Londres, en la calle

nadie se paró a mirarme dos veces.

Amobi me había tomado declaración, con un tono y unos modales calculadamente neutros. Me dijo que tendría que testificar en otra indagatoria, pero que, de momento, era libre de irme. Incluso se ofreció a llevarme, si no me importaba esperar una hora hasta que se desocupara un coche patrulla. O podían pedirme un taxi. Pero yo no quería quedarme en la comisaría ni un segundo más de lo necesario, no quería volver a montarme en un coche patrulla y no quería despilfarrar dinero en un taxi. Le dije que iría andando.

De hecho, fui corriendo. Las zapatillas no estaban mal, y el mono chasqueaba y crujía, pero no me restringía el movimiento y, además, cuando llegara a casa, solo tendría que tirarlo a la basura. Aquello me dio una idea para un negocio: ropa deportiva desechable. Ya había abierto franquicias en tres continentes y ganado mis primeros mil millones cuando entré en mi calle, y vi una figura menuda con un abrigo negro sentada en el murete de la casa situada enfrente de la mía. Tenía las manos en los bolsillos y las piernas enfundadas en elegantes botas, cruzadas a la altura de las rodillas para protegerse del frío. Cuando mi madre alzó la vista y me vio disminuir la velocidad, sonrió y se levantó, y su expresión fue fácil de interpretar: felicidad y hondo alivio.

—Finn... He llamado a comisaría en cuanto me he enterado. Me han dicho que ya te habías ido.

—¿Cómo lo has sabido?

—Aún tengo el teléfono de Donald. —Señaló con la cabeza la casa en cuyo murete estaba sentada. Donald era nuestro vecino de enfrente, un viejo con el pelo blanco que se levantaba todos los días a las seis, por razones que siempre habían escapado a mi comprensión—. Le he llamado para saber cuándo era más fácil encontrarte en casa, y me ha contado lo de anoche. ¿Qué pasó exactamente?

—Estoy reventado, y tengo que ducharme —dije.

—Por favor, Finn. Tenemos que hablar.

—No, es decir... sí. Deberíamos hablar. —Al verla, por un breve instante, yo también me había alegrado y había olvidado mi enfado. Quizá fuera un efecto secundario de que casi me hubieran asesinado, pero, de repente, el enfurruñamiento y las pataletas me parecieron, por alguna razón, absurdos. Metí la mano en el bolsillo del mono y encontré las llaves que me había acordado de coger del gancho antes de que la poli me hubiera llevado a comisaría hacía unas horas. Las mismas llaves que había obligado a devolver a mi madre el día del

funeral de mi padre—. Es solo que querría vestirme. —Abrí la puerta.

—Ah, bien. Vale, perdona, creía...

—Puedes poner agua a hervir, si quieres —dije—. Aunque no hay mucho de comer.

—¿Te apetece que te invite a desayunar?

—Sí, vale. —«Territorio neutral —pensé—. Buena idea.»

—¿Dónde se desayuna bien por aquí hoy en día?

—En ningún sitio —respondí.

Me detuve en el salón y miré alrededor. Era difícil ver alguna señal de la pelea que se había librado o del registro que había llevado a cabo la policía; al menos esa vez no habían tenido que fregar ninguna mancha de sangre. La urna de mi padre estaba en el suelo, junto al sofá, donde se le había caído al intruso. La cogí y miré si tenía alguna grieta, pero parecía intacta.

—Donald me ha dicho que alguien te ha atacado dentro de casa —dijo mi madre.

—Sí —confirmé—. El mismo hombre que mató a papá.

—¿Por qué? ¿Qué quería?

—No lo sé. —«Todavía», pensé.

—Dios mío, Finn. Casi me muero del susto cuando me he enterado. ¿Seguro que estás bien?

—Anda, dilo —declaré—. «Te lo había dicho.» —Ella me miró, desconcertada—. Me dijiste que cambiara las cerraduras —precisé.

—Tendría que haberte dicho que no las cambiaras —respondió—. Así lo habrías hecho, solo por llevarme la contraria. —Lo pensé. Tenía razón.

—Deja que vaya a cambiarme de ropa —dije.

No intentaba hacerme el gracioso: era cierto que en el barrio no había ni un solo sitio decente para desayunar, aparte de los indistinguibles hoteles de la autopista atestados de indistinguibles hombres de negocios. Así fue como mi madre y yo terminamos en Max Snax, donde nos tomó nota mi sustituto, un chico de unos veinte años con la cara acribillada de granos que llevaba la boca un poco abierta y

tenía los dientes tremendamente torcidos. Mi madre se guardó muy bien de mirarlo y se concentró en encontrar algo comestible en la carta. Por fin se decidió por un vegetariano especial que yo sabía que no tenía nada de especial y solo era vegetariano en el sentido de que no llevaba carne. Tampoco llevaba mucho vegetal, a menos que se contaran las patatas y la soja. Yo pedí un zumo de naranja y tostadas, pensando que, si Jerry escupía en las tostadas, me resultaría fácil darme cuenta. No habría sido por maldad; habría sido su concepto de gastarme una broma. No echaba nada de menos aquel sitio, advertí.

—¿Eres cliente? —preguntó mi madre cuando nos sentamos. Al vernos en la barra, Jerry había gritado mi nombre y me había saludado desde la cocina, y Trudy me había dirigido una sonrisa miope.

—Trabajaba aquí —respondí.

—¿Para sacarte un dinerillo?

—¿No te lo contó papá?

—Me contó que te habías apuntado a un club de boxeo y que prometías mucho. Que corrías varios kilómetros todos los días. Que habías dejado los estudios pero todavía no habías decidido qué querías hacer. —Se puso a escudriñar su bocadillo y no vio mi desconcertada mirada de desprecio—. Siempre fuiste un inconformista, y muy decidido. Sabía que no acabarías de reponedor en un supermercado.

—Trabajaba aquí a jornada completa —dije—. Mi sueño era ser reponedor, pero nadie me quería, porque sigo sin saber leer.

—Eres disléxico, Finn. Eso no significa que seas estúpido.

—No, solo significa que no estoy cualificado para hacer nada, aparte quizá de vender droga, y eso lo probé y no me salió muy bien.

Y le expliqué qué había hecho desde que se fue. Los apuñalamientos que había presenciado, las peleas de bandas en las que había participado, los robos a tiendas que había encabezado, todo ese tipo de cosas, sin ningún orden concreto. Intentaba escandalizarla por todos los medios. Quería que llorara, sabiendo que la despreciaría si lo hacía, pues sería porque me tenía lástima y le remordía la conciencia. Pero ella se limitó a mirarme, sin vacilar, sin interrumpirme, sin esconder la cara ni volverla, mientras yo le refería todos los detalles escabrosos que se me ocurrían. Conforme hablaba, comprendí que aquella lista de pecados no era solo una acusación, sino también una confesión: cierto que todo era culpa suya por haberme abandonado, pese a que las decisiones que había tomado eran, pese a todo, mías. No podía llevarme parte del mérito de haberme enderezado si no

asumía parte de la culpa de haberme descarriado.

Para cuando me quedé sin trapos sucios, el café de mi madre ya estaba frío, y su vegetariano especial se había convertido en una masa de queso solidificado. Di un sorbo a mi zumo ligeramente naranja. Jerry había vuelto a diluirlo demasiado.

Mi madre se quedó un buen rato sin decir nada. Imaginé qué venía entonces: retorcimientos de manos, disculpas, súplicas de perdón. No estaba seguro de si iba a ser capaz de escucharla.

—Cuando acababas de cumplir once años —dijo—, dejaron de emitir *Médicos*. La telenovela matinal sobre una consulta médica en una gran ciudad... yo interpretaba a la recepcionista. —La miré sin comprender, y ella negó con la cabeza—. Da lo mismo. El trabajo era una porquería, pero el dinero nos mantenía a flote, y yo podía decir que estaba trabajando. Sin embargo, cuando se acabó, no pude encontrar nada más: radio, anuncios, teatro... Era demasiado joven para hacer de madre y demasiado mayor para hacer de novia, y el noventa por ciento de los papeles femeninos eran esos, y aún lo son... En fin, Noel y yo no te lo dijimos, porque no queríamos que te preocuparas por el dinero, y no había necesidad; podría haberme apuntado al paro o haber hecho otra cosa. Solo que nunca quise hacer otra cosa. —Me miró—. Es raro hablar así contigo. La última conversación que tuvimos fue sobre tus dibujos animados preferidos.

No dije nada; aquella había sido otra vida, y no quería recordarla.

Mi madre miró el café.

—Había empezado a colaborar en una organización benéfica, nada que ver con mi profesión, que escribía cartas a prisioneros condenados en Estados Unidos. Era la típica tontería de idealistas sensibleros, pero hacía que me sintiera mejor conmigo misma. Terminé carteándome con un hombre que se llamaba Enrique Romero. Estaba condenado a muerte mediante inyección letal por un doble homicidio y llevaba tres años esperando a que lo ejecutaran. Me dijo que era inocente; eso no significaba mucho, todos lo decían, pero lo especial de Enrique eran sus cuadros. Era un artista increíble. Quizá hayas visto su cuadro de Gabriel: *La espada flamígera*. Separando a los salvados de los condenados. —Llevaba un rato sin fijar la mirada y en ese momento la clavó en mí, buscando una reacción. Yo solo me encogí de hombros y esperé a que continuara—. Me mandó fotografías de sus cuadros y me parecieron... extraordinarios, conmovedores. Creo que fui la primera persona que se lo dijo. En fin, un año después de que empezáramos a cartearnos, lo indultaron. Otra persona confesó el crimen del que le habían acusado y se acabó, era libre.

»Creí... que estaba enamorada de él. Me había convencido de que estaba enamorada, no podía dejar de pensar en él. Tu padre sabía qué pasaba, y ninguno de los dos podía hacer nada. Y cuando Enrique salió de la cárcel, me escribió y me dijo que era la primera persona que había creído en él y que también me amaba, que debería irme con él...

Pestañeó con rapidez, aunque no vi lágrimas.

—Creo que fue la cosa más estúpida y egoísta que he hecho en mi vida —dijo—. Pero, en ese momento, me pareció que no tenía elección.

—¿Salió bien?

Se rió, de su propia ingenuidad, supuse.

—Durante un tiempo, sí. Yo estaba obsesionada, como una adolescente, y sus cuadros comenzaron a venderse gracias a la publicidad. Fue justo como yo soñaba que sería. Durante un tiempo.

—¿Qué pasó?

Se encogió de hombros y sonrió con amargura.

—Él se había pasado tanto tiempo en la cárcel que le costaba adaptarse. Y una cosa es cartearse; vivir juntos requiere mucho más esfuerzo. Tendría que haberlo sabido: había convivido con Noel durante mucho tiempo. Y la culpa no ayudó.

—Creía que habías dicho que era inocente.

—La suya, no. La mía. Había abandonado a mi hijo para perseguir un sueño por medio mundo. —Miró por la ventana, incapaz de sostenerme la mirada—. Enrique y yo empezamos a discutir y pronto pareció que nos peleábamos más que hablábamos. Conseguimos reconocer que lo nuestro ya no funcionaba y que lo mejor sería separarnos. Y eso hicimos.

—¿Cuándo?

—Hace más o menos tres años. Me presenté a varias audiciones, pero no me seleccionaron. Luego probé con la venta de coches. No esos monstruos americanos, sino Mercedes de importación, y lo horrible fue que se me daba tremendamente bien. El acento inglés ayudaba, por supuesto. Y, además, no tenía familia, así que podía trabajar a todas horas. Por primera vez en mi vida, me iba muy bien, y ganaba montones de dinero, pero ¿de qué me servía? No tenía a nadie con quien compartirlo. Y entonces —suspiró—, un día, navegando por internet, encontré el nombre de Noel por casualidad y lo recordé todo de golpe. Recordé que había tenido una vida, y una familia, que me habían... querido, y mucho. Y yo había sido

tan estúpida que lo había echado todo por la borda. —Sorbió por la nariz, se sonó en una servilleta e hizo una mueca. Yo sabía el motivo: las servilletas de Max Snax eran de un papel tan barato y brillante que bien podría ser plástico. De hecho, Andy lo preferiría: las lavaría para reutilizarlas.

Mi madre se aclaró la garganta.

—Conseguí la dirección de correo electrónico de tu padre y le escribí. Él me respondió y estuvimos un tiempo escribiéndonos. Al final... le dije que lo sentía y quería volver a casa, si él me perdonaba, y él estuvo de acuerdo. Solo quería un poco de tiempo, para poder encontrar una forma de decírtelo.

«Qué curioso —pensé—. Es lo mismo que me dijo Elsa Kendrick.» Cualquiera diría que a mi padre le daba miedo mi reacción. «A lo mejor se lo daba», dijo una vocecilla.

—¿Dónde está Enrique ahora? —pregunté.

—No lo sé —respondió mi madre—. Tengo la sensación de que nuestra historia fue una especie de episodio esquizofrénico. Mientras lo vives, parece más que real y después... ni siquiera lo entiendes.

—¿Te acuerdas de España? —pregunté.

Mi madre pareció desconcertada y negó con la cabeza.

—Tú, papá y yo, hace años, visitamos a ese amigo suyo, el que tenía un viejo castillo con una piscina. Me acordé el otro día, en el funeral. Parecía un sueño más que un recuerdo... Recordé lo felices que éramos los tres juntos.

Ella vaciló. Luego deslizó la mano por la mesa y la colocó sobre la mía. Reconocí el peso, el calor, la firmeza de los huesos bajo la suavidad de la palma, como si me tocara todos los días.

—No voy a seguir disculpándome —dijo—. Pero he vuelto, y no pienso irme. Quizá decidas que no quieres verme nunca más, y lo entenderé. Aunque siempre seré tu madre. Lo siento, pero eso no puedes cambiarlo.

—¿No ha sido eso una disculpa? —pregunté.

—Mierda, sí, lo ha sido. Lo siento. ¡Maldita...!

Me reí.

—¿Dónde te hospedas?

Se le borró la sonrisa, como si, de golpe, hubiéramos vuelto a la realidad.

—En un hotel cerca de Covent Garden, hasta que encuentre piso.

«Entonces ¿no quieres recuperar tu casa?», pensé.

—Deberías llamarme —sugirió—. Te llevaré a comer a un buen sitio.

—He perdido tu número.

Sacó un bonito smartphone de un bolsillo interior y lo desbloqueó.

—Ahora mismo te lo doy —dijo—. Puedes grabártelo en el teléfono.

—Claro —convine. Miró la pantalla con los ojos entrecerrados, me lo recitó y yo lo introduje en el viejo móvil de mi padre—. Imagino que te gustaría tener el mío.

—Esperaré a que me llames —respondió.

—Buenos días, Finn, ¿cómo estás?

No me había dado cuenta de que Andy se había acercado a nuestra mesa. Debía de haberlo hecho correteando con mucho sigilo, como un cangrejo ermitaño con la marea baja.

—Bien, gracias, Andy —respondí.

—Espero que estén disfrutando de la comida. —Se dirigió a los dos y se restregó las manos con afectación. Yo sabía que, para él, eso era lo más parecido a lavárselas.

—Hasta ahora, sí —respondió mi madre.

—Bien, bien, solo quería que supieras, Finn, que, si quisieras recobrar tu puesto, tu solicitud sería muy bien acogida.

—Creía que ya habían encontrado a alguien. —Señalé con la cabeza al chico de la barra, que se estaba hurgando los dientes con la uña.

Andy sonrió con aire de disculpa.

—Dennis no proyecta la imagen que Max Snax quiere —explicó.

—¿Se ha dado cuenta de que, antes de que se acercara, estábamos en mitad de una conversación? —preguntó mi madre con una sonrisa. «Caramba», pensé.

—Finn era uno de los mejores miembros de nuestro equipo —adujo Andy.

—Lo era —declaró mi madre—. Ya no lo es. Ahora es un cliente de pago que tiene derecho a cierta intimidad. Y yo preferiría que lo contrataran para despellejar cachorros de foca vivos a verlo trabajar para un patán maleducado que sirve bazofia frita a los pobres cretinos que vienen aquí. Ahora sea tan amable de

dejarnos solos.

Andy tragó saliva, sonrió y se inclinó.

—Disfruten de la comida —dijo.

Mi madre lo observó mientras se alejaba casi arrastrándose en dirección a su despacho y me miró.

—Huy —me dijo—. No querías volver a trabajar aquí, ¿verdad?

—La verdad es que no.

—Gracias a Dios. Larguémonos.

12

En el metro, camino del trabajo, no quité ojo al móvil. Al principio me había gustado que Zoe no me mandara mensajes casi nunca, que no fuera la clase de chica que necesitaba atención y reafirmación constantes. Pero ya empezaba a sospechar que a lo mejor yo sí era esa clase de chico. Durante años me las había arreglado para vivir sin tener buenos amigos y ahora que tenía una (estaba seguro de que lo era) quería contarle todo lo que había sucedido la noche anterior y esa mañana cuando mi madre había aparecido, para poder empezar a asimilarlo.

Pero, en la parada de Hammersmith, ella seguía sin escribirme y yo seguía sin escribirle. No quería que supiera cuánto había empezado a necesitarla, por si eso la asustaba. Ni tan siquiera quería saberlo yo. Y había una parte egoísta de mí que sentía curiosidad por saber si ella me necesitaba más, o al menos lo suficiente, para tomar la iniciativa. Pero Baron's Court quedó atrás y el tren entró en el túnel subterráneo con una sacudida, y yo seguía con el móvil en la mano, mudo y sin nada en la pantalla. Me lo metí en el bolsillo.

Cuando salí a la calle en la parada de Pimlico, noté que vibraba y lo saqué con más rapidez que un pistolero. Ningún mensaje... lo había imaginado.

—Cálmate, coño —me dije, y eché a andar hacia el Iron Bridge.

Por supuesto, mi gloriosa carrera de friegaplatos se habría visto interrumpida en su apogeo si Hans o como se llamara hubiera estrenado aquella podadera con mis pulgares. Puede que la idea fuera esa: no solo asustarme, sino también asegurarse de que aquellos guantes ya no me venían bien y mantenerme alejado del restaurante de Eccles. Como había dicho Prendergast, no era probable que quien había mandado a Hans fuera a darse por vencido y, como Hans ya no estaba para cobrar, aún tendría el dinero para contratar a otra persona. Yo no sabía cuánto tiempo tardaría eso, pero debía darme prisa si quería averiguar para qué quería el Gobernador la furgoneta de Eccles. Aunque no guardara ninguna relación con mi

padre, saberlo quizá me conferiría cierta ventaja.

Eccles no estaba en el Iron Bridge esa tarde. Desaparecía de vez en cuando para grabar programas y anuncios, y en ocasiones tardaba varios días en regresar. Por otra parte, había veces en las que solo lo fingía y se presentaba en el Iron Bridge sin avisar para ver cómo funcionaba todo en su ausencia. De ese modo, tenía a los empleados en un constante estado de temor e incertidumbre. Esperé que ese día no lo hiciera o yo lo tendría claro.

La semana acababa de comenzar, de manera que el negocio estaba flojo y las cacerolas solo se amontonaban la mitad de rápido. Me di prisa en fregarlo todo, me quité el mono y lo dejé en la barra como hacía cuando iba al baño, pero no me dirigí allí, sino a la puerta trasera y, como ya casi era uno más de la familia, ninguno de los aprendices de cocinero me hizo ningún caso. Desde el patio trasero, volví a entrar en el edificio por el lóbrego pasillo que conducía al despacho de Eccles y probé el picaporte. Por supuesto, la puerta estaba cerrada con llave. No era un problema grave: solo me retrasaría un poco. Saqué el móvil, pulsé unas cuantas teclas para ocultar el número y marqué.

—Restaurante Iron Bridge, buenas tardes —dijo Georgio. Tenía una voz preciosa, como melaza caliente. Supuse que esa era una de las razones por las que Eccles lo había hecho maître. Abrí la puerta del restaurante solo lo suficiente para ver a Georgio al teléfono en su puesto próximo a la entrada.

—Hola, soy Peter Finlay, de Francisco Associates. Creo que anoche me dejé la cartera en el restaurante.

—Voy a echar un vistazo. ¿Cómo es?

Francisco Associates era uno de los mejores clientes del restaurante, una gran empresa bursátil cuya sede estaba a unas calles de allí. Había oído a los camareros alardear de las cuantiosas propinas que les dejaban sus empleados: el Iron Bridge era prácticamente su comedor particular.

—Dolce & Gabbana —dije, y luego me pregunté si D&G fabricaba siquiera carteras. Pero vi que Georgio se dirigía a la barra donde se guardaban los objetos perdidos. Cuando se agachó detrás de ella, fui rápidamente a su puesto, abrí el armario próximo al suelo (Georgio rara vez echaba la llave, el muy tonto) y cogí las llaves del despacho de Eccles.

—Lo siento, pero no la encuentro —me informó Georgio por teléfono—. ¿Está seguro de que se la dejó aquí?

—Oh, un momento —dije—. Está aquí, encima de mi mesa. Disculpe, ¡vaya día!

Gracias de todas formas, adiós.

Colgué, me metí el móvil en el bolsillo y regresé a las cocinas. Pese a que Georgio seguía detrás de la barra, Lori, la camarera china, me vio y frunció el entrecejo; yo no debía estar en el restaurante. Sin embargo, cuando le dirigí mi sonrisa más radiante, como si mi presencia allí fuera normalísima, ella también me sonrió y siguió trabajando.

Dejé las llaves en la mesa de Eccles, me senté en su silla y me pregunté por dónde debía empezar. Había un fajo de facturas de proveedores, sin embargo, aunque hubiera tenido media noche para leerlas todas, dudaba que fueran a serme de alguna utilidad. Debería empezar registrando la mesa, pensé, pero todos los cajones estaban cerrados y, si Eccles tenía esas llaves colgadas en el despacho, yo no sabía dónde. Bien: quería obtener información sobre la furgoneta, de modo que necesitaba documentos relacionados con ella: habría una carpeta con los papeles del seguro, un contrato de servicios o algún documento donde constara dónde la tenían aparcada. Cogí la bandeja de asuntos pendientes y ojeé los papeles que había dentro, aunque, por lo que saqué en claro, podrían haber sido un montón de espaguetis. Traté de encontrar el logo de una gasolinera o un servicio de averías. Deslicé la bandeja por la mesa para devolverla a su sitio.

El ordenador se encendió y me deslumbró un instante. El fondo de pantalla era una fotografía increíblemente nítida del puente de Londres al anochecer, con montones de luces reflejadas en el río. Debía de haber movido el ratón con la bandeja y eso había arrancado al ordenador de su letargo, pero la pantalla no estaba bloqueada ni había que introducir ninguna contraseña, nada. Aunque sabía que Eccles odiaba la tecnología y prefería prepararlo todo a mano, aquello parecía excesivo. Me pregunté con cuánta frecuencia utilizaba el ordenador. El teclado estaba prácticamente sin estrenar, y los iconos de la pantalla parecían los normales de todos los PC nuevos: papelera, navegador, un acceso directo al sitio web del fabricante... ¿y «RTTracker»? Me fijé mejor en ese icono.

Era el dibujo de un camión en un punto de mira. Cuando lo abrí, apareció una ventana de diálogo con los dos campos ya completados de forma automática: usuario: ECCLES_IRONBRIDGE, contraseña: una hilera de puntos. Hice clic en el botón de acceso.

Casi de inmediato, la pantalla se llenó de sinuosas líneas amarillas sobre un fondo beige, concentradas en un parpadeante círculo rojo con una etiqueta blanca.

Líneas anaranjadas más rectas cruzaban en diagonal desde la parte superior izquierda a la parte inferior derecha de la pantalla, donde confluían en un oscilante círculo naranja. Había muchas etiquetas, palabras y números, pero ninguno de ellos tenía sentido para mí. Hice clic en el icono de una lupa con una rayita dentro, y la imagen se amplió. Claro: era un mapa. Las líneas de diversos colores eran calles. Pero ¿un mapa de dónde? Volví a ampliarlo. Las calles amarillas desaparecieron, sustituidas por calles verdes que serpenteaban alrededor del menguante círculo naranja. Y en el centro del círculo había una palabra escrita en letras más grandes que el resto: «París».

Era a Francia donde la furgoneta de Eccles viajaba todas las semanas. Y el punto rojo parpadeante, que en ese momento se dirigía a París, era su furgoneta. Debía de llevar un dispositivo de localización, para que él pudiera conocer su paradero exacto siempre que quisiera.

«Mierda —pensé—, ¿sabe esto el Gobernador?»

Miré el móvil. Llevaba diez minutos fuera de mi puesto. Pronto la cocina andaría escasa de cacerolas y me echarían de menos. Devolver las llaves del despacho no supondría un problema: me limitaría a dejarlas en un sitio donde Georgio pudiera encontrarlas y él no informaría por temor a perder su trabajo.

Salí del programa de rastreo y volví a abrirlo. Cuando apareció la ventana de diálogo, cliqué en «¿Ha olvidado su contraseña?». Luego me la envié a mi correo electrónico.

Y esperé.

Doce minutos. Volví a intentarlo.

Ping.

Abrí el correo recordatorio, cogí un bolígrafo y un papel y copié el texto con cuidado. Volvía a tener la lengua asomando por la comisura de la boca, pero la dejé ahí. Acababa de borrar el correo cuando el móvil de mi padre pitó y vibró sobre la mesa. Casi me muero del susto: había subido el volumen al máximo por el ruido que había en la cocina y había olvidado ponerlo en silencio. Al levantarme para salir del despacho, cogí el móvil y miré la pantalla.

«Tngo ke vrte sta noxe – xx»

Era de Zoe, y tenía dos «x». Las conté unas cuantas veces, solo para asegurarme.

—¿Finn?

Georgio estaba en la puerta del despacho. Tener noticias de Zoe me había

dejado tan estupefacto que ni tan siquiera le había oído acercarse: y no parecía contento. Intenté conservar la sonrisa de imbécil que se había puesto.

—¿Qué haces? ¿Y cómo has entrado?

—La puerta estaba abierta. Quería ver al jefe para pedirle un día libre.

—El señor Eccles no está. Tú no deberías estar en su despacho. Y la puerta no estaba abierta. —Cogió las llaves de la mesa y me las enseñó.

Me encogí de hombros.

—Ah, ya —dije. Esperé que creyera que era imbécil. Desde luego, así me sentía yo.

—Te necesitan en la cocina —dijo Georgio.

Abrió la puerta de par en par y se apartó para dejarme pasar. Ya le había visto actuar así, una noche a última hora, con un político tan borracho que apenas se tenía en pie. Su absoluta confianza en sí mismo era como un campo gravitatorio que atraía a las personas hacia la puerta y las obligaba a cruzarla. Corrí al fregadero, donde las cacerolas ya formaban una enorme pirámide grasienta e inestable, y me empleé a fondo. Quizá debería haberme preocupado por dónde me estaba metiendo, pero solo era capaz pensar en Zoe y no pude evitar ponerme a silbar.

«Sweet Thames, flow softly...»

—La agencia contra el crimen organizado quiere darte una medalla —dijo Zoe—. A mi padre casi le da un ataque.

Estábamos en la cama, y ella tenía la barbilla apoyada en mi vientre y miraba el cardenal que el talón de Hans me había dejado en el esternón. Parecía fascinada por mis contusiones y, mientras lo hacíamos, había conseguido clavarme los codos en todas con la suficiente fuerza para hacerme chillar. No estaba seguro de si le había afectado que casi me hubieran matado, pero tenía claro que a mí sí; a su llegada, me había abalanzado sobre ella como un perro en celo, sin ninguna delicadeza. No había frenado hasta que me había dado una patada en la rodilla que Hans me había pateado.

—Llevaban años detrás de ese tío. Era el primer sospechoso de la mitad de los asesinatos que la Camorra cometió el año pasado.

—¿La Camorra?

—La mafia de Nápoles.

—Dios mío. No hay ninguna recompensa, ¿verdad? Me vendría mucho mejor que una medalla.

—Se llamaba Hans Ostwald.

—No me jodas. ¿Se llamaba Hans de verdad?

—Los que saben mentir se apartan lo menos posible de la verdad.

Zoe me apretó en el magullado esternón con la barbilla hasta que solté un chillido. Luego, sonrió satisfecha y se deslizó hacia arriba para pasarme los brazos por el cuello.

—¿Sabe la agencia quién lo mandó? —pregunté.

—Claro que no. Pero el que lo hizo debe de estar muy bien relacionado. Y no hay nada por escrito, ningún email, ni siquiera llamadas de teléfono.

—Genial. A lo mejor tendría que intentar coger al próximo con vida.

Zoe se sentó, de pronto seria, y cruzó los brazos sobre los pechos.

—¿Qué quieres decir con «el próximo»?

—Hasta que descubra por qué asesinaron a mi padre, van a seguir queriendo matarme —respondí.

—Eso no lo sabes.

—No, pero sería lo más lógico.

—Pero me dijiste que se habían llevado todas las notas de tu padre, que no había pistas.

—Quiero enseñarte una cosa —dije.

Se sentó a mi lado en la cama mientras yo buscaba el sitio web de RTTraker en mi portátil y rezaba para que la batería no se agotara antes de que consiguiera entrar. No lo hizo y, cuando introduje el nombre de usuario y la contraseña de Chris Eccles, el mapa ocupó la pantalla: en ese momento, el punto rojo con la etiqueta blanca estaba al este de la ciudad, parpadeando en la parte central derecha del círculo naranja de autopistas que circundaban París.

Zoe miró la etiqueta.

—Parece una matrícula.

—Es la matrícula de una furgoneta de Chris Eccles, el chef. El Gobernador la ha cogido prestada. Bueno, no el propio Gobernador. Sino su esbirro, James.

—Mierda, ¿y estás siguiendo sus movimientos?

—Creo que va a traer algo de París. Y, cuando lo haga, voy a echar un vistazo.

Zoe estaba horrorizada.

—Finn, por favor, no lo hagas. Ya te he hablado de McGovern. Te han hablado todos.

—Si ordenó matar a mi padre, quiero saber por qué.

—Pero ¿y si esto no tiene nada que ver con tu padre?

Me encogí de hombros.

—Es lo único que tengo.

—Dios mío, ¡eres más terco una mula!

—Sí, es lo que siempre decía mi padre.

El PC chasqueó y vibró. Luego apareció un mensaje de advertencia y se quedó sin batería. Lo cerré y lo dejé en el suelo.

—¿Puedes hacerme un favor? —preguntó Zoe.

La miré.

—¿Vas a preguntarle a tu madre por esto?

—Todavía no —respondí.

—¿No te fías de ella?

—Me diría que no me involucrara. Que debería informar a la policía, dejar que se ocuparan ellos.

—Ya me cae bien —dijo Zoe.

—No me fío de la policía.

—¿Te fías de mí? —preguntó.

—Claro.

—Entonces no lo hagas, por favor.

Me besó, y esa vez no me abalancé sobre ella como un perro en celo y ella no me hincó los codos en las contusiones, apenas. Pero no llegué a darle una respuesta.

Cuando Zoe me despertó a la mañana siguiente con un beso, ya llevaba puesto el uniforme y olía a jabón.

—Tu ducha es un asco —dijo.

Intenté agarrarla, pero ella me esquivó y se dirigió a la puerta de la habitación. Antes de salir, se volvió.

—¿Qué haces hoy?

—Volver a la cama.

—¿Vas a contarle a la policía lo de la furgoneta?

—Te echo de menos cuando no estás —dije. Fue un burdo intento de eludir la pregunta y no dio resultado. Me miró como si le hubiera dado una bofetada, pestañeó y se dio la vuelta—. Espera —añadí. Me levanté de un salto, cogí el pantalón y bajé las escaleras en pelotas.

Llegué a la puerta justo cuando ella corría el cerrojo y la mantuve cerrada apretando con una mano. Me miró tan enfadada y defraudada que apenas pude sostenerle la mirada. Hurgué en el bolsillo del vaquero.

—Ayer cambié las cerraduras —dije—. Un poco tarde, lo sé, pero... —Me saqué el llavero del bolsillo. Las llaves estaban nuevas y relucientes. Se las ofrecí—. Venían con tres juegos de llaves —añadí.

Miró las llaves y después me miró a mí. Algo la inquietaba. No le pregunté qué le sucedía porque no quería saberlo. No creía que fuera a entenderla nunca: pasaba de ser divertida y descarada a estar tan vulnerable y resentida que irradiaba dolor.

—Gracias —dijo, con un hilillo de voz. Cogió el llavero y se lo metió en el bolsillo sin que apenas tintineara.

—¿Te veré esta noche? —pregunté.

—No lo sé —respondió.

Corrió el cerrojo y abrió la puerta con brusquedad. Yo me retiré de un brinco para que no me pillara los dedos de los pies. Lloviznaba y se subió el cuello de la chaqueta, como si con ello fuera a conseguir algo, antes de alejarse sin decir palabra ni mirar atrás.

13

Esa mañana, mientras hacía mis ejercicios, me di cuenta de que nunca había preguntado a Zoe por su madre. Estaba tan obsesionado con la mía que ni se me había ocurrido. ¿Vivía? ¿Estaba muerta o separada de su padre? Recordé que Prendergast llevaba alianza, pero eso no significaba nada. A lo mejor era un sentimental, aunque no tenía pinta. ¿Alguna vez se preocupaba cuando Zoe pasaba la noche fuera de casa? Me pregunté qué había hecho, o qué no había hecho, para que ella lo odiara tanto. Me pregunté si tan siquiera ellos lo sabían.

Solté una palabrota. Había perdido la cuenta de las flexiones abdominales que llevaba. Bueno, me limitaría a continuar hasta que ya no pudiera más. Pero, antes de poder empezar a contar otra vez, me sonó el móvil y eso me dio una excusa para dejarlo. Estaba sin aliento cuando respondí, y tenía las palmas de las manos tan sudadas que el teléfono casi se me resbaló.

—¿Diga?

—¿Con quién hablo, por favor?

—Finn Maguire —dije, antes de recordar que eran ellos los que habían llamado y, por tanto, ya deberían saberlo. Probablemente, era una teleoperadora, decidí, e intenté pensar en una buena forma de buscarle las cosquillas.

—Soy Nicola Hale, del bufete de abogados Hale & Vora. —Sí, ya. Probablemente se llamaba Seema Singh y telefoneaba desde Bombay de parte de Ni Te Cuento—. ¿Podría confirmarme su fecha de nacimiento, por favor?

—¿Por qué no me la confirma usted? —dije. ¿Me había tomado por un imbécil?

—Lo siento. Tengo que estar segura de que hablo con Finn Maguire.

—Está hablando con él. Pero no sé con quién habla él.

—Eh... Lo siento... Señor Maguire, ¿no ha recibido una carta nuestra?

Eso me desconcertó. Ojeé los recibos y el correo basura que se habían ido amontonando en la mesa. Debajo del menú de una pizzería a domicilio, había un recibo sobre de color crema en cuya esquina ponía «Hale & Vora no sé qué».

«Abogados», eso. Dirigido a mí. ¿Cuánto tiempo llevaba en la mesa?

—Esto..., sí. Todavía no lo he abierto.

—Tenemos que hablar con usted y esperábamos que pudiera pasarse por nuestro bufete.

—¿De qué se trata?

—Lo siento, pero no puedo decírselo sin comprobar su identidad.

«¡Mierda! —pensé—. Es la casa. El banco debe de saber que papá ha muerto y ha dejado de pagar la hipoteca.»

—¿Es sobre mi padre? —Advertí que parecía un huérfano desconsolado.

—¿Podría venir hoy hacia las cuatro? Estamos en el número 391 de Lincoln's Inn Fields.

—Claro —dije, con el corazón en un puño.

—Y tendrá que traer algún documento identificativo.

Lincoln's Inn Fields estaba justo en la frontera entre el West End y la City, por lo que no había muchos campos,¹ sino únicamente un parquecito circundado por una manzana de enormes casas georgianas. Las relucientes placas de latón colgadas junto a todas las puertas anunciaban que toda la manzana estaba ocupada por bufetes de abogados y, a juzgar por los Jaguar y BMW aparcados en los patios delanteros, bufetes que ganaban mucho dinero. Había abierto la carta (casi me corté el dedo con la rígida solapa del sobre), pero, pese a haberla leído varias veces, seguía sin saber de qué trataba. Simplemente me pedía que llamara a Kamlesh Vora o a Nicola Hale al bufete. Si el banco iba a desahuciarme, pensé, era una putada obligarme a ir tan lejos para enterarme. Aunque, por otra parte, los bancos no eran precisamente famosos por su don de gentes, por muchos anuncios cursis que sacaran.

La puerta acristalada del número 391 estaba cerrada. Llamé con los nudillos y vi que la recepcionista me miraba de arriba abajo antes de abrirme. No parecía convencida de que no fuera un vagabundo que quería gorrearle una taza de té. Mi baqueteada maleta de fibra no era de mucha ayuda y deseé haber lavado los vaqueros o haberme puesto otro par después de manchármelos con mantequilla de

¹ En inglés, *fields* significa «campos». (N. de la T.)

ajo el día anterior en el trabajo. Pero estaba claro que a la recepcionista le gustaba vivir peligrosamente, porque decidió abrirme. Empujé la pesada puerta acristalada y me dirigí al enorme mostrador de madera con la maleta pegada al pecho como un pobre huérfano abandonado.

—Eh... he venido a ver a Nicola Hale.

—¿Ha traído algún documento identificativo?

Cuando deslicé la maleta por la mesa de madera de haya, Nicola Hale enarcó una ceja perfectamente depilada. Era esbelta, elegante y eficiente, con los ojos azules y el pelo rubio, y aparentaba menos de treinta años. Miró la maleta como si pudiera estar llena de ropa sucia.

—Está todo ahí —respondí.

Ella era abogada, le pagaban por leer, y si querían desahuciarme, yo no iba a ponérselo fácil. Ni a reconocer que no entendía la mayoría de los documentos.

—Permítame expresarle nuestro más sentido pésame por la pérdida de su padrastro —dijo el hombre que supuse que era su jefe, el cual se había presentado como Kamlesh Vora.

Era un indio mayor que estaba calvo aparte de un cerquillo de pelo blanco muy bien recortado y lucía una corbata de seda que probablemente costaba más que todo lo que yo llevaba puesto.

—Gracias —contesté.

Estábamos sentados en una sala de juntas llena de libros tan recios que podría construirse un refugio antibombas con ellos. Hale ya había abierto la maleta y se había puesto a hurgar entre los montones de documentos y sobres llenos de recibos de la hipoteca. Sacó un fardo de pasaportes antiguos, abrió uno y me miró: noté que me ardían las mejillas. Podría haber llevado mi viejo pasaporte, pero, en cambio, me había presentado con una maleta entera llena de papeles. ¿Por qué no me había limitado a pedirle a un transeúnte amable que me escribiera NO SÉ LEER en la frente? Por supuesto, podría haber escrito CAPULLO, pero yo no me habría enterado, ¿no?

Hale entregó el pasaporte a Vora, que se puso unas gafas para mirarlo y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Ella volvió a dejar el pasaporte en la maleta mientras él se quitaba las gafas.

—Representamos el patrimonio del señor Charles Egerton —dijo Vora.

—¿De quién?

—Fue amigo de su padre. Y un actor eminente en su época. Nos encargamos de sus finanzas aquí en Reino Unido después de que se retirara a España.

Oh, ese Charles Egerton. El que Dorothy Rousseau había mencionado en el funeral, el anciano de la barba blanca al que yo apenas recordaba.

—Ah —dije—. Lo vi una vez, hace mucho tiempo. ¿Cómo le va?

—El señor Egerton nos dejó hace dos meses —respondió Vora—. Como he dicho, representamos su patrimonio.

—¿Su patrimonio? ¿Se refiere al castillo de España?

—Todo su patrimonio —explicó Hale—. Somos los albaceas del testamento del señor Egerton. —Seguía ojeando los papeles de la maleta, lo cual me pareció un poco entrometido, dado que ya habíamos establecido mi identidad.

—Nombró a Noel Maguire, su padrastro, heredero de todo su patrimonio —dijo Vora.

—Mi padre está muerto —precisé.

—Sí —convino Vora—. Estuvimos intentando localizarlo, pero sin éxito, hasta que *The Stage* publicó su esquila la semana pasada.

—Sí —dije—. Había renunciado, en cierto modo, desaparecido del mapa.

—¿Sabe cuáles eran los deseos de su padre? —me preguntó Vora—. ¿Hizo testamento?

—Sí —respondió Hale. Nos enseñó una carta que acababa de sacar de un sobre sin cerrar. La ojeó—. Es un formulario tipo, de un estanco, pero está correctamente firmada ante testigos.

—¿Cuándo hizo eso? —pregunté.

Ella miró la fecha.

—Hace cuatro años. Fue muy sensato por su parte —dijo—. Todos los padres deberían hacerlo. —Leyó el texto por encima—. Se lo deja todo a su hijo adoptivo Finn Maguire.

—Ah —dijo Vora.

—Oh —añadí yo—. ¿Significa eso...?

—¿Que usted hereda el patrimonio del señor Egerton? Sí —respondió Vora.

—Perdone, cuando dice su patrimonio...

—Ahorros, acciones y bienes valorados aproximadamente en ochocientos mil euros —respondió Vora—. Además del castillo propiamente dicho, claro.

—Aunque habrá que pagar impuestos de sucesión —añadió Hale.

La mente se me había disparado. ¿Era dueño de una casa en España? ¿Junto con una porrada de dinero? Entonces caí en otra cosa.

—¿Quién más lo sabía? —pregunté—. Aparte de ustedes dos.

Vora abrió las manos con aire de súplica.

—Nadie, que nosotros sepamos —respondió—. El señor Egerton era un solitario que apenas tenía contacto con el resto del mundo.

Me quedé allí sentado durante un par de horas, asimilándolo.

—Joder —dije, por fin.

—Sí —convino Vora, con una sonrisa—. Nos alegra mucho ser los portadores de tan grata noticia.

—¿Podría darnos los datos de su cuenta bancaria? —me preguntó Hale. Abrió un cuaderno y sacó la punta a un caro bolígrafo.

—No tengo —dije—. De hecho, desde que mi padre murió, estoy bastante desorganizado.

Hale se fijó en el revoltijo de papeles de la maleta y me miró. Decidí ahorrarme la molestia de encontrar una forma delicada de expresar su pregunta.

—Tengo dificultades para leer —expliqué.

Ella asintió.

—¿Quiere que nuestro bufete se ocupe de ponerlo todo en orden? —preguntó, como si se ofreciera a hacerme la colada. Lo cual, en cierto modo, suponía que hacía.

—¿Cuánto me costará? —pregunté.

—No tanto como si intenta hacerlo usted solo —respondió Hale—. Le ahorraremos más dinero del que le costaremos. Plantéese así.

—Suena bien —dije. Saqué el móvil y miré la hora—. Tengo que irme a trabajar.

Tanto Vora como Hale parecieron un poco sorprendidos cuando me levanté.

—¿Dónde trabaja? —preguntó Hale.

—En el Iron Brige —respondí—. El restaurante.

—¿Es cocinero? —preguntó Vora.

—Friego platos —contesté—. ¿Puedo dejar la maleta aquí?

—Señor Maguire —dijo Hale—, acaba usted de heredar medio millón de libras. No le hace falta lavar platos para ganarse la vida.

—Lo sé, pero dije que iría y ya llego tarde. —Abrí la puerta de la sala de juntas.

Hale corrió detrás de mí.

—Por favor, tenga mi tarjeta —dijo.

No me molesté en intentar leerla y me la metí en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Gracias —contesté—. Lo siento, pero tengo que irme.

Normalmente todos los días se llevaban el holgado mono que me ponía en el trabajo para lavarlo, o quizá para incinerarlo, y dejaban uno limpio en un estante del vestuario. No obstante, cuando llegué al restaurante, con diez minutos de retraso, descubrí que el estante estaba vacío. El mono lo llevaba el espigado Gordon, que estaba en el fregadero restregando un resistente pegote de hojaldre.

—Hola, Gordon —lo saludé—, gracias por sustituirme. Ya sigo yo.

Él me miró con tristeza, como un sabueso al que acaban de apalear, pero no dijo nada. Miró detrás de mí.

—Finn —dijo Georgio—, el señor Eccles quiere verte.

Capté las miradas compasivas de los aprendices de cocinero cuando seguí a Georgio hacia el despacho de Eccles. Tuve la sensación de que no era la primera vez que veían aquello: otro candidato suspendido a punto de ser destripado, asado, fileteado y comido poco hecho.

Eccles siguió concentrado en sus facturas mientras yo esperaba de pie delante de su mesa. Reconocí la técnica. El director del primer colegio que me expulsó me

había tenido diez minutos esperando de pie antes de dignarse expresar su decepción: no le había defraudado a él, me dijo, ni al colegio. Me había defraudado a mí mismo. Esa noche descubrir que le habían rajado los neumáticos acabó de desinflarle. Por supuesto, me habría lucido más si me hubiera limitado a desinflárselos, pero eso me habría llevado demasiado tiempo.

—Georgio me ha dicho que ayer te encontró en este despacho —dijo Eccles—. ¿Qué buscabas?

—A usted —respondí.

Dejó la última factura en la mesa.

—Pues aquí me tienes —dijo—. ¿Qué querías?

—Pedirle otro día libre.

—¿Cómo entraste?

Respiré hondo. Aquel rollo ya empezaba a aburrirme. Sabía cómo acabaría y quería decirle que podía meterse el trabajo por donde le cupiera, porque ya no lo necesitaba: tenía un puto castillo en España, por lo visto. Pero me di cuenta de que me caía bien y no quería defraudarle.

—¿Qué problema hay? —pregunté—. ¿Falta algo?

—No —respondió—. Pero esa no es la cuestión.

—Georgio no cuida muy bien de sus llaves —afirmé.

Eccles dejó el bolígrafo en la mesa y se rascó la frente. Intentaba encontrar una forma de preguntarme cuánto sabía sin revelar cuánto sabía él. No me habría gustado estar en su piel.

—¿Has estado en contacto con tu amigo el señor McGovern? —preguntó.

—No —respondí—. Y ya le he dicho que no es amigo mío.

Eccles me miró de hito en hito y vio que decía la verdad.

—¿Tienes idea de dónde puedes estar metiéndote? —preguntó.

—De momento, no —respondí—. ¿Y usted?

Eccles se golpeteó los dientes con la patilla de las gafas.

—¿Sabes qué? —dijo, y sacó la cartera—, tómate todo el tiempo que necesites. —Sacó un fajo de billetes de veinte libras y me lo ofreció—. Ya no necesitamos tus servicios.

«Maldita sea —pensé—. Ahora que me ha despedido, no puedo decirle que se meta el trabajo por donde le quepa. El efecto no sería el mismo.»

—Quédese el dinero.

Iba a añadir «Usted lo necesita más que yo», pero habría sido una fanfarronada: incluso ahora, Eccles tenía mucho más dinero que yo. Pero salir de su despacho dejándolo con un fajo de dinero en la mano le sentaría peor que nada de lo que pudiera decirle. De modo que eso fue lo que hice.

Cuando cogí el abrigo de la sala del personal y me marché, Eccles me dio un poco de lástima (al haber prestado la furgoneta al Gobernador, estaba mucho más pringado que yo), pero aquella era la segunda vez en quince días que me despedían y, aunque fueran trabajos basura, seguía doliendo. Me había esforzado al máximo, lo había hecho lo mejor que sabía, mejor que la mayoría, y aun así me habían dado la patada. Antes de entrar a trabajar, me preocupaba cómo podría afectar a Eccles lo que planeaba hacer, pero ahora estaba tan cabreado que me importaba un carajo. Había un cibercafé cerca de la estación de metro. Entré y pagué por una sesión de dos horas, una taza de té aguado y una manzana roja que no sabía a nada. Me senté en un cubículo poco iluminado delante de un monitor grande y anticuado, abrí el navegador, entré en el sitio web de RTTracker y metí la mano en el bolsillo trasero del vaquero para sacar el papel en el que había anotado el nombre de usuario y la contraseña de Eccles.

14

Había tardado noventa minutos en llegar, los últimos veinte a pie desde una estación de metro sucia y desierta, y me pregunté si no me habría equivocado de sitio.

En el cibercafé, me había quedado bebiendo té y viendo cómo el puntito rojo intermitente del dispositivo de localización de la furgoneta rodeaba Londres por la autopista hasta estar directamente al norte de la ciudad. Entonces había girado hacia el sur y había reducido la velocidad al entrar en las calles del casco urbano. Después de ampliar la imagen, lo había seguido por todo Hendon hasta un punto próximo a la carretera A406, donde se había incorporado a una autovía que conducía a una zona vacía del mapa denominada «Estación de mercancías», y por fin se había detenido en la esquina nordeste junto a una vía de ferrocarril.

Ahora que había llegado, vi que la «Estación de mercancías» era un polígono industrial tan nuevo que aún no estaba detallado en los mapas. Inmensas naves de ladrillo amarillo con altas puertas giratorias se alzaban en un rizado mar de hormigón alumbrado por farolas de sodio y, cuando crucé la entrada principal y me dirigí al este, me sentí tan expuesto y vulnerable como una rata en una pista de patinaje. Enormes camiones articulados se cruzaron conmigo cuando me dirigí al extremo este, donde una valla de cuatro metros de altura coronada por alambre de espino disuadía a los paseantes con ideas suicidas de echarse a las vías del tren antes de doblar hacia el norte. Caminé pegado a ella para aprovechar la poca sombra que daba mientras me preguntaba si me estaban observando por un circuito cerrado de televisión y, de ser así, si eso me convenía o no. Ninguno de los camioneros con los que me había cruzado parecía haber reparado en mi presencia y, si desaparecía esa noche, nadie sabría qué había sido de mí, aparte de los responsables. Y tenía muchas ganas de enseñar el castillo de España a Zoe. Ver cómo se hacía la dura entonces, cómo fingiría que le daba igual.

En la esquina nordeste del polígono, había una nave idéntica a las demás. No parecía que estuviera ocupada por ninguna empresa. No había coches en el patio delantero, y la recepción, situada a la derecha de la puerta principal, no tenía

muebles aparte del impoluto mostrador blanco. No había correo en la mesa ni en el felpudo, ni ninguna luz encendida. Tendría que perder una barbaridad de peso para deslizarme por debajo de la puerta giratoria y, sin una almádena, nunca franquearía la puerta de la recepción. Decidí rodear la nave por la parte más próxima a la alambrada de espino y, cuando llegué al final de esa pared, me asomé. Ni tan siquiera allí había oscuridad: la luz amarilla de las farolas de sodio teñía todos los rincones como el tinte de una camiseta barata. Justo en la esquina, a mi lado, había una salida de incendios: una puerta sin picaporte, con el habitual cartel de «Vado permanente». Me fijé mejor; no estaba bien cerrada. El borde sobresalía de la jamba casi un centímetro. Ya que estaba allí, ¿por qué no probar? La puerta se movió cuando tiré de ella, pero no se abrió. Frustrado, la empujé para cerrarla, y el borde volvió a sobresalir, un poco más esa vez. Era obvio que el cerrojo no iba bien. Tiré y empujé varias veces hasta que la abrí lo suficiente para meter la mano. Estirando los dedos al máximo, conseguí alcanzar la barra que la atrancaba por dentro y hacer suficiente palanca para bajarla.

La puerta se abrió.

Dentro había un olor desagradable, a lejía barata, que me irritó la garganta. De la salida de incendios partía un estrecho pasillo abovedado, con una puerta entreabierta al final por la que se colaba una débil luz amarilla procedente de lo que debía de ser la zona de carga y descarga. Me acerqué de puntillas y contuve la respiración al abrirla, pero todavía era nueva y estaba recién engrasada, por lo que apenas hizo ruido.

Había dos vehículos aparcados en la zona de carga y descarga. Uno era un todoterreno grande; el otro, una furgoneta alta con una unidad de refrigeración instalada en el techo y «The Iron Bridge, Pimlico» escrito en letras azules en los lados. Miré alrededor, pero allí no había nada más, aparte de lo que parecía un garaje de madera construido en un rincón. El olor parecía emanar de la propia furgoneta y, mezclado con la peste a lejía barata, percibí un fuerte olor a orina. Las puertas traseras estaban cerradas, pero, cuando miré dentro de la furgoneta, vi que las llaves seguían en el contacto. Regresé a la parte trasera con ellas, respiré hondo y abrí las puertas.

Habían dejado la luz interior encendida, advertí; ¿no se agotaría la batería? Cuando bajé la vista y vi dos ojos muy abiertos que me miraban muertos de miedo, dejé de pensar en la batería.

El suelo estaba cubierto de sucios periódicos arrugados, y había varios sacos de dormir baratos amontonados unos sobre otros. Cuando me fijé mejor, vi que en cada saco había un niño acurrucado, y en algunos, dos. Calculé que había diez en

total, todas niñas, que yo viera, y la mayor debía de tener doce años. Todas me miraban fijamente, con la cara mugrienta, los ojos desorbitados, demasiado fatigadas y asustadas para hablar o tan siquiera llorar. Había cuscurros de pan mordisqueados y pieles de embutido diseminados por el suelo; percibí un débil olor a ajo, pero lo ahogaba la peste de un váter químico instalado en el rincón del fondo que debía de haber ido rebosando desde que la furgoneta había desembarcado en Dover. Acababa de abrir la boca para decirles «No os preocupéis», cuando me di en la cabeza con lo que me pareció una tapa de alcantarilla y caí de rodillas, aturdido.

Estuve consciente el tiempo suficiente para comprender que el golpe no me lo había dado yo: alguien me había golpeado con algo en la cabeza. Pero entonces me llovieron más golpes, y unas botas me patearon la rabadilla. Solo pude ovillarme y protegerme la cara con los brazos antes de que comenzaran a darme patadas y golpes con palos y lo que debía de ser una cadena de bicicleta. Oí unos chillidos agudos y creí que era yo. Entonces comprendí que eran las niñas, porque estaban viendo cómo mataban a un hombre de una paliza. Alguien debió de hartarse de los gritos, porque lo último que oí antes de perder el conocimiento fue que cerraban las puertas de la furgoneta.

Zoe estaba sentada en mi cama, con los brazos cruzados. Fumaba. «Fumar en la cama es muy peligroso», intenté decirle, pero la música era tan atronadora que no me oyó, y yo estaba tendido en el suelo al pie de la cama, con la boca llena de sangre. Ella se inclinó sobre mí, me miró como si fuera una babosa que se hubiera encontrado en la pizza y apagó el cigarrillo aplastándomelo en la cara.

El dolor que sentí me despertó. Tenía un corte sangrante en la mejilla. Estaba ovillado en una caja de metal y plástico que olía a gasolina y humo de tabaco. La tapa era una arrugada lámina de plástico gris por cuyos bordes se filtraba una luz amarilla intermitente. Lo único que oía era el estruendo de unos neumáticos rodando por una carretera, mezclado con la ensordecedora música electrónica que sonaba a todo volumen en un equipo de primera calidad.

Estaba en la parte trasera del todoterreno, y la lámina de plástico gris solo era una especie de persiana para impedir que la gente viera lo que había en el maletero. Podría haberla levantado, supuse, y haber recibido un puñetazo en la cara de uno de los hombres a los que oía y percibía a unos centímetros de mí en el asiento trasero. Estaban riéndose a carcajadas y alardeando de haber dejado a alguien sin

dientes a patadas. Me toqué los míos con la lengua. Algunos se movían y dos estaban desportillados, pero seguían en su sitio. Puede que aquella amenaza no se hubiera materializado todavía.

La música estaba altísima, ya fuera porque a los pasajeros les gustaba así o para que nadie me oyera gritar ni dar patadas en la carrocería cuando el coche se detuviera en los semáforos. Aunque mis patadas tampoco habrían sido muy fuertes: el dolor apenas me permitía moverme. Tenía la sensación de que me habían arrancado, machacado y pulverizado cada centímetro de piel, cada hueso y órgano interno. Llevaba las manos atadas delante del cuerpo, pero tenía los pies libres. Me pregunté por qué no me los habían sujetado. Quizá querían que fuera andando a algún sitio en vez de tener que llevarme a cuestas.

¿Podría reventar el maletero a patadas o era mejor que esperara una oportunidad para salir huyendo? Los pies y las piernas me dolían una barbaridad, pero no creía que tuviera nada roto y, si tenía que correr, la adrenalina se ocuparía del dolor. Quizá no se molestaban en perseguirme: quizá solo me disparaban. Aunque, si tuvieran un arma, ¿no la habrían utilizado ya? Las preguntas, dudas y conjeturas se me agolpaban en la mente e intenté ahuyentarlas, respirar hondo y aclararme las ideas. Me estaban esperando, de eso no cabía duda. La salida de incendios mal cerrada y las llaves en el contacto formaban parte de una trampa, y yo había caído en ella como una mosca en una telaraña. Al capullo de Eccles debía de haberle entrado el pánico. Podría haber ido a la policía para denunciar el robo de la furgoneta, pero era obvio que el Gobernador le daba más miedo y se había chivado. Tendido en el maletero de aquel todoterreno, tragando saliva mezclada con sangre, le comprendía perfectamente.

El ruido de los neumáticos sobre el asfalto disminuyó, y noté que el coche daba un brusco giro a la izquierda. Comenzó a brincar y a bambolearse, y oí que los neumáticos pisaban barro y charcos. Parecía que las sacudidas no fueran a terminar nunca. Cada impacto me repercutía en las contusiones, y el dolor volvía a irradiarme por toda la espalda y a lo largo de las piernas. Por fin el coche redujo la velocidad y se detuvo, el conductor apagó el motor y la música machacante cesó. Noté que los amortiguadores del coche subían un poco cuando los pasajeros se apearon y cerraron las puertas. Eran tres, no cuatro como yo creía. Un motor de gasóleo traqueteaba en algún lugar cercano, ¿una excavadora, quizá?

Cuando la puerta del maletero se abrió con un silbido, miré a las tres figuras que se alzaban ante mí con los ojos entrecerrados. James estaba detrás, encendiéndose un cigarrillo de liar. Los otros dos eran matones a los que yo no conocía, vestidos con chaquetas de cuero y vaqueros. El que había abierto el maletero tenía el pelo

largo y sucio. Se inclinó y me dio una bofetada, no muy fuerte, solo lo suficiente para que me despabilara.

—Sal —gruñó. ¿Tenía acento polaco?

Me arrastré hasta el borde del maletero, me incorporé y bajé los pies al suelo. Era un aceitoso mar de barro, salpicado de charcos negros, y alrededor de nosotros había murallas de coches destrozados. «Un desguace —pensé—. Y de los grandes.» Pelo Guarro me agarró del brazo y me llevó a rastras hacia James, que acababa de abrir el maletero de un abollado Jaguar sin ruedas.

—Sabía que eras un hinchapelotas, Maguire —dijo él—. Desde el momento en que te vi. Le dije al Gobernador que probablemente a su hijo lo habías empujado tú, pero él no me hizo caso, así que mandé a alguien a sonsacarte. —Se sacó una hebra de tabaco de la lengua y sonrió—. ¿Es preciosa, verdad, Zoe? Unas tetas impresionantes. Pero yo que tú me lo replantearía. Esa chica se ha comido más nabos que un vegetariano. Espero que utilizaras condón.

¿Zoe? ¿Zoe me había traicionado?

Vacilé, y eso fue lo que me delató. James vio que había metido el dedo en la llaga y se rió.

—Eso es mentira, cabrón —dije.

James solo se rió un poco más.

—Sabes que es cierto. Lo veo en tu cara. Por dentro estás llorando. Deshecho. Bueno, deshecho, deshecho, no. Todavía.

Movió las cejas como un imitador barato de Groucho Marx, y sus dos gorilas se rieron como tontos mientras yo me preguntaba si, pese a estar maniatado, tendría tiempo de estrangularlo antes de que ellos me partieran la cabeza. Ni tan siquiera le vi alzar el puño antes de que me golpeará en la boca y me partiera el labio superior al aplastármelo contra los dientes.

—No lo hagas —dijo—. No me mires así. Estás acabado. La has cagado. No vas a salir de esta.

Escupí sangre, que cayó en un charco y flotó en el agua como espuma negra, e intenté no pensar en que Zoe era mi delatora.

—¿Mataste a mi padre? —pregunté.

James se rió y señaló con la cabeza el enorme maletero del Jaguar.

—Métete ahí —me espetó.

Miré alrededor. Lo que yo había tomado por otra muralla de coches era una enorme trituradora de acero, y el motor de gasóleo encendido era su grupo electrógeno. Por encima de ambos se alzaba una grúa con una pinza, cuatro garras de acero cerradas, como ese juego de feria en el que es imposible ganar.

James me propinó una bofetada y se aseguró de darme en la herida abierta.

—Cuanto antes te metas —dijo—, antes acabará todo.

Cuando me volví para echar a correr, me dio una patada que me levantó los pies del suelo. Caí al pútrido barro y rodé por él hasta quedarme embadurnado.

—Metedlo ahí —ordenó James a sus acompañantes.

Ellos me levantaron del suelo, me llevaron a rastras hasta el Jaguar y me arrojaron al maletero de cabeza.

—Me estaba planteando cortarte el cuello antes de meterte en la trituradora —dijo James—. Pero ahora me has cabreado, así que no voy a molestarte. Anímate, va a ser divertido. Como montarte en una atracción. Acuérdate de no sacar las manos ni las piernas del coche. Pediré a Benny que vaya más lento de lo normal, para que puedas disfrutarlo a tope.

Y cerró el maletero.

Me quedé a oscuras e intenté pensar en algo, quitarme de la cabeza a Zoe y lo que me había hecho. Pero, si James me hubiera dado una patada en los huevos antes de arrojarme allí, mi sensación de náusea y ahogo no podría haber sido mayor. Por supuesto, eso era lo que él quería, que muriera sufriendo, sabiendo que me habían traicionado, sin estar seguro de quién había contratado a Hans para que acabara con mi padre y conmigo ni del porqué. Oí que sonaba un móvil y que James respondía. No me moví y agucé el oído.

—Sí —dijo—. Sí, ningún problema. Veinte minutos.

Eso fue todo lo que oí antes de que el Jaguar en el que estaba encerrado sufriera una sacudida, se bamboleara y se hundiera. Yo rodé por el maletero y me golpeé la cabeza contra la chapa. El ruido de cristales rotos y acero prensado era ensordecedor, pero, pese al estruendo, oí que el motor de gasóleo aceleraba. Deduje que la pinza de la grúa había apesado el Jaguar y le había roto las ventanillas, le había estrujado el techo y lo había incrustado en el suelo bajo su peso. En ese momento, se alzó y lo arrancó del barro, y noté que el coche se elevaba en el aire y giraba despacio, oscilando como un péndulo.

Conseguí cambiar de postura para tener la cabeza más cerca de la parte

delantera del maletero y, a oscuras, palpé el fondo. Toqué unos travesaños de acero colocados en vertical y en diagonal entre el maletero y el compartimento de los pasajeros. Entre los travesaños había duras planchas de fibra, plástico o quizá aglomerado. Las arañé mientras el Jaguar se balanceaba.

De golpe, el coche descendió y yo floté un instante en el aire antes de volver a estamparme contra la base del maletero cuando el Jaguar se dio contra el suelo. Ignorando el dolor, giré sobre mi eje, subí las rodillas y empecé a dar patadas a las planchas de fibra, intentando evitar los resistentes travesaños a los que estaban acopladas. Noté que una plancha cedía y se rompía.

El coche volvió a alzarse en el aire y osciló, pero con menos violencia que la primera vez. El conductor de la grúa debía de estar alineándolo con las fauces de la trituradora. Recogí la pierna, volví a girar sobre mi eje y me arrastré hacia el hueco que había abierto. Metí los puños atados por él y apreté hasta que toqué muelles, alambres y espuma húmeda. Empujé con fuerza y fui pasando el cuerpo por el hueco mientras rezaba para que los hombros me cupieran entre los travesaños.

Volví a sentirme ingrátido un instante antes de que el coche se diera de nuevo contra algo, con fuerza. Me golpeé la nariz con una superficie lisa de metal, y me lloraron los ojos. El conductor de la grúa debía de haber depositado el Jaguar en las fauces de la trituradora. Apoyé los pies en la chapa y empujé hacia el ruido de metal prensado y cristales rotos mientras, por delante de mí, en el compartimento de los pasajeros, la pinza se abría para soltar el techo del Jaguar. Oí el chirrido del motor cuando la grúa la izó vacía mientras, dentro del coche, conseguía pasar primero un hombro y luego el otro entre los travesaños y echaba el respaldo del asiento trasero hacia delante. Ahora notaba el fresco aire nocturno en la cara, aunque olía a vapores de gasóleo y aceite lubricante, pero, por las ventanillas destrozadas, por las lunas delantera y trasera, no veía nada aparte de lisas planchas de acero oxidado. Mientras seguía forcejeando, ya con la cabeza a la altura de las ventanillas traseras, oí un ruido ensordecedor, y las fauces de acero comenzaron a moverse desde ambos lados. Las caderas se me trabaron en el travesaño diagonal y debí de renegar en voz alta, pero el rugido de los motores de la trituradora y el espantoso ruido de metal estrujado ahogaron mi voz cuando las planchas tocaron las puertas del Jaguar y siguieron avanzando. Forcejeé y me retorcí para terminar de pasar las caderas entre los travesaños y seguí avanzando sin saber dónde esperaba terminar. Me arrastré hacia delante y hacia arriba hasta que, por fin, tuve todo el cuerpo fuera del maletero. Justo entonces, noté y oí que el bastidor del coche se ponía rígido y empezaba a chirriar, incapaz de seguir haciendo frente a la presión. Me di la vuelta, clavé las uñas en el techo acolchado y

fui deslizándome por encima de los asientos traseros hasta que, con una mano, solo arañé aire. El vidrio del techo corredizo se había roto hacía ya rato, y en su lugar había un enorme agujero.

El metal oxidado me arañó las palmas cuando me agarré al borde del techo corredizo con ambas manos y me impulsé hacia arriba con todas mis fuerzas, mientras, por debajo y alrededor de mí, el coche se plegaba, chirriaba, escupía pedazos de metal como metralla y me acribillaba con una lluvia de cristales. Cuando logré salir por el hueco cada vez más estrecho, busqué un lugar donde apoyar el pie al borde del techo corredizo, pero, en ese momento, todo el techo del coche se combó hacia arriba y el pie me resbaló para volver a caer en las fauces de la chirriante vorágine de metal, plástico y cuero torturados. Lo apoyé en lo que parecía un reposacabezas, que tembló, se abombó y reventó justo cuando yo me impulsaba hacia arriba con todas mis fuerzas para saltar al borde de la trituradora, donde me quedé bamboleándome, rodeado de oscuridad y nubes de vapores de gasóleo, mientras las fauces se cerraban a menos de un metro de mí y el rugido del motor me inundaba los oídos, mezclado con el agonizante chirrido del bastidor del Jaguar y el triste repiqueteo de los fragmentos de vidrio que caían al suelo como lágrimas. Las fauces dejaron de moverse, pero el motor siguió rugiendo.

Pelo Guarro estaba sentado en la cabina que controlaba la trituradora y me miraba de hito en hito, con pinta de estar muy cabreado. Yo no sabía por dónde andaban los otros dos, aunque supuse que no tardaría en averiguarlo. Corrí directamente hacia él por el borde de la trituradora y vi que intentaba abrir la puerta de la cabina. Lo consiguió, pero un poco tarde, porque yo ya estaba allí para cerrársela en las narices de una patada. Descubrí que es difícil dar puñetazos a alguien con las manos atadas; sin embargo, si lleva el pelo lo bastante largo, es posible agarrárselo y darle varios rodillazos en la cara. A la tercera, noté que le rompía la nariz y lo solté. Él cayó al suelo de cabeza y terminó tendido en el barro con el cuello torcido de una forma alarmante. Cuando salté de la plataforma, resbalé y terminé sentado en el barro. Me alivió ver un puñal en su mano inerte. Lo había sacado para clavármelo, pero no había llegado a utilizarlo. Además, era un puñal que estaba afiladísimo, a juzgar por cómo me cortó la cuerda de las muñecas mientras lo tenía sujeto con el pie. Alcé la vista justo a tiempo de ver al compañero de Pelo Guarro corriendo hacia mí con un tubo de acero. Logré soltarme las manos en el momento en que lo blandía contra mí para darme en la cabeza. Me agaché, volví a erguirme y le asesté un izquierdazo en la articulación de la mandíbula. Creo que se la rompí, pero debo decir en su favor que volvió a atacarme y no paró hasta que le fracturé una costilla, le arrebaté el tubo y lo noqueé con él.

Me quedé un momento de pie, jadeando. No había señales de James ni del todoterreno. Tiré el tubo, saqué el móvil, me acerqué tambaleándome a una bobina de cable colocada encima de un montón de embellecedores de caucho y me senté en ella. El nombre que buscaba estaba al principio de mi lista alfabética de contactos, lo cual me vino bien, porque apenas me quedaban fuerzas para pulsar el botón de llamada o llevarme el móvil al oído.

El teléfono sonó y sonó. ¿Qué hora de la noche era?

—Dominic Amobi. —Tenía la voz soñolienta.

—Soy Finn Maguire —dije. Aquello pareció despabilarlo.

—Hay una furgoneta llena de niñas en un almacén de North London —continuó—. Las han traído ilegalmente de Europa. Tiene que mandar a alguien enseguida. No sé cuánto tiempo van a estar ahí.

Cuando llegué a la entrada del desguace, mis zapatillas deportivas eran dos mazacotes de barro al final de mis piernas. La puerta estaba abierta; salí, me asomé al largo tramo vacío de autovía y miré en ambos sentidos. No había señales de tráfico ni estaciones de metro, nada. El cielo estaba tan encapotado que me era imposible determinar dónde estaba el norte, en el supuesto de que la fuerte luz de las farolas me hubiera dejado ver las estrellas. Justo al lado de la entrada había una oficina, una caseta prefabricada construida sobre pilares de hormigón, y fui a echar un vistazo. Estaba vacía, y cerrada con llave, pero la piedra que lancé contra la ventana resolvió el problema enseguida. A los propietarios no les preocuparía una ventana rota; se considerarían afortunados de que no hubiera prendido fuego a la oficina. Lo pensé, pero no encontré ningún encendedor. Era muy improbable que James hubiera escogido aquel desguace al azar para librarse de mí: seguro que muchos de sus problemas habían desaparecido dentro de aquella trituradora.

Encontré el número de una compañía de taxis y utilicé el teléfono de la oficina para pedir uno. Luego salí y esperé en la entrada, sucio, agotado y con el cuerpo dolorido. El taxista que finalmente acudió, vaciló al ver el estado de mi ropa, pero, cuando le ofrecí un grueso fajo de billetes solo para que me dejara en la estación de metro más cercana, me permitió subir, aunque no sin antes sacar una vieja manta de lana del maletero y extenderla sobre el asiento trasero para que yo me sentara encima. No me importó el gasto del taxi: pagaban Pelo Guarro y su compañero. Les había vaciado las carteras antes de marcharme.

Cuando llegué a casa, la fría aurora había comenzado a despuntar en el cielo gris oscuro. Estaba tan cansado que apenas me sentía presente, como si fuera un fantasma en mi propia casa. Después de subir la escalera arrastrando los pies, entré en el baño tambaleándome y abrí el grifo de la bañera. Siempre tardaba horas en llenarse y no estaba seguro de que fuera a aguantar tanto tiempo despierto. Camino de mi habitación, empecé a quitarme la camiseta e hice una mueca de dolor. Cada movimiento que realizaba parecía abrirme una herida, tirarme de un músculo retorcido o sumar otra contusión a una ya existente.

Zoe estaba tumbada en mi cama con la ropa puesta, como si se hubiera quedado dormida mientras me esperaba. Tenía mi almohada colocada a lo largo del cuerpo y le había pasado el brazo por encima, como nunca hacía cuando estábamos acostados juntos. Qué plácida e inocente parecía cuando dormía. Tenía los carnosos labios un poco separados, y cada respiración era como un suspiro. Quise agarrarla del pelo y sacarla de casa a rastras, pero ya no me quedaban fuerzas.

Abrió los ojos, y supe que, por un momento, no sabía dónde estaba. Entonces me vio y se tensó. Se incorporó parpadeando y enfocó la mirada en mi cara.

—Dios mío...

—¿Por qué cogiste mis llaves? —pregunté—. Ayer por la mañana. Creías que ya no volverías a verme. ¿Pensabas venirte a vivir aquí? ¿Hacerte ocupa?

Zoe tenía los ojos llorosos. Hostia, aquella chica podía ponerse a fingir siempre que le apetecía.

—No, claro —dije—. Tenías que cogerlas. Tenías que aparentar que no sabías lo que iba a pasarme.

—Lo siento, Finn. Te pedí que no fueras.

—¿Qué haces aquí?

—De algún modo, esperaba que estuvieras bien.

—Si me hubieras avisado, no habrías tenido que esperarlo —repliqué—. ¿Era todo teatro? ¿Había algo de verdad? ¿Eres siquiera la hija de Prendergast?

Sacó una funda de plástico para CD de debajo de la almohada que tenía detrás y me la ofreció. Yo no me moví. Ella se dio por vencida y me la lanzó. Y yo dejé que cayera al pie de la cama.

—Mi madre murió cuando yo tenía doce años —dijo—. De sobredosis. Mi padre y yo nos quedamos solos, y él no se enteraba de nada. Cuando comencé a madurar, fue como si le fastidiara. Si me maquillaba, me decía que parecía una puta. Y, solo por llevarle la contraria, empecé a comportarme como una puta. Y cuanto más me gritaba, cuanto más me confiscaba el móvil, me castigaba sin salir y me intimidaba, más me pasaba yo. Me iba con quien fuera, me descontrolaba siempre que podía.

»Un día, un tío al que conocía, al que creía que conocía, me invitó a una fiesta en la casa que sus padres tenían en el campo. Pero, en realidad, no era la casa de sus padres, ni tampoco una fiesta. Yo era la única chica. Se llamaba James.

Miré el DVD en la funda de plástico. Podía imaginarme el resto de la historia. Zoe tenía la vista clavada en la pared y la mandíbula apretada, decidida a contarlo todo sin sollozar ni compadecerse de sí misma.

—Empezó en cuanto llegué. Había un tío con una cámara de vídeo que nos seguía a todas partes. Y, cuando James comenzó a meterme mano, se aseguró de rodar primeros planos. A esas alturas, yo ya llevaba varias copas de champán. Y cuando James me ofreció pastillas...

—¿Te drogó?

—No me obligó a tomarlas. No le hizo falta. Yo quería probarlo todo, que todo me diera igual. Y, durante unos días, lo probé todo. Dos tíos a la vez. Tres. Incluso consiguieron que...

—Basta —dije—. No me interesa.

—Me dije que era divertido, que no me importaba quién viera el vídeo. Pero, de hecho, me importaba. Me enviaron eso —señaló el DVD con la cabeza y la voz se le entrecortó—, y entonces supe que no me daba igual, que había sido una imbécil, pero ya era demasiado tarde. Me dijeron que lo colgarían en internet. Que se lo enseñarían a mi padre. Yo no podía permitirlo. Eso le hundiría, sé que lo haría, e incluso después de todo... no le podía hacer eso. Les supliqué que no lo hicieran. Les dije que haría cualquier cosa.

—Y cualquier cosa fui yo —dije.

—Lo siento mucho, Finn. Me gustabas, me gustas. Eres un amor, y te has portado bien conmigo.

—Vete a casa —contesté.

—Por favor, no me eches.

Saqué el DVD de la funda y lo doblé hasta que se partió por la mitad. Tiré los

trozos al suelo.

—¿Sabes lo que han hecho con esa furgoneta? —le pregunté—. Pasar niñas de contrabando, niñas de Europa. Solo Dios sabe qué habría sido de ellas. Y, cuando he entrado ahí, James y sus compinches me han dado una paliza, de las buenas. Luego me han llevado al East End y han intentado que cupiera en el maletero de un Jaguar. ¿Quieres que me compadezca de ti porque dejaste que te filmaran mientras follabas y no te apetece que tu padre se entere? ¿Cuando tú odias a ese capullo y él me odia a mí? ¿Sabes qué?, vete o quédate. Me importa un carajo. Necesito darme un baño.

Me dirigí al cuarto de baño, me quité los apestosos vaqueros y los calzoncillos, y me metí en la bañera. El agua estaba tan caliente que casi me despellejó. Mientras me sentaba con cuidado y notaba el escozor del agua hirviendo en las contusiones y cicatrices, oí que Zoe bajaba las escaleras dando traspiés. Se detuvo un momento al llegar abajo, y oí el ruido de unas llaves al caer al suelo, seguido de un portazo.

Suspiré, envuelto en el vapor que se había condensado en el frío aire del baño. Me pregunté cuánto había de cierto en la historia de Zoe. A lo mejor me había tomado cariño, aunque solo fuera un poco. Había oído decir que, a veces, los granjeros se encariñan con sus cerdos y se les hace un nudo en la garganta cuando los mandan al matadero. Podía imaginarme lo gracioso que debió de parecerle a James filmar a una chica para un vídeo porno cuando sabía que era hija de un inspector de policía. Montar un fiestón con sus gorilas y poner el vídeo para que todos pudieran partirse de risa y meneársela. O quizá se lo había quedado para uso personal. A fin de cuentas, si su mera existencia hubiera salido a luz, el inspector Prendergast se habría convertido en el hazmerreír de todos. Habría tenido que dejar la policía. Y qué desperdicio sería eso, cuando el Gobernador podría haber tenido a un inspector de policía en el bolsillo.

Mierda. Prendergast sabía lo del vídeo. Tenía que ser así. En ese caso, ¿por qué habría de molestarse el Gobernador en chantajear a una colegiala como Zoe cuando podía chantajear a su padre? Recordé las palabras de Amobi: «McGovern encontrará una forma de hacerte sufrir. Siempre la encuentra».

Zoe me había dicho que Prendergast era el enlace con la agencia contra el crimen organizado. En consecuencia, estaría informado de todos sus movimientos. Así era como McGovern siempre sabía qué planeaba la poli antes que el propio cuerpo: Prendergast le informaba desde dentro.

¿Y qué le había dicho de mí? ¿Qué le diría ahora? Amobi le habría explicado que yo había encontrado la furgoneta con las niñas dentro y había llamado a la policía.

Seguro que Prendergast informaba al Gobernador.

Y yo había encontrado la furgoneta porque tenía instalado un dispositivo de localización. Eccles lo sabía, pero no se lo había dicho a James cuando él la había «cogido prestada». El Gobernador iba a cabrearse muchísimo cuando lo descubriera. Yo estaría listo para recibir a sus gorilas en el caso de que regresaran, pero también irían a buscar a Eccles, a menos que alguien le avisara. Lo meterían en su propia picadora de carne con los pies por delante.

No le debía nada a Eccles.

¡Maldita sea!

Salí de la bañera chorreando agua.

15

Por supuesto, Eccles no cogía el teléfono, el muy imbécil. Le dejé un mensaje de voz, aunque no tenía la menor idea de si lo oiría antes de que el Gobernador fuera a buscarlo. Por eso me encontraba otra vez en el metro, dirigiéndome a Pimlico a unas horas tan intempestivas que los vagones estaban vacíos. No me senté en todo el trayecto para asegurarme de que no me quedaba dormido y me despertaba en Cockfosters. Me parecía que estaba en un sueño, pero tenía que decir a Eccles que hablara con la policía antes de que McGovern fuera a hablar con él.

Sabía que el famoso cocinero tenía un lujoso piso con vistas al río, pero esa zona quedaba al otro lado del restaurante desde la estación de metro, de manera que empecé por el restaurante. Las verjas de la parte de atrás estaban abiertas, y vi el flamante monovolumen de Eccles aparcado en el patio, pero no había ni rastro de su dueño. Yo sabía que Eccles a menudo hacía personalmente la compra en los mercados de Londres, que se levantaba a las cuatro de la madrugada y llevaba él solo cajones de pescado, carne y verdura fresca a la cámara frigorífica del restaurante al rayar el alba.

Subí las escaleras sin hacer ruido y tiré de la puerta que conducía a las cocinas; estaba abierta. La cocina propiamente dicha estaba desierta y algo me disuadió de levantar la voz. Oí lo que me parecieron arañazos y correteos, como si hubiera una rata atrapada, pero más fuertes... alguien que golpeaba una pared, asustado y frustrado. En una de las barras de acero próximas a la cámara frigorífica, vi una caja de poliestireno llena de relucientes pescados y hielo que había empezado a derretirse. La puerta de la cámara frigorífica estaba cerrada, y habían metido una chaira en el ojo de la cerradura del picaporte giratorio. Los arañazos y los golpes provenían del interior. La persona que estaba atrapada dentro no se moriría de hambre ni de frío (la cámara no enfriaba tanto), pero no tardaría mucho en quedarse sin aire. Fui a coger el mango de la chaira.

—Deja eso.

Para lo grande que era, Terry, el guardaespaldas del Gobernador, no hacía mucho ruido. No sabía de dónde había salido, pero ahora estaba entre la puerta del

patio y yo, tapando la luz como el asteroide que exterminó a los dinosaurios. Podría haber intentado atacarle, o podría haber cogido la chaira y haberme dado con ella en la cabeza varias veces. El resultado habría sido el mismo.

—Ahí dentro se asfixiará —aduje.

Terry se limitó a señalarme el restaurante con la cabeza. Capté la indirecta.

—Me ha pedido una puta reunión —estaba diciendo McGovern— y ahora entra aquí dándome órdenes.

—No es verdad —objetó Prendergast. Alzó la vista cuando entré seguido de Terry, que casi llenó el hueco de la puerta—. Joder —exclamó, y se quedó cabizbajo, como si no hubiera creído que el día se le podía complicar todavía más. Estaban sentados a una mesa del fondo del restaurante, entre un mar de impecables servicios vacíos. McGovern se encontraba de espaldas a mí y se volvió. Al reconocerme, una divertida expresión de sorpresa le iluminó el rostro. A su izquierda estaba James, con el mismo pulcro traje que llevaba en el desguace. Me pregunté distraídamente cómo había conseguido conservarlo tan limpio. James pareció tan sorprendido como el Gobernador, aunque no tan complacido, e hizo ademán de levantarse, pero, cuando su jefe movió un dedo de la mano izquierda, volvió a sentarse.

—Maguire —dijo McGovern—. No paras, ¿no? Siempre estás donde menos te quieren.

—Hola, señor McGovern.

—¿Has venido a fregar? Nos vendrá bien. Dentro de nada, va a haber unos cuantos dientes en la alfombra.

—Iré a buscar una pala y una escoba.

McGovern me sonrió, una sonrisa ancha y fría como el hielo.

—No, quédate y espera tu turno. —Volvió a concentrarse en Prendergast—. Siga.

El inspector me lanzó una mirada de vergüenza y odio antes de dirigirse al Gobernador.

—No le estoy dando ninguna orden. Solo digo que, si esto es lo que va a hacer, yo no quiero involucrarme.

—El caso es, inspector, que a nadie le importa un carajo lo que usted quiere —dijo McGovern.

—Niños pequeños, no —continuó Prendergast—. Drogas, armas..., vale, me importa una mierda. Pero no pienso hacer la vista gorda mientras ustedes traen niños para los pedófilos. Me entregaré. Pueden hacer lo que les dé la gana con el puto vídeo.

—Ahora me está amenazando —dijo McGovern—. Se lo diré sin rodeos, lo odio, me saca de mis casillas, así que no lo haga, en serio. Mis negocios son asunto mío, no suyo. Lo que yo entro en el país y cómo lo entro no tiene nada que ver con usted. Dándome órdenes, joder. No he venido hasta aquí para que nadie me dé un puto sermón sobre ética y educación. Y aún menos usted.

—No voy a seguir haciéndolo —afirmó Prendergast—. No voy a formar parte de esto. —Bajó las manos de la mesa a las rodillas y comenzó a frotarse los muslos, como si estuviera pensando en levantarse y marcharse. «No puede ser tan imbécil —pensé—. No dará ni cuatro pasos.»

—Lo que me extraña —dijo McGovern— es verle aquí sentado, hablando de esto. Si le disgusta tanto, si atenta contra su puta integridad, si viola alguna ley no escrita, ¿por qué no me delata? Intenta hacerme cambiar de opinión, ¿es eso? Abrirme los ojos.

—Usted no es escoria —arguyó Prendergast—. Es un empresario próspero, un padre de familia, un hombre respetado. Lo único que digo es que no necesita hacer esto. —Volvió a mirarme, y fue como si quisiera que hiciera algo por él pero supiera que era inútil pedírmelo porque pronto yo también estaría muerto.

—Tomo nota —respondió McGovern—. Ahora vuelva a subirse al coche y lárguese. Y la próxima vez no nos llame. Le llamaremos nosotros.

Prendergast asintió derrotado y se encorvó tanto que pareció que fuera a apoyar la cara en la mesa. Cuando se puso de pie, lo hizo deprisa y volcó la silla, pero James se levantó incluso con más rapidez. Tenía una pistola en la mano y le disparó dos tiros en el pecho. El inspector retrocedió tambaleándose, tropezó con la silla volcada, y el revólver que sostenía se le disparó. Al caer de espaldas, se dio con la cabeza en la mesa que tenía detrás y se llevó el mantel. Las copas se volcaron, rodaron y cayeron sobre él junto con una cascada de cubiertos. McGovern no se había movido. Ni tan siquiera se había inmutado con los disparos, aunque yo me había agachado de forma instintiva al oír los ensordecedores estallidos y había percibido que incluso el gigante de Terry se crispaba detrás de mí.

Luego volvió a reinar el silencio. Una copa siguió balanceándose contra una cuchara, tintineando débilmente, mientras un humo azul ascendía hacia el techo y formaba conos de luz bajo los halógenos empotrados. Prendergast gimió e intentó

hablar, pero le salió sangre por la boca y la cabeza se le fue hacia atrás. James enfundó la pistola y volvió a sentarse, ya con la habitual mueca de desprecio asomándole a los labios.

—Imbécil —dijo McGovern—. Entrar aquí con un revólver escondido en el calcetín. ¿Por quién me ha tomado?, ¿por un puto aficionado?

Se levantó de la mesa y se acercó al cadáver de Prendergast. Por un momento, creí que iba a escupirle, pero, en cambio, se agachó, cogió el revólver que el inspector aún tenía en la mano flácida y lo examinó.

—Te daré un consejo, Maguire —continuó—. Si quieres pegarle un tiro a alguien, no te entretengas, no des putos sermones. Hazlo y punto. —Miró a James, sin apenas alzar el revólver, y le disparó en la cara. James pestañeó y boqueó, y el agujero que tenía en el ojo izquierdo reventado comenzó a sangrarle a borbotones. Luego, la cabeza le cayó hacia delante y se quedó encorvado en la silla, sin desplomarse sobre la mesa—. Así —añadió el Gobernador.

Tragué saliva y esperé mi turno. Quizá Terry me dispararía en la nuca. Me pregunté si tan siquiera sabría lo que había sucedido antes de darme de bruces contra la alfombra. Intenté no volverme. Intenté no moverme.

—Este sitio me encantaba —continuó McGovern—. Tenía clase, ¿sabes? Verdadera clase, no solo porradas de terciopelo, pan de oro y cartas de piel amariconadas. Y también era discreto. Podías traer a una chica, o a un contacto, nadie decía una palabra. No hacía falta amenazar ni pagar a nadie. Los empleados eran profesionales. La mejor inversión que he hecho nunca. Ahora, míralo, joder. —Valiéndose del revólver de Prendergast, señaló con desgana las mesas destrozadas y los grotescos cadáveres, como si el responsable fuera otro—. Sangre y muertos por todas partes. Este local está acabado: se llenará de periodistas, turistas y putos morbosos, y ningún famoso se acercará a menos de dos kilómetros. —Se agachó y gritó al oído sordo de James—: Y Eccles va a necesitar una furgoneta nueva, ¿verdad? Porque la de ahora se ha llenado de mierda. —Pareció cabrearle que James no reaccionara ni se arredrara. Se enderezó y me miró.

—No me hace falta que un capullo como Prendergast me sermonee. Tengo hijos. Nunca en mi vida me mezclaría en esa porquería pedófila. Nunca permitiría que arrastraran mi nombre por el barro, que todos los vagabundos de las calles me llamaran degenerado. Pero James se creía más listo que yo. Actuó a mis espaldas. Utilizaste mi nombre, ¿verdad? —Se había dirigido a James—. Puto sinvergüenza.

Recordando algo, McGovern sonrió entre dientes y me miró.

—¿Te acuerdas de cuando se me ocurrió mandarte aquí? ¿Y James intentó replicar? Debería haberme dado cuenta de que tramaba algo. —Pensó un momento—. Como norma, intento no mezclar los asuntos personales con los negocios, pero tú le salvaste la vida a mi hijo —dijo. Alzó el revólver de Prendergast y me apuntó a la frente con él. Estaba demasiado lejos para que pudiera echarme encima de él, aun cuando Terry no me hubiera tenido a tiro—. ¿Qué has visto aquí, Maguire? —preguntó.

—James ha venido aquí para matarme porque yo había informado a la poli acerca de la furgoneta —respondí—. Ha aparecido Prendergast. Se han matado el uno al otro. He llamado a la poli.

—No —dijo McGovern—. Eso no es correcto. —Y amartilló el revólver.

—No he visto nada —dije—. No he estado aquí.

McGovern sonrió con su frialdad habitual.

—¿Sabes a quién me recuerdas? —preguntó—. A mí. Cuando tenía tu edad. —Levantó el martillo del revólver con el pulgar y bajó el arma—. Insolente, con un par de pelotas y olfato para los problemas. Pero aprendía rápido y tenía reflejos. —Sacó un pañuelo, limpió el revólver y se agachó para volver a dejarlo en la flácida mano de Prendergast.

—Tú no has estado aquí, ni yo tampoco —añadió—. De hecho, salí del país hace unos días. Volveré cuando las cosas se calmen. Pero estaré al corriente de todo. Y, si me entero de que has cambiado de opinión, te daré motivos para que vuelvas a cambiarla, ¿de acuerdo?

—Entendido —convine.

—Ya estamos en paz —afirmó—. Lárgate.

Pero yo no me moví.

—Lo siento, señor McGovern —dije. Cuando volvió a mirarme, la sonrisa glacial se le había agrietado, como el hielo que recubre un hondo torrente negro—. Tengo que saberlo —añadí—. ¿Quién mandó a ese tío, Hans, a matarnos a mi padre y a mí? ¿Usted o James?

—¿Quién coño era tu padre? —preguntó.

—Noel Maguire —respondí.

—No tengo ni puta idea de quién es.

—Era actor. Estaba escribiendo un guión para televisión.

—¿Qué interés podría tener yo en la puta tele? —preguntó—. Solo dan mierdas. Y, si te quisiera muerto, lo estarías.

—Trataba sobre el lugarteniente de un gánster que intenta desbancar a su jefe —insistí. Carajo, eso era. Mi padre debió de descubrir el plan de James de hacer negocios por su cuenta, y James había tenido que cerrarle la boca.

—Parece que tu viejo tendría que haber seguido siendo actor —dijo McGovern—. Ahora lárgate. No te lo voy a pedir otra vez.

Me largué, por donde había venido, y me aseguré de que nadie me veía hacerlo. Al cabo de una hora, Fideo Gordon llegó para empezar su turno como yo sabía que haría y llamó a la poli, que sacó a Eccles de la cámara frigorífica antes de que se asfixiara. No obstante, había pillado un resfriado de los fuertes, y la cocina tuvo que tirar el pescado a la basura.

Yo me metí en la cama y dormí durante veinticuatro horas seguidas.

16

—En el registro aparece una llamada de emergencia realizada con tu móvil cerca de Leytonstone, a las cuatro y veinticinco de la madrugada —dijo Amobi—. Unos veinte minutos después de que me llamaras a mí.

—No le dije dónde estaba porque no lo sabía —expliqué—. Tuve que preguntárselo al taxista. En cuanto me enteré, informé a la policía local para que fuera a buscar a esos dos matones antes de que les hicieran desaparecer, igual que habían intentado hacerme desaparecer a mí.

—¿Esos dos hombres intentaron triturarte dentro de un coche?

—Me pillaron mirando dentro de la furgoneta llena de niñas. Creo que no les hizo mucha gracia.

—Ahora mismo están en el hospital. Uno, con el cráneo fracturado; el otro, con el cuello roto.

—A mí tampoco me hizo mucha gracia. —Vi que Jenkins reprimía una sonrisa, pero Amobi era demasiado profesional.

—¿Cómo exactamente encontraste la furgoneta con las niñas? —preguntó.

—Bueno, había salido a correr y la vi pasar. Sabía que era la furgoneta de Eccles y me extrañó que estuviera en el quinto pino, así que la seguí para echar un vistazo.

—¿Ibas corriendo por la A406, a más de treinta kilómetros de tu casa?

—Corro por todas partes.

Amobi asintió.

—Los dos hombres detenidos tienen antecedentes penales, y las niñas a las que encontramos los han identificado como a los traficantes.

—Entonces, no necesitan mi declaración, ¿no?

—¿Fueron los dos únicos hombres a los que viste? —preguntó Amobi.

«Los que saben mentir se apartan lo menos posible de la verdad», dijo Zoe. Ella tenía que saberlo.

—Había un tercer hombre que daba las órdenes.

—¿Puedes describirlo? —Amobi sacó la punta al bolígrafo y esperó, listo para tomar notas.

«Bajo. Delgado. Mandó matar a mi padre. Ah, y la última vez que lo vi tenía un agujero de más en la cabeza.»

—Estuve en el maletero casi todo el tiempo —alegué—. Y no les oí llamarle por su nombre.

Amobi sacó una fotografía de una carpeta y me la pasó por la mesa. Era un retrato policial de James, de hacía unos diez años. Tenía el pelo más largo y llevaba unas gafitas redondas que le daban un cierto aire de profesor de química, pero su mueca de desprecio era inconfundible.

—Es él —dije—. ¿Lo han pillado?

Amobi cogió el retrato y volvió a meterlo en la carpeta. Cerró el bolígrafo y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. «¿No va a tomar más notas?», pensé. Amobi se inclinó sobre la mesa con cara de concentración y entrelazó los dedos de las manos. Jenkins adoptó una expresión similar, aunque yo dudaba que tuviera la menor idea de qué iba a decir su jefe.

—Se llamaba James Gravett y murió ayer en un tiroteo con un agente de policía —respondió Amobi—. En el restaurante donde trabajabas hace poco. El agente murió de heridas de bala en la escena.

—Mierda, ¿en serio? —dije. Me impresionó lo sincero que parecí.

—¿No te habías enterado?

—Eccles me despidió hace unos días —respondí—. Sin avisarme ni nada. ¿Tiene derecho a hacer eso?

—¿No te has enterado del tiroteo por las noticias?

Me encogí de hombros.

—No las veo nunca —respondí.

—El agente era el inspector Prendergast —añadió Amobi.

—¿Prendergast? El poli al que conocí, ¿su jefe? Dios mío, es horrible —dije—. Es decir, no es que nos lleváramos muy bien, pero...

La expresión de Amobi me hizo cerrar la boca y comprendí que, de hecho, mis dotes de actor no eran muy superiores a mi oído musical y que, cuanto menos dijera, mejor.

—¿Estás diciendo que no sabes nada sobre este incidente y que ese día no estabas allí?

—Sí, exacto.

Amobi hizo un gesto afirmativo con la cabeza y, una vez más, no insistió. Prefería no remover aquel asunto particularmente feo. «Después de todo, es como cualquier otro poli —pensé—: si creen que la verdad no les conviene, no se ponen a buscarla.»

—Muchas gracias por tu ayuda, Maguire. —Amobi cogió la carpeta, y Jenkins se levantó al instante. Debía de ser la hora a la que le daban de comer—. Es posible que la Fiscalía del Estado te llame si esto va a juicio —añadió Amobi.

—De nada —contesté—. De hecho, me preguntaba si, a cambio, podría hacerme un favor. Ya sabe, como recompensa por salvar a las niñas.

Amobi volvió a dejar la carpeta en la mesa. Jenkins se movió incómodamente en el sitio, sin saber si debía volver a sentarse. Miró a Amobi en busca de una señal, pero el agente estaba mirándome de hito en hito y esperando. Saqué el móvil.

—Si quisiera saber dónde tiene la base un número de móvil, ¿cómo lo haría? —pregunté.

—¿Te refieres a saber desde dónde se utiliza?

—Me refiero a saber dónde está la mayor parte del tiempo, incluso cuando no se utiliza. El aparato tiene que estar conectado a la red para recibir llamadas, ¿no? Y ustedes pueden saber dónde está por las antenas de telefonía que tiene más cerca.

—Se llama triangulación —dijo Amobi— y, sí, en determinadas circunstancias, la policía puede solicitar esa información a las redes de telefonía.

Busqué un número en el directorio del móvil y le di el aparato. Él lo miró un momento con frialdad, como si admirara sus atributos matemáticos, y me devolvió el teléfono.

—Lo siento —repuso, y se levantó—, pero, como te dirá el agente Jenkins, no podemos solicitar esa información a menos que forme parte de una investigación abierta. Además, si la tuviéramos, no podríamos compartirla con ningún civil.

—Exacto —declaró Jenkins, y asintió con autoridad.

—Bueno —dije—, es lo que pensaba. Supongo que tendré que llamar yo mismo y ver qué consigo.

Amobi abrió la puerta de la sala de interrogatorios y se apartó para dejar que yo saliera primero.

El mensaje de texto me llegó unas horas después. El campo del remitente estaba vacío y la hora de envío que indicaba todavía no había pasado, por lo que supuse que Amobi había utilizado algún sistema de ocultación de datos para borrar su rastro. No obstante, ahora que tenía la información, no estaba seguro de quererla. Desde que Zoe me había vendido, desconfiaba de todo y de todos. Mi madre ya me había traicionado una vez, cuando era pequeño. Así pues, ¿por qué me sorprendía tanto que hubiera vuelto a mentirme?

Su teléfono operaba principalmente desde una dirección de Shepherd's Bush. Bien lejos de Covent Garden, donde me había dicho que estaba su hotel. ¿De qué diablos iba eso? Podría haberme limitado a llamarla, o haber tirado el número a la basura e intentado olvidarla. Pero fui incapaz de hacer ninguna de las tres cosas: estaba demasiado enfadado. Solo era una pequeñez, pero, cuanto más vueltas le daba, la rabia que me inundaba apenas me dejaba pensar con claridad, como esos críos a los que a veces se ve en los supermercados, revolcándose en el suelo y pataleando, chillando hasta que se quedan sin aliento. Lo único que mi madre me debía era la verdad, nada más. Solo por una vez.

Las señas eran de una destartalada casa de cuatro plantas que estaba en una callejuela a unos diez minutos de Shepherd's Bush Green. En la planta baja había una tienda de kebabs, y la pared trasera del edificio lindaba con una estación de metro. Puede que las vibraciones de los trenes subterráneos fueran las culpables de que media fachada estuviera desconchada y hubiera tantas tejas sueltas. Desde fuera, parecía que hubieran dividido el edificio en estudios ocupados por una mezcolanza de inquilinos. Unas cuantas ventanas tenían limpios visillos blancos e incluso vi una maceta con un crisantemo en un alféizar, pero, en la mayoría, parecía que las cortinas llevaran años sin correrse. Algunas ni tan siquiera tenían cortinas, solo mantas pasadas por encima del marco.

Mi madre caminaba por la calle a grandes zancadas con su abrigo negro y sus botas de caña alta, demasiado bien vestida para aquel barrio, donde viejos con mugrientos anoraks bebían cerveza de lata sentados en bancos y ojerosas mujeres con el pelo rubio de bote empujaban cochecitos sobrecargados de bolsas de la

compra y niños manchados de mocos. Como en el funeral, mi madre llevaba unas gafas de sol tan grandes que le tapaban la cara, pero advertí que estaba pálida y parecía tensa y preocupada. No me vio esperando en la parada de autobús de la otra acera, o puede que lo hiciera y, después de tanto tiempo, no me reconociera. La vi detenerse delante de la tienda de kebabs, sacar un manojo de llaves del bolsillo y abrir la puerta del edificio. Me dispuse a cruzar, pero, en ese instante, un autobús se detuvo en la parada. Cuando por fin atravesé la calle, la puerta del edificio ya se había cerrado.

Entonces volvió a abrirse y salió una mujerona excesivamente maquillada que llevaba una minifalda de cuero y unas plataformas demasiado altas y juveniles para ella. Sonreí y traté de entrar en el vestíbulo, pero ella me cerró el paso.

—¿Qué quieres, guapo? —preguntó. Intenté pensar en una coartada, pero me había quedado en blanco—. ¿Uno rápido? ¿Una mamada con las tetas al aire? —continuó.

Comprendí que solo me estaba ofreciendo sus servicios.

—En otra ocasión, gracias —respondí, y sonreí como si su oferta me hubiera halagado.

Se olvidó de mí y siguió su camino, haciendo equilibrios sobre sus zapatos de tacón, mientras yo me colaba en el edificio y subía las escaleras de dos en dos. En el primer rellano había tres puertas: una conducía a la parte de atrás, otra a la fachada y la tercera al flanco del edificio. Me detuve y me pregunté si debía limitarme a elegir una puerta y llamar, pero oí pasos más arriba, en el último rellano: alguien ágil, aunque cansado después de tanta escalera. Subí los dos tramos siguientes sin hacer ruido. Intenté ir de puntillas para que los peldaños de madera no crujieran debajo de la deshilachada moqueta de nailon. Sin embargo, mientras subía el último tramo de escaleras, oí música electrónica que provenía de la última planta y me di cuenta de que aquel estruendo ahogaría cualquier ruido que hiciera.

Por algún motivo, esperaba que el último rellano tuviera más luz que los inferiores, pero la única bombilla que pendía del techo estaba fundida. El casero debía de pensar que con la luz que se filtraba por la claraboya del tejado era suficiente, pero el vidrio estaba tan embadurnado de caca de pájaro y verdín que era como intentar bucear en agua estancada, y las puertas de los pisos solo eran pálidos rectángulos en la penumbra. La ensordecedora música electrónica provenía de la puerta que conducía a la parte de atrás, de modo que llamé a la del centro. Se abrió casi de inmediato, y la persona que había dentro la dejó entreabierta y se alejó.

—Creía que la Mercedes Benz le buscaría un piso mejor a su vendedora estrella —dije al entrar. Mi madre estaba delante del estropeado armario de madera en el que acababa de colgar el abrigo y se volvió, asombrada y asustada—. ¿A quién esperabas? —pregunté—. ¿Al servicio de habitaciones?

Aunque pareciera imposible, habían dividido la pequeña habitación en otras dos incluso menores y, por la combada puerta plegable del fino tabique divisor, vi una cama de matrimonio en la otra habitación. Al fondo de la habitación en la que me encontraba, junto a la ventana, había un sofá minúsculo colocado enfrente de un viejo televisor y, detrás de mí, el rincón había sido transformado en una cocina: si podía llamarse cocina a un fregadero diminuto, una mesita plegable, dos sillas y un minihorno colocado encima de un armario. La única señal de comida que vi era una botella de Jack Daniel's vacía.

—Finn —dijo por fin mi madre—, ¿cómo me has encontrado? ¿Qué...?

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué te inventaste ese cuento de que estabas en un hotel del West End?

—Dios mío —exclamó, y se tapó la cara con la mano—. No quería darte lástima. —Cuando me miró, parecía enfadada consigo misma—. Me preocupaba que te sintieras obligado a abrirme las puertas de nuestra... de tu casa: habría sido correr demasiado. Yo quería ir conociéndote otra vez, pero eso va a tardar y... tenía que ser decisión tuya. Porque tú también quisieras conocerme, no porque te diera lástima. Lo siento mucho, sé lo que debe de parecer.

—¿Qué hay del resto? —dije—. De todo lo que me contaste, ¿cuánto es verdad?

—Todo —respondió—. Excepto que se me daba bien vender coches. Me despidieron al cabo de dos días. Estaba sin blanca, y me sentía muy sola, y sabía que había sido una estúpida. Pedí perdón a tu padre, y él me dijo que debería volver a casa. Oye... —Se dirigió otra vez al armario y volvió a sacar el abrigo—. Hay un café enfrente, hablemos allí. Esto es un cuchitril, y casi no nos oímos con tanto ruido. —Señaló la pared del fondo con la cabeza. En el piso, la música no se oía tanto como en el rellano, pero el minihorno vibraba débilmente al machacón ritmo del bajo.

—¿Tenemos algo de que hablar? —pregunté.

—Bueno, podríamos hablar de ti —respondió—. No de lo mal que lo has pasado, sino de tu futuro, de lo quieres hacer en la vida. De si tienes novia. De todo lo que hablan las madres con sus hijos. Además, el café tiene unas magdalenas increíbles; podríamos partírnos una. —Se palpó los bolsillos para ver si llevaba las llaves.

Su tono alegre me pareció tan falso que vacilé.

—¿Por qué tienes tanta prisa por salir? —pregunté.

—Perdona, ¿qué? —dijo—. Esa música me vuelve loca. El casero no hace nada, pero el vecino solo la pone durante el día, gracias a Dios...

Dios mío, ¿cómo no me había dado cuenta? Cuando me fijé mejor, vi dos vasos secándose en el escurrerplatos de la cocina. Al mirar otra vez por la puerta plegable, dentro del cuartucho vi una maleta abierta en una silla y otra que asomaba por debajo de la cama de matrimonio deshecha.

—¿Mamá? —pregunté por fin. Ella me sonrió y fingió confusión, mal—. ¿Quién creías que era cuando has abierto la puerta?

Con el estruendo de la música, no le había oído subir las escaleras y solo fui consciente de sus pasos un momento antes de que apareciera en el umbral de la puerta. Aparentaba varios años menos que mi madre y era fuerte y delgado, con viejos tatuajes azules que le sobresalían por el cuello de la camiseta. Era de piel oscura y, bajo la gorra de lana, tenía la cabeza rapada recubierta por una fina pelusa negra. Un aro de plata le centelleaba en la oreja derecha. Cuando posó sus ojos castaños en mí, sonrió y vi que tenía los dientes blancos y rectos, aunque dos estaban rotos.

—Oye, tenemos compañía —dijo—. Finn, ¿verdad? —Tenía acento estadounidense o canadiense y no hizo ademán de estrecharme la mano, quizá porque tenía las suyas ocupadas. En una llevaba una botella cuadrada de licor envuelta en una bolsa de papel marrón (más Jack Daniel's, supuse) y, en la otra, una bolsa de plástico medio vacía, de las que se rompen diez minutos después de salir de la tienda.

—Finn, este es Enrique —dijo mi madre, con un hilo de voz.

Enrique me sonrió, cerró la puerta con el talón y fue a dejar las bolsas en la mesita plegable.

—¿Enrique Romero? —pregunté—. ¿El pintor? —Tenía la mente disparada. ¿El hombre por el que nos había abandonado mi madre?

—El mismo —respondió Enrique—. ¿Te apetece una copa? Solo tenemos dos vasos: tendrás que compartir el de tu madre.

—Paso —dije.

—¿O picar algo? Acabo de traer queso y galletas saladas.

—¿Cómo ibais a organizaros? —pregunté a mi madre—. Vosotros dos con mi

padre. ¿Pensabais proponerle un trío, o ibas a turnarte?

—Finn, por favor, no sigas —repuso ella.

—¿Por qué le dijiste a papá que querías volver con él si seguías viviendo con este tío?

—Eh, qué coño —dijo Romero—. Relájate, chico, ¿vale?

Fulminé a Romero con la mirada, a punto de estallar de ira e indignación, y supe que tenía que salir de allí antes de que perdiera los estribos. Mi madre había cerrado los ojos. No sabía si le avergonzaba, le dolía o le incomodaba que la hubiera descubierto, pero me daba lo mismo.

—Debería irme —declaré.

—Eh, eh, ¿a qué viene tanta prisa? —preguntó Romero. Parecía nervioso—. Oye, sé que esto es un poco incómodo, pero tenemos cosas de que hablar.

—No, no las tenemos —aseveré.

Puso una mano en la puerta para impedir que saliera. Respiré hondo para intentar mantener la calma y pensar con claridad, pero la ira, el desconcierto y la decepción me nublaban la mente como un asfixiante humo negro. Romero llevaba la cazadora abierta; por cómo se le ceñía la camiseta, vi que estaba hecho un toro. Nadie tiene el torso así por levantar un pincel. Torció el cuello y cerró y abrió los puños, como si se preparara para hacer deporte, y olí la agresividad que reprimía.

—¡Maldita sea! —masculló, dirigiéndose a mi madre. Ver cómo ella se acobardaba al oírle hablar con ese tono también me puso tenso a mí—. Te lo dije —continuó Romero—. ¿Verdad? Esa hija de puta ha hecho que nos siguieran. —Levantó el mentón y me miró—. La zorra pelirroja, ¿estáis juntos?

—Haz el favor de apartarte de la puerta —dije.

Él se limitó a apoyarse con el codo, ladeó la cabeza como si me estuviera tanteando y se enjugó la cara con la mano libre.

—Está bien, chico, este es el trato —convino—. Danos la mitad y desaparecemos. No volverás a tener noticias nuestras. A menos que quieras tenerlas. Ella te mandará una postal todos los años por Acción de Gracias si eso te hace feliz.

—¿La mitad de qué? —pregunté.

Él se restregó la nariz e intentó sonreír mientras se esforzaba por dominar su genio.

—Oye, estamos los tres en la misma habitación. Se acabaron las chorradas, ¿vale?

Tú eres listo. Yo soy listo. No nos toquemos las pelotas. La mitad de lo que ese viejo le dejó a tu padre. De todas formas, ya debería ser de ella.

Miré a mi madre.

—¿Sabías lo del dinero? —pregunté.

—Fui a ver a Charles Egerton para pedirle un préstamo —respondió—. Me echó. Dijo que nunca podría perdonarme que os hubiera abandonado a ti y a tu padre, que iba a dejárselo todo a Noel.

—Joder —dije—. Papá no iba a volver contigo, ¿verdad? Por eso contrataste a Hans para que lo matara. —Mi madre estaba lívida y era incapaz de sostenerme la mirada—. Solo se llevó el portátil y las notas para despistar a la poli.

—¿No has atado cabos hasta ahora? —preguntó Romero. Miró a mi madre y espetó—: Al final, el chico no es tan listo.

Lo ignoré y me dirigí a mi madre.

—Y luego le encargaste que me matara a mí. Para que pudieras heredar, como la familiar más cercana.

—Claro que no —protestó mi madre—. Fue solo... cuando no pudimos pagar a Hans el resto de su dinero, dijo que iba a empezar a cargar intereses.

«Dios mío. La podadera...»

—Y los intereses eran un dedo mío —dije.

—Para empezar, yo nunca quise contratar a ese capullo —intervino Romero—. Pero, no, ella quería un profesional, hacerlo como Dios manda. Al final, todo ha salido a pedir de boca. ¿Sabes qué?, las veinte mil libras que le habríamos pagado las restaremos de nuestra parte, ¿qué me dices?

—Que no vais a quedaros con ninguna parte —declaré, con más calma de la que sentía—. Abre la puerta.

—No vamos a irnos con las manos vacías, chico —dijo Romero—. Me he gastado un pastón en venir aquí, contratar a ese tío y alquilar este cuchitril. O nos das la mitad o acabas descuartizado en mi maleta y ella se queda con todo.

—Finn, por favor, solo un tercio —suplicó mi madre.

—¿Quién coño te ha dirigido la palabra, zorra? —preguntó Romero.

—Esta semana han intentado matarme unas cuantas personas —le dije—. Y ya ves el resultado.

—Por favor, Finn, no hagas esto —insistió mi madre.

—No voy a delatarte —le contesté—. Aunque lo intentara, no podría demostrar nada. Solo voy a dejarte marchar, porque eso es lo que iba a hacer papá.

—No hay trato —afirmó Romero.

—Apártate de la puerta —repuse.

Él se rió.

—¿Te crees duro, con tanto musculito? —preguntó—. En la cárcel, nos merendamos a los niños como tú.

Y se abalanzó sobre mí.

Era rápido, musculoso y fibroso, y ambos volamos por los aires. Me di contra el televisor y noté que el aparato resbalaba al suelo, donde el duro canto se me hincó en la espalda. Romero me agarró por el cuello con la mano derecha y empezó a estrujarme la tráquea mientras, con la izquierda, me daba fuertes puñetazos en la cara. Noté cómo me desgarraba la piel de los pómulos con los nudillos antes de rodar del televisor al suelo y conseguir quitármelo de encima. Él se levantó y se dispuso a darme una patada en el abdomen, pero yo me puse de pie y lo agarré por la pierna que tenía apoyada en el suelo. Él perdió el equilibrio y se vio obligado a retroceder dando saltos y braceando hasta que chocó con la jamba de la puerta plegable del dormitorio. La arrancó de cuajo, y el endeble tabique se agrietó y crujió.

Mi madre no dejaba de chillar, aunque me resultaba imposible saber si, de hecho, decía alguna cosa, porque el vecino había puesto la música a todo volumen para ahogar los gritos y el estrépito de dos hombres que intentan matarse. Con el antebrazo izquierdo, sujeté a Romero contra el marco de la puerta y le machaqué el vientre con la derecha. Intenté que mis golpes le repercutieran en la columna vertebral y noté que la musculatura del abdomen se le tensaba y cedía bajo mi puño mientras me arañaba la muñeca con los ojos desorbitados. Entonces consiguió sacar la mano derecha y vi, demasiado tarde, el centelleo de la botella de Jack Daniel's vacía cuando la levantó.

El primer golpe me rebotó en la cabeza y yo le apreté más la tráquea con el antebrazo, pero, la segunda vez, la botella se rompió y, además de dolor, noté vidrios con olor a bourbon resbalándome por el pelo y los hombros. Tuve que dejar de apretarle el cuello para agarrarle el brazo con que sostenía la botella rota. Él torció y giró la mano derecha para soltarse mientras, con la izquierda, me daba puñetazos en las tripas, continuados y siempre en el mismo sitio. Nunca me ha

coceado una mula, pero estoy seguro de que la sensación se parecía bastante. Giré el cuerpo para eludir sus golpes antes de que me reventaran algún órgano interno, le sujeté bien la muñeca derecha con la mano izquierda y, con el hombro derecho, le golpeé en la cara con todas mis fuerzas. Noté cómo se le aflojaba uno de aquellos bonitos dientes blancos y juro que se rió, como si el dolor le excitara. Volví a golpearle y él retrocedió tambaleándose y, de repente, oí los gritos de mi madre, que se había quedado atrapada entre Romero y la mesita plegable. La endeble estructura de conglomerado y baratos refuerzos de cromo comenzó a doblarse y ceder, y advertí que estaba empujando la mano en la que Romero tenía la botella rota hacia los ojos de mi madre.

Mi instante de vacilación fue todo lo que él necesitó. Me puso la zancadilla y me tiró al suelo de un fuerte empujón que casi me dejó sin aire en los pulmones. Se abalanzó sobre mí como un gato y echó la mano derecha hacia atrás para clavarme la botella rota en el cuello, pero, de repente, la cabeza le cayó bruscamente hacia delante. Mi madre volvió a levantar los brazos, y yo lo agarré por la cara con la mano derecha para sujetarle la cabeza mientras ella le asestaba otro golpe en la nuca con la botella de bourbon llena con toda la fuerza de que era capaz.

Esa vez la botella se hizo añicos y nos dejó empapados de bourbon. A Romero se le desvió la mano y la botella rota solo me rozó la oreja izquierda. Le agarré el brazo, se lo retorcí y logré pasar de estar debajo a colocarme encima, con él boca abajo. El bourbon me escocía en los ojos y un fragmento de vidrio se me clavó en la rodilla, pero le apreté la cara contra la moqueta lila empapada y sembrada de vidrios rotos, alargué una mano hacia el televisor volcado en el suelo, cogí el cable y lo arranqué. Le agarré el otro brazo, se lo puse a la espalda y le até las muñecas mientras él gruñía, renegaba y escupía con los dientes apretados y ensangrentados. Mi madre se desplomó en el sofá con las manos en la boca, sin dejar de repetir:

—Por favor, no le hagas daño, por favor no le hagas daño.

No sabía con cuál de los dos hablaba, y no se lo pregunté.

17

—Nicola Hale.

—Señorita Hale, soy Finn Maguire.

—Finn, buenos días. Te he estado llamando. Tenemos un asesor financiero al que creemos que deberías conocer.

—Eso es estupendo, pero ahora mismo necesito un abogado criminalista y he pensado que ustedes podrían recomendarme a uno.

—Yo estudié derecho penal. ¿Qué ha pasado?

—Me están interrogando en la comisaría de Shepherd's Bush.

—Bien. No digas nada hasta que llegue yo. Cuarenta y cinco minutos, ¿de acuerdo?

En realidad, no era yo quien estaba en apuros. Como a la poli la había llamado yo, habían oído mi versión de los hechos primero y, en general, esa es con la que se quedan. Romero no se hizo ningún favor llamando «cretino hijo de puta inglés» a todo el que se le ponía por delante. Para ser un hombre que había cumplido condena, demostró ser muy poco espabilado, porque, gracias a mí, ya tenía muchos cortes y contusiones antes de que los agentes se lo llevaran, con lo que, en la media hora que tardó en llegar el médico de guardia, pudieron zurrarle mucho más sin meterse en problemas. Cuando el médico finalmente apareció, me mandaron primero a mí a la enfermería para poder seguir jugando con Romero durante un rato más.

Los puntos que acababan de darme en la mejilla y el cuero cabelludo habían empezado a latirme en el mismo instante en que habían llevado a Nicola Hale a mi sala de interrogatorios. Comencé por lo que había sucedido esa mañana y fui retrocediendo, sin mencionar a McGovern ni a James Gravett. No tenían nada que ver con la muerte de mi padre y no quería que Hale pensara que podía tener que

pasarse el resto de su carrera profesional sacándome de calabozos. Ya se había hecho una composición de lugar cuando llamaron a la puerta con suavidad.

El hombre que entró era un escocés fornido y desaliñado con una rebelde mata de pelo rubio que se presentó como inspector Jones. Me pareció jovial y relajado cuando ocupó la silla de oficina reglamentaria al otro lado de mesa, mientras un policía de uniforme se sentaba en el rincón.

—Hemos verificado tu historia, Maguire —dijo Jones—. Y he hablado con mi colega Amobi, de la comisaría de tu barrio. No pondría la mano en el fuego por ti, pero cree que eres de los buenos.

—No me conoce tan bien —objeté.

—Yo mismo me inclino por darte el beneficio de la duda —añadió Jones—. Acabo de hablar con el FBI. Tu amigo, es decir, el amigo de tu madre, Romero, está acusado de otro asesinato en Estados Unidos. Cuando salió de la cárcel, ganó montones de dinero con esos cuadros suyos, pero se lo gastó casi todo en apuestas y en crack. Parece que se enfadó con su agente por su comisión, le clavó un pincel en un ojo y se dio a la fuga.

—¿Cómo entro Romero en el Reino Unido? —preguntó Hale.

—Lo estamos investigando —respondió Jones—. Aunque al parecer no tendrían ni que haberlo soltado. El FBI no puede demostrar nada, pero cree que utilizó el dinero de la venta de su primer cuadro para comprarse una coartada. Pagó a otro delincuente para que confesara el crimen por el que había sido encarcelado. Fue así como consiguió el indulto.

—También contrató a un hombre para que matara a mi padre —dije.

—Eso tengo entendido —convino Jones—. Tu madre ha dicho que está dispuesta a prestar declaración.

—No —repliqué—. No ha sido culpa suya. Estaba coaccionada por Romero. Por eso está aquí la señorita Hale: quiero que represente a mi madre.

Jones frunció el entrecejo.

—Tu madre ya tiene representación legal —manifestó.

—No un abogadillo de oficio —dije—. Alguien que sepa lo que hace. Pago yo.

—Lo siento, Maguire... —La confusión de Jones parecía sincera—. La abogada a la que has contratado ya ha llegado. Ahora mismo están reunidas.

—Yo no he contratado a nadie —dije.

Mientras nos mirábamos, se oyó un timbre en el pasillo que ya no dejó de sonar. Instantes después, oímos gritos y pies que corrían. Jones reaccionó al estruendo al mismo tiempo que yo y, al momento, estaba levantado, fuera de la sala y corriendo por el pasillo, conmigo pisándole los talones. Al final del pasillo, había otra sala de interrogatorios de la que salió un policía uniformado que tenía las manos escarlatas y pedía un médico a gritos.

Al otro lado de Jones, dentro la sala de interrogatorios, se encontraba Elsa Kendrick, acorralada por dos agentes pertrechados con chalecos antibalas. Empuñaba un reluciente cuchillo de carnicero ensangrentado. Tenía la cara y los brazos salpicados de sangre y sonreía como si estuviera viviendo un sueño maravilloso. Cuando uno de los agentes alargó la mano, le entregó el largo cuchillo como si él fuera a cortarle un trozo de tarta.

Su voluminoso maletín de piel estaba abierto en la mesa y había una silla volcada en el suelo. Y al lado de la silla yacía mi madre, retorciéndose en un inmenso charco rojo que se extendía poco a poco por el suelo alimentado por la sangre que manaba de los profundos cortes que tenía en la cara, las manos y el cuello.

Oí el chapoteo de la sangre cuando me arrodillé junto a ella y noté su tacto caliente y viscoso en las manos cuando la cogí en mis brazos, la abracé y le levanté la cabeza. El temor y el desconcierto que manifestaba su rostro parecieron desvanecerse cuando me miró y alzó una de sus delicadas manos para tocarme la cara. Pese a que faltaban dos dedos, me acarició la mejilla y no vi dolor en sus ojos, sino solo una tristeza infinita.

—Finn —susurró, y la sangre le chorreó por el mentón. Siguió moviendo los labios, pero ya no le quedaba aliento.

—Por favor, mamá, no hables, no digas nada —supliqué—. Solo aguanta. Por favor, no me dejes. Por favor, mamá. Por favor.

Ella me sonrió y tosió. La mano le resbaló de mi mejilla, los ojos se le quedaron vacíos.

18

Ahora había dos urnas funerarias grises en la repisa de mi chimenea y me ponían nervioso. Había probado a colocar una en cada extremo, pero daba la impresión de que mis padres se ignoraban y, cuando las juntaba, parecían las dianas de un tiro al coco. Además, no sabía por qué las tenía a la vista: no eran bonitas ni nada decorativas. Por otra parte, me sentía incapaz de meterlas en el desván. Iba a reformar la casa y me planteé la posibilidad de pintarlas de blanco, como las paredes, para que estuvieran ahí, pero sin que se vieran. Y, después, yo podría envejecer y morir en aquella casa, y colocarían mi urna blanca entre ellas. Y todos volveríamos a ser una familia hasta que alguien comprara la casa y nos tirara a un contenedor.

Era un domingo de finales mayo, temprano por la mañana. Hacía sol, e inofensivas nubes algodonosas surcaban lentamente el límpido cielo azul de Londres cuando metí las dos urnas en una mochila, salí de casa y cerré la puerta. Mientras me preparaba para correr, la vi en la calle caminando hacia mí, con una minifalda tan corta que habría enseñado todos los muslos de no llevarlos enfundados en unas mallas negras. Tenía las manos en los bolsillos de la chaqueta vaquera y la cabeza gacha.

Cuando Zoe oyó que mi puerta se cerraba, alzó la vista y se detuvo. Me di cuenta que había estado pensando qué podía decirme y no se le había ocurrido nada. Y ahora era demasiado tarde.

—Hola —dijo, en cambio.

—Hola —respondí.

Me eché la mochila al hombro y pasé por su lado.

—¿Puedo ir contigo? —me gritó.

—Es un país libre —respondí—. Más o menos.

Ya no podía ponerme a correr. No quería que pensase que me daba miedo o intentaba evitarla. No me apetecía especialmente hablar con ella, pero tampoco podía prohibirle que hablara conmigo.

—¿Qué tal estás? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—Me enteré de lo de tu madre —dijo—. Lo siento.

—¿De qué te enteraste? —pregunté.

—De que una loca con un machete la mató en una comisaría —respondió.

—Era un cuchillo de carnicero —precisé.

—Si hubiera sabido dónde era el funeral, habría ido, pero no lo sabía, así que...
—Suspiró, consciente de que había comenzado a parlotear. Me alegré. Si se aburría o se sentía incómoda, a lo mejor se iba y no tendría que decirle que se largara—. Es decir, si tú hubieras querido que fuera.

—Es un país libre. Más o menos —contesté, y al instante maldije en mi fuero interno. Ya había conseguido que me repitiera.

Apreté un poco el paso, pero ella ni tan siquiera pareció darse cuenta y siguió pegada a mí como una lapa.

—Sé cómo te sientes, Finn —dijo. Me eché a reír, pero ella me ignoró—. Hubo cientos de personas en el entierro de mi padre, la mayoría polis, y todos querían estrecharme la mano y decirme lo maravilloso que era y lo orgullosa que debía estar.

—Al entierro de mi madre no fue nadie aparte de mí —declaré—. Deja de fingir que me conoces.

—Lo siento —dijo.

—Sí. Eso ya lo has dicho.

—Ojalá no hubiera ido nadie al entierro de mi padre, con las chorradas que dijeron todos —manifestó—. Él no murió siendo un héroe en un tiroteo con un traficante de menores después de un chivatazo anónimo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Simplemente lo sé —respondió.

—¿Con quién has hablado?

—Con el sargento Amobi.

Me detuve y la miré.

—¿Qué te dijo Amobi exactamente?

—Que debía hablar contigo.

—Parece que intentaba librarse de ti.

Eché de nuevo a andar hacia la carretera que discurre junto al río y me detuve en el cruce delante de Max Snax. Acababan de abrir para servir desayunos, y me fijé en que don esférico estaba dentro, apretujado en la mesa rinconera devorando un bocadillo de tres pisos, mientras, en la barra, mi sustituto se toqueteaba un grano de la barbilla. Tuve que esperar a que pasara un camión, y Zoe volvió a alcanzarme. No parecía que fuera a darse por vencida en un buen rato.

La ignoré, crucé la calle y doblé a la derecha. Ella me siguió, aunque supe que se preguntaba si me dirigía a alguna parte o solo trataba de librarme de ella. De hecho, eran ambas cosas. Aflojó el paso y se detuvo. Yo creí que por fin había tirado la toalla, hasta que me gritó: —Tú estabas cuando mataron a mi padre, ¿verdad?

Aquello me dejó clavado al suelo. Acababa de dejar la carretera para adentrarme en el nuevo parque ribereño desde el que se accedía a una isla del río por un reluciente puente peatonal de acero y cristal. El ayuntamiento acababa de colocar los panes de césped, pero ya estaban salpicados de pétalos de los retoños de cerezo, y la brisa del río arrastró más que me rodearon como relucientes copos de nieve.

Zoe me alcanzó.

—Mi padre trabajaba para McGovern, ¿verdad? —preguntó—. Le habían estado chantajeando con el vídeo y, cuando eso se filtró, ya no les servía de nada, así que lo mataron.

—No tengo ni idea —respondí—. Yo no estaba. —La cara se le descompuso—. Pero te diré lo que creo que pasó —añadí—. Creo que tu padre se avergonzaba de sí mismo y de lo que había hecho. Creo que fue allí para matar a McGovern, pero no fue lo bastante rápido.

—¿Crees que sabía lo de mi vídeo? —Su tono fue áspero, como si intentara torturarse.

—Sí. Pero nunca te lo dijo, porque entonces habrías dejado de ser su hijita. Creo que quería protegerte, porque era tu padre y, a su manera, te quería, a pesar de todo. Y esa era la única forma de demostrártelo que le quedaba.

Zoe cerró los ojos y se estremeció de dolor, pero se obligó a seguir hablando.

—¿Por qué no le explicaste todo eso a la poli? ¿Le tienes miedo al Gobernador?

—No especialmente —respondí.

—¿A lo que pueda haceros a ti o a alguien a quien aprecias? —Había abierto los ojos y me miraba de hito en hito, pero yo sabía cuándo me hacían una pregunta capciosa.

—No me queda nadie a quien aprecie —dije.

Me volví y seguí caminando hacia el puente.

—Entonces ¿por qué no contaste la verdad? —me gritó.

Me detuve en el puente y me di otra vez la vuelta, irritado.

—Tienes razón. Le tengo miedo al Gobernador —declaré—. Ahora, ¿quieres hacer el favor de largarte y dejarme en paz?

—¿Y si no, qué? Te diriges a una isla, Finn. ¿Qué vas a hacer, ir nadando?

—Si hace falta.

Zoe se acercó y me miró batiendo las pestañas. No iba a caer otra vez en esa trampa.

—Creo que yo sé por qué —dijo—. Si le hubieras contado eso a la policía, se habría sabido todo, sobre mi padre, sobre mí y sobre el vídeo. Y la prensa amarilla, los blogueros e internet se habrían puesto como locos. Esas secuencias habrían estado en todas partes, y el mundo entero me habría visto haciendo esas cosas y habría sabido que era yo. No habría podido olvidarlo nunca.

—Piénsalo —repuse—. Podrías haber tenido tu propio *reality* en televisión. —Para mi sorpresa, se rió—. Oye, no te engañes —añadí—. Probablemente ya está por toda la red.

—Sí, pero hay millones de vídeos guarros en internet, el mío solo es uno más. Y, si nadie sabe que soy yo, nadie va a darle importancia. Por eso mantuviste la boca cerrada. Para protegerme.

—Si eso es lo que quieres creer, adelante —dije—. Ahora querría tener un poco de intimidad, así que piérdete.

La isla estaba abandonada e invadida por la maleza hasta que habían construido el puente peatonal el año anterior. Desde entonces, habían adecentado el viejo astillero y repintado sus tinglados. También habían podado los algodoncillos

silvestres para colocar bancos (todavía sin ninguna declaración de amor por un equipo de fútbol grabada en la madera) a lo largo del río, orientados al sur y al este. Con marea baja, los bancos tenían vistas a una apesetosa extensión verdinegra de barro sembrada de pecios, pero con marea alta, como en ese momento, el agua plateada del Támesis se ondulaba y se arremolinaba en dirección a la City y fluía por debajo de los puentes de Londres camino del mar.

La neblina que cubría el río a primera hora de la mañana aún se estaba levantando para disolverse en el cielo azul cuando me quité la mochila del hombro al borde del agua y saqué las dos urnas. No me había molestado en averiguar cómo se abrían, pero las tapas eran finas láminas de metal, y solo tuve que emplear una moneda para levantar el borde de la primera y abrirla hasta la mitad. Hice lo mismo con la otra y me quedé un rato junto al río, preguntándome si debía decir unas palabras o si había alguna palabra que decir.

Durante unos años, cuando yo era pequeño, mis padres fueron felices juntos. Lo sabía porque vivía con ellos y había un millar de momentos que ahora solo recordaba yo: los tres juntos en España, en el parque infantil de nuestro barrio, en su cama, donde solían aprisionarme entre los dos y besarme mientras repetían «¡Bocadillo de niño!». Así era como quería recordarlos, y así era como quería que estuvieran; siempre juntos, como cuando se encontraron el uno al otro y se amaron. La canción que mi padre susurraba a mi madre me resonó en la cabeza y pensé que, si la cantaba mientras echaba sus cenizas al río, quizá no les importaría que tuviera tan mal oído musical. A lo mejor si la tarareaba. Solo la última estrofa.

La niebla se cierne sobre el río, fluye, dulce río, fluye, se ha llevado el sol, la luna y las estrellas, dulce Támesis, fluye en [silencio].

Raudo el Támesis corre hacia el mar, fluye, dulce río, fluye, llevando barcos y una parte de mí, dulce Támesis, fluye en silencio.

Puse las urnas boca abajo y las cenizas, al derramarse, volaron hacia el este arrastradas por la brisa y se posaron en la superficie del agua, se mezclaron con ella, se arremolinaron y se hundieron en las oscuras profundidades mientras la corriente las llevaba río abajo.

No terminé la estrofa. Todo el embotamiento que había sentido después de

encontrar a mi padre asesinado, el embotamiento al que me había aferrado con tanto ahínco cuando mi madre había muerto en mis brazos, en ese momento se desmoronó y fue arrastrado por el viento, se disolvió como cenizas en la superficie del río y ya no pude respirar. Me eché a llorar, sin que me importara si lo lamentaba por ellos, por mí o por todo el río que había contribuido a causar. Pero Zoe estaba a mi lado, pasándome los brazos por el cuello y estrechándome contra ella, y yo dejé que me abrazara hasta que pude volver a respirar.

—Te había pedido que me dejaras en paz —dije.

—De nada —respondió.

—No pienso volver contigo —afirmé.

—Lo sé —dijo.

Nos quedamos un momento en silencio.

—¿Has desayunado? —preguntó.

—Dame un segundo —respondí.

Odiaba que la gente tirara cosas al río, pero, en ese momento, casi me pareció parte de la ceremonia. Arrojé las urnas una a una a la parte más honda que pude alcanzar.

—Listo —dije a Zoe—. Vamos.

Agradecimientos

Mi más sincero agradecimiento a mi agente, Val Hoskins, por su paciencia y fe infinitas; a mis hijos, hermanos y amigos por soportar mis interminables quejas sobre el oficio de guionista; a mis padres por enseñarme a trabajar duro, querer y ser feliz; y, sobre todo, a mi querida esposa, Erika, por su amor, lealtad, humor, aliento e inspiración infinitos.

El autor

Niall Leonard es guionista de teleseries, entre las que destacan los thrillers policiales *Wire in the Blood*, *Silent Witness*, *Ballykissangel* y *Hornblower*. También ha trabajado impartiendo clases y talleres sobre guionaje y edición de guiones en la BBC, el Consejo Cinematográfico de Irlanda del Norte (NIFC) y el Gremio Irlandés de Escritores de Guiones de Obras Teatrales, Televisivas y Cinematográficas (IPSC). Nacido en Irlanda del Norte, vive en el este de Londres con su mujer, la autora del fenómeno *Cincuenta sombras de Grey*, E. L. James, y sus dos hijos. *Jugando con fuego* es su primera novela.

Título original: *Crusher*

Publicado por acuerdo con Doubleday, un sello de Random House Children's Publishers UK

Edición en formato digital: octubre de 2013

© 2013, Nail Leonard

© 2013, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Rosa Pérez Pérez, por la traducción Los extractos de *Pegasus*, de Patrick Kavanagh, se publicaron en *Collected Poems*, editado por Antoinette Quinn (Allen Lane, 2004). Reproducido por cortesía del Trustee of the Estate of the late Katherine B. Kavanagh, a través de la Agencia Literaria Jonathan Williams.

Extractos de *Sweet Thames Flow Softly*, de Ewan MacColl, se han reproducidos con el permiso de The Bicycle Music Company

Diseño de la cubierta: © Stephen Mulcahey Adaptación del diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S. A.

Lettering título: © Blacksheep

ISBN: 978-84-9043-180-1

Composición digital: El Taller Editorial

www.megustaleer.com